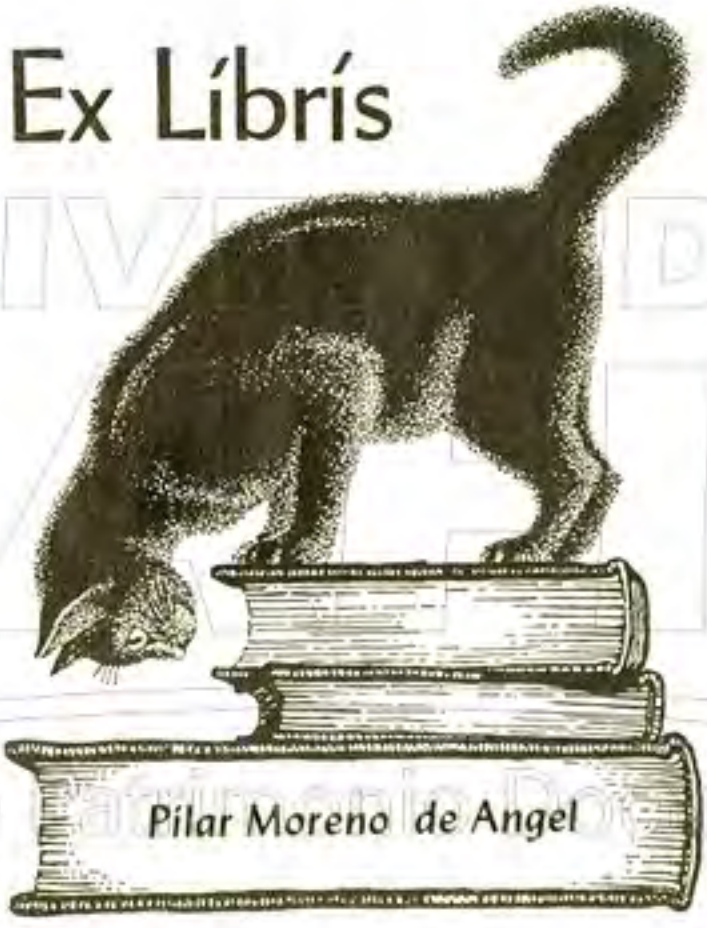
Ex Líbrís
Pilar Moreno de Angel

COMPENDIO HISTORICO

DEL

DESCUBRIMIENTO Y COLONIZACION

DE LA

NUEVA GRANADA

UNIVERSIDAD EAFIT ®
Sala de Patrimonio Documental

«El antigüedad de los tiempos es cosa que faze á los hombres olvidar los fechos pasados, e por ende fué menester que fuese hallada escritura, porque lo que antes fué fecho non se olvidase, e supiesen los homes por ella las cosas que eran establecidas bien como si de nuevo fuesen fechas. E de las escrituras tanto bien viene, que en todos los tiempos tiene pro, que faze membrar lo olvidado y afirmar lo que es de nuevo fecho, e muestra carreras por do se enderezar lo que ha de ser.»

(Prólogo del título 18°, Partida 3.ª)

UNIVERSIDAD
Sala de Patrimonio Documental

COMPENDIO HISTORICO

DEL

DESCUBRIMIENTO Y COLONIZACOIN

DE LA

NUEVA GRANADA

EN EL SIGLO DECIMOSEXTO

Por el Coronel Joaquín Acosta

UNIVERSIDAD EAFIT ®
Sala de Patrimonio Documental

"Da veniam scriptis quorum non gloria
nobis causa, sed utilitas officiumque fuit."
OVID, *Pont.*

SEGUNDA EDICION

BOGOTA
LIBRERIA COLOMBIANA—Camacho Roldán & Tamayo
1901

Imprenta de LA LUZ, calle 14, número 70

UNIVERSIDAD EAFIT ®
Sala de Patrimonio Documental

986.101
A185Co
1901
Ej. 1

PRÓLOGO

Hace ya muchos años que se siente la necesidad de una obra que instruya á nuestra juventud en la historia antigua de Nueva Granada. Para llenar este vacío me propuse reimprimir alguno de los autores antiguos que tratan de la materia, pero leyendo detenidamente cuanto poseemos impreso ó manuscrito respecto del antiguo virreinato del nuevo reino de Granada, observé que las narraciones de los cronistas, además de ser incompletas, se hallan recargadas de fábulas y de declamaciones que ocultan y ahogan, por decirlo así, los hechos esenciales. El lenguaje mismo antiguo, grande atractivo para el que ha adquirido el hábito de leer aquellos escritos, es un obstáculo al común de los lectores á quienes su profesión y ocupaciones no permiten consagrar el tiempo necesario para sacar el jugo á memorias añejas y separar en ellas el grano de la paja.

Valiéndome de estas crónicas y de otros documentos, traté entonces de componer una narración completa y exacta, aunque compendiosa, reproduciendo las impresiones que había recibido con la lectura de aquellas obras, conservándoles su interés y supliendo las unas con las otras. Esta es la que me atrevo á dar á luz, esperando que sea de alguna utilidad, mientras una pluma más diestra se haga cargo de la empresa.

He sido parco en juicios, deducciones y apreciaciones filosóficas de los acontecimientos, porque esto exige talentos que no poseo, y porque pienso que los hechos presentados con claridad y dispuestos en el orden conveniente, deben sugerir por sí mismos las reflexiones al lector. Por no interrumpir el curso de la narración, he evitado en el texto toda discusión sobre la verdad de los hechos y sobre el mayor ó menor crédito que merecen los diversos testimonios, porque si me hubiera dejado llevar del deseo de justificar en todas ocasiones la confianza acordada á tal circunstancia, á un

documento más bien que á otro, habría compuesto una historia crítica en que aparecerían, es verdad, los resultados de un trabajo de muchos años, pero en la cual el fastidio de la lectura no compensaría su utilidad para la generalidad de los lectores. Al mismo tiempo he resistido cuidadosamente á la tendencia natural á adoptar el aspecto más interesante y más dramático, porque he creído que la verdad de los hechos tiene suficiente atractivo para obrar sobre la imaginación, principalmente cuando el país que sirve de teatro á los acontecimientos ostenta todas las maravillas de la creación, y que en él la naturaleza se complace en mostrarnos una prodigiosa variedad de climas, de producciones y de aspectos físicos.

He tenido la fortuna de recorrer mucha parte de Nueva Granada y de los lugares en donde ocurrieron los sucesos más importantes de aquel descubrimiento. En 1834 hice una excursión desde el valle del Socorro al del Magdalena, con el distinguido y malogrado botánico doctor Céspedes. Allí vimos las selvas vírgenes, las raíces seculares entreveradas y los despeñaderos que opusieron tantos obstáculos á Gonzalo Jiménez de Quesada, después á Jerónimo Lebrón y más tarde á Lugo, hasta que se abandonó esta ruta. Tan inculta región se halla actualmente en el mismo estado que en 1 538, y es la única de lo interior de la República en donde hay todavía indígenas no reducidos ó independientes.

Mandando un cuerpo de tropas he pasado en 1841 de Antioquia á Anserma, siguiendo las huellas del licenciado Vadillo desde Caramanta, y verificando las relaciones de los cronistas. A fines del mismo año me encomendó el General en Jefe del ejército del Sur el mando de una columna de operaciones para sujetar los indios Paeces, cuya lengua, costumbres, maniobras y ardides han variado tan poco desde la época del descubrimiento, como el aspecto de las faldas del Huila ó la naturaleza de los desfiladeros y pasos difíciles que forma el río Páez en su torrentoso curso.

He vivido en pueblos en donde la raza pura de los Chibchas se mantiene aún, y he recogido las palabras que todavía conservan de su antiguo idioma, algunas de las cuales se han convertido en términos provinciales. También he visitado, aunque bien joven, siendo subteniente del ejército de Colombia, las tribus de los indios Cunas, que habitan en las orillas del golfo del Darién.

Después de haber reunido todos los materiales que pude en el país, para lo cual fuí auxiliado con toda deferencia por los Reverendos Prelados de los conventos de San Francis-

co, Santo Domingo, Agustinos calzados y descalzos de Bogotá, hice un viaje á España, visité los archivos de Indias, en donde se hallan reunidos todos los documentos de los antiguos dominios ultramarinos españoles, y me persuadí de que la colección hecha por don Juan Bautista Muñoz, encargado en 1779 de escribir la historia de América, es la más completa y contiene todos los documentos esenciales sobre el descubrimiento, pues cuantos me llamaron la atención en Sevilla, sea propios de aquel archivo ó trasladados del de Simancas, tenían la nota de haber sido copiados para Muñoz. He disfrutado de esta colección, de que existe una copia, la de D. Antonio Uguina, en la biblioteca de Mr. Ternaux Compans, quien generosamente me ha permitido usar de ella como amigo de las letras que desea que los tesoros manuscritos no permanezcan sepultados y ocultos. Quisiera poder decir otro tanto del ex-Ministro español Martínez de la Rosa, pero este sujeto creyó que debía negar á un americano-español el permiso de visitar los archivos, que no se había rehusado á ningún extranjero hasta entonces. Si yo pude examinar el archivo de Indias en Sevilla, lo debo á que existen, á Dios gracias, todavía en España personas que comprenden de otro modo que aquel distinguido literato los intereses de la humanidad y los deberes de la hospitalidad (1).

Si mi ánimo estuviera en la disposición en que se hallaba durante la guerra con España por la Independencia, con-

---

(1) Quiero referir aquí lo que me aconteció en un caso análogo en Madrid, porque puede servir de lección á los americanos que viajen por la Península. Deseaba visitar el Museo de Historia Natural, esperando encontrar en él algunos restos de las colecciones de la Expedición botánica del nuevo reino de Granada; y como en aquella sazón (1845) estaba vedada al público la entrada del establecimiento, me dirigí al señor Isturitz (que después fué jefe del Gabinete que gobernaba en España cuando se hicieron los preparativos de la expedición reconquistadora de América bajo la dirección del General Flores), pidiéndole me consiguiera un billete de entrada. Este caballero tuvo la bondad de pasar á mi posada para advertirme que, á pesar de sus esfuerzos cerca de las autoridades, no había podido obtener el permiso que solicitaba. El dueño de la casa, que recibió el recado, me tachó de novicio en recurrir á la influencia de altos personajes, ofreciéndose á llevarme al día siguiente á visitar el Museo, como en efecto lo verificó sin dificultad alguna, valiéndose para ello de los sirvientes y porteros. Entre tanto el señor Isturitz quedó lamentándose de que las formalidades legales fueran tan inexorables, que le hubieran privado del gusto de hacer á un americano del Sur, que le había sido recomendado por un amigo antiguo, el obsequio de una boleta de admisión para ver las muestras minerales y los monstruosos granos de oro y de platina de las minas del Chocó, que *con tan laudable y estricta vigilancia* se conservan en aquel real establecimiento. Puede compararse España á una antigua plaza fuerte desmantelada, cuyas puertas, guarnecidas de artillería y de puentes levadizos, niegan la entrada, mientras que los habitantes, más sensatos que los que gobiernan, se manejan, entran y salen por las brechas que el tiempo y la necesidad han hecho en la muralla.

fieso francamente que no me habría creído con la suficiente imparcialidad para escribir esta relación; mas al leer los sucesos de la época á que me refiero, he visto, por las impresiones de mi alma, que no carecía de los sentimientos de justicia para hacerla al valor, sufrimiento y heroicas calidades de los intrépidos castellanos que descubrieron el Nuevo Mundo y se establecieron en él, y que las simpatías por los indígenas de aquel Continente que tanta compasión deben inspirar á un corazón humano, no serían parte para extraviar la pluma dirigida por una mano de origen español.

Cuando tenía ya bien adelantado el trabajo, llegó á mis manos la historia de la conquista del Perú, escrita por el señor Guillermo Prescott, á quien el mundo literario reconoce como el mejor historiador contemporáneo de las cosas de América. En el prólogo de esta obra alude á un trabajo histórico en que se ocupa, análogo á los anteriores; y habiendo ya escrito la historia de Méjico y la del Perú, era de suponerse que se proponía colmar el vacío que existe respecto del asiento del tercer centro de civilización americana, que comprende el dominio de los Chibchas ó Muiscas; y me aplaudí de que pluma tan hábil realizara al fin mis deseos, en cuyo caso no me quedaba sino la misión de traductor, más proporcionada á mis fuerzas. Escribí, pues, al señor Prescott ofreciéndole mis materiales, libros, apuntamientos y el mapa que tengo trazado de la Nueva Granada de la época del descubrimiento, y congratulándome de que nuestra historia hubiera caído en tan buenas manos. El señor Prescott me desengañó, anunciándome que su nuevo trabajo es la historia de Felipe II, que hará juego con la del reinado de D. Fernando y D.ª Isabel, como la historia de México con la historia del Perú, y dejará así este insigne historiador erigidos cuatro monumentos históricos de la época más brillante de la monarquía española.

Y como cada día crecía mi convencimiento de la necesidad de familiarizar á nuestros jóvenes con la situación social en que Europa halló las diversas regiones de América en la éra del descubrimiento, y que tanto contribuyó á modificar el giro de la conquista, la forma primitiva y la índole futura de los primeros establecimientos, que tanta influencia ejercen todavía sobre el carácter que conservan los diversos estados independientes del nuevo continente, y que tan presentes deben tenerse en las discusiones políticas y sociales actuales, me decidí por fin á vencer la desconfianza natural en mis cortas luces, y á dar la última mano á este compendio.

La primera parte de mi trabajo, que ahora publico, com-

prende lo acaecido desde el descubrimiento de Nueva Granada hasta mediados del siglo XVI. He adoptado el orden cronológico, que aunque perjudica al interés dramático, que depende de la unidad de acción, por ser preciso interrumpir la narración de los sucesos de un conquistador para pasar á los de otro, es más conforme al fin que me he propuesto, que es el de componer un libro elemental.

Quizás podría tacharse de minuciosa y trivial la narración de algunos hechos que son en realidad de poca importancia general para la historia, si no se advirtiera que este compendio ha de servir también para explicar en muchos lugares de Nueva Granada algunos nombres y tradiciones comunes cuyo origen generalmente se ignora, y si se recuerda que no es solamente dar una idea general de los sucesos de la conquista lo que me he propuesto, sino acumular el mayor número de circunstancias y detalles compatibles con el pequeño volumen á que he deseado reducir el libro, á fin de generalizar y popularizar estos conocimientos.

En el apéndice menciono los historiadores que me han servido de guía, y recopilo cuantas noticias he podido reunir sobre cada uno de ellos. Este trabajo simplificará y servirá de base á los futuros escritores de la historia antigua de Nueva Granada. También publico algunos documentos inéditos originales muy interesantes, y un bosquejo de mapa de Nueva Granada en la época del descubrimiento, en el cual podrá seguirse la marcha de cada uno de los conquistadores.

Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT
Sala de Patrimonio Documental

INTRODUCCIÓN

Muchos siglos antes de la éra cristiana se había admitido la existencia de tierras en el Océano Atlántico que limitaba el antiguo continente desde el estrecho de Hércules ó Gibraltar, y aun algunos creen que el mito de la Atlántida ó gran continente occidental fué transmitido á Grecia de Egipto. La imaginación no es facultad que pueda encadenarse: ella ha debido desde los tiempos más remotos hacer que los hombres salven el espacio y supongan alguna cosa más allá del horizonte que su vista alcanza.

¿Quién no recuerda la famosa profecía de L. Séneca, quien floreció en el siglo de Nerón, y que se ha hecho un adorno indispensable en el frontispicio de toda obra que trate del descubrimiento de América?

"Venient annis sæcula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat tellus,
Tethysque novos detegat orbes
Nec sic terris ultima Thule."

Tras luengos años verná
Un siglo nuevo y dichoso
Que al Océano anchuroso
Sus límites pasará,
Descubrirán grande tierra,
Verán otro nuevo mundo,
Navegando el gran profundo
Que agora el paso nos cierra.
La Thule tan afamada
Como del mundo postrera,
Quedará en esta carrera
Por muy cercana contada.

(*Traducción del* PADRE JOSÉ ACOSTA)

Mas los primeros y los más constantes indicios de las tierras occidentales los acarreaban las corrientes del mar á las islas Británicas, á cuyas costas se veían aportar cañas de dimensiones colosales y fragmentos de troncos enormes de palmas, claras señales de otra vegetación. Poco imaginaban entonces los habitan-

tes de aquellas islas que mucha parte de su grandeza y opulencia futuras estribaría en la explotación de los países en donde crecían tales plantas.

El retroceso de la civilización en Europa á consecuencia de la invasión de los bárbaros del Norte, no sólo suspendió el progreso de las ciencias que habrían necesariamente promovido y dirigido las empresas de los navegantes en solicitud de nuevas tierras, sino que hizo perder hasta la memoria de los rumbos que conducían á las islas Afortunadas, hoy Canarias, ya conocidas de los antiguos, y que fué preciso descubrir de nuevo en el siglo décimotercio.

En esta época trabajaban los portugueses por dar la vuelta al África navegando por sus costas á fin de abrir el comercio directo con el Oriente, cuyas preciosas producciones estaban monopolizadas por los negociantes italianos, que solos traficaban con ellas en el Mediterráneo. El infante D. Enrique de Portugal propendió singularmente al adelantamiento de la náutica, ocupándose exclusivamente en viajes de descubrimiento, y protegiendo á los astrónomos, matemáticos, pilotos y á todos los que se dedicaban á los ramos accesorios á la ciencia del navegante. El impulso que este príncipe benéfico dió á los descubrimientos marítimos, procuró á Portugal una importancia y un lustre extraordinarios.

A estas circunstancias se debió el viaje á Lisboa de Cristóbal Colón, natural de Génova y marinero distinguido. Allí contrajo matrimonio con la hija de un antiguo y experto oficial de marina que había sido gobernador de Porto Santo, isla recién descubierta. El examen de los mapas, diarios de navegación y otros papeles de Perestrello, su suegro, que ya era muerto, acabó de decidir de la vocación del ilustre genovés. Hizo Colón algunos viajes á la costa de Guinea, y con sus ganancias y las cartas de marear que trazaba, vivía honradamente con su familia. Este trabajo y sus estudios lo familiarizaron con las cuestiones más arduas de la cosmografía, y arraigaron en su ánimo el convencimiento de que, navegando directamente hacia el Occidente, debía encontrarse el Continente asiático. Un viaje que antes había hecho á Islandia, y las observaciones que su constante práctica de navegar le sugerían, confirmaban cada día sus opiniones.

Presentóse Colón al rey de Portugal solicitando se equipara una expedición exploradora que bajo sus órdenes navegaría al Occidente hasta encontrar la tierra firme; pero sea que se hallasen exorbitantes las condiciones y los honores que solicitaba para el caso de que la empresa tuviera un éxito feliz, como él firmemente lo esperaba, ó que preocupada enteramente la corte con la circunnavegación del África, no se querían arriesgar fondos en otros descubrimientos que se estimaban menos seguros, lo cierto es que las proposiciones de Colón no fueron atendidas, ó sólo produjeron el envío clandestino y sin suceso de una nave por los rumbos que él había indicado. Esta nave, privada de la dirección inmediata del autor del proyecto, no sirvió sino para hacer patente la mala fe con que fué tratado este negocio por parte de los consejeros de la Corona de Portugal, y para mostrar que no basta saber la dirección en que ha de andarse, si se carece del ánimo firme y persuadido que vence los estorbos y dificultades, tan frecuentes en todas las sendas poco trilladas y especialmente en las de nuevos descubrimientos.

Tampoco estuvo al alcance de los miembros del Senado de Génova, su patria, á quienes después se dirigió Colón, el juzgar con acierto de su propuesta, que fué desechada igualmente. Trasladóse por último á España, en donde, después de largos años de negociaciones infructuosas, logró por fin ser escuchado y triunfar de las preocupaciones escolásticas, que le opusieron al principio los mayores obstáculos. Demasiado vilipendio ha arrojado el mundo culto sobre los claustros de España para que sea permitido en estricta justicia dejar de recordar que del fondo de un oscuro monasterio salieron los más fieles amigos de Colón, y los más constantes favorecedores de su atrevida empresa, que los sabios del siglo consideraban como visionaria. Fray Juan Pérez Marchena, de la orden de San Francisco, (1) guar-

(1) Según Tomás Rodríguez Pinilla (*Colón en España*) y otros muchos autores que en los últimos años han estudiado seriamente la vida y los hechos de Colón y la época del descubrimiento de América, en los Archivos de Indias, *Fray Juan Pérez*, Guardian del Convento de la Rábida, era persona muy distinta de *Fray Antonio Marchena*. El primero protegió á Colón, no cuando llegó de Portugal, sino cuando se retiraba de España, en 1491, desalentado con el mal éxito de sus peticiones en la Corte. El segundo era un sabio *astrólogo*, (como llamaban entonces á los astróno-

dián del convento de la Rábida en Andalucía (1), y Fray Diego Deza, religioso dominicano, confesor de la augusta reina D.ª Isabel la Católica, secundados por Alonso de Quintanilla y Luis de San Angel, fueron los que decidieron el ánimo generoso de la ilustre soberana de Castilla á no dejar partir á Colón, que ya se retiraba desconfiando de obtener auxilios en España, y á tomar á su cargo y expensas la expedición, con tan fervoroso anhelo, luego que estuvo persuadida de su importancia, que ofreció empeñar sus joyas si de otro modo no podía hallarse el dinero necesario para los aprestos (2). Nadie ignora que fué en este viaje, verifi-

---

mos), que acompañó á Colón en su segundo viaje, por orden de los Reyes Católicos. Herrera, Muñoz, Navarrete, Humboldt, Irving y muchos otros historiadores españoles y extranjeros, confundieron estos dos religiosos. No es, pues, extraño que Acosta (en 1847) hiciese esta equivocación, cuando autores modernos, como Roselly de Lorgues y otros, repiten la especie, á pesar de los recientes descubrimientos históricos.—Nota de *Soledad Acosta de Samper*.

(1) Mr. W. Irving, el célebre autor de la *Vida de Colón*, hizo en 1828 una romería al convento de Nuestra Señora de la Rábida, que existe, aunque muy deteriorado. "Bajámos del coche, dice, en la misma portería adonde llegó Colón á pie y en clase de peregrino á pedir un pedazo de pan y un jarro de agua para su hijo. Mientras subsista el convento, añade, éste será siempre un lugar que causará la más viva emoción. La portería parece en el mismo estado que en tiempo de Colón, sólo que no hay portero que socorra las necesidades de los viandantes. Atravesámos los claustros vacíos y silenciosos; todo parecía devastado. El único sér viviente que percibímos fué un gato que huyó aterrorizado al eco triste de nuestros pasos en aquellos corredores abandonados." Es de esperar que después de la supresión de los conventos, el Gobierno español haya dictado algunas providencias para conservar este monumento histórico. *

(2) Luis de Sant-Angel anticipó los veinticinco mil florines que se gastaron en equipar los buques y proveerlos de lo necesario. No podemos ciertamente dejar de hacer tristes reflexiones respecto de los pocos progresos que el buen gobierno ha hecho en España, si consideramos que en 1492 fué preciso un grande esfuerzo á la heroica princesa española que entonces gobernaba la monarquía, para hacer salir esta pequeña expedición con objeto tan importante, y que no ha mucho se han empleado millones, producto del sudor y trabajo de los españoles, en preparar una armada que se dirigió también á América, sin más objeto que satisfacer el capricho de una extran-

---

* En 1892 el Gobierno español no sólo restauró completamente el convento, sino que mandó levantar un monumento que conmemora el descubrimiento de América.—*S. A. S.*

cado en Agosto de 1492, cuando Cristóbal Colón rasgó el velo que cubría una vasta porción de la superficie de nuestro planeta, y cuando una flotilla de tres navichuelos en los que hoy mismo nadie osaría atravesar el Océano, se lanzó con tanta seguridad en un piélago desconocido y misterioso, como pudiera hacerse para navegar entre las dos costas del Mediterráneo. Pocos son los que no han reflexionado en los beneficios que el género humano reportó de este descubrimiento, que puso en claro la verdadera figura de la tierra, desmintió las opiniones erróneas respecto de la no existencia de los antípodas, la inhabitabilidad de la zona tórrida é incomunicación de las dos templadas. Desde aquella época no hay mar que no sea navegable, ni región inaccesible.

Este inmenso continente extendido de Norte á Sur casi de polo á polo, presentó al naturalista una multitud de seres nuevos del reino vegetal y animal; al físico y al geólogo cadenas colosales de montañas levantadas por el fuego subterráneo y abundantes en metales preciosos con que se ha enriquecido el mundo, y los climas y las producciones reunidos de las zonas más diversas; al filósofo, la raza humana y las lenguas en los grados y situaciones más favorables para el estudio de la especie. La astronomía náutica, la geografía física, la geología de los volcanes, las ciencias todas cambiaron de aspecto entonces; y puede decirse que nunca, desde el establecimiento de las sociedades, la esfera de ideas relativas al mundo exterior se había engrandecido tánto. No hay exageración en asegurar que fué en aquella época cuando el hombre acabó de tomar posesión de los dominios que el Creador le señaló en la tierra, y que, por tanto, el descubrimiento de América puede considerarse como el más grande acontecimiento de los tiempos modernos.

No entra en nuestro plan seguir á Colón en los tres primeros viajes, ni escribir su vida, tan llena de vicisitudes; sólo nos ocuparemos, después de haber echado esta rápida ojeada á aquella época memorable, en narrar lo que dice relación con el descubrimiento del territorio que hoy comprende la República de

---

jera, que logró sentarse por algún tiempo en el trono de la magnánima Isabel, y que pretendía fundar otro para una descendencia de equívoco y casi espurio origen.

Nueva Granada, que ocupa la posición más importante de la América meridional, y que se extiende de las orillas del Orinoco á las costas del grande Océano por diez y siete grados de longitud, y desde uno á trece grados de latitud, con cerca de doscientas leguas de costas en el Atlántico.

Este país abraza dentro de sus límites el istmo de Panamá, y su agricultura produce los frutos de todas las zonas y de todos los climas. En él existen los únicos criaderos de platina conocidos en América, las minas más importantes de oro, y la sola mina de esmeraldas que hoy se explota en el mundo. Goza de paz y de las instituciones más liberales. El respeto más profundo y más arraigado de la propiedad es un dogma reconocido por sus habitantes, que brindan la hospitalidad á los que quieran trasladar su capital y su industria á aquellas regiones afortunadas, cuyos moradores están resueltos á rechazar toda reforma que inscriba la fuerza brutal en sus banderas, y á no admitir sino las mejoras que se introduzcan por medios legales y pacíficos.

Es de esperar que este ensayo sirva de estímulo á algún escritor distinguido que quiera dedicarse más tarde á ofrecernos la historia antigua completa de este territorio, que hasta aquí no ha tocado ningún historiador moderno.

Sala de Patrimonio Documental

COMPENDIO HISTORICO

DEL

DESCUBRIMIENTO Y COLONIZACION

DE LA

NUEVA GRANADA

EN EL SIGLO DECIMOSEXTO

CAPÍTULO I

Colón descubre las costas del istmo de Panamá.—Trata con los naturales.—Carácter de éstos.—Obstáculos para la primera colonia que intenta fundar.

Mas Cristóbal Colón el almirante,
Que no se contentaba con lo hecho,
Llevó sus velas muy más adelante
Pensando de hallar algún estrecho
Que para mar del Sur le diese vía,
Aunque para naves no lo había.

(*Elegías de varones ilustres de Indias por* J. CASTELLANOS, *cura de Tunja*).

Cristóbal Colón descubrió la primera tierra del Nuevo Mundo el día 12 de Octubre de 1492. Las extensas, ricas y pobladas islas Antillas absorbieron toda la atención del célebre navegante durante su primero y aun en el segundo viaje, que se verificó el año siguiente de 1493. En el de 1498 emprendió su tercer viaje, que lo condujo al descubrimiento de la isla de Trinidad y costa de Paria, en tierra firme. Diversas circunstancias le impidieron por entonces continuar descubriendo hacia el poniente, y desde la isla de Margarita se volvió á la de Santo Domingo (1).

---

(1) Gonzalo Fernández de Oviedo, Gomara y Castellanos, historiadores primitivos, aseguran que en este viaje llegó Colón hasta el *cabo de la Vela*, al cual dicen puso este nombre por haber visto por la primera vez en sus inmediaciones una canoa de naturales á la vela. Mas ni D. Fernando Colón, que escribió la vida de su padre con los manuscritos y diarios de sus navegaciones á la vista, ni Pedro Mártir, escritor contemporáneo y de mucha fe, ni el coronista Herrera, que copió á Fray Bartolomé de las Casas, hacen mención de tal circunstancia. Todos ellos convienen, por el contrario, en que el almirante Colón terminó sus descubrimientos en este viaje en Margarita. Esta opinión ha sido adoptada por los más graves historiadores de los tiempos modernos, Robertson, D. Juan B. Muñoz, que tuvo á su disposición todos los archivos de la monarquía española, D. Martín Fernández Navarrete y últimamente Mr. Irving, en su vida de Colón. No carece de interés para los granadinos el esclarecimiento de este punto histórico.

Por Mayo del año de 1502, después de su prisión y persecuciones, dió Colón la vela desde España para su cuarto y último viaje, con el intento de buscar el estrecho que juzgaba debía existir, á fin de llegar á la porción conocida de la India Oriental. Tocó antes en Santo Domingo, sin que se le permitiera guarecerse siquiera en el puerto que pocos años antes había descubierto, y siguió luego en solicitud de la tierra firme. Llegó primero á la isla Guanaja, frente al cabo Casinas, que hoy llaman de Honduras. El 14 de Septiembre descubrió el cabo Gracias á Dios, que forma la extremidad de las costas de Nueva Granada por esta parte. Navegaba Colón por aquella costa al este con vientos y corrientes contrarios, obligado á fondear todas las noches para no perder en la oscuridad lo que había ganado en el día, cuando, al doblar este cabo, observó con la mayor satisfacción que la dirección de la costa cambiaba del este al sur, lo que le ofrecía la ventaja de poder seguir su exploración con viento favorable. A esta circunstancia debió el cabo su nombre, y es uno de los pocos lugares que conservan el que Colón les dió al descubrirlos, pues por una rara fatalidad, no sólo no tomó el nuevo continente el nombre de su descubridor, sino que aun se han cambiado á la mayor parte de los sitios los nombres que el Almirante les impuso en la época del descubrimiento.

Continuó su viaje la flotilla, que se componía de cuatro embarcaciones pequeñas (carabelas) la mayor de setenta toneladas, evitando los bajos que abundan en aquella costa. El 16 del mismo mes de Septiembre envió el Almirante dos botes á la boca de un río para hacer agua y leña, y habiéndose perdido el uno con la reventazón del mar en la barra del río y ahogádose la gente, le dió el nombre de río de la *Desgracia* ó del desastre.

El día 25 fondeó la expedición en cierta isla que los indígenas llamaban Quiriviri y Colón Husita, á más de legua y media de distancia de Cariay, población que estaba situada á las márgenes de un gran río (probablemente San Juan de Nicaragua). Acudieron en gran número los naturales á la curiosidad de los forasteros. Venían armados de arcos, flechas y dardos de palma negra con espinas fuertes de pescados en las puntas; otros traían picas y macanas, y todos andaban desnudos, excepto hacia la cintura, que llevaban envuelta en telas de algodón blancas y encarnadas. Los hombres con los cabellos crecidos y atados al rededor de la cabeza, y las mujeres con el pelo cortado. Algunos traían planchas de oro bajo (guanin) y otros, joyuelas del mismo metal colgadas al cuello.

Colón dispuso que fueran los botes á llevar regalos á los indígenas, mas con orden expresa de que ningún castellano saltara en tierra, así por temor de alguna emboscada, como por evitar un choque y consiguiente matanza de naturales, lo cual podía retraerlos del trato con los españoles, privándole así de adquirir las noticias que solicitaba de aquellas tierras. También ordenó que nada recibieran de los naturales en cambio de los presentes, de lo cual maravillados estos y temiendo quizá que los vestidos, gorras y cascabeles, etc., que habían recibido con-

tuvieran algunos hechizos, después de haber consultado entre sí, convinieron en volverlo todo á la orilla del mar, en donde lo encontraron los marineros al día siguiente cuando regresaron á la playa.

No se conformaba, sin embargo, aquella pobre gente con ver que los españoles se mantuvieran por dos días en sus naves sin desembarcar, á pesar de las señas con que los convidaban desde tierra. Así fué que se decidieron á enviar como en rehenes dos jovencitas á cargo de un anciano que, enarbolando una bandera blanca, las trajo á los botes. Presentadas á Colón, éste las trató con la mayor consideración, y vestidas y ataviadas las hizo desembarcar inmediatamente. Mas al otro día los naturales restituyeron cuanto se dió á las muchachas, y habiendo desembarcado el adelantado Bartolomé Colón, hermano del Almirante, con un escribano para asentar las noticias que se adquirieran, y cuestionados por señas algunos naturales, al ver estos sacar el papel y las plumas y comenzar á escribir, pensaron ser aquello todo encantamiento, y huyeron la mayor parte á los bosques.

Bartolomé Colón, internándose para reconocer el país, encontró una casa más grande que las demás, con algunas sepulturas en donde conservaban embalsamados y sin ningún mal olor varios cadáveres. Tenían éstos cubierta cada sepultura con tablas, y esculpidas en ellas imitaciones de animales, y en una de ellas la figura del difunto. Semejante costumbre, que hasta aquí no había observado Colón en ninguna de sus viajes anteriores, le dió una idea ventajosa de aquellos habitantes. En efecto, el arte con que conservaban los cadáveres en un clima tan caliente y húmedo, en donde, como después veremos, aun las provisiones más secas de los españoles se corrompían, manifestaba un grado de industria algo más adelantado que el de los insulares. Aquí se tomaron dos indígenas á fin de que sirvieran de intérpretes en el resto del país que se proponía recorrer Colón. Mucha consternación causó entre los naturales la noticia de que los españoles se llevaban dos de entre ellos. La costa vecina se llenó de individuos que venían á ofrecer armas, joyas, telas y cuanto poseían en rescate de los presos. Cuatro indígenas se presentaron como diputados ó embajadores para tratar del rescate de sus compañeros, llevando á las naves entre otros presentes un cerdo montés vivo. Colón los despidió con presentes de cosas de Castilla, haciéndoles entender como pudo que llevaba aquellos dos individuos solo para que le sirvieran de guía por algunos días, y que luégo les daría la libertad, é inmediatamente el 5 de Octubre se partió de aquellos parajes que se conocen ahora con el nombre de costa de los Mosquitos.

La hermosura y lozanía de la vegetación de unas islas que se veían en el ángulo que forma la costa para tomar de nuevo la dirección al poniente, decidieron á Colón á penetrar en el golfo que hoy llaman bocas del Toro. En las ramas de los mangles y hobos de frutos dorados se enredaba la jarcia de los buques, tan profundos y seguros eran los canales que daban entrada al golfo. A los mayores llamaban los naturales Cerabora y Aburema. En

uno de los puertos de aquellas islas (archipiélago de las Bocas del Toro ó bahía del Almirante), estaban surtas veinte canoas, y los indígenas andaban desnudos y pintados de colores, con ciertas planchas de oro fino colgadas al cuello. Estas fueron las primeras muestras de oro puro que los españoles vieron en aquella costa, y que les hicieron también cometer la injusticia de prender á dos naturales que rehusaban trocar sus adornos de oro por cosas de Castilla; lo que prueba que la pretensión de traficar por la fuerza tiene precedentes bien antiguos en la historia de América. Veintidós ducados pesaba el adorno de que fué despojado uno de aquellos naturales, y catorce el del otro. Todos los habitantes, así de las islas como de la tierra firme, aseguraban sin discrepancia que aquel metal se sacaba de algunos sitios al poniente, á uno de los cuales llamaban Veragua, y tan grabado quedó aquel nombre en las mentes de los descubridores, que prevaleció sobre el recuerdo de las horribles penalidades que sufrieron en este viaje, como adelante se verá, y por las que se llamó entonces aquella costa *costa de los Contrastes* y luego Costa Rica y costa de Veragua, y duque de Veragua es el título con que se reconocen en España los descendientes de Colón.

El 17 de Octubre continuó éste su viaje y llegó á la boca del río *Guaiga*. Centenares de indígenas se arrojaron al mar blandiendo sus armas para embestir á los botes con los castellanos que iban á desembarcar. Estos se mantuvieron á cierta distancia de la playa para dar lugar á que se aplacara la furia de los indígenas, que arrojaban agua del mar, mascaban yerbas y las escupían á los marineros. Por fin, sin embargo, al ver la conducta pacífica de los castellanos, se aquietaron y redujeron á cambiar, aunque con alguna repugnancia, sus planchas de oro, como patenas, por las frioleras de Castilla de que no hacían mucho caso. Estos indígenas tenían varios instrumentos bélicos como atambores, bocinas y caracoles con que hacían mucho ruido. Al día siguiente se manifestaron de nuevo los naturales en actitud de guerra, procurando impedir á los castellanos que desembarcaran, mas á los primeros tiros de cañón y de arcabuz que se hicieron de los buques y barcas, se dispersaron y volvieron después sin armas, aunque no trocaron sino tres planchas, diciendo que no habían venido preparados á comerciar, sino á pelear.

Impaciente Colón de continuar su viaje de exploración, hizo levar las anclas de la boca de este río, y navegando pocas leguas surgieron las naves cerca de otro río considerable llamado Cateba. Por todos los bosques y playas vecinas se oía el sonido de los instrumentos de guerra que convocaban á los indígenas á defender la tierra, más habiendo venido una canoa á bordo con algunos de estos, y entendido que no se trataba de hostilizarlos, consintieron en trocar su oro por cascabeles, cuentas y demás artículos de rescate.

Los españoles bajaron á tierra y observaron dos cosas que les parecieron dignas de recuerdo; la primera, que el jefe de estos indígenas, que aquí como en casi toda esta costa se llamaba Qui-

bí, no se distinguía de los demás sino en que se precavía de la lluvia que no cesaba de caer (era el mes de Octubre) con una grande hoja de árbol en forma de paraguas, y la segunda el haber visto un fragmento de mezcla que parecía hecha de piedra con arena y cal, que fué el primer indicio de edificio de mampostería que se halló en América. No se descuidó Colón en tomar de ello muestras para llevar á España. Continuó luego su viaje tocando en Cobrara y Cubiga, ríos en cuyas bocas no se halló población. En este último río, según decían los indígenas de Cariay, terminaba la tierra de oro. Más Colón ni se detuvo ni quiso volver atrás á visitar cinco pueblos que se habían visto sobre la costa, como se lo pedían sus compañeros ansiosos de traficar con los habitantes. Más noble objeto impulsaba al Almirante en su viaje. Pocas leguas después entró á un puerto que por su hermosura y comodidad nombró Portobelo (el nombre le ha quedado), cercado de habitaciones que se levantaban en forma de anfiteatro. Siete días permanecieron allí á causa del mal tiempo, hasta el día 9 de Noviembre, que se apartaron las naves de tierra por la primera vez, con gusto general porque no habían hallado otra cosa que cambiar sino algunas provisiones y algodón hilado. Solamente ocho leguas navegaron hacia el levante, porque los vientos contrarios y las borrascas los forzaron á volver atrás y á guarecerce cerca de unas islas pequeñas inmediatas á la costa, á fin de reparar las naves abiertas ya por todas partes con la violencia de los temporales. La abundancia de víveres y la multitud de sementeras de maíz que se veían así en las islas como en la tierra firme opuesta, hizo que llamaran este asilo *puerto de los Bastimentos*. El 23 de Noviembre salió de aquí la expedición, navegando otra vez hacia levante por tres días en que sufrieron tanto por el mal tiempo, que Colón se decidió á esperar algunos días en un pequeño puerto en donde se refugiaron y en donde apenas cabían los cuatro buques, pero tan profundo, que no fué necesario echar las anclas, sino que con cables se amarraron á los árboles de tierra. Este puerto recibió el nombre de puerto del *Retrete*.

La facilidad para desembarcar á todas horas, aun sin permiso de los superiores, relajó la disciplina de las tripulaciones durante los nueve días que allí permanecieron, de tal modo, que los indígenas que al principio venían voluntariamente á traer provisiones y á traficar con sus huéspedes, se cansaron finalmente de las rapiñas y violencias de los marineros, y se declararon en abierta hostilidad contra la expedición. Acudieron los habitantes de las tierras comarcanas á combatir á los forasteros, y llegaban hasta cerca de las naves á disparar sus flechas, de manera que Colón, que al principio había mandado disparar algunos tiros de cañón solo con pólvora para amedrentarlos, viendo que no se lograba el objeto, antes bien crecían los clamores y amenazas, se halló en la necesidad de permitir que les dirigieran algunos tiros con bala. El estrago producido por la artillería retrajo á los indígenas, que según Colón eran de los mejor formados que hasta entonces había encontrado, de alta estatura y sin los vientres cre-

cidos y contrahechos tan comunes en la mayor parte de los habitantes de las islas y costas visitadas antes.

Los vientos constantes de levante, junto con la alta mar, que formaban un continuo temporal contra el cual no podían luchar tan frágiles embarcaciones, navegando la costa arriba al oriente, arrancaron por fin á Colón la resolución de desistir de su proyecto de buscar el estrecho que él persistía en creer firmemente debía encontrarse. Esta resolución no habría sido tan penosa para el anciano Almirante, al haber sabido que dos años antes, unos aventureros llevados por la codicia de traficar habían llegado hasta estos parajes recorriendo toda la costa desde Paria, como se verá en el capítulo 2.º (1).

Quiso por lo menos, ya que no llevaba á la Corte la noticia de haber encontrado el canal marítimo de comunicación, satisfacer el ansia de riquezas llevando muestras abundantes y una descripción exacta de las minas de Veragua. Con el fin de emprender esta exploración salió del Retrete el día 5 de Diciembre, y volviendo las proas al occidente navegó con viento tan fresco en popa, que aquel mismo día llegó á Portobelo, diez leguas al poniente, y al siguiente continuó su viaje hacia Veragua.

Empero duró poco la fortuna de gozar de viento favorable,

---

(1) No sin fuertes razones me he decidido á adoptar una opinión contraria en este punto á la del señor Navarrete, respetable autoridad que ha hecho vacilar á Mr. Irving en su Historia de Colón.

1.ª El único navegante que había llegado antes que Colón hasta esta costa por opuesto camino, que fué Rodrigo Bastida, no volvió á España hasta después de la salida de Colón para su cuarto y último viaje, y aunque en Santo Domingo podía saberse el derrotero de Bastida, á Colón no se le permitió desembarcar en aquella isla ni entrar en el puerto.

2.ª Según D. Fernando Colón, hijo del Almirante, que acompañó á su padre en este viaje, él no renunció á continuar la exploración en solicitud del canal, sino porque sus bajeles no podían ya remontar por la costa, por estar comidos de broma. No es probable que hubiera omitido anotar una razón tan plausible que hacía inútil toda investigación ulterior.

3.ª Porras, que se rebeló contra Colón en este viaje cuando llegaron á Jamaica, y cuya relación, parcial y errónea en muchas circunstancias, ha sido, sin duda, el fundamento de Oviedo para emitir la opinión que combato y que el señor Navarrete adoptó, dice: "En algunas cartas de navegar de algunos marineros juntaba esta tierra con la que había descubierto Ojeda y Bastidas." Si esto fuera verdad, ¿por qué el clamor general cuando más tarde Colón, para echar la travesía á la Española, hizo remontar hasta San Blas su nave? Todos ellos decían que ya saldrían del otro lado de Santo Domingo, y que trataba de llevarles directamente á España, cuando apenas pudieron arribar á Jamaica.

4.ª Colón dice, en la carta en que da cuenta á los Reyes de su viaje, que se habría quedado en Veragua sin el temor de que nunca más aportarían navíos por allí. Al haber sabido que Bastida había llegado hasta estas inmediaciones, no debía dudar que sobrarían naves que continuarían aquella exploración. Colón añade: "Ninguno hay que diga debajo cuál parte del cielo está Veragua. Cuando yo partí de ella para volver á la Española, los pilotos creían venir á parar á la isla de San Juan, y fué en tierra de Mango, 400 leguas más al poniente de donde decían. Respondan si saben á dónde es el sitio de Veragua." Fácil habría sido hallarlo, y no se hubiera atrevido el Almirante á lanzar este reto, si hubiera sabido el término del viaje de Bastida. Pudiera añadir otras consideraciones para aclarar este punto, si no creyera que son suficientes las que llevo expuestas.

porque luego se declaró un torbellino de vientos opuestos de todos los puntos del compás, y tal era la furia del mar y de las tempestades, tal la oscuridad, que no les permitía verse los unos á los otros, ni acogerse á puerto alguno, ni seguir viaje para ninguna parte. Durante quince días estuvieron los míseros navegantes entre la vida y la muerte confesando sus pecados á gritos. El estrépito de los truenos era tan cercano, que muchas veces creyeron que algunos buques disparaban su artillería pidiendo auxilio; la lluvia tan continua y abundante, que no había nada seco á bordo de las embarcaciones. Cierto día observaron una manga de agua que amenazaba echar á pique las naves, la que conjuraron, conforme á la costumbre de aquellos tiempos, reci tando el Evangelio de San Juan. Por colmo de desgracias la humedad y el calor habían corrompido de tal manera las provisiones que les quedaban después de un viaje de ocho meses, que algunos marineros esperaban la noche para comer la sopa del bizcocho con el objeto de no ver los gusanos que en ella hervían. Dos días de calma les dieron algún descanso, y la muchedumbre de tiburones que acudieron al rededor de los buques, les proporcionó pesca abundante.

El día 17 de Diciembre lograron entrar en un puerto y se sorprendieron al ver los habitantes alojados en las copas de los árboles. Atribuyeron esta costumbre al temor de animales feroces ó al de tribus enemigas, y no á su verdadera causa, que era la inundación de los ríos y ciénagas. Salieron de nuevo al mar el 20 á ser otra vez juguete de los vientos y borrascas, que no les dejaron un instante de reposo hasta que llegaron á la boca del río *Belén*, que los indígenas llamaban *Kicbra*, en las inmediaciones del río de Veragua, el día 7 de Enero del año siguiente de 1503. El Almirante hizo sondear las barras de ambos ríos, y se convenció de que no había agua para que los buques entrasen en el de Veragua y sí en el de *Belén*, adonde primero envió algunos botes, los cuales entraron á una población situada en las orillas del río á poca distancia de la boca. Allí supieron que no distaban mucho las minas de oro, pero les costó algún trabajo persuadir á los naturales que no venían á hostilizarlos, aunque al fin consiguieron que dejaran las armas y cambiaran sus alhajas de oro por cuentas, campanillas y por cidra, bebida de que gustaban mucho. También se proveyeron abundantemente de pescado del que se acoge al río en ciertos tiempos.

Fondeados allí, permanecieron todo el mes de Enero, aunque no exentos de peligro, porque el 24 creció tan repentinamente el río y con tanta violencia, que rompieron las amarras los buques y se chocaron los unos contra los otros, sufriendo alguna avería. Colón creyó haberse originado esta creciente súbita en la cadena alta de montañas que se divisaba en lo interior y que él llamó de San Cristóbal. Entre tanto el adelantado D. Bartolomé Colón había subido el río de Veragua hasta cerca de las habitaciones del Quibio ó jefe de aquellas gentes, el cual salió á recibirle con mucha cortesía y señales de amistad, le trajo algunos presentes y admitió otros que le hizo el Adelantado, regresando

éste á las naves y aquél á su pueblo. Al día siguiente bajó el Quibio á visitar al Almirante que le hizo algunos presentes, y los naturales que con él vinieron recibieron también cascabeles y otras cosillas á trueque de las planchitas de oro que traían para rescatar.

Ya para entonces había resuelto Colón dejar á su hermano con la mayor parte de la gente á fin de que fundaran una colonia y volver á España á dar cuenta de sus descubrimientos y á enviar auxilios y más pobladores al establecimiento. La violencia de los temporales en el mar afuera no permitieron al Adelantado salir con los botes á reconocer por la costa y ríos de las inmediaciones, el sitio más á propósito para fundar la población, hasta el 6 de Febrero, en que con sesenta y ocho hombres embarcados en los botes, salió costeando una legua al occidente, y entrando por el río Veragua como legua y media, hallaron una población en donde desembarcaron, y tomando noticias y guías se dirigieron á ciertas minas de oro, para llegar á las cuales hubieron de vadear un río cuarenta y cuatro veces, á pesar de no distar este sitio sino como tres leguas de la población. Dos horas solamente permanecieron en el lugar en donde les indicaron los indios sacaban el oro, y en tan corto espacio de tiempo, sin más instrumento que las manos, cada castellano encontró, buscando entre las raíces de árboles altísimos que allí había, algunos granos del metal en cuya solicitud andaban pasando tantos trabajos y necesidades. Deseosos de participar á sus compañeros tan alegres nuevas, volvieron á dormir el mismo día al pueblo de Veragua y al siguiente á las naves. Entendieron después que las minas que habían visitado no eran las de Veragua, que estaban más cerca y adonde no quisieron conducirlos los naturales, que por orden de su Quibio los habían llevado á las minas de *Urirá* con cuyas gentes estaban enemistados.

Descubiertas las minas, no quedaba otra cosa que hacer sino elegir el sitio más cómodo para el establecimiento de la colonia. Con este objeto emprendió una nueva expedición el Adelantado el 26 de Febrero por la costa al occidente con más de sesenta hombres por tierra y catorce en un bote. A siete leguas de distancia de la boca del río Belén y por consiguiente después de pasado el Veragua, hallaron la embocadura del Urirá, en cuyas cabeceras habían visto las minas. Los españoles fueron recibidos de paz por los naturales que mascaban cierta yerba seca y un polvo terroso mientras duró la entrevista (1). El Quibio de Urirá con los veinte indios que le acompañaban condujo los españoles á su pueblo en donde fueron alojados en una casa capaz y con suficiente provisión de mantenimientos. Allí vino á visitarlos el Quibio de *Dururi*, jefe de una tribu numerosa. Todos los naturales cambiaron á la gente del Adelantado el oro que poseían, y

(1) Quizás es esta la vez primera que observaron los españoles la costumbre de estimular los órganos del gusto con una materia alcalina mineral y una sustancia vegetal astringente y aromática, costumbre que después se halló tan extendida en todo el nuevo continente, y que aún se conserva entre muchos indígenas.

por medio de los intérpretes le dieron razón de que toda aquella tierra estaba poblada hacia el interior, y que á mucha distancia había gente vestida y armada como los castellanos. Estas noticias inducían á Colón á pensar que se hallaba en el continente de la India oriental. Es probable que estas noticias vagas de pueblos más civilizados se referían á los mexicanos ó quizá á los peruanos. D. Bartolomé Colón despachó la mayor parte de su gente á las naves en vista de la acogida pacífica y hospitalaria que se le hacía, y continuó su viaje con solo treinta hombres, hasta Cateba, muy cerca de las Bocas del Toro, pasando por los extensos campos cultivados de Yubraba, en donde viajaron seis leguas por entre sementeras de maíz.

Como mientras más se alejaban de Veragua, más escaseaba el oro, y que en toda aquella costa no vió el Adelantado río más considerable que el de Belén, resolvió volver á ponerlo en conocimiento del Almirante, como lo hizo, tornando por el mismo camino que había traído, cargada su escolta de bastante oro del que habían cambiado en el tránsito á los naturales. Lo que hizo sin duda decir al Almirante, en la carta que escribió á los Reyes á su regreso desde Jamaica, que había visto más oro en la costa de Veragua en dos días que en la isla Española ó Santo Domingo en cuatro años.

Resolvió el Almirante, de acuerdo con su hermano, que se fundase la población en las orillas del río de Belén, á poca distancia de su embocadura en el mar, y comenzó á trabajarse activamente en cortar la madera para levantar las casas y la palma para cubrirlas. Fabricaron diez casas grandes para habitaciones y una mayor que debía servir de almacén de guerra y de boca. Entre los ciento cuarenta hombres que tripulaban los cuatro buques, se escogieron ochenta para fundar la primera colonia que se intentó establecer en la tierra firme del Nuevo Continente y que un acto inaudito de violencia y de injusticia debía hacer abortar. Por jefe de ella dejó el Almirante á su hermano D. Bartolomé Cólon, el cual, temeroso de que en la ausencia de las naves lo atacaran los naturales, recurrió para precaverse á un estratagema escandaloso y repugnante en vez de emplear los más suaves y más seguros de que solía usar el Almirante. Este arbitrio, puesto en práctica después con buen resultado por los castellanos en México, Perú y Bogotá, tuvo esta vez consecuencias fatales á los pobladores europeos. Consistía en prender al jefe á fin de desconcertar y someter á los súbditos. El día 30 de Marzo fué personalmente el Adelantado con setenta y cuatro hombres á las casas del Cacique ó Quibio, y lo prendió sin resistencia alguna con más de cincuenta personas de su familia entre mujeres, hombres y niños. Dejó atrás su gente oculta en la selva, y se adelantó solo con cinco hombres so pretexto de visitar al Quibio. Este salió á recibirlo á la puerta de su habitación sin sospecha alguua. Allí fué asido por el Adelantado y entregado á los suyos, que acudieron de tropel y rodearon las casas á fin de que no se escapase nadie. Conducidos á los botes á pesar de los gritos y lágrimas de las mujeres, y de que ofrecían traer cuan-

to oro pudieran recoger para rescatarse, y atados de pies y manos á las argollas de las barcas, remaron apresuradamente los marineros con su presa hacia las naves que debían llevar á España esta desdichada familia.

Como el Adelantado permaneció recogiendo cuantas alhajas de oro tenía el Quibio en su casa, y que pesaron 300 ducados (1), y dando las órdenes consiguientes para perseguir á los fugitivos, encomendó los presos y particularmente el Quibio al piloto Juan Sánchez, que prometió dejarse pelar las barbas si le permitía escaparse. Acercábase ya la noche, y los botes á la boca del río, y de tal modo se lamentaba el Quibio por el dolor que le causaba la estrechez de las cuerdas que lo ligaban al bote, que Sánchez movido á compasión lo desató, quedándose sin embargo con la extremidad de la cuerda en las manos, á tiempo que el Cacique se precipitó con tanta fuerza al río, que temiendo el piloto ser arrastrado, hubo de soltarlo. Inútiles fueron las diligencias que se hicieron en solicitud del Quibio, que no es probable que atado como estaba, hubiera podido nadar hasta la orilla. Recibidos los demás á bordo de las naves, y habiendo crecido el río Belén, salieron estas desalijadas mar afuera á fin de recibir provisiones, leña y agua con qué emprender su viaje de vuelta á la Española. Entre tanto, indignados los naturales por el acto insigne de felonía de sus huéspedes, ó incitados por el Quibio si acaso salvó, cosa que no llegó á averiguarse, atacaron de sorpresa las casas de la colonia, favorecidos por la espesura de la selva que no se había tenido la precaución de desmontar, y aunque rechazados por el Adelantado, que quedó herido con siete castellanos más en la refriega, no se dispersaron los indígenas ni huyeron á mucha distancia, sino que permanecieron en las inmediaciones en actitud hostil.

Por su parte el Almirante envió al capitán Tristán á hacer agua y leña en el río. Este oficial llegaba con su bote á la población cuando la asaltaban los naturales, y no se atrevió á desembarcar y tomar parte en el combate, temiendo que si abandonaba su embarcación, los indígenas la tomarían, quedándose entonces el Almirante sin comunicación con los que estaban en tierra y sin poder emprender su viaje. Mas luego abandonó aquella prudente resolución y siguió río arriba á coger agua donde esta deja de estar mezclada con la del mar. Los indígenas, emboscados en las orillas del río, lo cercaron por todas partes; y aunque él y su gente se defendieron valientemente, no pudieron resistir á la multitud, y todos, con excepción de uno que logró escaparse,

---

(1) Un ducado de aquel tiempo es equivalente, según el señor Clemencin, á cerca de ocho pesos fuertes, y un castellano sería equivalente á once pesos de hoy. Recuérdese que según Robertson, en el siglo XVI° el valor efectivo del peso fuerte, es decir, la cantidad de trabajo que él representa ó lo que puede comprarse con él, era de cinco á seis veces mayor que en nuestros días. Según Mr. Irving, por una onza de oro solo se tenía entonces tres veces más trabajo ó alimento que hoy, y cuatro veces más por una onza de plata. Entonces una onza de oro valía solamente doce onzas de plata.

y dar aviso al Adelantado, perecieron miserablemente, y sus cadáveres bajaron por el río seguidos de bandadas de cuervos, triste espectáculo que completó la desesperación de la colonia. Al punto habrían abandonado la tierra cuantos españoles quedaban, á haber tenido en qué embarcarse para salir al mar, mas la nave vieja que les había quedado, estaba enteramente inútil. Resolvieron, pues, á fin de ponerse á cubierto de otra sorpresa, abandonar la población y acampar en sitio abierto hacia la playa, atrincherados con los barriles y cajas de provisiones, entre tanto que, calmando el tiempo y la reventazón del mar en la boca del río, podían enviar alguna canoa al Almirante avisándole su triste situación. Ignoraba éste en qué consistía la tardanza de su bote, y aunque la atribuía al mal tiempo, no dejaba de estar inquieto, cuando un suceso inesperado le hizo concebir nuevos temores por los compañeros que habían quedado en tierra. Encerrábase á los indígenas presos de la familia del Quibio por la noche en la bodega de uno de los buques, y para mayor seguridad algunos marineros dormían sobre la escotilla. Desesperados aquellos de verse privados de su libertad, amontonaron una noche las piedras del lastre, y trepando sobre ellas empujaron fuertemente la escotilla, y se lanzaron á la cubierta y de esta al mar, con el fin de salvarse á nado hasta la playa que distaba casi una legua. La tripulación del buque impidió que muchos ejecutasen su designio, encerrándolos de nuevo y asegurando con su cadena la escotilla. Al levantarla la mañana siguiente contemplaron los españoles con estupor el más horroso espectáculo. Todos los presos, hombres, mujeres y muchachos, se habían ahorcado, valiéndose de las cuerdas que hallaron á la mano, y como el puente no era suficientemente alto, algunos hubieron de ahorcarse arrodillados, y otros tirando el cordel hasta con los pies. Semejante acto de coraje y de desesperación hizo la más profunda impresión en Colón y en sus compañeros, aislados en la más angustiosa posición, sin noticia de la suerte del Adelantado y sin atreverse á enviar el único bote que les quedaba (1). Por fin, un andaluz, llamado Ledesma, se ofreció á ir nadando á la playa, desde donde el bote no pudiera avanzar por la violencia de las olas que se estrellaban contra las rocas. Así se ejecutó, encontrando en un com-

---

(1) Este fué uno de los días más crueles para Colón, y su grande alma desmayó de congoja, como lo manifiesta en la carta que escribió á los Reyes desde Jamaica, la cual contiene el famoso sueño ó visión, de que copiaremos un pasaje: " Solo (dice) en costa tan brava, con fuerte fiebre en tanta fatiga, la esperanza de escapar era muerta; subí así con trabajo á lo más alto, y llamé socorro á todos cuatro vientos, más nunca me respondieron. Cansado me dormecí gimiendo; oí entonces una voz piadosa que decía: ¡Oh estulto y tardo en creer y en servir á tu Dios, Dios de todos! ¿Qué más hizo él por Moisés ó por David sus siervos? Desde que naciste siempre él tuvo de ti muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que él fué contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias que son parte del mundo tan rica, te las dió por tuyas, tú las repartiste á donde te plugó y te dió poder para ello. De los atamientos de la mar Océana que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dió las llaves y fuistes obedecido en tantas tierras, y de los cristianos cobrastes tan honrada fama, etc."

pleto motin á los de la colonia, y resueltos á que si el Almirante persistía en abandonarlos, embarcarse en la nave carcomida que tenían y perecer ahogados antes que de hambre ó á manos de sus irritados enemigos. Resolvió, pues, recogerlos y abandonar el proyecto de colonia. Embarcáronse, pues, todos, luego que calmó el tiempo, dejando por despojo á los indígenas el casco de uno de los buques.

Colón conoció que debía navegar otra vez al levante á fin de tomar altura para echar la travesía á la isla de Santo Domingo, aunque los pilotos se imaginaban estar ya por el meridiano de las islas de Barlovento. En Portobelo se vió forzado á dejar otro de los buques, que ya no podía navegar por estar taladrado por dondequiera de la broma abundantísima en aquellos parajes. Ya para entonces, disfrutando de más favorable estación, pudo seguir la costa hasta algunas leguas al Oriente del golfo de San Blas, y por consiguiente más de veinte leguas de donde había llegado en el mes de Diciembre. El día 1.º de Mayo de 1503 dijo Colón el último adiós á la tierra firme del Nuevo Mundo, y tomando la dirección del nordeste, creyó que podía ir á descansar á Santo Domingo, en tanto que su suerte adversa lo llevó á sufrir un año más de penalidades en la isla de Jamaica, adonde el objeto de nuestra relación no nos permite seguirle.

Antes de terminar este capítulo, recopilaremos lo que nos refieren los historiadores de aquel viaje, sobre los usos y costumbres de las tribus de indígenas que visitó Colón, omitiendo las que se han mencionado ya en el curso de la narración.

Los pueblos de la raza litoral del istmo, que fueron los únicos conocidos en este viaje, se alimentaban principalmente de pescado, que recogían con redes fabricadas de cabuya, fique ó pita (fibras de la agave americana) y con anzuelos sacados de las conchas de las tortugas. Como en ciertas épocas del año abunda mucho el pescado en las bocas de aquellos ríos, acostumbraban tostarlo envuelto en hojas grandes para conservarlo el resto del año. También se dedicaban á la cacería de ciervos y cerdos monteses, mas el producto de la caza no les proporcionaba muchos recursos, por estar muy agotados los animales silvestres por el número considerable de habitantes de que estaba poblada aquella costa entonces. Cultivaban grandes sementeras de maíz y algunas raíces nutritivas, lo cual, junto con el pescado, formaba la base principal de sus alimentos. Con el mismo maíz y con el jugo de las piñas preparaban bebidas fermentadas. Tenían además el vino de las palmas y otro licor que fabricaban con el mamey, fruto abundante allí.

El algodón se producía espontáneamente en toda la costa, gracias á la benignidad del clima, más no no lo usaban sino para tejer fajas angostas con que se cubrían los órganos de la generación. Llevaban el cuerpo pintado de negro y colorado, y los más guerreros orlada la cabeza de una guirnalda fabricada de garras de tigres y leopardos. Habitaban en cabañas cubiertas de palma y situadas en los lugares más altos á orillas de los ríos, y no formando poblaciones, sino á alguna distancia las unas de las otras.

Las diversas tribus vivían en perpetua guerra entre sí, y tenían lenguaje diferente, aunque con muchas palabras comunes. Eran valientes y esforzados, y tenían en mucha estima á los que habían sacado de los combates cicatrices ó señales en el rostro, á los cuales llamaban *capia*. Parecían muy supersticiosos, y creían en hechizos. En el curso de esta historia se notarán algunos otros usos, que Nicueza, Balboa y varios descubridores observaron posteriormente.

CAPÍTULO II

Descubrimiento de las costas de la Nueva Granada desde el cabo Chichibacoa hasta el golfo de Urabá, por Ojeda y Bastidas.—Nicueza y Ojeda son nombrados gobernadores de este territorio, que se divide en dos porciones.—Nueva Andalucía y Castilla de Oro.—Ojeda es derrotado por los indígenas de Turbaco, y escapa solo.—Fúndase y desampárase la villa de San Sebastián de Urabá.—Tristes sucesos de la expedición de Nicueza.—Fúndase la Antigua del Darién.

And.... (here) the Spaniards, for the first time were taught to dread the inhabitants of the New World.—(Robertson, *History of America*, libro 3.°, p. 229).

El Obispo de Palencia, J. Rodríguez Fonseca, que estaba especialmente encargado en España del Gobierno de las regiones nuevamente descubiertas en América, comunicó al Capitán Alonso de Ojeda, su protegido, la carta y diarios de la navegación de Colón á la costa de Paria, que éste había remitido á la corte desde Santo Domingo. Con tales datos, y animado del espíritu de aventura que caracterizaba á este joven y atrevido soldado, que acompañó á Colón en su segundo viaje á las Antillas, armó y alistó, en Mayo de 1499, cuatro embarcaciones, tomando por compañeros al experto piloto vizcaíno Juan de la Cosa, y á Américo Vespucci, cosmógrafo de Florencia, que vió entonces por la primera vez el Nuevo Continente que por un extraño concurso de circunstancias debía llevar un día su nombre (1). Corrieron

---

(1) El Barón de Humboldt, en el 5.° tomo de su *Historia de la Geografía del Nuevo Continente*, discute con profunda erudición y con aquella sagacidad que lo caracteriza, la inocencia ó culpabilidad de Américo Vespuchi (Vespuci ó Vespucci), respecto del nombre de *América* dado al Nuevo Continente, y creemos que no es posible resistir á la evidencia de los hechos que aduce, y que prueban que el cosmógrafo florentino no tuvo parte en la injusticia que el mundo hizo á Colón. Ocho años después de la muerte de Vespucci apareció la primera carta con la denominación de *América* dada al Nuevo Continente, según algunos años antes lo había propuesto un oscuro matemático de Lorena, Hylacomilo; y no hay prueba alguna de que en sus cartas y viajes originales se hubiera atribuido Vespucci el título de primer descubridor. Hoy los habitantes de la América antes inglesa se lla-

con viento favorable Ojeda y sus socios, puesto que en sólo veintisiete días se trasladaron á la costa de Paria y bocas del Orinoco, y de allí continuaron su navegación por toda la costa hasta el Cabo de la Vela (1), tocándole así á Ojeda la suerte de descubrir las costas más orientales del territorio que hoy abraza Nueva Granada, como le tocó en el mismo viaje la de dar también el nombre á Venezuela por la circunstancia de haber visto una población aislada dentro del mar, que le recordó la situación de Venecia.

Siendo el objeto principal de este viaje, no el fundar poblaciones, sino cambiar los avalorios, cascabeles y otras bujerías á que tanta afición habían mostrado los indígenas del Nuevo Mundo, por oro y perlas, no se detuvo Ojeda en cada paraje sino lo muy preciso para hacer su tráfico, é inmediatamente volvió á Santo Domingo y de allí á España en Junio de 1500, con algún oro, perlas y palo Brasil.

En 5 de Junio de 1500 se dió licencia á Rodrigo de Bastidas, natural de Sevilla y de oficio escribano, para ir á descubrir á su costa con dos naves por el mar Océano, y salió en efecto de Cádiz en Octubre, acompañado del piloto Juan de la Cosa, que acababa de volver con Ojeda. Llegó á Venezuela, tocó en el cabo de la Vela, término de los anteriores descubrimientos; fué el primero que recorrió las costas del río de Hacha y de la ensenada de Gaira, rescatando el oro y perlas que hallaba, pero manejándose con prudencia y humanidad, calidades raras en los aventureros que hacían entonces este tráfico. No se manifestó entonces, dice un historiador, lo belicoso y fiero de los habitantes de aquel distrito, acaso porque no se les dió motivos de temor ó desconfianza. Por Marzo de 1501 se vió en peligro de zozobrar en las bocas de un gran río que llamó de la Magdalena, quizás por haberlo descubierto el día en que la Iglesia celebra la conversión de esta Santa. Siguió luégo á Galera Zamba, Cartagena, las islas Barú y San Bernardo, la Fuerte y Tortuguilla; entró en la bahía de Zispata y río Sinú, en el golfo de Urabá, dobló después el cabo Tiburón y terminó su viaje en las costas del istmo, adonde, por opuesto rumbo, hemos visto que más tarde llegó Colón.

En Enero de 1502 verificó Ojeda su segundo viaje á Costa

---

man exclusivamente americanos, y con este nombre comienzan á reconocerse en Europa. Gustosos debemos abandonarles los demás habitantes del Nuevo Mundo este título, porque basta que haya sospecha de usurpación en él, para que no se lo disputemos.

(1) Aunque el Padre Juan de Castellanos atribuye falsamente á Colón el descubrimiento de este cabo, son dignos de citarse sus versos en relación con el descubrimiento, porque dan razón del nombre:

Al tiempo que venían navegando
Y de la costa con algún desvío,
Vieron aqueste cabo blanqueando
Que parecía vela de navío.
Después que ya se fueron allegando
Al desengaño de él y de su bajío,
El *cabo de la Vela* se le puso
Por la similitud de aquel uso.

Firme con intención de poblar, y con título de Gobernador de Coquivacoa, mas ciertas tropelías que le atrajeron las hostilidades de los indígenas, y disputas con sus asociados Vergara y Ocampo, no permitieron que se llevara á efecto la tentativa. Algunos suponen que estos sucesos pasaron en Bahía Honda, y otros más al oriente de la costa de la Goajira; lo cierto es que Ojeda fué conducido con grillos á Santo Domingo por los compañeros, y después á España, en donde se justificó de las acusaciones de sus enemigos.

Siguiendo el orden cronológico, habríamos debido hacer antes mención de estos viajes, que del de Colón, de que se ha tratado en el capítulo 1.°, mas creímos que era justo dar esta muestra de respeto á la memoria del descubridor de nuestro continente, sin contar con que el Almirante se proponía en su viaje un fin más noble y calculado para promover el bien del género humano.

Muerta la Reina D.ª Isabel, á cuyos sentimientos humanos y ánimo generoso la posteridad hace cada día más justicia, (1) y escaseando ya los pocos adornos de oro y las perlas que las tribus salvajes de las islas y costas de Tierra Firme poseían, las naves aventureras procedentes de Santo Domingo y otras regiones se dieron al salteamiento de los mismos indígenas, enajenando sus voluntades con actos de piratería inauditos, llevándolos por centenares en esclavitud para trabajar la tierra y las minas de la isla de Santo Domingo. Todo lo descubierto hasta entonces en América se convirtió en un vasto mercado de esclavos, y sólo algunas tribus más belicosas defendieron su libertad con la punta de sus flechas envenenadas. La exuberante y enérgica vegetación de la zona tórrida les ofrecía las únicas armas con que lucharon contra las que la civilización había puesto en manos de los españoles. Así, desobedecidas ó eludidas las sabias y benéficas ordenanzas de la difunta Reina, la obra de la colonización se dilató, y la de despoblación hizo tan rápidos progresos, que al cabo de algunos años desapareció casi enteramente la raza indígena en las islas y costas del Continente, porque parece que la libertad es un elemento esencial para la vida del habitante del Nuevo

---

(1) Esta célebre Reina falleció el miércoles 26 de Noviembre de 1504. En carta escrita por Pedro Mártir al Obispo de Granada el mismo día de su muerte, se lee lo siguiente: "La pluma se me cae de las manos al dar á V. S. esta triste nueva. El mundo ha perdido su más noble joya. España, que ha sido conducida en la carrera de la gloria tantos años por nuestra difunta Reina, no es la única nación que debe llorar su pérdida, sino toda la cristiandad, que ha perdido en ella el espejo de todas las virtudes, el amparo de los inocentes y la espada que castigaba á los criminales. No conozco ninguna persona de su sexo, en los tiempos antiguos ó modernos, que pueda parangonarse con esta mujer incomparable."

No sabía entonces el docto y elegante escritor que América debía llorar esta Reina con lágrimas de sangre. Así, la vista de la caja de plomo que contiene sus restos en la capilla real de Granada, ha causado la más viva emoción al que escribe estos renglones, y conservará religiosamente una partícula de este féretro, reliquia más preciosa para un americano que cualquiera recuerdo de Napoleón, Federico II ú otra de las celebridades históricas con que se enriquecen las colecciones de los curiosos.

Mundo. Y es de notarse en honor del carácter de éste, que jamás se vieron las guerras entre las tribus de América que el tráfico de esclavos ha engendrado en Africa, con el objeto de abastecer los mercados de los europeos.

Pasaron algunos años sin que se pensase en fundar establecimientos en Tierra Firme, hasta que en el de 1508 el mismo capitán Alonso de Ojeda, ayudado de Juan de la Cosa y Diego Nicueza, cortesano rico, avecindado en la isla de Santo Domingo, solicitaron simultáneamente que se les permitiese, mediante ciertas concesiones, establecerse de asiento en aquellas costas. A Ojeda se le concedió la Gobernación de toda la costa desde el cabo de la Vela hasta el golfo de Urabá, á la cual se dió la denominación de Nueva Andalucía. Juan de la Cosa debía acompañarle como lugarteniente y alguacil mayor. Ojeda se comprometía á construir cuatro fortalezas en su distrito y á pagar al Rey, él y sus compañeros, el quinto de cuanto ganaran en aquellas regiones, quedándoles la libertad de volver á España á gozar de la fortuna que hubieran adquirido.

A Diego Nicueza le cupo la Gobernación de Castilla de Oro, nombre que se dió á las costas más occidentales desde el golfo de Urabá al cabo de Gracias á Dios, con las mismas cargas y privilegios. Uno y otro trajeron el siguiente requerimiento que debían hacer á los indígenas, el cual fué mandado redactar al doctor Palacios Rubios, recibiendo la aprobación de una Junta de los más doctos teólogos y canonistas de España:

«Yo, Alonso de Ojeda, criado de los muy altos y muy poderosos reyes de Castilla y de León, domadores de las gentes bárbaras, su mensajero y capitán, vos notifico y hago saber como mejor puedo, que Dios Nuestro Señor, Uno y Eterno, crió el cielo y la tierra y un hombre y una mujer, de quienes vosotros y nosotros, y todos los hombres del mundo, fueron y son descendientes procreados y todos los que después de nosotros vinieren: Mas por la muchedumbre de generación que de estos ha procedido, desde cinco mil y más años que ha que el mundo fué creado, fué necesario que los unos hombres fuesen por una parte y los otros por otra, y se dividiesen por muchos reinos y provincias, porque en una sola no se podían sustentar y conservar. De todas estas gentes, Dios Nuestro Señor dió cargo á uno que fué llamado S. Pedro, para que de todos los hombres del mundo fuese Señor y superior, á quien todos obedeciesen y fuese cabeza de todo el linaje humano, do quier que los hombres estuviesen y viviesen, y en cualquier ley, secta ó creencia; y dióle á todo el mundo por su servicio y jurisdicción; y como quiera que le mandó que pusiese su silla en Roma como en lugar más aparejado para regir el mundo; también le prometió que podía estar y poner su silla en cualquiera otra parte del mundo y juzgar y gobernar todas las gentes, cristianos, moros, judíos, gentiles y de cualquiera otra secta ó creencia que fuesen. A este llamaron Papa, que quiere decir admirable mayor, padre y guardador, porque es padre y gobernador de todos los hombres. A este santo padre obedecieron y tomaron por señor, rey y superior del uni-

verso, los que en aquel tiempo vivían y ansimismo han tenido á todos los otros que después de él fueron al pontificado elegidos, y ansí se ha continuado hasta ahora, y se continuará hasta que el mundo se acabe.

«Uno de los pontífices pasados que he dicho, como señor del mundo, hizo donación de estas islas y Tierra Firme del mar Océano á los católicos reyes de Castilla, que eran entonces D. Fernando y D.ª Isabel de gloriosa memoria, y á sus sucesores, nuestros señores, con todo lo que en ellos hay, según se contiene en ciertas escrituras, que sobre ello pasaron, según dicho es, que podéis ver si quisiéredes. Así que Su Majestad es rey y señor de estas islas y Tierra Firme, por virtud de la dicha donación y como á tal rey y señor, algunas islas y casi todas á quien esto ha sido notificado, han recibido á Su Majestad y le han obedecido y servido y sirven como súbditos lo deben hacer, y con buena voluntad y sin ninguna resistencia, y luego sin ninguna dilación, como fueron informados de lo susodicho, obedecieron á los varones religiosos que les enviaba para que les predicasen y enseñasen nuestra santa fe; y todos ellos de su libre y agradable voluntad, sin premio ni condición alguna, se tornaron cristianos y lo son; y Su Majestad les recibió alegre y benignamente, y ansí los mandó tratar como á los otros sus súbditos y vasallos: y vosotros sois tenidos y obligados á hacer lo mismo. Por ende, como mejor puedo, vos ruego, y requiero, que entendáis bien en esto que os he dicho y toméis para entendello y deliberar sobre ello, el tiempo que fuere justo, y reconozcáis á la Iglesia por señora y superiora del universo mundo y al sumo pontífice llamado Papa, en su nombre, y á Su Majestad en su lugar como superior y señor rey de las islas y Tierra Firme por virtud de la dicha donación: y consintáis que estos Padres religiosos os declaren y prediquen lo susodicho: y si ansí lo hiciéredes, haréis bien y aquello que sois tenidos y obligados, y Su Majestad, y yo en su nombre, vos recibirán con todo amor y caridad y vos dejarán vuestras mujeres y hijos libres, sin servidumbre, para que de ellas y de vosotros hagáis libremente todo lo que quisiéredes y por bien tuviéredes, como lo han hecho casi todos los vecinos de las otras islas. Y allende de esto, Su Majestad vos dará muchos privilegios y exenciones y vos hará muchas mercedes; si no lo hiciéredes, ó en ello dilación maliciosamente pusiéredes, certifícoos que, con el ayuda de Dios, yo entraré poderosamente contra vosotros, y vos haré guerra por todos las partes y maneras que yo pudiere, y vos sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y de Su Majestad, y tomaré vuestras mujeres é hijos y los haré esclavos, y como tales los venderé y dispondré de ellos como Su Majestad mandare; y vos tomaré vuestros bienes y vos haré todos los males y daños que pudiere, como á vasallos que no obedecen ni quieren recibir á su Señor y le resisten y contradicen. Y protesto que las muertes y daños que de ello se recrecieren, sean á vuestra culpa y no de Su Majestad ni nuestra, ni de estos caballeros que conmigo vinieron. Y de como os lo digo y requiero, pido al presente escribano que me lo dé por testimonio signado.»

Nos ha parecido conveniente copiar íntegro este importante documento, como lo hicieron Herrera y Robertson, así porque él sirvió de modelo á los futuros conquistadores, como porque da bien á conocer el carácter de la época.

Casi dos años dilataron los aprestos de estas expediciones en España y en la isla de Santo Domingo, contrariadas, en esta última, á cada paso por la autoridad del segundo Almirante D. Diego Colón, hijo del descubridor, que sostenía que con ellas se faltaba á las capitulaciones celebradas por los Reyes católicos con su padre; además de que Ojeda y Nicueza estuvieron á pique de venir á las manos por el señalamiento de los límites de sus respectivos territorios, hasta que Juan de la Cosa los puso de acuerdo conviniendo en dejar el río del Darién por lindero común. Mas Ojeda, envidioso de Nicueza, porque éste, como más rico y destinado á Veragua, tierra que tenía mucha fama de tal, había acertado á reunir doble número de gente y naves, no cesó de provocarle y hostilizarle hasta que dió la vela á primeros de 1510 para Calamar, en donde pensaba fundar la primera población y fortaleza.

Cierra la bahía de Cartagena, que así habían llamado aquel puerto por su semejanza con el de Cartagena en España, una isla que los naturales llamaban Codego. En sus inmediaciones desembarcó Ojeda. Pero los indios, á pesar del requerimiento hecho por ante escribano, no se mostraban obedientes ni dóciles, sino que rehusaban acercarse á los españoles. Ojeda probó por algunos días los medios suaves sin fruto alguno, pues las violencias y ultrajes de que habían sido víctimas en las visitas de los diversos aventureros, particularmente de Cristóbal Guerra, que en años pasados había tomado á muchos por esclavos, los hacían desconfiados y temerosos de alguna celada. Al fin cedió el nuevo Gobernador á sus naturales inclinaciones; y haciendo un desembarco arremetió á los indios, prendió á sesenta, quemó ocho que se defendían al abrigo de una casa, y corriendo tras del botín y pillaje, se internó persiguiendo á los fugitivos hasta el pueblo de Yurbaco, hoy Turbaco, que encontró desamparado de sus habitantes, los cuales habían puesto en salvo sus familias y cuanto tenían de más precioso. Los castellanos se dispersaron á merodear, acto en el que fueron sorprendidos por los indios, y después de un combate sangriento en que las mujeres de Turbaco peleaban al lado de sus maridos y padres, quedaron tendidos en el campo setenta castellanos y entre ellos Juan de la Cosa, sin haberse escapado otro que Ojeda, que bajó por entre el bosque á la costa y al que recogieron, casi moribundo del cansancio y de la necesidad, las barcas que andaban en la bahía.

Semejante derrota y mortandad sumergieron en el estupor y la consternación á Ojeda y á los compañeros que le habían quedado. Veían ellos que iban á habérselas con gente más belicosa que la de las islas, y que su tarea no sería tan fácil como se la habían figurado. En tan tristes circunstancias, dice Benzoni, *ecce Nicuesa supervenit Liburnicæ unius, septem caravelarum, etc., cum amplius septingentis militibus, provinciam suam petens.* En efec-

to, despachado más tarde Nicueza se presentó en Cartagena con su escuadra, y temeroso Ojeda de que quisiese vengar agravios pasados, no se atrevió á visitarle. Mas Nicueza, sabedor del desastre de Ojeda, se mostró generoso y le ofreció el auxilio de todas sus tropas, entre las cuales había algunos de á caballo. Los indios de Yurbaco fueron sorprendidos á su turno al amanecer del día siguiente, y rodeado é incendiado el pueblo, muchos prefirieron perecer en las llamas á morir en manos de los castellanos, que no dieron cuartel ni perdonaron la vida á nadie, cualquiera que fuese su sexo ó edad. Removiendo después las cenizas, encontraron algunas alhajas de oro que se distribuyeron, y retirados á las naves, se decidió Ojeda á navegar más al poniente á fin de buscar un sitio más propicio para establecerse. Detúvose en la Isla Fuerte, tomando á los habitantes que encontró como esclavos y quitándoles las alhajas de oro que poseían. En esta vez parece que se omitió la formalidad del requerimiento. Penetrando después en el golfo de Urabá, escogió en la costa oriental la falda de unos cerros para edificar su fortaleza. Allí desembarcó, y en cortos días quedaron las estacadas del fuerte concluídas y hechas treinta habitaciones pajizas. Llamóse esta población San Sebastián de Urabá, y como los indígenas de toda esta costa eran de la raza belicosa de los Caribes, comedores de carne humana, la prudencia aconsejaba á Ojeda que procurase ganarlos, tratándolos bien para no exponerse á ser hostilizado permanentemente. El contrario partido se adoptó, y cada día se hacía alguna excursión en el interior para cautivar los indios y robarlos. En una de ellas fué derrotado Ojeda por el jefe de una tribu, llamado Tirufi ó Tiripí, cuyo pueblo atacaron los castellanos. Muchos soldados murieron y los demás se retiraron al fuerte, de donde no atreviéndose ya á salir, comenzaron á sufrir hambre y enfermedades, á pesar de haber recibido una embarcación cargada de víveres que trajo B. Talavera de Santo Domingo y que pronto se consumieron. Conociendo los indios que tenían sitiados á los españoles en su fuerte, que el más temible por su valor y agilidad era el jefe de éstos, le tendieron una emboscada con mucha sagacidad, en la cual fué herido malamente de una flecha envenenada, cosa para la cual los españoles no habían descubierto remedio todavía. Ojeda se hizo cauterizar la herida con hierros incandescentes y se salvó después de padecer mucho. En este estado se ofreció á partir para Santo Domingo á buscar auxilios, prometiéndole los compañeros que lo esperarían cincuenta días; pasados éstos, desampararían aquella costa si no volvía. La nave en que iba Ojeda, no pudiendo remontar, arribó á un paraje despoblado y cenagoso de la isla de Cuba. Aquí fué obligado á abandonar la embarcación y á caminar á pié con increíbles penalidades. Pasó á Santo Domingo algunos meses después, en donde acabó muy pronto su vida en la miseria este antiguo compañero de Colón y uno de los más briosos capitanes de entre cuantos se distinguieron en la época del descubrimiento. Le faltó sin embargo el espíritu de orden y el sentimiento de justicia, sin lo cual no hay organización posible.

Transcurridos dos meses después de la partida de Ojeda, los sesenta españoles que habían quedado bajo el mando de Francisco Pizarro (el mismo que después adquirió tanta nombradía como conquistador del Perú) resolvieron embarcarse para Santo Domingo en dos pequeñas embarcaciones que tenían; la una zozobró cerca de la Isla Fuerte, pereciendo cuantos la tripulaban á vista de los de la otra, que no pudieron socorrerlos. A poca distancia de Cartagena hallaron dos naves del bachiller Enciso, que venía de Santo Domingo á auxiliar á Ojeda con gente, armas y vituallas. Este, á pesar de sus ruegos y de que le ofrecían dejarle cuanto oro habían podido recoger en tantos meses de trabajos, con tal que los dejara seguir su viaje, los obligó á volver atrás y á servirle de guías para tomar posesión de la fortaleza que había construído Ojeda.

Con el fin de reparar una barca entraron en la bahía de Cartagena, y habiendo adquirido los indios la certidumbre de que no venían allí Ojeda ni Nicueza, por medio de un castellano que había aprendido algunas palabras del idioma de aquella costa, y dícholes que no traían intento de hostilizarlos, como que solo se ocupaban en adobar su bote sin desembarcar sino la gente necesaria para aquel objeto, no solo no los molestaron, sino que les llevaron voluntariamente maíz y otros víveres, sin recibir nada en cambio, lo que manifiesta bien claro que el natural de aquellas gentes no era tan feroz como se quiso hacer creer para cohonestar las violencias de algunos traficantes. Si Ojeda, como tenía valor y actividad, hubiera tenido también paciencia y método para manejar los indios, y firmeza para impedir las rapiñas de sus subordinados, no hay duda que desde entonces hubiera fundado permanentemente una población en Cartagena que habría servido de escala para el descubrimiento de lo interior, como sirvió diez y seis años más tarde Santa Marta.

Siguió el bachiller Enciso la costa abajo y aportó á las inmediaciones del río Zenu, en donde las muestras abundantes de oro que traían los indios colgadas como adornos, le hicieron olvidar la política de conciliación adoptada en Cartagena; ordenó, pues, al mismo intérprete que le había servido antes, que les hiciese y explicase á los indígenas reunidos el consabido requerimiento. Gomara, uno de los historiadores primitivos, inserta en su libro la respuesta de los indios que es la siguiente: «Que les parecía bien lo de un Dios; más que no querían disputar ni dejar su religión; que debía ser muy franco de lo ajeno el Santo Padre, pues daba lo que no era suyo, y que el Rey debía ser muy pobre, pues enviaba á pedir desde tan lejos lo poco que ellos tenían, y muy atrevido, pues amenazaba á quienes no conocía.» Requirióles muchas veces que lo recibiesen y entrasen en comunicación con él, que de no, los mataría ó tomaría por esclavos, y no haciéndole caso los acometió, saqueó el pueblo y cautivó muchos, aunque no sin pérdida, pues murieron flechados dos Españoles. Algunos sostienen que esta entrada del bachiller Enciso al Zenu no aconteció hasta el año de 1514, por orden de Pedrarias Dávila.

Llegado Enciso á San Sebastián de Urabá, halló que los Indios habían arrasado la fortaleza y casas, y para aumento de desgracia perdió la nave más grande, que encalló á la entrada del puerto, ahogándose los animales de cría, semillas, armas y mantenimientos de que venía cargada. Allí permanecieron algunos días alimentándose con palmitos y cerdos monteses. Probaron á hacer una entrada en la tierra, mas el arrojo de tres Indios que los acometieron disparando sus saetas y huyendo alternativamente, burlándose así de las armas de los españoles en aquellos bosques, les hizo conocer que, si Ojeda con trescientos soldados no había podido mantenerse allí, mucho menos ellos, puesto que los indios permanecían hostiles; y por consejo de Vasco Núñez de Balboa, que había recorrido antes con Rodrigo Bastidas toda aquella cósta, acordaron pasarse al otro lado del golfo, en donde aseguraban que la tierra era más abundante y los indios menos belicosos. De este modo fué abandonada definitivamente San Sebastián de Urabá, la segunda población que se intentó establecer en la costa firme, como lo había sido la que quiso fundar el almirante Colón en Veraguas. Trescientos cuarenta años han trascurrido desde entonces, y sin embargo, las tribus salvajes que habitan las márgenes del golfo del Darien y las de la costa de la Goajira, son las únicas que han conservado su independencia. La degradación, la servidumbre y la mezcla con las otras razas han destruído las demás. En estas se conservan con el lenguaje muchos rasgos del carácter primitivo y de las creencias y hábitos de los antiguos habitantes, como nos los describen los historiadores. Hoy todavía los indios Cunas y Caimanes, que así se llaman ahora los que habitan el golfo, tienen sus sacerdotes, que son médicos y adivinos, y aun se pintan el cuerpo de diversos colores, hombres y mujeres, mas han reemplazado casi enteramente el arco y las flechas con las escopetas inglesas que adquieren en cambio del carey, que con el cacao forman sus artículos principales de comercio. De todas las palabras que el autor de este *Compendio* oyó á los indios durante una residencia de algunos días en aquellos parajes en 1820, ninguna ha encontrado en los pocos nombres propios, de que hacen mención los coronistas. Con excepción de *Carela*, nombre que se conserva á un río y á un cacique en la costa occidental del golfo, las demás denominaciones son posteriores á la época del descubrimiento (1).

La gente que cupo en las dos pequeñas embarcaciones que quedaron al bachiller Enciso, y que fueron como cien hombres, se dirigió, como hemos dicho, á la banda occidental del golfo, dejando ochenta españoles en Urabá, mientras mandaban á llevarlos. A las inmediaciones del río del Darién descubrieron un pueblo considerable. Los habitantes, poniendo en salvo sus familias, acudieron á la playa en número de 500, armados de arco y flechas y en actitud hostil. Resolvió Enciso arriesgarlo todo,

---

(1) Estos indios tienen palabras en su lengua para contar hasta ocho y son quencheco, pogua, pagua, paquegua, atale, nergua, anvege, cugule.

antes que exponerse á perecer de hambre, y haciendo un solemne voto á Santa María la Antigua de Sevilla, de diputarle un peregrino que á nombre de todos visitase su santuario, y edificarle además una capilla en la casa del cacique que se distinguía de todas las demás, desembarcaron en buen orden, y amparados de grandes y sólidos escudos de madera que la experiencia les hacía llevar para guarecerse de las flechas envenenadas, de cuyas heridas, por pequeñas que fuesen, nadie escapaba, dieron sobre los indios, que viendo que sus armas arrojadizas no ofendían á los invasores, sin mayor resistencia se dieron á huir, abandonando las casas en las que hallaron los hambrientos españoles suficiente provisión de maíz, yucas y granos de cacao. Al día siguiente salieron río arriba, y con gran contento encontraron, en un cañaveral á orillas del río, cuantos muebles y alhajas los indios habían llevado á esconder, y que consistían en vasos y utensilios de barro y madera, ropa de algodón perteneciente á las mujeres que no acostumbraban aquí andar enteramente desnudas, y prendas de oro fino, sobre cuya suma varían mucho los historiadores; algunos hablan de dos mil libras, otros de cincuenta mil castellanos, y finalmente Herrera con menos exageración dice que todo pesó diez mil pesos, cuya opinión adoptamos, pues no es probable que en una pequeña población, sin gran comercio con el interior del Chocó, se hubieran podido reunir considerables riquezas, sobre todo cuando el oro sólo se usaba en adornos. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que, satisfechos los españoles con el botín y la hartura después de tanta necesidad y pobreza, acordaron establecerse en aquel pueblo que, en cumplimiento del voto hecho, llamaron Santa María la Antigua del Darién, de que hoy no quedan ni vestigios, á pesar de haber permanecido muchos años habitada por españoles que se vieron obligados á abandonarla también con el tiempo por la insalubridad de su situación en terreno bajo y pantanoso. El cacique Cemaco, con toda la tribu que habitaba aquella población, se refugió en los bosques.

Las embarcaciones trajeron á los que habían quedado en San Sebastián, y ya se preparaban para nuevas entradas en la tierra, á tiempo que la discordia se introdujo en la pequeña colonia. Vasco Balboa acaudilló un motin, y Enciso fué privado del mando, eligiéndose regidores y alcaldes, empleos que recayeron en Balboa, Samudio y otros. Sin embargo, algunos opinaban que debían sujetarse á Nicueza, dentro de cuya gobernación se hallaban, y otros que á falta de Ojeda el bachiller Enciso debía gobernar mientras se proveyese por el Rey. Entretanto que por la irritación de los ánimos, y por estar los partidos equilibrados, nada podía resolverse, comenzaron á escasear de nuevo los alimentos, y habrían pasado las mismas necesidades que antes, sin la llegada de otra embarcación que en auxilio de Nicueza aprestó Rodrigo Colmenares, el cual salió por octubre del mismo año de 1510 de Santo Domingo con víveres y sesenta hombres, arribó á Gaira, en donde desembarcando sin precaución cuarenta y siete españoles para hacer agua y leña, fueron sor-

prendidos por los indios, que se habían emboscado, no escapando sino uno solo que se salvó nadando por haber hecho pedazos los indios los botes. Temeroso Colmenares de ser asaltado sin poder defenderse con los pocos soldados que le quedaban, dió la vela en la misma noche, y sin tocar en parte alguna llegó al sitio de Urabá pocos días después. Viendo destruído el fuerte y casas, rodeado de incertidumbre, hizo disparar la artillería de su nave y encendió en la noche grandes hogueras para avisar á los españoles si acaso estaban en alguna orilla del golfo, medida que le produjo buen resultado, pues los colonos de la Antigua respondieron con las mismas señales, por las que se siguió para ir á buscarlos y llevarles el oportuno socorro de provisiones de que estaban tan necesitados. La generosidad con que Colmenares distribuyó gratuitamente los víveres dió más peso á su voto, que era porque cesasen las disensiones y se sometieran á Nicueza, en cuya solicitud ofreció partir personalmente, como lo verificó luego que el mayor número así lo decidió, aunque contra el parecer de Balboa, que creyéndose superior á todos, repugnaba el sujetarse á otro. No pasó mucho tiempo sin que Colmenares y los dos diputados de la Antigua, que lo fueron el bachiller Corral y Diego Albites, observaran una pequeña embarcación que se les acercó y les dió noticias de las desgracias y paradero de Nicueza. Este desventurado cortesano, después de que salió de Cartagena, recorrió la costa del poniente del golfo, y á pocos días le asaltó una tempestad que dispersó todas sus embarcaciones. La mayor parte se refugiaron en la boca del río Chagres, que entonces llamaban de los Lagartos, por la multitud de caimanes que Colón había visto en él, mas la capitana corrió con viento en popa hasta más allá de la laguna de Chiriquí, en donde habiendo tomado lengua de que habían dejado á Veragua atrás, se resolvió Nicueza á volver sobre sus pasos con la esperanza de hallar el resto de la expedición cuya suerte le tenía cuidadoso. Quiso su desgracia y su falta de experiencia que entrara en un rio, y que pasando la avenida que había ofrecido agua suficiente á la carabela para entrar, la dejase en seco sobre la arena en medio del río, de donde á duras penas y por una cuerda pudo salvarse la gente con lo encapillado, abandonando la embarcación y caminando por la costa en busca de Veragua, sin saber donde quedaba, vadeando con trabajo los arroyos, ciénagas y lodazales que entraban en el mar, sin más auxilio que el bote que les servía para pasar en los lugares más profundos. Así aconteció en la laguna Chiriquí, en donde pasando de una tierra á otra, hallaron ser la segunda una isla, en la cual, desprovista de agua y casi de vegetación, los abandonaron cuatro marineros que robaron la barca y en ella se fueron á buscar el resto de las naves. Puede comprenderse bien cuál sería la situación del desgraciado Nicueza y sus compañeros, alimentándose de los pocos mariscos que la resaca dejaba en las playas, y bebiendo agua de pozos salobres, durante cerca de tres meses que permanecieron allí, tiempo en el cual murieron muchos y los restantes andaban arrastrándose de debilidad y fiebres, cuando fueron socorridos por una

embarcación que mandó Lope de Olano desde Chagres á virtud del aviso de los marineros de la barca, que llegaron allí al cabo de algún tiempo.

Era Lope de Olano el segundo ó lugarteniente de Nicueza, el cual, pasada la borrasca y reunidas las naves, no se curó de buscar al Gobernardor, sino de hacerse jefe de la colonia, y con éste fin tomó una barca grande y salió á explorar la costa. En ella naufragó, ahogándose catorce hombres y escapando Olano y otros á nado. Por fin entraron en el río de Belén y se establecieron en el mismo sitio de donde fué arrojado D. Bartolomé Colón. Lope de Olano dejó que las embarcaciones acabaran de perderse para quitar la tentación á sus compañeros de volver á la Española, tentación de que observaba ya señales tan claras, como que había sobrepujado á la codicia en una partida que, entrando al río de Veragua á traer muestras de oro, volvieron diciendo que nada habían podido encontrar, y que mejor les estaba tornarse á España, que perecer por el hambre y enfermedades en tierras tan desabridas.

No pudiendo ya desentenderse Lope de Olano de socorrer al Gobernador Nicueza, después del aviso de los marineros que habían perecido en la barca, los hizo salir en una carabela que había construído con la mejor madera de las otras, y en ella se embarcó Nicueza con el corto número de los que habían sobrevivido á tanta miseria. Llegado al río de Belén, hizo prender y juzgar como traidor á Lope de Olano, y le matara, si no fuera por los ruegos de los demás. Permaneció Nicueza algún tiempo en el río de Belén sin emprender cosa de consideración para descubrir en el interior, si ya no era enviar partidas á robar las sementeras de los indios y saquearlos, castigando con gran severidad á los que volvían al campo con las manos vacías. Acosados por la miseria y por las privaciones, expuestos al sol ardiente de los trópicos y á las emanaciones de los pantanos de que abunda aquella costa, las enfermedades hicieron estragos en esta mísera gente, que en breve quedó reducida á menos de la cuarta parte. Afligido Nicueza con tantos contratiempos, resolvió irse á buscar fortuna por la costa arriba, con los que cupieran en la carabela y dos embarcaciones más, dejando los otros bajo el mando de Alonso Núñez, su alcalde mayor. Errando por la costa desembarcaron en Portobelo, y tanto allí como en otros parajes, pelearon con los indios á quienes pretendían robar, y en estas refriegas murieron veinte. Al llegar al cabo de Mármol, última punta que descubrió Colón por esta Costa, y observando que con facilidad podría hacerse una casa fuerte, cansado por otra parte de vagar, y estando ya las embarcaciones para irse á pique, comidas de la broma, se determinó Nicueza á fundar en el Nombre de Dios, y así se llamó este lugar, que después se hizo célebre como punto de escala para el Océano Pacífico.

Por mudar de sitio no mudó la condición de los españoles, antes bien crecieron las miserias en tierra despoblada, obligados á traer los escasos víveres que podían procuraase desde Portobelo, y á trabajar así descaecidos y enfermos en la construcción

del fuerte, porque irritado el Gobernador con tan adversa suerte, se había convertido en tirano insoportable, que no guardaba consideración alguna. Mandó por los que habían quedado en el río de Belén, y reunidos todos, no pasaban de cien hombres. Algunos de estos fueron los que abordaron ahora la carabela de Colmenares y le refirieron largamente y con mucho llanto y aflicción cuanto hemos compendiado en pocos renglones, acortando la triste relación de los extremos á que se vieron reducidos hasta alimentarse con los cadáveres de los indios que solían encontrar, porque de esto se verán muchos ejemplos en el curso de esta historia.

Llegado Colmenares á Nombre de Dios, revivió Nicueza con las provisiones que le llevaron y sobre todo con la noticia del establecimiento de la Antigua, que era llamado á gobernar. Sin embargo, lejos de usar de la prudencia y circunspección que demandaban las circunstancias, declaró que todo el oro que habían adquirido los colonos de la Antigua era mal ganado, y que pretendía privarlos de riqueza que habían tomado sin su consentimiento dentro de los límites de su gobernación, lastimando así inconsultamente y para su perdición el lado más flaco de los Castellanos, sin reflexionar que á individuos que eran capaces de sufrir tan increíbles penalidades en solicitud de aquel metal, no les sería difícil sacudir los lazos de la subordinación por conservar el que habían adquirido. Ocho días anduvo Nicueza por el archipiélago de San Blas, cautivando y robando á los pocos indios que vivían en las islas y ejerciendo otros actos de soberanía en su gobernación, llevando la imprevisión hasta enviar delante de sí algunos de los que tanto había maltratado en Portobelo y Nombre de Dios, los cuales dieron la alarma en la Antigua manifestando las intenciones del nuevo gobernador y asegurando que era muy capaz de ponerlas por obra. Arrepentidos los habitantes de la Antigua de su resolución, acordaron no recibir á Nicueza. Así que cuando este apareció con sus sesenta compañeros, le fué intimado que no desembarcara, y á pesar de sus instancias y de que ofreció llegar, no como jefe, sino sometido como el último soldado, con tal de que no lo expusieran á una muerte segura á manos de los indios ó lanzado en el mar en embarcaciones podridas y sin víveres para la navegación de remontada hasta Santo Domingo, sordos á sus ruegos lo prendieron y ultrajaron, y al fin lo obligaron á embarcarse con diez y seis hombres que le fueron fieles en tamaña adversidad y quisieron correr con él un riesgo tan inminente de perecer. Como sucedió en efecto, pues, ó los tragaron las olas, como es probable, atendida la calidad de la embarcación, ó fueron muertos por los indios ó de hambre en alguna isla desierta, puesto que no volvió á saberse nada de ellos.

Tal fué el triste fin de una expedición de setecientos ochenta hombres, más numerosa que aquella con que Hernán Cortés se hizo dueño del vasto imperio de México. Diego Nicueza manifestó claramente su ineptitud en esta empresa. El coronista Herrera dice que Nicueza era hombre noble y había servido de

trinchante de D. Enrique Enriquez, tío del Rey Católico, y que pasaba además por gran cortesano, de buenos dichos, hombre de á caballo y tañedor de vihuela. No tuvo, como se ha visto, ocasión de ejercitar ninguna de estas habilidades en la costa silvestre y cenagosa del istmo, bautizada con el dulce nombre para los españoles, de *Castilla de oro*. En todo el año de 1510 perecieron más de mil hombres de Cartagena á Veragua del modo lamentable que hemos referido. Nicueza, Ojeda y Juan de la Cosa tuvieron igual fin, sin quedar en Santa María la Antigua sino cerca de doscientos castellanos, la mayor parte de los que condujeron Enciso y Colmenares posteriormente, pero en este puñado de hombres descollaban dos destinados á brillar por su temple de alma, su valor y su perseverancia entre los descubridores del Nuevo Continente; quiero hablar de Vasco Núñez de Balboa y Francisco Pizarro, cuyas hazañas se referirán en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO III

Bajo la dirección de Vasco Núñez de Balboa, adquiere la Antigua del Darién mucha importancia.—Descúbrese una parte del curso del río Atrato, y se sujetan los caciques de las orillas del golfo.—Balboa atraviesa el istmo y descubre el mar del Sur.—Vuelve cargado de oro y de perlas.

El mar profundo,
Naves aventureras,
Un ignorado mundo
A nuestra vista están: y en la alta proa
De la velera capitana quilla,
Con el pendón triunfante de Castilla,
Saludando al Darién Vasco Balboa.

DUQUE DE FRIAS.

Acosados de nuevo por el hambre los españoles después de la partida de Nicueza, y de que hubieron consumido cuantas provisiones trajo Colmenares, salieron hacia el poniente, en donde sabían moraba sobre la costa el cacique Careta, de quien exigieron víveres. Este les contestó como pudo que no tenía á la sazon ningunos, así porque á consecuencia de la guerra con su vecino el cacique Poncha ó Ponca, no habían podido coger los sembrados sus súbditos en tiempo oportuno, como por haber dado cuantos tenía á los castellanos que habían pasado por la costa en aquellos días. Nada satisfecho Balboa con esta respuesta, dió sobre el pueblo de sorpresa en la oscuridad de la noche, asesinó muchos indios que apenas se defendían, y prendió al cacique, sus mujeres y familia. Era cierto lo que el indio había asegurado, así que poco ó ningún auxilio lograron, pero Balboa hizo allí un hallazgo que fué el principio de su ventura, en dos españoles desertores de la expedición de Nicueza que, refugián-

dose cerca de Careta, habían sido tratados por este con la mayor humanidad, á que tan mal correspondieron sus compatriotas. Estos desertores, en más de un año, tuvieron tiempo para aprender el lenguaje de aquellos indios, y conocer su índole y costumbres, y de ellos recibió Balboa importantes noticias, entre las cuales se confirmó la de que no usaban saetas envenenadas, arma que los españoles temían más que todo, por los estragos hechos en Ojeda, Colmenares y sus compañeros.

A la sagacidad de Balboa no se ocultó que nada ganaba con mantener al cacique preso, y que mejor le estaría sacar partido de él, poniéndolo en libertad bajo la promesa de que obligaría á los indios de su tribu á hacer grandes sementeras, con cuyo fruto, cogido que fuese, Balboa ofrecía, por su parte, ponerse en campaña contra Poncha, enemigo de Careta, proponiéndose desde entonces aprovecharse de las enemistades de los indios en cuanto pudiese. Así lo exigió de Careta por medio de los intérpretes cuya adquisición le fué tan oportuna.

Puesto en libertad Careta cumplió religiosamente su promesa, pero mientras crecía el maíz, Balboa, que no podía avenirse partiendo el mando de la colonia con otros, logró persuadir á su colega Zamudio que fuese á España á dar cuentá de cómo habían vencido y sujetado muchas tribus de indígenas; del fin desdichado á que la incapacidad de Nicueza había traído la expedición, y á llevar los quintos de oro que hasta entonces habían tocado al fisco. Con Zamudio envió también á Valdivia á Santo Domingo provisto de oro para traerle auxilios de víveres, hombres, perros y armas. También se embarcó en la misma carabela el bachiller Enciso, á quien Balboa había prendido, y, confiscádole los bienes, so pretesto de haber ejercido las funciones de juez sin tener nombramiento real para ello.

Desembarazado de todos sus rivales, temido y respetado, por sus acciones, de indios y cristianos, Vasco Balboa se dedicó á empresas que le dieran fama con que cubrir los atentados que había cometido usurpando la autoridad y transformándose de prófugo por deudas que lo obligaron á salir ocultamente de Santo Domingo, en jefe de una colonia, gracias á la influencia que le proporcionó la superioridad de su valor y talentos sobre sus compañeros.

Tres meses del año de 1511 habían apenas transcurrido, cuando provisto Balboa por Careta de los víveres necesarios para la expedición, y acompañado de éste, salió de la Antigua y entró por el territorio de Poncha, el cual abandonó prudentemente sus habitaciones, que fueron saqueadas, hallándose algún oro y mucho maíz y raíces, lo que les sirvió de poco, pues no tuvieron cómo cargarlo á la villa por estar muy al interior las posesiones de Poncha. Para obviar este inconveniente, resolvieron visitar y sujetar primero todos los caciques cuyos pueblos no distaran mucho de la costa, y como supiesen que uno de los más poderosos era Comagre, allá se dirigió Balboa con cien soldados y Rodrigo de Colmenares, que entre los colonos del Darién era el segundo en fama, por haber militado en las guerras de Nápoles

y ser valiente, robusto, emprendedor y sufrido, calidades esenciales para aquel país y aquel tiempo.

Ya el anciano Comagre tenía noticia de la venida de los forasteros, y estando establecido de asiento en un valle ameno y cultivado, con aguas corrientes y árboles frutales, le dolía abandonar sus comodidades para entregarse á la vida de las selvas como habían hecho otros caciques, antes que tratar con los españoles. Resolvió, pues, de acuerdo con sus hijos, entre los cuales se señalaba por su cordura y buen entendimiento el primogénito Panquiaco, salir á recibir de paz á los castellanos y festejarlos en cuanto pudiera.

Quedaron sorprendidos éstos al llegar á las habitaciones de Comagre al ver que excedían en comodidad y decencia á cuantas hasta aquí habían hallado en las islas ó el Continente. La casa del cacique, separada de las del resto de la población, ocupaba todo el frente de una gran plaza de ciento cincuenta pasos por cada lado, rodeada de palmas juntas que ofrecían una sombra continua y muy grata en tan ardientes climas. La casa fabricada de fuertes maderos y cubierta de paja, formando al interior artesonados curiosamente construídos, tenía ochenta pasos de ancho y se componía de un gran salón que daba entrada por la derecha á la sala del cacique, la cual comunicaba con el cuarto de sus mujeres, y este con una espaciosa sala en donde estaban colocados en orden los cuerpos de los caciques antecesores de Comagre, el último su padre, todos bien conservados, secos al fuego y suspendidos de cuerdas al arrimo de la pared. Ningún mal olor se percibía en esta especie de panteón. Del lado opuesto y simétricamente á los aposentos de oriente, se entraba del salón común: 1.º al almacén de víveres, en donde había abundante provisión de pan de maíz, raíces, cocos y otros frutos secos: 2.º á la bodega de depósito de tinajas de barro llenas de licores fermentados de maíz, de palma y de otros frutos, y últimamente á la cocina que servía también de vivienda á los esclavos, cuya capacidad era igual á la de la sala de las momias del lado opuesto. Sirva esta descripción, quizá demasiado minuciosa, de ilustración á las costumbres de los jefes indios más adelantados en cultura de los que se encontraban en el istmo.

La comida, bebida y agasajos con que Comagre y su familia se esmeraban en contentar á sus huéspedes, no produjeron la mitad de la satisfacción que les ocasionó la vista de un considerable presente de cerca de cuatro mil castellanos de oro en pulseras, narigueras y otros adornos de que se despojaron por complacer á los españoles. Balboa, con su acostumbrada rectitud, hizo sacar allí mismo sobre la plaza el quinto del Rey, y distribuir lo demás entre todos. Una violenta riña se siguió entre los soldados por el modo de pesar en la balanza, que siempre llevaban de preferencia á cualquier otra cosa, de lo cual indignado Panquiaco arrojó con desprecio el oro, diciendo que era una vergüenza que quisieran matarse por alhajas que no apetecían sino para desbaratarlas, fundirlas y guardarlas sin adornarse con ellas, pero que si el ansia de recoger oro era lo que los había sacado

de su patria, y la que los obligaba á andar turbando é inquietando la paz de otros hombres, él les mostraría países en donde los vasos más comunes eran hechos de aquel metal, y en donde podrían juntar montones, capaces de satisfacer el apetito más insaciable, pero que para ello no bastaba la poca fuerza que llevaban, porque era preciso atravesar la cadena de montañas que á lo lejos se descubria, y en la cual habitaban tribus de caribes belicosos. Que sería menester mil hombres para ir hasta el otro mar, en donde verían gentes que navegaban á la vela y en buques grandes. El atrevimiento del indio le fué fácilmente disimulado con tan alegres nuevas. Vasco Balboa, trasportado de júbilo, no se cansaba de averiguar la distancia al otro mar, y se creía ya perdonado y dichoso si lograba descubrirlo. Apresuróse, pues, á volver á la Antigua con víveres y algún oro de la parte que, aunque pequeña, siempre reservaban para los enfermos y para los que se quedaban guardando el fuerte. A su llegada encontró á Valdivia que había regresado de Santo Domingo en una pequeña embarcación que, aunque corto, algún auxilio les ofreció, y le ordenó que se aprestase para volver por otros artículos de primera necesidad y á dar las lisonjeras noticias que en su última entrada habían adquirido. Llevó Valdivia quince mil pesos de los quinientos reales, sin las remesas que todos hicieron á sus familias en España.

Ni las necesidades de la colonia ni el carácter de Balboa le permitían estar ocioso. Determinóse, pues, á hacer otra correría para explorar la culata del golfo y los ríos que desaguan en él, salida tanto más indispensable cuanto que las copiosas lluvias de Noviembre y consiguientes avenidas habían destruído las sementeras, en cuya cosecha fundaban todas sus esperanzas. Dejando, pues, los enfermos, y un corto número de soldados para cuidarlos, se embarcaron Balboa y Colmenares en el único buque que tenían y en varias canoas de un solo tronco de árbol hechas por los indios, en las que ya estaban acostumbrándose los españoles á navegar. (1) Balboa entró por una de las bocas del río Grande, que hoy se llama Atrato, y Colmenares por otro río más distante, que creemos fuera el conocido actualmente con el nombre de río de León á Guacuba. A diez leguas de la boca de río Grande estaba situada la población que gobernaba el cacique Dabaibe, en donde se decía que se había refugiado Cemaco luego que los españoles lo arrojaron del sitio en que fundaron la Antigua del Darién. Los pobres indios pescadores, temerosos de los españoles, cuya fama no muy favorable les había llevado Cemaco, se escaparon precipitadamente á los bosques, dejando en poder de éstos cuanto poseían, que estaba reducido á redes, pescado seco, algunos vasos de barro y muebles rústicos, con una que otra joyuela de oro, todo lo cual por de contado fué cogido y embarcado por los castellanos, que se consideraron burlados no habiendo hallado mucho oro y cantidad de maíz y otros víveres de que

---

(1) Aun hoy los bongos que fabrican los indios de aquella costa son muy estimados, tienen quilla, y en ellos se aventuran mar afuera, á pescar tortugas en los bajos é islotes.

estaban muy escasos. Más afortunado Colmenares, fué recibido con su gente y provisto de algunos víveres por el cacique Turui, que no quiso huir. Vuelto al mar Balboa y asaltado de una borrasca, perdió las canoas y alguna gente, y reunido con Colmenares, resolvieron penetrar por el río Grande, divididos en dos partidas por cada orilla. A la primera isla del río dieron el nombre de isla de la Cañafístola, por haber encontrado tanta cantidad de ella, que pensaron morir de haber comido con exceso. No lejos de ella vieron un río que llamaron río Negro por el color de sus aguas, y es quizás el que lleva el nombre actualmente de río Sucio. En sus orillas hallaron un pueblo, cuyos habitantes abandonaron sus casas, y luego reunidos acometieron á los españoles cuerpo á cuerpo, sin más armas que macanas y lanzas de piedra, con que en breve experimentando lo cortante del filo de las espadas toledanas, fueron deshechos, y su cacique Abenamechey prisionero, á quien un soldado español, que había sido herido en la refriega, cortó después de preso un brazo, acción que le fué improbada por todos, y severamente reprendida por Balboa, que hizo curar al indio, el cual, luego que pudo, se fugó. Dejando en este pueblo la mitad de la gente que traía, con el resto en nueve canoas, continuó su viaje río Grande arriba; llegando por fin después de muchos días al sitio en donde sobre las copas de altísimos árboles vivía el cacique Abibeiba con sus súbditos, por hallarse inundada toda aquella comarca. Luego que observaron los indios las canoas, levantaron las escalas y se ocultaron en sus casas. Gritáronle al cacique los españoles por medio de los intérpretes que bajase con todos los suyos. Rehusólo diciéndoles que lo dejaran en paz, que él no perturbaba la de nadie; mas como viese saltar las astillas de los árboles al golpe de las hachas, bajó con su familia. Pidiéronle oro los castellanos, á lo que contestó que él no cuidaba de buscar sino aquello que necesitaba, y que como el oro no le servía para nada, no lo tenía; pero intimidado con las amenazas, dljo que iría á sacarlo de un monte vecino, prometiendo volver dentro de algunos días. Pasado este término, los españoles, viendo que no parecía, y cansados de remar río arriba, se tornaron río abajo, con las provisiones que habían tomado á los indios de los árboles.

Entre tanto, confiados los que habían quedado en río Negro en la debilidad de las armas de los indios, se descuidaron: y los indios de la tribu del cacique Abraiba mataron á tres, y cogiendo las armas de los muertos, se admiraban, según dijeron después los prisioneros, de que hombres que poseían tan resplandecientes espadas, que servían para la guerra y para tantos otros usos, anduvieran pasando trabajos en tierras lejanas en busca de oro, que no era tan útil. Conferenciaron sobre esto los caciques Abraiba, Abenamechey, que andaba fugitivo y con un brazo menos, y Abibeiba, y convinieron en deshacerse de tan incómodos vecinos, sorprendiendo primero á los que habían quedado en río Negro, que eran menos. Por fortuna de éstos llegó Balboa la víspera del día señalado para el ataque, sin ser sentido. Así fué que los indios, hallando á sus enemigos más nume-

rosos de lo que pensaban, quedaron desconcertados y vencidos á pocas vueltas, escapando los caciques y cayendo prisioneros muchos, que fueron llevados al Darién para cargar y trabajar la tierra. No es posible calcular cuántas leguas del curso del Atrato descubrieron los españoles esta vez, porque hay exageración y variantes en las relaciones de los cronistas, y porque ellos mismos no lo sabían; pero por la descripción de las ciénagas que rodeaban la población cerca de Abibeiba, parece probable que no pasaran de la altura de la Vigia de Curbaradó ó de las inmediaciones de Murindó.

A pesar de sus descalabros, juzgaron los indios con acierto que era preciso hacer un grande esfuerzo para arrojar á los españoles de su territorio, antes de que, llegando los auxilios de gente y armas que esperaban, no se hiciese más difícil la empresa. Se conjuraron, pues, muchos de los caciques, instigados por Cemaco, que no dormía, y que ya había echado á pique una canoa con veinte enfermos enviada al Darién por el capitán Hurtado, á quien Balboa había dejado en la boca del río Negro. Hicieron en Tichirí el depósito de víveres y armas para el ataque al Darién, para el cual contaban con cinco mil indios en cien canoas para acometer por mar y por tierra á un tiempo. La indiscreción del hermano de una india que servía á Balboa, fué causa de que se descubriera todo, porque instándole aquél que se escapara para evitar el peligro que necesariamente correría el día de la batalla, ella, que amaba á Balboa, le reveló el secreto. Preso el hermano, y dándole tormento, confesó el infeliz todo el plan y condujo á los españoles á Tichirí, en donde efectivamente hallaron copia de víveres y licores fermentados, y algunos indios principales, que hicieron matar para ejemplar escarmiento. Viéndose, pues, descubiertos los indios y aterrorizados con la actividad que desplegó Balboa, abandonaron la empresa y se sujetaron pacientemente al yugo y á los mandatos de hombres tan superiores en armas como en inteligencia.

Casi dos años hacía que Zamudio había salido para España, y muy cerca de uno que Valdivia partiera para Santo Domingo, y el auxilio deseado y esperado con tanta impaciencia y pedido con tanta instancia, no llegaba. Mil recelos y desconfianzas asaltaban el ánimo de los colonos del Darién. Algunos sospechaban que los enviados, alzados con el oro que habían llevado, lo estarían disfrutando olvidados de sus antiguos camaradas; Balboa, que era uno de los más atribulados, viendo que el número de compañeros se disminuía por las enfermedades y accidentes, y que no le era fácil emprender nada de consideración, anunció su resolución de ir él mismo á la corte á dar cuenta de todo y á traer la gente para su viaje al mar del Sur. Semejante decisión puso en la mayor consternación á todos los habitantes de la Antigua, que unidos le representaron que con su partida daba el golpe de muerte á la colonia, porque á él solo debía su existencia y fortuna este puñado de hombres colocados entre el mar y las selvas. Después de una lucha de algunos días, y reflexionando que si por una parte su presencia en la corte era de mucha necesidad, por

otra su ausencia anulaba la población de la Antigua y se dispersaban los indios sujetos ya, todo lo cual era indispensable escala para nuevos descubrimientos, consintió finalmente en despachar á Juan de Caicedo, tesorero de la Corona, y elegido porque dejaba en prendas su mujer é hijos y su destino. Le dieron por compañero para el caso de muerte ú otro accidente á Rodrigo Colmenares, y los enviaron en el único buque que les quedaba, pues que el otro lo había llevado Valdivia, cuyo naufragio sobre las costas de Cuba con todo el oro que llevaba, se ignoraba hasta entonces en el Darién. Partió Valdivia en tiempo de brisas, en un mal bajel, con el cual no pudo remontar, y se perdió como Nicueza en alguno de los muchos escollos que rodean á Cuba. Los nuevos enviados reconocieron las reliquias del buque cuando se vieron obligados también á arribar á aquella isla.

Los repartimientos del oro adquirido en las expediciones y de los indios, fueron siempre la causa fecunda de disputas y animosidades entre los castellanos, las que muchas veces acabaron trágicamente, porque no siendo los méritos susceptibles de medirse con exactitud, cada uno tiene en más los suyos que los ajenos, y de aquí el embarazo y la tortura en que se han hallado en todos tiempos los repartidores de dineros, empleos, gracias y demás cosas apetecibles en la vida. Reducido por su debilidad Vasco Balboa á la inacción, comenzaron á fermentar en la colonia las semillas del descontento. Primero envidiosos del favor que Balboa dispensaba á Bartolomé Hurtado después de la partida de Colmenares, trataron algunos de conspirar, diciendo que Balboa no tenía derecho alguno para mandarlos. Mas este, que no se descuidaba, mantenía siempre espías, y adelantándose á los conjurados, prendió á un tal Alonso Pérez, que era el jefe de los descontentos. Estos, por librar á su caudillo, se armaron y estuvieron casi á punto los colonos de matarse en la plaza de la Antigua unos con otros, cuando Balboa consintió por el bien de la paz en poner en libertad á Alonso Pérez, y luego se ausentó expresamente con pretexto de una cacería, dejando diez mil pesos que aún estaban sin repartir, á fin de que ellos mismos se los distribuyeran. En efecto, luego que Balboa salió, prendieron á Bartolomé Hurtado, y Alonso Pérez hizo la distribución, favoreciendo á la gente más baja con perjuicio de los más distinguidos. Es de advertir que con excepción de ciertos oficios de la corona, todos los demás, cualquiera que fuera su clase, se consideraban como iguales, y solo después de muchos combates era que se establecía la clasificación natural de valor y capacidad; entonces los que sobresalían en estas expediciones eran ya capitanes de hecho. El artificio de Balboa produjo la reacción prevista por él y el nuevo repartimiento hizo ver claramente que Balboa obraba con más justicia. Habiendo sido presos sus enemigos, mandaron llamarle al sitio en donde se hallaba, según decía, resuelto á irse á España en la primera oportunidad.

A pocos días de estos disturbios llegaron de Santo Domingo dos buques con algunos aventureros, armas, víveres, y lo que contentó mucho á Balboa, una especie de nombramiento que el Te-

sorero Pasamonte hacía de él para gobernar aquella tierra, fundándose para ello en facultad que el Rey le había concedido en semejantes casos, en lo que nadie puso duda, así porque era notorio el favor que Pasamonte disfrutaba en la Corte, como por ser el nombrado también el más capaz. En lo sucesivo ninguno osó disputarle la autoridad á Balboa. Bien conocía él, sin embargo, que esta era precaria, y que los informes del bachiller Enciso le habían de atraer algún castigo severo, y así se resolvió á emprender el viaje de descubrimiento al otro mar con solo ciento noventa hombres, que pudo reunir entre los antiguos y los recién llegados, y con mil indios de servicio para cargar provisiones, armas y otros menesteres. Embarcó su gente en muchas canoas y un buque algo mayor para ir á Careta, en donde fué recibido con amistad como otras veces, y desembarcando en aquella costa, se internó al sur hacia las tierras de Poncha el 1.° de Septiembre de 1513. Este cacique huyó como lo había hecho antes, más Balboa se había propuesto no dejar enemigo ninguno á las espaldas, no ignorando que para atravesar una comarca habitada de numerosas tribus independientes con menos de doscientos españoles, le era indispensable guardar una política amistosa y observar la conducta menos hostil en cuanto le fuese posible, lo que no siempre era, acaudillando la gente de la naturaleza que llevaba. Con este ánimo envió mensajeros á Poncha convidándolo con su amistad y asegurándole que ella sería firme y duradera, y que viniera á verlo, que nada tenían que temer ni él ni sus vasallos. Poncha se dejó persuadir, se restituyó á su pueblo, y sirvió de mucho á Balboa dándole guías que lo condujeron al través del istmo.

Con grandes trabajos, por senderos fragosos, por tremedales y precipicios, caminaron los castellanos hasta casi al pié de las tierras más altas, en donde encontraron al cacique Quareca ó Escuarague, que con más de mil indios les vedó pasar más adelante, amenazándoles que mataría á todos los que quisieran entrar en sus tierras, y como Balboa no hiciera caso de sus amenazas, le acometieron con tanto denuedo, que se vió obligado á ordenar á su tropa que combatiera con orden, sin dispersarse ni desbandarse. El ruido de la pólvora, el estrago de las balas, lo cortante de las espadas y picas y los mordiscos de los perros, triunfaron muy pronto de las macanas y dardos con que combatían los indios desnudos, que se dieron á huír, quedando muerto el cacique y seiscientos más, y prisioneros algunos. En el pueblo que estaba inmediato al lugar del combate, encontraron algún oro y provisiones, y observando algunos indios vestidos de mujeres cuidando de las casas, y juzgando, dice Herrera, «que del pecado nefando eran inficionados, los echaron á los perros que en un credo los despedazaron.» Más de cuarenta sufrieron esta muerte cruel, entre ellos un hermano del cacique y otros indios principales. Allí despidió Balboa los indios de Poncha, y tomó los de Quareca, acariciándolos mucho, y haciendo caso de ellos porque los halló dóciles, al propio tiempo que habían mostrado valor para defender su tierra. Dejó también algunos españoles

que ya no podían caminar, en aquel pueblo, y continuó trepando por aquellas serranías hasta que los indios le mostraron la cima desde donde podría divisar el otro mar. Entonces mandó hacer alto á su gente, y adelantándose solo, se prosternó al contemplar la inmensa extensión del océano Pacífico, dándose por recompensado de todos sus trabajos, pues la Providencia le había concedido el favor de ser el primer habitante del Viejo Mundo que viera aquel mar. Dando fervientes gracias á Dios por haberle dispensado tan señalada merced, llamó á sus compañeros y todos hicieron demostraciones tales de regocijo, que los indios se miraban atónitos los unos á los otros sin saber qué pensar. No hubo castellano que no ofreciera á Balboa respeto, obediencia y gratitud eternas por haberlos conducido hasta allí, y sin reparar ya en la fatiga, andaban solícitos buscando piedras para amontonarlas en forma de pirámides, colocando cruces encima, según Balboa lo había ordenado, como señal de posesión, y grabando el nombre de Castilla en las cortezas de cuantos árboles hallaban á la mano. Esto pasó el día 25 de Septiembre del año de 1513, poco antes de medio día, y forma una de las épocas notables en el descubrimiento de América.

Cumplida así la primera promesa de Panquiaco, el hijo de Comagre, se creían los castellanos en vísperas de recoger á manos llenas el oro y las riquezas de los países anunciados por el mismo, así fué que se precipitaron de la sierra como un torrente hacia el otro mar, llevándose por delante al cacique Chiape, que pretendió oponérseles, y se llevaron legiones mucho más numerosas según el ánimo que les había entrado. No era Balboa hombre que por entusiasmo omitiera el continuar la ejecución del plan que se había propuesto. Hizo, pues, detener á su gente en Chiape, y poner en libertad á los indios prisioneros en el combate, cargándolos de presentes para aquel cacique, al que mandó rogar que se presentase y que nada temiera, y en corroboración de que sabía cumplir sus promesas, envió con ellos algunos indios de Cuareca á fin que dijesen el modo cómo eran tratados. Chiape se presentó luego y trajo como presente cuatrocientos castellanos de oro. Despedidos los cuarecuanos, Chiape quiso con los suyos acompañar voluntariamente á los castellanos hasta el mar, mas antes y mientras llegaban los cansados de Cuareca, envió Balboa tres partidas de doce hombres cada una á explorar el camino más breve para caer al mar. La que mandaba el Capitán Alonso Martín de D. Benito, fué la que llegó en el corto término de dos días, y el mismo Martín el primer castellano que entró en el mar, no sin haber experimentado grande asombro por hallar canoas en seco en medio de la selva amarradas á los palos, asombro que se aumentó cuando vieron crecer la marea y que pudieron embarcarse y salir al mar, pues ignoraban que en aquella costa la marea deja en seco una grande extensión de tierra, mientras que en la opuesta del Darién apenas se siente el crecer y el menguar. Fué la partida que mandaba Francisco Pizarro, conquistador después del Perú, la segunda qne llegó al mar. En seguida el mismo Balboa bajó con ochenta hombres, y se entró

vestido y con espada desnuda y rodela dentro del mar, tomando solemne posesión de aquel mar del Sur y de todas sus orillas y cuanto en él se encontraba en nombre de los Reyes de Castilla y de León, y diciendo que aquella posesión defendería contra cuantos se la contradijeran. Gastaron los españoles todo el mes de Septiembre en atravesar el istmo desde la ensenada de Careta, no lejos del cabo Tiburón en el Atlántico, hasta las orillas del golfo que ellos llamaron de San Miguel, en el mar Pacífico, por haber sido descubierto el día en que la Iglesia celebra esta festividad, y que aún conserva su nombre.

Con el auxilio de Chiape y en canoas que éste proporcionó, Balboa atravesó un río considerable que desagua en el golfo, y sujetó al cacique Cocure ó Coquera, que contribuyó con algún oro, y luego se embarcó en las mismas canoas con el designio de pasar del otro lado del golfo, á pesar de que los indios le aseguraban que se exponía á una tormenta por ser estas muy comunes en el mes de Octubre. Sin embargo, Chiape no quiso abandonar á sus huéspedes, á quienes había cobrado cariño, y prefirió correr todos los peligros que él sabía eran seguros, así fué que en breve comenzó el mar á encresparse, y sin la destreza de los indios que se apresuraron á atar unas canoas con otras, se habrían ahogado los españoles, porque tan frágiles leños no podían resistir al ímpetu de las olas. Ni aun este arbitrio les hubiera valido, si no hallaran una pequeña isla en la que se refugiaron, pasando una ansiosa noche, pues la marea la cubrió y quedaron sumergidos en el agua hasta la cinta. La mañana siguiente, menguando el mar y aprovechando la calma, se embarcaron en los trozos de canoas que pudieron aderezar, y arribaron á la primera tierra que encontraron, en donde salió á recibirlos en són de combate el cacique Tumaco. Vencido y roto este con los suyos, y prisionero uno de sus hijos, Balboa le hizo vestir, adornar con sartas de cuentas de vidrio de diversos colores, y poner en libertad, instruyéndolo para que buscase y tranquilizase á su padre y demás fugitivos. La política de Balboa no dejó de producirle los favorables efectos que en otras ocasiones. Tumaco se presentó, aunque con alguna desconfianza que en breve se disipó con el trato afable de Balboa, y sabiendo ya cuáles eran los objetos más agradables á sus vencedores, hizo traer una cantidad considerable de oro, y lo que más llenó el ojo á los españoles, doscientas cuarenta perlas. Balboa comisionó siete de sus compañeros, los principales, á fin de que fueran á ver cómo y en dónde se pescaban las perlas; al cabo de algunos días volvieron con doce marcos que á su vista se habían sacado, y sabiendo que en una isla más distante que poseía un cacique Terarequi, se cogían en más cantidad y de mayor tamaño, se preparaba á embarcarse si los indios y la experiencia no le hubieran persuadido que era empresa loca en la estación de las borrascas. Dejándolo, pues, para otra ocasión más favorable, porque era ya el 5 de Noviembre y las lluvias y tempestades no cesaban en aquellas riberas, atravesó otro río, y despidiéndose de Tumaco y de Chiape, que le dieron indios para cargar y señalarle los sen-

deros, determinó volver al Darién por camino distinto, á fin de conocer mejor aquellos países y aumentar su tesoro; que ya podía darse este nombre á la cantidad de oro que llevaban. El cacique Teoca ó Teoachan fué el primero que los salió á recibir de paz, dándoles oro y algunas perlas y provisiones. Este les pidió que devolvieran á los indios de Chiape, que él haría el servicio necesario con los suyos, y así se practicó, aunque los chiapeses iban voluntarios. Teoca ordenó á su hijo que fuera á la cabeza de los indios y que no permitiera que ninguno se volviera sin permiso de Balboa.

Comenzaron á subir aquellas ásperas cuestas y á experimentar escasez de agua para beber, lo que los traía afligidos, hasta que llegaron al asiento del cacique Pacra ó Poncra, el cual desamparó precipitadamente sus casas, dejando lo que poseía, que solo en oro alcanzó á pesar más de dos mil pesos. Esta vez Balboa desmintió su acostumbrada fidelidad á las promesas que hacía á los indios, pues habiéndose presentado Poncra en virtud de las seguridades que le dieron, fué preso, se le dió tormento á fin de que descubriese de dónde sacaba el oro que le habían encontrado, y de que confesara feos pecados de que le acusaban, y habiendo negado con firmeza todo, mandó Balboa que lo entregasen á los perros con otros tres, á fin de que los devoraran. Este Poncra era el indio de figura más desapacible que hasta aquí habían encontrado, y por su severidad tenía muchos enemigos, lo que impidió, sin duda, que la felonía que con él se usó tuviera el efecto de retraer á los demás indios de la amistad de los españoles. Treinta días descansaron en los estados de Poncra, que llamaron Todos Santos. Allí se incorporaron los enfermos que habían quedado al cuidado de Chiape, y llegaron acompañados del cacique Bononiama, por cuyo pueblo habían pasado, atravesando por camino más corto. Este Bononiama resultó ser hombre muy racional, que confirmó á Balboa las noticias vagas que Tumaco le dió por la primera vez de pueblos ricos y adelantados que vivían en la otra orilla del mar, y que se servían de animales de carga. Bononiama también les regaló algún oro, y les indicó el camino para atravesar la cordillera. Mucho sufrieron por aquellas espesuras y cenagales, y sobre todo del hambre, obligados á sustentarse con raíces y frutas silvestres. Algunos indios de los de Teoaca perecieron de necesidad. En la parte más elevada y de buen temperamento hallaron dos ó tres pueblos miserables sujetos á los caciques Catoche, Zuirisa y Buquebuca; este último se ocultó en los montes, y mandándole llamar Balboa contestó que no teniendo nada que darle de consideración, no había creído que podía salirle al encuentro. Sin embargo, todos estos indios se despojaron, por contentar á los españoles, de sus planchuelas de oro en forma de patenas que traían colgadas al cuello, y las dieron á Balboa. Continuaron los castellanos su viaje por aquellas asperezas, desfalleciendo de hambre, hasta una población grande del cacique Pocorosa, en la que hallaron mucho maíz, y aunque los indios dejaron al principio solas las casas, luego, persuadidos por los intérpretes, volvieron y trajeron el con-

sabido pasaporte, á saber: las patenas, narigueras y otros adornos que pesados al instante, rindieron cuatro mil y más pesos.

Pocorosa les habló muy mal de su enemigo el cacique Tumanamá, de cuyo nombre y riquezas oyeron tanto los castellanos en su visita á Comagre, y creyendo Balboa que se le podría ir una presa de tanta consideración si no empleaba el mayor secreto y sagacidad, escogió sesenta españoles de los más adelantados con todos los perros, que fueron el azote de los indios en aquella expedición, y caminando sin cesar logró sorprender á Tumanamá dentro de sus casas á prima noche, mas no halló las inmensas riquezas que se prometía, de lo que irritado habría mandado arrojar al río al infeliz cacique, si este no hubiera suplicado que esperasen, mientras que sus mujeres, reuniendo todo el oro que tenían, trajeron mil quinientos pesos, y al día siguiente dos mil más. Muy pronto conoció Balboa que el odio de los caciques vecinos á Tumanamá nacía de que este era hombre belicoso, que tenía sus vasallos acostumbrados á las armas, poseía una casa fuerte y muchas armas con lo cual era temido de Pocorosa, que habitaba sobre las alturas, y de Comagre, que vivía más abajo en el valle y amena llanura que describimos antes.

Aunque importunado, Tumanamá nunca quiso declarar que en sus tierras había minas de oro. Los españoles catearon en diferentes lugares y hallaron, lavando las tierras, algunos granos como lentejas delgadas y polvo fino, pues el que habían visto hasta entonces estaba en piezas fundidas por los indios. Tumanamá insistió diciendo que el que tenía no lo había sacado en sus tierras, sino adquirido en las comarcanas. Suponían los españoles que su intento era que no vinieran ellos al amor del oro á establecerse en sus términos. Aquí pasaron los españoles los últimos días de Diciembre de 1513, y luego se encaminaron al valle de Comagre; muerto ya este anciano, su hijo y sucesor Panquiaco salió á recibir á sus amigos y los hospedó y regaló en sus casas. Bien lo necesitaba Balboa, que acometido de calenturas había sido traído en hamaca por los indios desde Tumanamá, y los otros que venían cada uno apoyado en dos indios para poder caminar.

Restablecidos del estropeo y males, con el cariño y regalos de los comagres, caminaron por la vuelta de las tierras de Poncha á la Antigua. Allí los esperaban cuatro mensajeros con la agradable noticia de haber llegado varias embarcaciones de Santo Domingo cargadas de víveres y otras cosas. Balboa se adelantó con diez y seis compañeros, y entró en triunfo en su colonia después de una expedición de cuatro meses, la más lucrativa de las que se habían ejecutado hasta entonces en el continente, cargado con más de cien mil pesos de oro, fuera de las perlas, todo lo que equivalía entonces á casi un millón de pesos de nuestros días; sin haber perdido un solo hombre, habiendo descubierto el mar del Sur y asegurado el paso para las futuras expediciones por haber ganado la amistad de los naturales, inspirándoles al mismo tiempo grande opinión de la fuerza de los castellanos y confianza en sus promesas. Qué mucho, pues, que to-

dos, grandes y pequeños, salieran en procesión á recibir á Balboa; que los buques se empavesaran y descargasen su artillería, y que los trasportes de alborozo de la colonia hicieran que el descubridor del mar del Sur mirase este día como uno de los más dichosos de su vida.

Reunidos todos, se apresuró Balboa á enviar á España á Pedro Arbolancha con los quintos reales del oro y perlas, y con la noticia del descubrimiento del otro mar, y á solicitar la Gobernación de Castilla de Oro; mas cuando este mensajero llegó á la Corte, por Mayo de 1514, no sólo estaba ya provisto el destino, sino que había salido el agraciado con una numerosa expedición para venir á tomar posesión, como se verá en el capículo IV. Se equivocó pues Robertson al asegurar que, á pesar del servicio importante de Balboa en descubrir el Océano Pacífico, la antipatía del Obispo de Burgos lo privó de la recompensa merecida, cuando por el contrario la sensación que produjo la llegada de Arbolancha á la Corte con el oro y perlas, y la noticia del otro mar, no había tenido igual desde el primer regreso de Colón, y el entusiasmo por Balboa fué tál, que se revocó la sentencia que lo condenaba por sus primeras usurpaciones, nombrándole el Rey Adelantado del mar del Sur, con otras mercedes como adelante se verá.

CAPÍTULO IV

Desbaratan los Indios á Balboa.—Grande expedición de la Península, y nombramiento de Pedrarias Dávila como Gobernador de Castilla de Oro.—Devastan sus oficiales el istmo, y las tribus indígenas se levantan en masa contra los españoles.—Con increíbles trabajos Balboa fabrica naves en el mar del Sur, y estando á punto de emprender su viaje de descubrimiento, lo llama Pedrarias y lo hace perecer en un cadalso.—Funda Pedrarias á Panamá.

Appulso ad Darienem Petro Aria gubernatore... Brevibus absolvam quia horrida omnia, suavia nulla, nihil aliud actum est, nisi perimere et perimi, trucidare ac trucidari.

Pedro Martir. *De insulis nuper inventis*

La distribución de las riquezas adquiridas en esta memorable jornada, se hizo á contentamiento de todos. Aun á los lebreles se les consideró acreedores á una parte según sus hazañas, la cual se dió á sus respectivos amos. A Leoncillo, perro de Balboa é hijo de Becerrillo, conocido por haber despedazado tantos indios en la isla Española, le tocaron quinientos pesos. Estos detalles serían indignos de la gravedad de la historia, si no fueran necesarios para entender bien las costumbres de aquella época.

Balboa, que no quería tener la gente ociosa, dispuso dos expediciones compuestas en gran parte de los que no habían sufrido las anteriores fatigas. La una á órdenes del capitán Andrés Garavito, fué por tierra á espaldas de la Antigua para buscar un camino más corto al mar del Sur, sin necesidad de costear el golfo como había tenido que hacerlo Balboa, navegando hasta la ensenada de Careta. Garavito subió por las márgenes de un torrente que llamaban la Trepadera, hasta la cumbre de la Sierra, y desde la partición de las aguas siguió una quebrada que lo condujo con sus ochenta hombres al mar Pacífico, sin haber hecho cosa de consideración en su viaje, sino prender los tres caciques Chaquiná, Chacucá y Tamahé, por cuyos pueblos pasó, no se sabe si porque le hicieron resistencia, ó á virtud de orden que llevaba de traer algunos indios cautivos para las sementeras del Darién. Tamahé fué puesto en libertad con sus parientes por haber entregado á Garavito una hija que tenía de mucha hermosura.

Creyendo Balboa que ya había llegado la ocasión de castigar á los caciques Abenamechey y Abrayba de río Grande, que nunca quisieron sujetarse, envió al Capitán Hurtado, que cautivase muchos indios de aquellas tribus, aunque no pudo prender á los caciques.

Ya para entonces estaban todos restablecidos de las fatigas pasadas, y en consecuencia resolvió Balboa salir en persona con 300 hombres hacia las faldas de las serranías al sur, en donde aseguraban los indios que moraban las tribus de Caribes que sacaban de aquellas montañas mucho oro, y aunque otras veces habían entrado y salido por el río Grande, nunca habían penetrado por las ciénagas y esteros que abundan en sus márgenes y en una de las cuales, quizá la de Cacarica, tenían sus poblaciones los Caribes. En dos años de lidiar con los indios casi indefensos de la banda occidental del golfo, se habían olvidado los estragos de las flechas envenenadas. Por tanto partieron muy ufanos en embarcaciones grandes y con mucho aparato, y entrando por el río Grande en la ciénaga, comenzaron á encontrar canoas pequeñas de indios que salían de los caños, disparaban sus flechas y desaparecían sin que fuera posible perseguirlos. Llegados á la poblacion, situada como otras sobre árboles altos, los salieron á recibir cerca de cuatro mil indios, que incomodaban y herían á los castellanos desde el monte, lo cual visto por Balboa, desembarcó la mayor parte de su gente y los atacó vigorosamente hasta ponerlos en fuga, merced á los tiros de escopeta y de ballesta. Creyendo los castellanos que ya podían entregarse al pillaje de las casas, comenzaron á subir á ellas, y los indios, sea que aguardasen esto, á fin de que sus enemigos no pudieran defenderse de las flechas subiendo por las altas escalas, ó que el peligro que corrían sus mujeres é hijos les diera nuevo aliento, arremetieron otra vez con tanto coraje, que derrotaron completamente á los españoles, matando ó hiriendo mortalmente á ciento siete. El mismo Balboa sacó dos heridas, la una en la cara de un golpe de macana, y un brazo atravesado de un dardo que afortunadamente no estaba envenenado. Ni aun los que habían quedado en las

embarcaciones escaparon ilesos, pues una partida de indios les estuvo rociando flechas sin cesar, hasta que Balboa se embarcó, y dejándose ir río abajo, llegó al Darién, no ya en triunfo, sino muy mal traído, y con pocas ganas de combatir caribes.

Mientras que estas cosas pasaban en el Darién, toda España resonaba con el ruido de las riquezas de Castilla de Oro desde la llegada de Zamudio y la de Juan Caicedo y Colmenares. Una poderosa expedición de 1,500 hombres, á las órdenes del Coronel de infantería española Pedro Arias Dávila, hermano del Conde de Puñonrostro, vulgarmente llamado Pedrarias el *Justador* por su destreza en las justas y torneos, se preparaba para salir de la península con destino al Darién. Parece conveniente describir el orden, aprestos é instrucciones que trajo esta expedición, por haber sido la primera hecha en grande escala á costa del real erario á tierra firme. A Pedrarias, primer Jefe y Gobernador de Castilla de oro, se le asignaban 366,000 maravedises de sueldo anual y 200,000 para ayuda de costa. Al maese de Campo Hernando de Fuenmayor, 100,000 maravedises por año. Un médico con 50,000, un cirujano y un boticario, cada uno con 30,000. Treinta guardas para los fuertes ó peones de fortificación con 11,433 maravedises cada uno. A los capitanes á 4,000 maravedises por año. A los soldados á 2 pesos por mes y 3 á los cabos de escuadra. Venían además cuatro oficiales reales con sueldo eventual, entre ellos como fundidor ó veedor, el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo. Estos cuatro oficiales reales con el Obispo Fray Juan de Quevedo, debían componer el Consejo del Gobernador con obligación de dar su dictamen en todos los casos graves. Fué Fray Juan de Quevedo el primer Obispo de Tierra Firme, religioso de mucha prudencia y piedad, y trajo algunos eclesiásticos que junto con el pastor vinieron á ser testigos, aunque no partícipes, de las violencias y rapiñas con que destruyeron aquella tierra Pedrarias y sus oficiales. Como Teniente del Gobernador venía Juan de Ayora con 6,000 maravedises al mes, hombre violento y codicioso, que fué el que dió la señal del pillaje que los otros tan bien supieron imitar.

Sabias fueron las instrucciones escritas que el Consejo de Indias á nombre del Monarca dio al nuevo Gobernador, y á haberse cumplido el istmo del Darién hubiera podido ser una comarca floreciente, mas Pedrarias hizo todo lo contrario de lo que se le ordenó, como acontecía con todos los que pasaban á Indias, alentados con la esperanza de la impunidad, é impulsados por la codicia. Decían las instrucciones: «Que procurase por cuantas vías pudiese que los indios estuviesen con los castellanos en amor y amistad, que no permitiese ni tolerase que por sí ni por otras personas se les quebrantase ninguna cosa que se les prometiese, sino que se mirase primero si se les podría guardar, y si no, que no se les ofreciese; pero que prometido, se les guardase religiosamente, de tal manera, que los pusiese en mucha confianza de su verdad. Que por ningún caso se les hiciese guerra á los indios, no siendo ellos los agresores, y no habiendo hecho ó intentado hacer daño á la gente castellana, que oyese en estos ca-

sos al Obispo y sacerdotes que, estando con menos pasión y menor esperanza de haber interés de los indios, serían votos más imparciales.» Se ordenaba además que no consintiese abogados ni pleitos, ni juegos de dados ó naipes. Sin embargo pasaron á la Colonia por Alcalde Mayor al Licenciado Gaspar Espinosa y por Alguacil Mayor al bachiller Enciso.

La expedición se compuso por desgracia de mucha gente que, habiendo contraído deudas para equiparse costosamente á fin de pasar á Nápoles con el Gran Capitán, quedó burlada por haberse ordenado que se suspendiese la jornada. No pudiendo ir pues á lucir las armas, las sedas y los brocados á Italia, cometieron la imprudencia de venir al Darién, deslumbrados con las relaciones exageradas de las riquezas de la tierra. No se excusaron gastos para cargar las naves de armas ofensivas y defensivas contra las flechas de los indios, pero se descuidaron las provisiones de boca para aquel número de gente, y durante algunos meses, lisonjeados sin duda con la esperanza de que el país era tan fértil que en menos de un mes habían de coger abundantes cosechas de las semillas de cereales y hortalizas que traían de España.

El día 12 de Abril de 1514 dió la vela la armada de Pedrarias, compuesta de quince naves y en ellas 1,500 hombres, sin las mujeres y tripulaciones. El Gobernador mismo llevaba su esposa. Los aprestos de esta expedición costaron al Real Erario más de 50,000 ducados. Tocando primero en las Canarias y después en la isla Domínica, arribaron á fines de Mayo al puerto de Santa Marta. Era tánto el odio que habían engendrado las violencias de los aventureros españoles en aquella costa, y tal la avilantez de los indios después de la derrota de Colmenares, que no se intimidaron ni con el número de las naves que llenaron el puerto, ni con la multitud de gentes armadas que cubrían los puentes de éstas. Por el contrario, se arrojaban al mar los unos con el agua á la cinta y los otros nadando para disparar sus flechas envenenadas, que tenían yá experiencia hacían buen efecto en los españoles. Estos perdieron dos hombres heridos por las flechas al ejecutar el desembarco, pero bien pronto el ruido de la artillería y el estrago de las balas despejaron la ribera del mar. Los españoles ocuparon el pueblo, cautivaron algunas mujeres y muchachos y rechazaron los indios, que renovaron el combate para rescatar sus familias, aunque fueron siempre batidos y perseguidos por un valle ameno, cubierto de casas y sementeras de maíz, yuca y ajíes, trazadas regularmente y con riego sacado del río con mucha inteligencia. Las calles de la población eran rectas como tiradas á cordel, y en las casas les llamaron la atención las urnas de barro en que depositaban las cenizas de sus parientes difuntos; las esteras de juncos y espartos teñidas de colores vivísimos, imitando en ellas varias figuras de animales como tigres y águilas, y mantas de tejidos de algodón fuertes y finos con las mismas figuras, todo lo cual venía del interior del país. Vieron también algunos grandes fragmentos de mármol blanco no lejos de la ribera del mar, que decían los prisioneros ser traído de muy lejos en sus canoas.

Permanecieron allí algunos días, y con intento de visitar á Cartagena salieron de Santa Marta á mediados de Junio, mas las corrientes burlaron los cálculos de los pilotos, y cuando quisieron arribar á la costa se encontraron casi en las aguas del golfo de Urabá, en el que entraron y arrojaron las anclas á poca distancia del río del Darién, hoy Tarena, en cuyas orillas, aunque á alguna distancia del mar, se hallaba situada la población de Santa María la Antigua. Sorprendieron á Balboa los mensajeros de Pedrarias, trabajando con los indios en empajar su casa, pues él se ocupaba siempre personalmente ya en dirigir las sementeras ó en cualquier trabajo, cuando no andaba en descubrimientos, y aun no faltaron entre los colonos quienes opinasen que debían oponerse por la fuerza al desembarco de Pedrarias, creyendo que 400 soldados á toda prueba que tenían bastaban para defenderse de los 1,500 reclutas que llegaban. Vasco Balboa con su influencia los hizo callar, y juntos todos y cantando *Te Deum laudamus*, fueron hasta la ribera del mar á recibir á Pedrarias. Este se manifestó muy satisfecho de la relación que le hizo Balboa del descubrimiento del otro mar, y se decidió establecer tres presidios en las tierras de Comagre ó Comogre, Tumananá y Pocorosa con el objeto de que sirvieran de escala á las partidas que se enviasen al otro mar y mantuvieran libre y desembarazado el camino y con abundancia de provisiones.

El Alcalde Mayor Licenciado Espinosa pregonó la residencia de Vasco Balboa, y éste absuelto de muchos cargos respecto á la muerte y desconocimiento de Nicueza, sólo fué condenado en la restitución de algunos millares de pesos que por su orden habían sido confiscados á Enciso. La residencia que se tomaba á los empleados á la terminación de sus períodos de mando, según las leyes españolas, es una institución tan antigua en Indias como sabia, y habría sido la única responsabilidad eficaz para ellos, si muchas veces no se hubiera eludido convirtiéndola en asunto de pura formalidad. Esta averiguación y pesquisa de las acciones de los presidentes, oidores y altos empleados en Indias, dice Solórzano, «ha sido un freno para que ellos sean más atentos y ajustados en el cumplimiento de sus obligaciones, y para que se moderen en los excesos é insolencias que en provincias tan remotas puede y suele ocasionar la mano poderosa de los que se hallan tan lejos de la real.» El Licenciado Espinosa se acreditó de prudente y equitativo en la residencia de Balboa á riesgo de descontentar á Pedrarias, que quisiera perder al que ya envidiaba por sus méritos, y consideraba con razón como un rival poderoso en la Corte. Vengóse el Gobernador fingiendo olvidarse de Balboa enteramente y no empleándole ni contando con él para nada, ni aun en los embarazos en que se vió colocado luego por escasez de provisiones y epidemia de calenturas, que hicieron perecer como á setecientos soldados en menos de dos meses. Se veían los hijosdalgo en las calles de la Antigua, ofrecer sus ricos vestidos de brocado y sedas en cambio de un pedazo de pan de maíz. Al mismo Pedrarias le fué preciso salir de la villa á un paraje más sano para restablecerse, y por compasión conceder permiso á muchos para volver á España.

Antes que se le disipara la fuerza enteramente, ordenó Pedrarias varias entradas á la tierra, no ya con el objeto de descubrir, sino de buscar oro de cualquiera manera para pagar los salarios de tantos empleados y oficiales. Aquí comenzó la larga serie de depredaciones que en pocos años arruinaron este país. Todo el trabajo de Balboa para ganar la amistad y el afecto de los indios quedó destruído en poco tiempo. Cada capitán se convirtió en un bandido salteador, que robaba cuanto encontraba sin reparo ni consideración alguna de la fé prometida, hasta arrancar los andrajos de tejidos de algodón con que cubrían una parte de sus cuerpos las indias, y despues mandar á vender como esclavos cuantos infelices indígenas podían haber á las manos. Horroriza leer las relaciones de los cronistas respecto de esta época. El mismo Pedro Mártir, que era entonces protonotario del Consejo de Indias, se abstiene de entrar en tan tristes detalles, y en el texto que encabeza el presente capítulo pinta con tanta energía como concisión sus impresiones.

El cacique Careta, el amigo más antiguo de los españoles, hizo una visita á Pedrarias trayéndole como presente entre otras cosas una colcha bordada de plumas de diversos colores como las que fabrican todavía los indios de Maynas, cosa que aún no se había visto en el Darién. En pago de esto y de su fiel amistad, lo saquearon y cautivaron á sus vasallos.

Juan de Ayora fué el primero que entró por las tierras de Poncha, Comagre, Pocorosa y Tumanamá, los cuales en la fé de la amistad prometida por Balboa salieron á recibirle con presentes, más Ayora tomó los presentes, saqueó después los pueblos y cautivó cuantos indios pudo, de lo que indignado Tumanamá lo atacó con cuantas fuerzas logró reunir, obligándolo á construir un fuerte para defenderse. Dos poblaciones emprendieron fundar los castellanos: la de los Anades y Santa Cruz, pero una y otra fueron abandonadas luego, porque la iniquidad con que se condujeron los pobladores levantó á todos los habitantes contra ellos, y no encontraron seguridad sino en los fuertes de la Antigua. El cacique Pocorosa sorprendió y degolló á los habitantes de Santa Cruz sin perdonar sino á una mujer, diciendo que puesto que los castellanos se apropiaban las indias, él quería reservarse una castellana. El cacique Secativa rechazó también una partida que enviaba á pillar su pueblo Juan de Ayora, el cual viendo que ya no era tan fácil aumentar su tesoro como cuando comenzó sus correrías, se vino á la costa y secretamente se embarcó para España con cuanto había robado.

Ya era entrado el año de 1,515, y concluída la residencia civil y criminal de Balboa, resolvió Pedrarias para acallar las murmuraciones darle alguna comisión. Sabiendo que los indios del río Grande eran los más belicosos, lo envió contra ellos con el pretexto de que ninguno mejor que él podría encontrar el ídolo de oro de Dobaybe, que era entonces el Dorado del Darién. Con doscientos hombres y el capitán Luis Carrillo salió Balboa, más los indios Gugures le dieron tan vigoroso ataque y sorpresa, que haciendo zozobrar la mayor parte de las canoas en que subían el

río los castellanos poco diestros en conducirlas, se ahogaron muchos y el resto saltó en tierra, y después de mil trabajos llegaron á la Antigua rompiendo monte y comiendo raíces. Murió de un golpe de macana en el pecho el capitán Carrillo, y Balboa salió herido y muy maltratado, de lo que manifestó Pedrarias un indecoroso regocijo. Un sobrino de éste á la cabeza de 400 hombres fué destinado al Zenú, y en aquella costa cautivó al pié de 500 indios que fueron remitidos á Santo Domingo y vendidos como esclavos. Por aquel tiempo no regresaba buque de Costa Firme á Santo Domingo sin llevar esclavos, á pesar de las protestas del Obispo, según él lo afirmó cuando, cansado de ser testigo de tantas iniquidades, se volvió á España y presentó un memorial al Emperador contra Pedrarias. Por orden de éste salió Gaspar Morales con sesenta soldados á fin de que, reuniéndose con Francisco Becerra, despachado antes, pasaran al mar del Sur y visitaran la isla Grande de las perlas, cuya expedición había reservado Balboa para estación más propicia, privando así á este de un descubrimiento que le pertenecia bajo todos títulos, y sobre todo porque el Rey acababa de concederle el de Adelantado del mar del Sur, aunque con dependencia de Pedrarias, al cual recomendaba encarecidamente tratase con las mayores consideraciones á Balboa.

Becerra volvía cargado del pillaje que había hecho, cuando fué obligado á contramarchar. Llegado Morales á Tutibar ó Tutibrá, y bien recibido, así por este cacique como por el de Tunaca, se embarcó con la gente que le cupo en las canoas que pudo conseguir, y recorriendo algunas islas desembarcó en Tararequi la mayor, y acometiendo los españoles al cacique, que se defendió en la playa, lo batieron, y con el auxilio de los indios que traían de la costa gobernando las canoas, le persuadieron hiciese amistad. Esta expedición les produjo buena cantidad de perlas y algún oro. Entre tanto, Peñalosa, que había quedado en Tutibrá, se entregaba á todo género de atrocidades, de lo cual exasperados los indios, se reunieron y resolvieron hacer un grande esfuerzo para destruir á sus opresores; mas sabido esto por Morales á su regreso, sea que la conjuración fuese cierta ó fingida, como la mayor parte de las conspiraciones que fraguaban y que eran pretexto para prender y matar á los indios, hizo llamar con mucho artificio á los caciques vecinos, y los fué prendiendo, y luego dando sobre los indios reunidos en las inmediaciones, en la oscuridad de la noche asesinó á setecientos. Los diez y ocho caciques presos fueron entregados á los perros. Semejante atrocidad produjo un levantamiento general, y cuando Morales regresó con su gente de una expedición á la banda oriental del golfo de San Miguel, en tierras del cacique Birú, el cual se defendió animosamente, le hostilizaron tanto los indios, que resolvió retirarse al Darién, y atravesó el istmo peleando sin cesar, porque los indios no le daban descanso ni de día ni de noche; sin guías, sin víveres, obligado á recurrir á todo género de expedientes, unas veces dejando encendidos los fuegos de noche para escaparse secretamente, otras matando los indios cautivos, á fin de

que sus perseguidores se entretuvieran á llorarlos. Les acontecía que después de dos ó tres días de marcha volvían al mismo punto de donde habían partido. La desesperación les dió valor para romper por entre millares de indios, y hubo español que se ahorcase por no caer herido en manos de los enemigos, viendo que los compañeros tenían que abandonarle para continuar su penosa marcha, unas veces por hondos pantanos, otras muertos de sed por las crestas de las peñas hasta que llegaron al golfo, y de aquí en corto número á la Antigua. Muy diferente era el trato que Balboa había dado á los indios, y que ellos le pagaron con dones voluntarios y con servicios de todo género.

Mas no era tan fácil cautivar los indios flecheros del otro lado del golfo de Urabá. Allá fué primero Francisco Vallejo con setenta hombres, y perdió cuarenta y ocho, obligado á bajar en balsas un río que, como eran hechas de guaduas amarradas, sueltas las cuerdas, éstas se desbarataban, y para mantenerlas flotantes tenían que abrazarse con ellas. Muchos se ahogaron y otros se colgaban de las ramas de los árboles que acertaban á coger, y morían flechados por los indios que los seguían. Irritado Pedrarias, envió después á Francisco Becerra con una expedición de ciento ochenta hombres y cuatro pedreros; debía desembarcar en la costa opuesta, y castigando á los vencedores de Vallejo, penetrar hasta el río Zenú, y traer cuanto oro pudiera de las sepulturas de aquellas poblaciones que tenían fama de muy ricas.

Entró Becerra cautivando algunos indios y perdiendo parte de su gente, y nada se supo de él hasta algunos meses después que llegó al Darién un muchacho indio criado de uno de los compañeros de Becerra, que refirió cómo habían llegado hasta las orillas del gran río Zenú, á cuyo lado opuesto se divisaba la población; que allí, ya lejos de hostilizarlos los indios, les ofrecieron canoas para pasar al otro lado, mas que cuando había pasado la mitad de los castellanos, fueron acometidos simultáneamente en las dos orillas, pereciendo todos sin excepción, y que á él lo perdonaron por ser indio. Pedrarias no dió entero crédito al muchacho, mas resolvió ir á socorrer á Becerra, empresa que no era fácil, pues ya nadie quería ir á la banda oriental del golfo; tál era el terror que inspiraban las flechas envenenadas. Recurrió, pues, al artificio, y publicando que iba personalmente á una expedición lucrativa, salió con trescientos hombres, y en la noche enderezó las proas á Caribana, en donde acabó de persuadirse de la triste suerte de Becerra, que pagó lo que había hecho con los indios pacíficos de la costa del mar del Sur.

Tello de Guzmán y Diego de Albites hicieron una entrada. El primero socorrió á Meneses, á quien tenían los indios puesto cerco apretado en Tubanamá, y luego dando muerte al cacique Chepo, que lo había recibido en su casa y colmado de regalos, fué á parar al mar del Sur en un lugar de la costa abundante de almejas y de pescado, que los indios llamaban por esta razón Panamá, en donde no había sino chozas de pescadores. De aquí se separó Diego de Albites, que con pocos soldados fué y volvió á la Provincia de Chagre sin ser molestado por los indios, á quienes

trató con humanidad y dulzura. En este corto viaje, y por medio de semejante comportamiento, adquirió Albites suficiente caudal para despachar á su costa á España procurador que le solicitara una gobernación en el mar del Sur. Incorporado de nuevo Albites con Guzmán, la conducta de éste hizo renovar las hostilidades á los indios, que los acometían flameando, como banderas, camisas ensangrentadas de españoles muertos en anteriores peleas. En la retirada de Tello de Guzmán al Darién desde el territorio del cacique Pacorá, inventaron los indios un curioso medio de quitarles á los españoles parte del oro que llevaban. Éste consistía en no darles agua sino á trueco de oro, obligándolos así, para no morir, á restituirles algo del oro que les habían quitado. Por fin llegó Guzmán con los suyos á la Antigua, seguido por los indios que ya se atrevían á venir hasta las inmediaciones de la villa, cosa que llenó de consternación á los vecinos que maldecían el mal gobierno de Pedrarias y clamaban por Balboa.

Pasado cierto tiempo y recobrado algún tanto del temor de los indios, acordó Pedrarias enviar á Gonzalo Badajós al puerto de Nombre de Dios, para que desde allí se dirigiese al mar del Sur, confiado en que serían menos hostiles los indios mientras más distantes estuviesen de la colonia, aunque era de preverse que, no mudando de conducta, los resultados habrían de ser forzosamente los mismos; mas ellos de nada se curaban con tal que pudieran adquirir algún oro y buen número de esclavos para mandar á las islas. Sobrecogidos de terror los españoles al ver en la playa las pirámides de huesos de los compañeros de Nicueza que perecieron allí de hambre y de fiebres, quisieron volverse, mas Badajós, que era caudillo animoso y de autoridad, mandó salir la nave inmediatamente, dejándolos sin más alternativa que seguirlo; y trepando las sierras de Capira, comenzaron un viaje que, si bien fué fecundo en descubrimientos de grandes poblaciones, pues que quedó de esta vez explorado enteramente el istmo hasta Veraguas, no lo fué menos en aventuras, que redujeron á muy corto número el de los que escaparon con vida de la empresa. La primera víctima fué el cacique Totonagua, sorprendido y saqueado en su pueblo. A éste siguió Tatacherubí, que no tuvo otro medio para venganse que denunciarles que en las inmediaciones vivía un cacique rico, pero con pocos vasallos. Allá destacó Badajós una partida de treinta hombres, que se encontraron al amanecer en medio de grandes poblaciones, y siendo ya más peligroso retrogradar que avanzar, determinaron, según el sistema general seguido por los españoles en América, apoderarse á todo trance del cacique, á fin de contener con sus respetos á los vasallos. Así lo lograron por fortuna, y aunque muchos millares de indios acudieron pasada la sorpresa á rescatar á su jefe, tuvieron por su orden que deponer las armas. Este cacique se llamaba Natá, en cuya casa pasó Badajós la estación de las lluvias, abundantemente provisto de víveres y acopiando oro. Luego sorprendieron al cacique Escolia con todas sus mujeres; la misma suerte corrió el cacique Taracurí. El de Panonomé se escapó á los bosques. Los de Tabor y Cherú

les salieron á recibir con presentes de oro, que junto con el que anteriormente habían reunido, ascendía ya á la suma de ochenta mil pesos, cantidad apenas inferior á la que Balboa recogió en su descubrimiento del otro mar. Caminaban entonces los españoles seguidos de tropas de indios de servicio que cargaban el tesoro y los pertrechos de guerra y de boca, y se calculaba que la ración diaria de un español bastaba para alimentar cuatro indios.

Después de Natá en aquellas comarcas, el cacique más poderoso era Pariba ó Pariza, llamado por los españoles París. Este tampoco quiso verse con los castellanos, más movido por sus instancias y amenazas, y sabiendo qué era lo que más apetecían, les mandó en ciertas petacas de caña forradas en pieles de venado una cantidad considerable de planchas, narigueras, pectorales, etc. de oro, que todo pesó más de treinta mil pesos. Esta vez sí que pudo decirse con propiedad que la codicia rompió el saco, porque la vista de tanto oro les hizo creer que Pariza debía poseer tesoros inmensos, é incitó á Badajós á cometer un acto de perfidia que le costó bien caro. Manifestóse muy agradecido del regalo, y prometió una firme amistad á Pariza. Restituído este á sus hogares bajo la fe prometida, fué sorprendido por los españoles, y aunque logró escaparse, sus casas fueron saqueadas y cautivas sus mujeres y familias. Juró Pariza vengarse, y juntando cuanta gente pudo, dispuso una estratagema con que logró dividir á los españoles, y acometiéndolos separadamente en dos tropas, mató á muchos y los habría acabado, sin la llegada de los otros que oyeron la *guazabara*, que así llamaban á los combates con los indios en imitación de las voces que estos daban. Acosaron los indios á los españoles y los forzaron á recogerse á la plaza del lugar en donde los cercaban de leña que incendiaban, y ellos hacían para defenderse grandes trincheras con los cadáveres de los indios y españoles que habían muerto. En semejante aprieto resolvieron, para no perecer de hambre ó quemados, abrirse camino con las armas en la mano; dejando, pues, con dolor, el tan costoso como suspirado tesoro, que ya pesaba muchas arrobas, arremetieron á los indios, y haciendo prodigios de valor, lograron alcanzar la orilla del río, y de aquí los heridos en balsas y los sanos caminando por la playa, llegaron al mar ochenta hombres, habiendo perdido setenta soldados en la refriega, y muchos de los que se salvaron heridos, algunos hasta con once heridas. Por de contado que de los cuatrocientos indios de servicio, ninguno los siguió. El cacique Natá salió á hostilizarlos al camino, y el cacique Chame les hizo una raya para que no entrasen en su territorio, ofreciendo proveerlos de alimentos si seguían por la costa sin detenerse. Sometiéronse los españoles á esta condición por no morir de hambre, y Chame cumplió generosamente con su oferta, manteniendo el campo provisto de víveres, y mientras se curaban los heridos pasó Badajós á una isla, y prendiendo al cacique, le tomó algún oro y perlas, y luego siguiendo la costa en canoas, sorprendió al cacique de la isla de Taboga, y determinó permanecer allí

un mes, mientras se curaban enteramente los heridos. Luego que pasaron los treinta días, desembarcó en Costa Firme, y habiendo cautivado algunos súbditos del cacique Chepo, sobrevino éste y obligó á los españoles á soltar los indios y á seguir tristemente su camino hacia la Antigua, en donde entró Badajós mohino y desbalijado con menos de la mitad de la gente que había sacado. Aquí comenzó á brillar el valor y la constancia con que el valiente Pariza se distinguió siempre después.

Pedrarias, por no sufrir la suerte de Becerra, había regresado con sus 300 hombres á la banda del poniente del golfo, y en una ensenada espaciosa mandó construir un fuerte y población que llamó Acla, á fin de que la tropa que á las órdenes del licenciado Espinosa mandaba á combatir á Pocorosa tuviera donde refugiarse en caso de un revés. A pocos días regresó á la Antigua, y sabiendo los sucesos de Badajós, ordenó á Espinosa que sin pérdida de tiempo marchara á rescatar á todo trance el oro que Pariza había perdido. Esta vez fué la primera que llevaron caballos los españoles, y creyendo los indios que mordían como los perros que tanto temían, no se atrevían á resistir. Así fué que aunque al encuentro de Espinosa salieron muchos millares de indios desde Comagre y Pocorosa hasta Natá, casi no halló obstáculo, manejándose algunas veces con una crueldad innecesaria, pues ahorcó é hizo cortar las narices y las manos á muchos de los Indios prisioneros. Rendido Natá y sorprendido y cautivo Escolia, siguió su marcha hácia el territorio de Pariza, que le resistió valerosamente, á pesar de que para entonces ya se le había reunido el capitán Valenzuela, á quien Pedrarias envió á que entrase con más de cien hombres por Portobelo en auxilio de Espinosa. Algunos españoles murieron en la refriega, y adoptando Albites y Espinosa con los prisioneros las vías de la dulzura, lograron descubrir el lugar donde tenía Pariza oculto el oro cogido á Badajós, pues sus mujeres le habían rogado que no dispusiese de él, porque los españoles del Darién no habían de parar ni dejarle en reposo mientras no lo recobrasen.

Pasó el bachiller con su gente la estación de las lluvias del año de 1516, que era ya entrado, en Chicatotia, á causa de la abundancia de mantenimientos que halló, más los indios de las comarcas vecinas se juntaron en gran número; Herrera dice que fueron veinte mil, y los atacaron con mucho empeño, pero fueron rechazados y se dispersaron. Hernán Ponce y Bartolomé Hurtado, por orden de Espinosa, navegaron con alguna gente la costa abajo, costeando toda la provincia de Veragua y desembarcando en algunas islas.

A fines de Julio volvió Espinosa al Darién trayendo dos mil indios esclavos y mucho oro. Los colonos del Darién con el ejemplo de su Gobernador, y sin el freno que imponen los hábitos de orden y de decencia que naturalmente se establecen en las sociedades antiguas, se entregaban á todo género de vicios, especialmente al juego. Refiérese que Pedrarias perdió cien esclavos de un envite. Así los indios eran de todos modos el juguete de los españoles.

Entre tanto, y merced á los buenos oficios del Obispo, se habían reconciliado Vasco Balboa y Pedrarias. Este había ofrecido á Balboa por mujer su hija mayor, que se hallaba en Castilla. Pensaba el Obispo que los vínculos de tan estrecho parentesco extinguirían el odio de Pedrarias alimentado con las murmuraciones y censuras que no cesaba de hacerle Balboa, y así sucediera probablemente, si el enlace se hubiera verificado. Entonces, lejos de perecer ignominiosamente Vasco Balboa, habría sido el conquistador del Perú. Al instante que obtuvo el permiso Balboa, se embarcó para Acla con destino á pasar después al mar del Sur con ochenta hombres, que voluntariamente lo siguieron; halló el fuerte casi despoblado, y trató inmediatamente de hacer sementeras, nombró regidores y puso los fundamentos de una población que él creía necesaria en aquel punto, como escala para sus futuros descubrimientos en el otro mar, que eran el objeto de sus más halagüeñas esperanzas. Habiendo observado la escasez de buenas maderas de construcción del otro lado de la cordillera, se propuso cortar toda la necesaria para construír grandes embarcaciones en las inmediaciones de Acla, y desde allí llevarlas al río de las Balsas, que desagua en el otro mar. Considérense las dificultades de esta empresa, teniendo que subir á brazo, y ayudado solo de treinta negros esclavos traídos de la Española, y de pocos indios, por aquellas ásperas sierras, pesados maderos para mástiles, quillas y curvas de las embarcaciones, jarcia, áncoras, clavazón y demás aparejos para poderse lanzar hacia las opulentas regiones que él se imaginaba en las opuestas costas, y que efectivamente existían, pero que la suerte, adversa para él, tenía destinado á otros su descubrimiento. Por colmo de desgracia, y para probar la paciencia y la fuerza de alma de Balboa, la madera cortada en mala estación se agorgojó, y así fué menester comenzar de nuevo el trabajo, con la mitad de los indios, pues los otros habían muerto de fatiga. Las avenidas del río de las Balsas arrastraron é inutilizaron parte de la madera acarreada á sus orillas, y al fin, después de infinitas penas, no alcanzó la madera sino para dos embarcaciones, en las cuales no cabían más de cien hombres. Sin embargo, mientras podía fabricar otras, dió la vela al oriente del golfo de San Miguel, así por la fama de las riquezas qne tenía entre los indios aquella costa, como porque no estaba explorada aún. Alcanzó hasta el puerto y punta de Piñas, mas atemorizados los marineros con las muchas ballenas que poblaban entonces aquellos mares, y que parecían peñascos movedizos, y siéndoles contrarios el viento y las corrientes, determinó Balboa volver á Terarequi, ó la isla mayor de las Perlas, en la que pensaba establecer su punto de partida para las futuras navegaciones.

La noticia de que Balboa había echado al agua dos hermosos bergantines, y de que un genio tan emprendedor con tales elementos se proponía descubrir regiones riquísimas, de cuya existencia sólo él había adquirido la certidumbre por las revelaciones que varios caciques amigos le habían hecho en el primer viaje, turbó el sueño de Pedrarias, el demonio de la envidia

se apoderó de él, ya se imaginaba que iban á hacer un contraste notable los descubrimientos de Balboa, desde que lo dejó en libertad, con lo poco que él había ejecutado en cuatro años, disponiendo de tantos elementos, y resolvió perder, asesinar á su rival, y apoderándose de las embarcaciones, ir él personalmente á lucirse con trabajos ajenos. Concebida la idea del crimen, la ejecución no era difícil á un cortesano tan práctico en las vías de la perfidia. Manda llamar á Acla á su querido yerno Balboa, colmándole de caricias y de congratulaciones, y le dice que es preciso que reciba sus últimas instrucciones, y que oiga de su propia boca lo que no podía encomendarse á una carta. Balboa se puso inmediatamente en camino para Acla, en donde lo esperaba Pedrarias, el cual le hizo poner una cadena al cuello luego que llegó, y levantándole una sumaria en que trataba de comprobar que pretendía emanciparse del rey en las tierras que descubriera, para lo cual se interpretaron siniestramente las más inocentes conversaciones, mandó condenarle á muerte, á lo que se resistió el Alcalde mayor Espinosa, diciendo que aun cuando fuera reo de pena capital, merecía perdón por sus servicios, y que no daría tal sentencia mientras no se le mandase expresamente por escrito, lo que hizo inmediatamente Pedrarias. Balboa llamó á su prisión á los oficiales reales, y en su presencia declaró solemnemente que era todo aquello el más falso testimonio que podía imaginarse contra un leal vasallo, que jamás había podido dar cabida en su entendimiento á la monstruosa idea de fundar una colonia independiente de su propia patria, sin cuyos auxilios constantes no podía claramente llevarse á efecto semejante empresa en tan remotas tierras. Mas su muerte estaba decretada, y de nada le aprovecharon sus protestas; marchó al patíbulo con frente serena, y cuando gritó el pregonero: «Esta es la justicia que manda hacer el Rey nuestro señor, y Pedrarias, su Lugarteniente en su nombre, á este hombre por traidor y usurpador de las tierras sujetas á su real corona,» exclamó indignado: «Es mentira, es falsedad, lo atestiguo delante de Dios ante quien voy á comparecer, y de los hombres que me escuchan. Deseo que todos los súbditos del Rey sean tan fieles cocomo lo he sido yo.» Acabando de hablar, le cortó el verdugo la cabeza sobre un tronco de árbol, y su cadáver mutilado permaneció en la plaza doce horas. Así acabó su vida, á la edad de cuarenta años, el hombre más célebre de cuantos habían brillado hasta entonces en América, exceptuando á Colón. Este fué tambien el primer asesinato jurídico perpetrado en el Nuevo Continente.

Unánimes son todos los escritores contemporáneos sobre este hecho, no hay uno solo que ponga siquiera en duda la inocencia de Balboa; aseguran todos, sin discrepar, que ninguno de los habitantes del Darién pudo retener las lágrimas, pensando que un hombre de tanta grandeza de alma y dotado de una rara liberalidad, después de tantas fatigas y teniendo delante de sí prospectos tan lisonjeros, hubiera terminado su carrera tan miserablemente. La indignación contra Pedrarias era general. Este, para cohonestar su crimen, había hecho degollar

cuatro oscuros soldados, como cómplices de la supuesta usurpación de Balboa. Luego que llegó la noticia de este atentado á Santo Domingo, los Padres Jerónimos encargados de la dirección de las cosas de Indias, prohibieron á Pedrarias tomar providencia alguna en lo sucesivo sin el consentimiento del Cabildo del Darién, y dieron cuenta á España solicitando el condigno castigo de Pedrarias. Sin embargo, para vergüenza de la justicia española, el crimen de este pérfido cortesano quedó impune, sin duda por sus relaciones con familias nobles y de influencia: su mujer era sobrina de la Condesa de Moya, y él mismo estaba bien emparentado. Es cierto que por consecuencia de las elocuentes representaciones que contra las depredaciones de Pedrarias hizo en la Corte el Padre San Román, del orden de San Francisco, se nombró á Lope de Sosa, Gobernador de Canarias, para que reemplazase á Pedrarias, y de la residencia tomada bajo su dirección alguna pena hubiera podido imponérsele, mas el mencionado Sosa murió á su llegada al Darién, y la residencia de Pedrarias tomada por el Licenciado Alarcón, gobernando el mismo residenciado, fué una burla practicada para sincerarse.

Una nueva tentativa se hizo sin fruto sobre los indios del río Grande. Se ahogaron los oficiales reales que habian costeado la expedición, y sin la presencia de ánimo de Francisco Pizarro, no escapara ninguno de los que iban en pos del ídolo de oro macizo de Dobaiba. En este mismo año de 1517 recorrió Albites la costa de Chagres hasta los confines de Veragua, y el Licenciado Espinosa la del mar del Sur y fundó la villa de Natá.

En el año siguiente de 1518 determinó Pedrarias pasar á la costa del sur, disgustado con la dependencia en que lo habían puesto del Cabildo del Darién los Padres Jerónimos, que entonces gobernaban las Indias, mas antes de partir, y mal de su grado, tuvo que nombrar por su Lugarteniente al bachiller Espinosa, á quien ya comenzaba á tener cariño la gente, deseosa de encontrar amparo contra las violencias y arbitrariedades de Pedrarias. Embarcóse en los bergantines de Balboa, y fué hasta la isla de Taboga sin hacer cosa de provecho, mostrando así que los mismos instrumentos que en manos de un hombre de ingenio pueden producir grandes resultados, en las de una persona ordinaria sólo sirven para acreditar su incapacidad. El Gobernador había resuelto fundar una colonia en la costa del Sur para sacudir la molesta autoridad de los Padres Jerónimos, mas la gente aborrecía aquellas regiones apartadas, sin arboledas, en que el mar deja en seco playas inmensas, y en donde estaban privados de recibir los frutos de Castilla que miraban como un regalo y un consuelo. Aquí dió prueba de habilidad Pedrarias, pues ya cansándolos en correrías inútiles, ya amenazándolos con que despoblaría el Darién, y con otras estratagemas consiguió al fin decidirlos á que voluntariamente fundasen una población, y así se hizo por ante escribano en nombre de la Reina doña Juana y de don Carlos su hijo, que es la ciudad de Panamá, la más antigua de todas las

de Nueva Granada, la cual se ha sostenido por su feliz posición, á pesar de la insalubridad del clima para los europeos, puesto que sólo en los primeros treinta años desde su fundación murieron de enfermedades de ida ó venida para el Perú más de cuarenta mil españoles. Hacia el mismo tiempo poblaba en Nombre de Dios el Capitán Albites, muy favorito de los indios, porque era el que menos los maltrataba.

No vió el estorzado Cacique París el establecimiento definitivo de una colonia española en sus inmediaciones, porque murió de muerte natural, y estando adornado su cadáver con muchas piezas de oro y todos sus vasallos en torno llorándole, cayeron sobre ellos los españoles bajo las órdenes de Espinosa, los cautivaron y tomaron muerto al que nunca vivo hubieron á las manos, despojándole de todas sus joyas y arrojándole después. El hijo y heredero de París buscó algún oro, y viniendo á los castellanos, les pidió que mediante aquel presente dieran libertad á los cautivos. Alguna vez fueron generosos los españoles, y soltaron á los prisioneros dejando reconocido al joven Pariza, que se retiró á llorar con los suyos á su padre.

En 1519 recibió Pedrarias amplias facultades de la Corte para pasar la población y la catedral de la Antigua del Darién á Panamá, con lo cual ordenó á Gonzalo Fernández de Oviedo que hiciese que los vecinos sacasen sus alhajas, muebles y ganados, y como pudiesen los trasladasen á Panamá, lo cual se ejecutó con mucha pérdida y quebrantos. Ya para entonces había venido de España una pequeña expedición bajo el mando de Gil González Dávila, que hizo asiento con el Rey para ir á descubrir las islas de la Especería. Cortó maderas, y siguiendo las huellas de Balboa con no menores trabajos, fabricó algunas embarcaciones que resultaron inútiles á tiempo de emprender el viaje. Esta expedición terminó con que en 1522, en lugar de hallar las Molucas, Gil González no alcanzó sino al golfo de Nicoya, y de allí entró en Nicaragua.

Crecía entre tanto Panamá en población, y prosperaban los ganados y plantíos en las márgenes de un río inmediato. El único suceso digno de consignarse en este compendio, fué la guerra con el Cacique Urracá, el más poderoso señor de Veragua, que resistió varonilmente diversos ataques de los oficiales de Pedrarias y del mismo Gobernador, rechazando la primera vez al bachiller Espinosa con pérdida, y combatiendo todo un día á Pedrarias sin dejarle ganar un palmo de terreno. Ayudábanle Musá y Bulabá, Caciques vecinos, y á pesar de la artillería, como los indios habían aprendido á aprovechar el terreno para defenderse, hostilizaban de continuo á los pobladores de Natá. Urracá sostuvo por nueve años la guerra y mantuvo su independencia hasta la muerte. Ya era entrado el año de 1521, y se había despachado título de ciudad para Panamá, dándole por escudo un yugo y un haz de flechas en campo dorado en la parte superior, y dos carabelas navegando, en el interior, con una estrella y orla de castillos y leones. Por muerte del primer Obispo Fray Juan Quevedo se proveyó la silla en Fray Vicen-

te Peraza, del orden de Santo Domingo. Francisco Compañón recorrió la provincia de Chiriquí, los Vareclas y la de Burica, y observó todos los pueblos de los indios cercados de palenques, que eran altos maderos clavados hondamente, formando un muro muy fuerte.

Es cosa singular que los españoles al tiempo del descubrimiento atravesaran el istmo en todas direcciones desde el Darién hasta Veragua, mientras que hoy no se conocen sino tres ó cuatro caminos, y la exploración á fin de averiguar el punto más practicable para hacer un canal ó un camino de carriles de hierro, sólo se ha limintado á una faja estrecha entre Panamá y Chagres, dejando así graves dudas en el ánimo de muchos, respecto á la parte más estrecha y de menor elevación. El cronista Oviedo dice que él hizo dos veces á pie este viaje por el camino más corto que habían hallado, que era del puerto de Nombre de Dios, las sierras de Capira, tierras del Cacique Juanaga, y de allí á las márgenes del río Chagres, y después dos leguas río arriba, hasta atravesarlo por puente natural de un solo arco de piedra, y de allí otras dos leguas á Panamá. Total, veinte leguas medidas por varios. Algunos contaban veintidós y otros diez y ocho.

Carecemos respecto de la población del istmo á la época del descubrimiento, de datos seguros, y sólo puede inferirse el número de habitantes por el de las tribus independientes, de las cuales he recogido como sesenta nombres en las diversas relaciones. Algunas presentaron á los españoles más de cuatro mil combatientes, y aunque en ello es de suponerse alguna exageración, no deja de ser cierto que para detener y perseguir por días enteros tropas de castellanos bien armados y de más de doscientos hombres algunas veces, eran ciertamente menester millares de indios desnudos y desprovistos de armas eficaces y sin flechas envenenadas, ni otra defensa que macanas y dardos con puntas de piedra ó de madera endurecida al fuego. Y aunque también es verdad que había tribus que no contaban sino doscientos y trescientos hombres de armas, otras como las de Natá, Pariza y Urracá, tenían cerca de diez mil, lo que supone más de treinta mil entre mujeres y muchachos. No parece, pues, aventurado pensar que la población del territorio que hoy comprende las provincias de Panamá y Veraguas, pasaba de trescientas mil almas, y era muy superior á la que actualmente existe después de un transcurso de tres siglos y de haberse introducido el abrigo y las comodidades de la civilización. Si en lugar de destruír la raza indígena ya aclimatada y que durante la lucha dió tantas muestras de ingenio, valor y humanidad, se hubiera propendido á instruírla y civilizarla, los recursos del istmo se habrían explotado, descubiértose y trabajádose sus ricas minas y las preciosas producciones del reino vegetal que su afortunada posición le permite llevar á los mercados que sean más favorables, con la mayor oportunidad. Sin población suficiente, ha dependido hasta aquí su suerte del giro del comercio y de los acontecimientos que han modificado ó alterado la ruta de las mercancías de un mar á otro. Pocos años bastaron, como hemos visto, para devastar este país; los galeones y el trán-

sito de las mercaderías y del oro del Perú, dieron lustre y prosperidad efímeros á una pequeña parte del territorio, pero se necesita la mano del tiempo y de una sabia legislación para desarrollar los elementos inagotables de riqueza y prosperidad que esta hermosa porción de Nueva Granada encierra en su fecundo seno. Perdónese esta digresión á quien desea vehementemente la prosperidad y dicha de su patria, y volvamos á anudar la serie de los sucesos antiguos.

CAPÍTULO V

Comiénzase el descubrimiento de las Costas del Chocó al sur.—Expedición de Andagoya.—Sale Pizarro á la conquista del Perú.—Fundación de Santa Marta y desgracia de Bastidas.—Sucédele el Capitán Palomino, á éste Badillo y luego García de Lerma.

Mas ahora y siempre el argonauta osado
Que del mar arrostraro los furores,
Al arrojar el áncora pesada
En las playas antípodas distantes,
Verá la cruz del Gólgota plantada
Y escuchará la lengua de Cervantes.

DUQUE DE FRÍAS.

Siendo Pascual Andagoya, en 1522, regidor de Panamá y visitador general de los indios, obtuvo licencia del Gobernador Pedrarias para salir á descubrir por la costa al sur, desde la punta de Piñas, que era lo último que se conocía por esta parte. Quejábanse los indios Chochamas ó Chicamas, habitantes de esta costa, de las invasiones periódicas que les hacían por mar los súbditos de Birú que habitaban más al sur y que venían en canoas á robarlos. Estos no hablaban ya la lengua Cueba, la más común en el resto del istmo, y eran feroces y temibles. Asegura Andagoya que los derrotó y sometió, que llegó hasta el río San Juan y que allí adquirió las noticias que después sirvieron para animar á Pizarro en su descubrimiento, mas el conocimiento que tenemos de esta jornada, de la que volvió Andagoya enfermo, se funda solamente en su relación, que Herrera tomó por texto y que se halla inserta por entero en la colección de Navarrete. Como ella, en otros sucesos que conocemos bien, adolece de errores voluntarios y de inexactitudes, no es posible admitirla sin mucha reserva. El descubrimiento y exploración de toda la costa granadina, desde el golfo San Miguel hasta la embocadura del río Mira, se debe en realidad á los famosos conquistadores del Perú, Francisco Pizarro y Diego de Almagro. Confidente y amigo íntimo de Vasco Núñez de Balboa, el primero, no cesaba de quejarse de que tántos años hubieran transcurrido desde el descubrimiento del mar Pacífico, sin intentarse llevar á

cabo la exploración de la costa al sur en solicitud de las ricas comarcas de que les había hablado el hijo de Comagre hacía quince años, porque Pedrarias, á quien no podía negarse habilidad para gobernar y para impedir motines y alborotos, no era, sin embargo, hombre de empresas atrevidas, ni fomentó otras que las que se dirigieron á la costa del poniente, por donde penetró Córdoba en Nicaragua, hasta encontrarse con los oficiales de Hernán Cortés. Con dificultad se consiguió que el Gobernador diese su consentimiento para la formación de la famosa compañía entre Francisco Pizarro, Diego de Almagro y el Canónigo Hernando de Luque, á cuyos esfuerzos se debe en gran parte el descubrimiento del vasto Imperio de los Incas. Celebróse el pacto con sagrada sanción; diciendo Luque la misa y partiendo en tres la hostia, dió una parte á cada compañero, consumiendo él la otra. El activo canónigo anticipó veinte mil pesos en barras de oro para el armamento proyectado, mas esta suma le había sido confiada secretamente con este fin por el bachiller Gaspar Espinosa, Teniente de Pedrarias, según se ha averiguado posteriormente. Por Noviembre de 1525 salió Pizarro en un buque con poco más de cien hombres, y desembarcó en la costa vecina de la punta de Piñas, tierra despoblada en las márgenes del mar, áspera, lluviosa y cubierta de selvas impenetrables hacia lo interior. Allí sufrieron los españoles mil necesidades, por la inclemencia del cielo y la escasez de mantenimientos, sin faltarles hostilidades de parte de los indígenas, que usaban de las tremendas flechas envenenadas, cuyas heridas no se curaban sino quemándolas oportunamente con aceite hirviendo. Fué preciso enviar el buque á buscar bastimiento á la isla de las Perlas, y con este auxilio salieron del puerto del Hambre y llegaron a puerto Quemado á sufrir las mismas necesidades y la misma resistencia de parte de los indios. Esta exploración duró una parte del año 1526. Cada vez que reunían algún oro de lo que tomaba á los indios, enviaban á Panamá á reclutar gente para reemplazar la que moría y para proveerse de pertrechos de guerra y boca, de manera que puede decirse que sin el oro del Chocó, el descubrimiento del Perú se habría retardado de muchos años. Cuando Almagro andaba buscando la huella de Pizarro en aquella costa, tuvo una refriega con los indios de puerto Quemado, que lo hirieron gravemente privándolo de un ojo. Es digno de notarse que las tribus indígenas que habitaban las costas de Nueva Granada en ambos mares, opusieron una resistencia más eficaz á los castellanos, que las poblaciones numerosas y medio civilizadas que ocupaban las vastas planicies de Anahuac, el Cuzco y Bogotá. La tribu belicosa que escarmentó á Pizarro en un combate en que perdió algunos soldados y quedó con muchas heridas, y después á Almagro, habitaba y tenía un palenque en lugar fuerte por naturaleza no lejos de la bahía de Cupica. Desde aquí siguió Almagro registrando la costa abajo, reconoció el valle de Baeza, muy poblado y rico de oro, al cual se dió este nombre por el de un soldado que allí falleció. Es probable que sea el que hoy se conoce con el de Baudó; luego vió el río del Melón, nombrado así por uno que co-

gieron en sus aguas; el de las Fortalezas, por la apariencia que tenían las casas de los indios que descubrieron, y últimamente un río caudaloso que llamaron de San Juan, por ser aquel el día en que llegaron á él. Regresaron de allí á Chicama, en donde se juntaron con Pizarro, y luego volvieron reunidos al río San Juan con nuevos auxilios. De allí partió en uno de los buques el piloto Bartolomé Ruiz, el cual llegó hasta la línea equinoccial. Fué en este viaje cuando avistaron una vela en alta mar por la primera vez, y dándole caza, resultó ser una balsa de las que venían de Túmbez á la costa del bajo Chocó á cambiar telas y lana hilada de las ovejas del Perú por oro en polvo, para lo cual traían un peso en forma de romana. Con las noticias circunstanciadas del Inca y de las riquezas del Perú que dieron los indígenas cautivados en la balsa, volvió Ruiz á San Juan, y llegó casi al mismo tiempo que Almagro regresaba de Panamá con refuerzos. Salieron todos juntos por la costa en los buques que remontaban con dificultad, descansaron quince días en la isla del Gallo, y luego siguieron hasta la bahía de San Mateo, pero aunque la tierra parecía más fértil y menos pantanosa, los naturales permanecían tan hostiles, que habiéndose resuelto que Almagro volviera á Panamá por mayores fuerzas para emprender el viaje del Perú, se determinó Pizarro á no esperarlo en tierra firme, sino á pasarse á la isla del Gallo. No sin murmuraciones se alejaron las naves, pues los que quedaban sufriendo continuo tormento de los mosquitos, obligados á enterrarse en la arena para hallar algún reposo, hambrientos y enfermos, pasaban una vida insoportable. Quejáronse pública y secretamente, y habiendo recibido el nuevo Gobernador Pedro de los Ríos, (recientemente llegado á Panamá como sucesor de Pedrarias), un billete que pintaba la lamentable situación de los compañeros de Pizarro, papel que escapó al registro escrupuloso practicado por Almagro antes de desembarcar los efectos, por estar en el centro de un ovillo de hilo de algodón, ordenó que saliese al instante un buque que trajese á los cautivos de isla del Gallo. En vez de auxilio, recibió pues, Pizarro la orden de renunciar á su empresa y de volver á Panamá. Fundábase el Gobernador en que no había derecho de compeler á ningún español á continuar en semejante expedición contra su voluntad. Tan cruda prueba sólo sirvió para poner en evidencia la gran firmeza de ánimo de Pizarro, el cual declaró, que si nadie le seguía, solo se quedaría para llevar á cabo su descubrimiento, que había jurado conseguir, ó perecer en la demanda. El comisionado tiró una raya sobre la cubierta de la nave, invitando á pasarla á los que quisiesen volver á Panamá. Sólo trece se resolvieron á correr la suerte de Pizarro; con ellos se quedó en la isla de la Gorgona por evitar los ataques de los indios. La historia nos ha trasmitido los nombres de estos castellanos, ennoblecidos todos ellos después por real decreto, y que no dejándose vencer por los trabajos, lograron ver por fin las maravillas del Imperio de los Incas. Los demás regresaron á Panamá, de donde salió Bartolomé Ruiz con algunos marinos en una nave, que tomando á su bordo los peregrinos de la Gorgona los condujo directamente á las costas del Perú, adonde

no entra en nuestro plan seguirlos, por dramática é interesante que sea la serie de acontecimientos que se sucedieron rápidamente, y que fueron el término feliz de las desgracias que los acompañaron en las costas del Chocó, pues ya es sobradamente tiempo de que entremos á referir lo que pasaba en Santa Marta y en Cartagena por aquellos años.

Un intervalo muy largo transcurrió desde el abandono de la colonia de San Sebastián de Urabá, hasta que Rodrigo Bastidas capituló en Diciembre de 1521 la fundación de una ciudad y fortaleza en la Costa Firme, siendo de su elección el lugar, en toda la extensión que se comprende desde el cabo de la Vela hasta las bocas del Magdalena. Se le impuso la condición de llevar cincuenta vecinos, entre ellos algunos casados, pues ya se trataba seriamente de colonizar y de tomar posesión real de aquellos países, temiendo las tentativas de otras naciones. No pudo Bastidas, sin embargo, llevar á efecto su expedición hasta mediados de 1525, en que se hizo á la vela de Santo Domingo, en donde tenía sus posesiones, en cuatro bajeles, y aportó á una ensenada cerca de Gaira el día 29 de Julio del mismo año, por cuyo motivo recibió la bahía el nombre de Santa Marta que hoy conserva la ciudad, la cual sirvió de punto de escala para las primeras exploraciones á lo interior. Fiel Bastidas á su antiguo plan de ganar las voluntades de los indígenas tratándoles con humanidad y consideraciones, logró sentar paces con los Gairas, Tagangas y Dorsinos, tribus que rodeaban el lugar, y acopió considerable cantidad de oro en una entrada que hizo á Bonda y Bondigua, la que se negó á distribuir entre los compañeros antes de haber pagado los gastos del armamento. Ocupaba además á los españoles en cortar la madera y sacarla de la montaña para fabricar las casas, y no consentía en que se tomase nada por fuerza á los naturales. Qué mucho, pues, que éstos, que habían recibido siempre de guerra á los castellanos, se manejaran ahora como aliados y amigos fieles, y que aquellos anduvieran descontentos y disgustados, acostumbrados como estaban en todas ocasiones á servirse de los indígenas cual esclavos? Las enfermedades habían cundido por otra parte en la colonia, carecían de buenos alimentos, y no tenían otro en verdad que carne salada y casi corrompida. El Gobernador mismo se hallaba en cama, cuando se tramó una conspiración para matarlo, acaudillada por su mismo Teniente Juan de Villafuerte, el cual, con algunos más, se introdujo en su habitación y le dió de puñaladas dejándole por muerto. Mas luego que los asesinos salieron, dió voces Bastidas llamando auxilio, á las que acudió oportunamente para defenderlo el Capitán Rodrigo Palomino á tiempo que los conjurados volvían á acabarlo. Tan negra acción excitó la indignación de los habitantes, entre los cuales no hallando simpatías los asesinos, desampararon el lugar y se internaron en las selvas. Eran éstos nueve, número bien corto para defenderse de los indios acostumbrados á batir cuadrillas más crecidas como la de Colmenares, pero las buenas relaciones que Bastidas había establecido con aquellos habitantes, los protegieron hasta que su mala conducta los hizo perseguir.

Algunos volvieron con Villafuerte á Santa Marta; presos allí y enviados á Santo Domingo, pagaron su crimen con la vida. Otros tuvieron el arrojo de pasarse en una canoa desde la Costa Firme á Santo Domingo, en donde hallaron la misma suerte. El desventurado Gobernador, animado de gratitud, nombró á Palomino por su Teniente General, más así éste como los demás colonos, á quienes pesaba tener un jefe que defendiera á los indígenas, le instaron para que fuese á Santo Domingo á curarse de las heridas. Estas se empeoraron con el viaje de mar, y el primer descubridor de nuestras costas pereció miserablemente al llegar á Cuba. «Fué Rodrigo de Bastidas vecino de Triana en Sevilla, hombre de buena fama, sangre, calidad y estima,» según F. Pedro Simón. Quintana, en una nota á la vida de Vasco Nuñez de Balboa, dice que su memoria debe ser grata á todos los amantes de la justicia y de la humanidad, por haber sido uno de los pocos que trataron á los indios con equidad y mansedumbre. Y el Obispo F. Bartolomé de las Casas, que en esta materia no dispensaba ni los pecados veniales, hablando de Bastidas, dice: «Siempre le conocí ser para con los indios piadoso, y que de los que les hacían agravios blasfemaba.» Esta es también la opinión de Herrera y de nuestro cronista versificador Juan de Castellanos, escritor de aquella época:

Según los que más saben de este cuento,
Fué principio y origen de sus males
No consentir hacer mal tractamiento
Ni robos en aquellos naturales.

Esta será una de las pocas ocasiones en que me separaré del propósito de no introducir en el texto de esta obra las citas de las autoridades que me han servido para fundar mis opiniones. Y lo hago ahora por dejar la memoria de este buen español sin la tacha que muy de paso le impone el señor Piedrahita en su *Historia de la consquista de la Nueva Granada*. «Embarcándose (Bastidas) para Santo Domingo por dar gusto á tántos como le aborrecían por su áspera condición, arribó á Cuba por el año de 1526, donde murió de las heridas desengañado de que no es lo mismo regir leños dejándose gobernar de los vientos, que mandar hombres sin dejarse gobernar del Consejo.» Tál es el juicio demasiado severo con que el venerable Obispo de Santa Marta, que tanto se ilustró por sus virtudes y por sus letras, se despide del fundador de aquella ciudad y primer descubridor de su territorio, juicio que es tan ajeno de la caridad como de la verdad histórica.

Quedó Palomino de jefe de la colonia desde el día de la ausencia del Gobernador Bastidas, y logró persuadir á sus compañeros que les convenía mantener la paz con las tribus de Gaira, Dorsino, Concha, Chengua y demás vecinas, para no carecer de los víveres que éstas les proporcionarían, dándoles mano larga para saltear las más lejanas de Zaca, Chairama, Guachaca, Origua y otras. Era Palomino excelente jinete, hombre arrojado, tenaz y sufrido, le secundaban dos castellanos que desnudándose

Concha, adonde se dirijió Palomino resuelto á combatirlos. Este escáandolo se evitó por fortuna, gracias á la mediación de los capellanes, y se convino en que se reunirían las dos tropas y que los dos jefes tendrían mando igual mientras llegaban los despachos de la Corte, adonde Palomino había enviado un comisionado solicitando ser confirmado en su destino. Creía él que toda aquella gente que pensaba ganarse, correría entonces su suerte, y podría emprender más lucrativas expediciones. Entre tanto se decidió la entrada á Pocigueyca, una de las poblaciones más considerables de los Taironas en la cabecera de la Ciénaga hacia las montañas. (1) Segunda vez fué rechazado Palomino; las ciénagas y pantanos no permitían maniobrar á los jinetes, y los indios flechaban á mansalva á los castellanos, que muy abatidos se retiraron á Santa Marta con seis heridos y el caballo de su caudillo muerto. Viendo, pues, que eran inútiles las tentativas para sujetar las tribus de los Taironas, convinieron en salir todos, la costa arriba hacia la Ramada, que era muy poblada entonces, con lugares considerables; esperaban pues recorrerla y hacer un buen botín. (2) Entre las diversas tribus que habitaban aquella costa, distinguíanse los

---

(1) Se recogieron más de setecientos,
Y ansí con muchos dellos Palomino
Hizo para la Ciénaga camino.
Cuyos términos son al mediodía
La costa abajo hacia Cartagena,
Recodo de crecida pesquería
Cerca del río de la Magdalena,
Y de tan gran valor la granjería,
Que al morador le da la bolsa llena;
Y el compás que la Ciénaga rodea
Contiene mucha gente de pelea.

Pocigueyca la cerca por un canto,
Provincia que contiene gran altura,
De nuestros Españoles tal espanto
Que nunca se vengó la sepultura.
De los que solemniza tierno llanto
Muertos á manos de esta gente dura
Y es hasta hoy allí cosa notoria,
Que ningún español cantó victoria.

J. DE CASTELLANOS, 2ª parte, canto 1.º

(2) Aquel es un compás de tierras llanas
De largo veinte leguas, y de anchura
No menos, á las tierras comarcanas,
Aunque por parte hay más angostura
Contiene grandes montes y sabanas,
Y es tierra de grandísima cultura
Entre la mar y sierras de Herrera
Y el río de la Hacha por frontera.
Poblaciones cercanas á los ríos
Con sus calles bien puestas y ordenadas,
Fuertes y potentísimos bujíos
Y á las puertas grandísimas ramadas
Para gozar del fresco de los fríos
Vientos, en las calores destempladas,
Y por ser general aqueste uso
El nombre de Ramada se le puso.

Guanebucanes, valientes y hospitalarios, y que daban espontáneamente sus alhajas de oro y cuanto poseían. Las mujeres eran bien parecidas, andaban desnudas y se adornaban con planchas de oro (1).

Partióse Vadillo delante con 300 infantes y 70 de á caballo, y llegó sin estorbo á la Ramada. Seguía Palomino con una escolta de caballería, y en el paso de uno de aquellos ríos, tomando la delantera para esguazarlo, perdió el pié el caballo y desapareció con el jinete; salió luego aquél, pero Rodrigo Palomino no pareció más ni vivo ni muerto. Tal fué el fin trágico del segundo Gobernador de Santa Marta. Por su muerte se hicieron grandes duelos en aquella ciudad, pues él había logrado hacer prosperar la colonia, aunque con considerable detrimento de los indígenas. El único monumento erigido á la memoria de este valiente Capitán, es el nombre que le ha quedado al río en que se ahogó y á ciertos pasos estrechos de la montaña en que se distinguió sobremanera.

Al punto que Vadillo se vió libre de su rival, cesó de domar su carácter duro é imperioso. Los indígenas fueron víctimas de su rapacidad, y luego que devastó los pueblos de la Ramada, encaminó su gente al valle de Upar, situado del lado opuesto de la Sierra Nevada. Una ocupación militar de muchos meses convirtió la dicha de que disfrutaban estas fértiles comarcas en escenas de desolación y de miseria. Era el valle de Eupari uno de los más ricos y más poblados de estas tierras, sus habitantes vivían dichosos con los productos abundantes de la tierra, pesquerías y caza. Halláronse tambores revestidos de láminas de oro, y gran cantidad de joyas de este metal, con que Vadillo volvió á Santa Marta después de un año de ausencia cargado de riquezas y seguido de cuantos esclavos podían custodiar sus soldados, destinados aquellos infelices á morir en las islas, en los trabajos de agricultura y minería. Entendió Vadillo que pronto sería relevado del cargo que obtenía, y se apresuró á vengarse de los partidarios de Palomino, dando tormento y azotes á algunos, garrote á otros, entre ellos al Capitán Fernán Bermejo, á quien pretendía despojar de lo que había ganado en la entrada al valle de Upar, en la cual fué de los que más se distinguiron, y sirvió á Vadillo descubriendo los indígenas y sus bienes en lo más oculto de las selvas.

Ya para entonces había sido nombrado Gobernador de Santa Marta, García de Lerma, el cual se anticipó á enviar al factor Grajeda á fin de que tomase residencia á Pedro Vadillo de cuyas crueldades y robos había cundido la fama. El comisionado fué

---

(1) **No parecían mal los blancos dientes,**
Y el torcido mirar con ojos bellos
De las desnudas ninfas destas gentes,
Y las peinadas crenchas de cabellos
Con las preseas ricas que pendientes
Van de nariz, orejas y de cuellos;
Muñecas y molledos rodeados
De brazaletes de oro mal labrados.

J. de Castellanos, canto 1ª parte 2.ª

obedecido al instante, y procedió á prender á Vadillo y á darle tormento á fin de averiguar y recobrar las sumas del real erario que éste había defraudado; siguióse la causa con tanto rigor, que sin la llegada de Lerma, habría perecido Vadillo en el cadalso. Remitióse á España para ser juzgado, pero como tuvo la precaución de salvar una parte del oro que había robado, es probable que hubiera quedado impune, si con el buque que lo llevaba no se hubiera perdido en las costas de la Península él mismo y el fruto de sus rapiñas. De esta manera acabó su vida el tercer Gobernador de Santa Marta.

El nombramiento de García de Lerma para Gobernador de esta provincia, coincidió con la capitulación de los Belzares ó Welzeres para colonizar en Venezuela, y ya en esta época se descubren sabias medidas de buen gobierno, que consultaban á la vez la prosperidad de la colonia y el buen tratamiento de los indígenas, respecto de los cuales se ordenó al nuevo Gobernador, no solo que no se consintiera en que se hicieran esclavos, sino que practicase las más activas diligencias á fin de descubrir en las islas y otros puntos, los indígenas que se hubieran sacado de su gobernación, y los restituyera á sus hogares, mandándose á la Audiencia de Santo Domingo que le prestara mano fuerte, porque así lo exigía la justicia y la humanidad. Mas en esta materia desgraciadamente la voluntad del Soberano se estrelló siempre contra el interés de los conquistadores. Las órdenes más severas y más terminantes eran constantemente desobedecidas ó eludidas. García de Lerma concertó algunos agricultores portugueses, que llevaran semillas de cereales, hortalizas y árboles frutales, y varios artesanos como albañiles, herreros y carpinteros. Se prohibió por real orden el trato con las islas sin licencia del Gobernador, del cual se abusaba escandalosamente hasta entonces, prendiendo los indios y esclavizándolos. Para protegerlos se les nombró protector y defensor al Padre Fray Tomás Ortiz, que debía acompañar á Lerma, y ayudarle en sus pesquisas á fin de restituir la libertad á millares de desventurados indígenas, y para refrenar la codicia de los pobladores. No consta, sin embargo, que uno solo se libertara, á pesar de tan estrechas recomendaciones. Ordenóse lo conveniente para fundar y dotar un hospital en Santa Marta, y se proveyó lo necesario á la decencia del culto divino.

Es de notar que cuantas expediciones se preparaban en España para ir directamente á la conquista de las nuevas tierras, tenían un triste desenlace. Caro pagaban el noviciado los europeos cargados de galas y de cosas inútiles y olvidando siempre lo más necesario. Las lucidas compañías de Nicueza y Pedrarias, y esta de Lerma, que era también gentil hombre, trinchante y cortesano, son memorables ejemplos; al paso que los armamentos y aprestos que se hacían en Santo Domingo, compuestos de gente práctica y aclimatada, tuvieron generalmente buen resultado. Los hombres de fuerte temperamento, dotados de energía moral y de un temple poco común, sobrevivían solamente á tantas calamidades como llovían sobre los recién llegados. La falta de alimento, de distracciones, otro clima, costumbres diversas, jornadas difí-

ciles por selvas espesas infestadas de insectos y de reptiles, engendraban mil enfermedades y producian la nostalgia y la desesperación. Vióse frecuentemente un español dar por una botella de vino ó un pedazo de pan de trigo, todo el oro que había ganado en un año de trabajos increíbles. Mas los pocos hombres que se hacían superiores á estas debilidades, y cuya organización se plegaba al duro género de vida que llevaban en América, fueron capaces de resistir á las más terribles pruebas á que los veremos expuestos, porque eran el grano más selecto que había pasado por el harnero de las más crueles privaciones, y es preciso recordar constamente esta circunstancia para no tachar de fabulosas las relaciones de trabajos bajo los cuales parece que ningún ser humano hubiera podido dejar de sucumbir.

Desembarcó el nuevo Gobernador su gente en Santa Marta en el año de 1529, espantados de ver las chozas pajizas en que debían alojarse, cuando por la fama de riqueza que había adquirido la ciudad, esperaban por lo menos que habría casas cómodas, ignorando que hasta aquí se había mirado la población como campamento improvisado, mas bien que como habitación definitiva. El Gobernador dió orden de edificar su casa de mampostería, y fué la primera fabricada sólidamente, y la única que se salvó del incendio que tres años después devoró la ciudad.

Escaseando ya los alimentos á pocas semanas después del arribo de Lerma, determinó éste salir á reconocer el país con 500 hombres de á pié y de á caballo, comenzando por la sierra de Bonda, cuyos naturales estaban de paz y aún traían algún oro á la ciudad según lo había exigido Palomino; de allí por Buritaca bajó á la Ramada, haciendo que se buscasen minas de oro en todo el tránsito, y dió la vuelta á Santa Marta después de haber visitado dos grandes pueblos, Bosingua y Alaringua, que los habitantes abandonaron. Recorrió luego el valle ameno de Coto, á dos leguas de la marina y tierras de Pocigueyca. Durante estas expediciones, los indígenas no solo no hostilizaron á los castellanos, sino que les facilitaron mantenimientos y algún oro. No podían, pues, ser más favorables las circustancias para que Lerma, valiéndose de los religiosos que llevaba consigo, y apoyado en la voluntad del Rey, emprendiese la obra de la civilización y de la colonización agrícola. Lejos de esto, comenzó por hacer los repartimientos de los indios entre los pobladores, nombrando para ello una comisión compuesta de tres de los más antiguos capitanes que podían juzgar del mérito que había cada uno contraído, para tener derecho á servirse de mayor número de indios que debían rendir cierto tributo. En el repartimiento hubo muchos quejosos; los agraciados salieron en cuadrillas á tomar posesión de sus respectivos territorios, los unos hacia la Ramada, los otros al valle de Tairona, seis á siete leguas de Santa Marta, tierra rica de donde trajeron de manifiesto setenta mil castellanos de oro. Los indígenas de Mongay, menos sufridos, rechazaron con pérdida á los que venían á tomar posesión de su tierra.

El Gobernador en persona se trasladó á Pocigueyca, cuyo partido como más numeroso y rico se había reservado. Plantó su

tienda, dispuso muebles y desplegó su vajilla con todo el aparato de un jefe amigo de sus comodidades, que piensa residir largo tiempo en aquellos parajes. Retiráronse los naturales á las montañas vecinas, indicio seguro, según los que conocían la índole de aquéllos, de que se preparaban á combatir. Aconsejaban, pues, á Lerma, se saliese del lugar, que por estar situado en una hondura rodeada de montañas, presentaba muchas ventajas á los indios. No sólo no hizo caso de aquella advertencia, sino que mandó partidas armadas á provocar las hostilidades incendiando los pueblos, con lo cual, agotado el sufrimiento de los naturales, cargaron con tal fuerza á sus enemigos, que no sólo arrollaron los capitanes de Lerma, sino que á él mismo lo pusieron en tal aprieto, que para salvarse abandonó tienda, equipaje y cuanto tenía en Pocigueyca, tornando mohíno á Santa Marta, herido y con pérdida de cerca de cien hombres.

Con auxilio de los indios pacíficos de Bonda, pretendió el Gobernador castigar á los Taironas y á los del valle de Coto que estaban sublevados, pero aunque quemaron casas y talaron sementeras, fueron por fin rechazados con pérdida, mas no siendo posible mantener toda la gente en la ciudad, tuvo García de Lerma que enviar una parte con su sobrino Pedro de Lerma, al valle de Upar, cuyos habitantes gozaban, por su desgracia, de la reputación de dóci es, pacíficos y sufridos, y con orden de continuar la exploración del país, como lo verificaron bajando por el río Zazari, que hoy decimos Cesar, hasta Tamalameque, de donde los Capitanes Berrío y Antonio Lebrija llegaron por las márgenes del río Grande, hasta un río que tomó el nombre de este último. Luego retrocedieron todos por el mismo camino á la Ramada, en donde los Capitanes Cardoso y Muñoz tenían sus repartimientos y se preparaban á recoger el tributo que cada indio debía rendir al encomendero, y que consistía en la cantidad de oro en polvo que cabía en un cañón de pluma.

Luego que regresaron á la ciudad, envió el Gobernador otra partida escoltando al Reverendo Padre Fray Tomás Ortiz, que ya para entonces tenía el nombramiento de primer Obispo de Santa Marta, y que se proponía predicar y catequizar á los indígenas, en ocasión que se reunían los de la costa y los de la sierra, en un pueblo á inmediaciones de la Ciénaga, en donde se celebraba una especie de feria, y se cambiaban el oro y mantas de algodón por sal y pescado seco. No pudiendo entender los naturales al prelado, ó no queriéndole escuchar, por ser el tiempo y lugar inoportunos para la predicación, prendieron los españoles á algunos y los llevaron á Santa Marta para venderlos como esclavos. Este sacerdote había sido enviado, como hemos visto antes, en calidad de defensor y protector de los indios (1).

---

(1) "Y porque no quisieron oír al predicador, ni hacer caso de la fé, tomaron algunos esclavos y se volvieron á Santa Marta." Herrera, *Década* 4.ª—El señor Piedrahíta, uno de sus sucesores en el obispado de Santa Marta, acusa indirectamente á este Obispo, de haber permitido como protector estas extorsiones hechas á los indios, y su poco fruto como predicador; y aunque el Padre Zamora en su estimable crónica de la orden de Santo Do-

Quedó así destruída una feria de que tantas ventajas habrían podido obtener los españoles si la hubieran protegido y fomentado, en vez de turbarla inicuamente, comprometiendo de paso la predicación del Evangelio.

Mas entonces no se miraba el porvenir, sólo trataban de enriquecerse á toda costa, sin reparar en medios por reprobados que fuesen, y á pesar de que García de Lerma pasaba por hombre caritativo y liberal, que gastaba cuanto tenía en sostener el hospital y auxiliar á los menesterosos, no osaba, quizá temiendo el fin de Bastidas, contener el torrente devastador que dentro de breves años consumió noventa mil indios que componían las tribus más vecinas á Santa Marta. Otra suerte merecían estos infelices que en vez de acabar con los españoles, en esta sazón en que la ciudad quedó reducida á pavesas por un terrible incendio, contribuyeron con víveres á los que salieron á pedirlos.

Entre tanto llegaban buques de España ó de Santo Domingo, trayendo frutos de Castilla, vestidos y armas, y fuerza era salir á robar para pagarlos. Envió pues Lerma otra partida numerosa contra los Chimilas. El combate fué sangriento, porque estos indios eran valientes, y aunque quedaron vencidos y de ellos se hizo gran matanza, costó á los españoles la victoria quince hombres muertos y algunos caballos, con lo cual se volvieron no muy satisfechos á Santa Marta, pues aun el botín lo pagaban caro, por haber imaginado los Chimilas un arbitrio singular con que hirieron y mataron algunos castellanos. Consistía éste en colgar en las puertas de sus casas, en lugar alto, pero visible, algunas piezas de oro, y en apostarse en lugar conveniente para flechar á los que ávidamente venían á morder el deseado anzuelo.

Llegó á Santa Marta por este tiempo un caballero portugués llamado Jerónimo Melo, el cual se ofreció á hacer una entrada por el Magdalena, cuyas bocas habían inspirado tanto terror á los navegantes, que ninguno se había atrevido hasta entonces á arrostrar allí la marejada. Amenazando á los pilotos, pudo sólo decidirlos á entrar en el río, en el cual penetró hasta Malambo, cuyo cacique cobró tal afición á Melo, que trocó su nombre por el del portugués, lo cual era la mayor prueba de cariño que po-

---

mingo, se esfuerza por justificar á Fray Tomás Ortiz, queda por lo menos probado, por la voz común de sus contemporáneos, que no hizo todo lo que debía en favor de los indígenas.

Don Fray Tomás Ortiz, sabio prelado
A quien el Lerma dió repartimiento,
Que fué Bondigua pueblo celebrado,
Donde hacía su principal asiento,
Y por esto no poco murmurado.
De manera que la común malicia
Su vida religiosa maculaba,
Diciendo muchos dellos que codicia
A residir allí lo convidaba,
Y con diestros ministros de avaricia
Alguna joya más se le pegaba;
Mas él decía ser intención sana
Y por les enseñar la fé cristiana.

CASTELLANOS.

día darse según sus costumbres. El número considerable de canoas y de habitantes que vió Melo en las márgenes de este caudaloso río, no podía inspirarle, sin embargo, suficiente seguridad, siendo su compañía bastante escasa, pues cabía en dos pequeños navichuelos, con los cuales dió la vuelta á Santa Marta á proponer al Gobernador se enviase una expedición por tierra, acompañada de un número suficiente de embarcaciones para recorrer todos los pueblos de ambas riberas. Quizá desde entonces se habría llevado á efecto este plan, que más tarde se verificó, siendo Gobernador don Pedro Fernández de Lugo, sin la prematura muerte del humano y sensible Melo, acarreada por la pesadumbre que sintió de la pérdida de un hermano querido, el cual fué muerto por los indios de la costa de río de Hacha.

Con el año de 1530 corría ya el ruido de las riquezas que se habían encontrado en el Perú, conquistas fáciles, templos chapeados de oro, grandes rebaños, caminos enlosados, vastas llanuras y terrenos limpios y abiertos. ¡Qué diferente ésta de la áspera vida de los pobladores de Santa Marta, luchando cuerpo á cuerpo por entre selvas espesas, hondos pantanos ó calurosas cuestas, con indios aguerridos, vigilantes é indomables, armados de flechas envenenadas, en cuyas chozas la rapacidad europea no había dejado cosa de valor, y en cuyos pechos treinta años de perfidias y de injusticias atroces habían encendido la llama del más profundo odio y de la más constante ojeriza! A veces acontecía que, aun en la noche más oscura, la fugitiva luz de la mecha de un arcabuz servía de suficiente indicio para que volase la flecha á clavar la mano castellana, que pretendía, dando una alborada, cebarse en algunos mezquinos granos de maíz, ó en alguna joyuela de oro. Así que, despechados y no pudiendo obtener licencia del Gobernador para salirse del país, se arrojaban á nado los compañeros de Lerma, para embarcarse en los buques que de paso hacia el istmo de Panamá solían tocar en Santa Marta.

Mas no faltaban todavía una docena de capitanes endurecidos á la fatiga, connaturalizados con la vida agreste y arriesgada, á quienes, como sucede á los cazadores, hacían falta las emociones de la *guazabara* y el olor de la bija con que se untaban los indios. Estos hombres conocían bien de cuánto precio era la práctica que habían adquirido, y cada día inventaban nuevos planes para descubrir tierras desconocidas. Tales eran: Céspedes, Cardoso, Muñóz, Collantes, Pizarro, Alonso Martín Gallego, Juan de San Martín, con otros que tan célebres se hicieron en estas conquistas; entre ellos Manjarrés, la providencia de Santa Marta en tiempos todavía más calamitosos de que habremos de ocuparnos. Con el parecer de éstos, y para impedir más tarde la deserción, que se originaba de la permanencia de mucha gente en la ciudad, se preparó una expedición que debía seguir hasta el Magdalena, cruzarlo y subir por la ribera opuesta en solicitud de los sepulcros ricos y de los tesoros que abundaban en aquella banda, según se colegía de oscuras relaciones. Era tan vivo el brillo del oro para los españoles, que, como la estrella que condujo á los israelitas en el desierto, tuvo virtud para llevarlos, señalán-

doles con certeza el camino por montes ásperos, selvas, ríos y cenagales, hacia los centros más distantes de riqueza y de población.

La edad y los achaques del Gobernador no le permitian tomar él mismo el mando de aquella tropa; su sobrino Pedro de Lerma había partido para el Perú, y entre los demás capitanes no podía escogerse uno sin agravio de los demás, por considerarse todos iguales. Hubo de echarse mano de un clérigo, el bachiller Viana, recién llegado de España, sujeto respetable y letrado, que salió por tierra con ciento diez soldados y algunos buenos oficiales, mientras que ciertas embarcaciones y los pilotos que habían hecho ya el viaje con Melo, debían hallarse en la orilla del río para pasarlos al otro lado. Por tierra de Chimilas y por el río Ariguari llegaron al Magdalena, (1) en donde les fué forzoso esperar los bateles que se habían adelantado. Allí acabó su vida el bachiller Viana, de muerte natural, y Santos Saavedra degollado por sus compañeros, por haber pretendido que se le nombrase por sucesor á Fray Pedro Zarco, con lo cual no se conformaban los capitanes Céspedes y Alonso Martín. Estuvo á pique de desbaratarse la expedición en sus umbrales porque Luis Manjarrés pretendía vengar la muerte de su amigo Saavedra, mas hubo mediadores que todo lo conciliaron. Luego que llegaron las embarcaciones y que pasaron á la ribera izquierda, comenzaron sus padecimientos, obligados á romper la montaña, á hacer puentes en los caños y ciénagas para pasar los caballos, hasta que llegaron á la boca de Tacaloa, en donde el Cauca desagua, y siguieron este río arriba, dejando el Magdalena. Esta es la primera vez que se menciona la junta de los dos ríos. Continuaron hasta la entrada del río San Jorge al Cauca, y por la orilla izquierda de éste, hasta que, exánimes, hambrientos, cansados de servir de pasto á los murciélagos, garrapatas, nuches, mosquitos y otras plagas, después de ocho meses de porfía abandonaron la empresa, justamente en el momento en que iban á descubrir tierras limpias y sabanas que los habrían conducido hasta el Sinú, cuyos ricos sepulcros estaban reservados para otros más felices, según se verá después. Infiérese que los indígenas se pasaban al otro lado de los ríos dejándoles el campo libre, aunque no muy ameno, á los invasores, porque no se habla de combates ni de otros trabajos que de las necesidades, escasez de alimentos y

---

(1) Holgáronse de ver en sus riberas
Diversidad de árboles sombríos,
Entretejidas grandes cañaveras,
Que suelen ser ornato de los ríos:
En partes extendidas sementeras,
Por las aguas frecuencia de navíos
Que son según dijimos, unos leños
Cavados, grandes y pequeños.
....
Y no dejaron de tener por cierto
Ser río que cubria tanto suelo
El que por mar había descubierto
El portugués Hierónimo de Melo.

lucha constante con la vegetación poderosa de la zona tórrida y con la caliente humedad del clima que engendraba tantas plagas. Hicieron balsas para cruzar el Magdalena de vuelta para Santa Marta, adonde llegaron ya entrado el año de 1532, y hallaron gobernando la tierra al oidor Infante, nombrado por la Audiencia de Santo Domingo en lugar de García de Lerma, que murió sin haber logrado ejecutar ningun descubrimiento de importancia, desengañado y pobre.

Bajo el nombre del oidor Infante saquearon la tierra y se entregaron á toda especie de violencias contra los indios los vecinos de Santa Marta, porque ni él podía contenerlos, ni le disgustaba una tolerancia que le aumentaba la hacienda, pues que él cuidaba de sacar su parte en el precio de los indios que se vendían, y en el oro que se juntaba por tributos ó pillaje. Nada ocurrió de notable en aquella comarca en los años que precedieron á la venida del adelantado Lugo, de que no es tiempo todavía de ocuparnos, y las expediciones de Alfínger y de Pedro de Heredia serán el objeto de los capítulos siguientes.

CAPÍTULO VI

Entrada y crueldades del alemán Alfínger en el valle de Upar.—Sube á la Cordillera, y casi al terminar su trabajosa expedición muere, después de haber descubierto la provincia de Pamplona, dejando su nombre á un valle.—Nombramiento de don Pedro de Heredia.—Primeros sucesos de la fundación de Cartagena.

....América inocente!
Tú que el preciado seno
Al cielo ostentas de abundancia lleno
Y de apacible juventud la frente,
Perdona.....
Aquellos que al silencio en que yacías
Sangrienta, encadenada te arrancaron
....
Su atroz codicia, su inclemente saña,
Crimen fueron del tiempo y no de España.

QUINTANA.

A fines del año de 1530 salió de Maracaibo el Gobernador Alfínger con el objeto de descubrir nuevas tierras, porque las estériles de Coro no le ofrecían ya aliciente bastante para permanecer en ellas. Dirigióse al occidente, á sabiendas de que iba á entrar en ajena jurisdicción, puesto que el límite de la de los Belzares era el cabo de la Vela; mas en aquella época y en tanta extensión de tierras, no era fácil que se supiese la usurpación pasajera ni que se encontraran las partidas de los diferentes exploradores. La huella que dejó, sin embargo, en esta ocasión la gente de Coro, fué suficiente para que los primeros oficiales que

salieron de Santa Marta algunos meses después á recorrer el valle de Upar, quedaran sorprendidos de hallarlo asolado completamente, como si la langosta y el incendio se hubieran paseado á porfía en su fecundo suelo. Marchaba Alfínger con cerca de doscientos castellanos y algunos centenares de indígenas cargados de los víveres y equipajes de la expedición. Con el objeto de evitar la deserción de estos infelices, habían imaginado hacerlos caminar en una sarta con las cabezas pasadas por un anillo que formaba cadena, de suerte que, para sacar uno de los de en medio, era preciso soltar toda la sarta, de que iba encargado un criado de Alfínger, el cual adoptó, para no perder tiempo, un recurso que horroriza el referirlo. Cuando alguno no podía continuar por la fatiga, la necesidad ó el poco hábito de cargar, le cortaba la cabeza, diciendo que puesto que era forzoso dejarle atrás y perderlo, lo mismo era que quedara muerto que vivo, y de este modo se evitaba el trabajo de desatar la sarta de los demás, entre quienes se repartía la carga. ¡Cuáles serían las reflexiones de los habitantes de aquel valle, hallando por el camino que seguía la hueste española las cabezas de los mismos indios de servicio que traían de lejanas regiones, separadas de los troncos, y marcando de esta manera atroz su senda! No contentos con saquear y devastar el valle, enviaban partidas á las montañas vecinas, y en estas excursiones tuvieron varias refriegas con los Aruacos. Cuando Alfínger llegó á las lagunas que forma el río César en su confluencia con el Magdalena, la fama de sus crueldades lo había precedido, de modo que halló que todos los indios que habitaban las orillas de estos lagos se habían refugiado en las islas recogiendo las canoas, y pensando que como los españoles carecían de medios de pasar, se volverían al valle apremiados por el hambre, y sin poder circular por falta de embarcaciones en aquel delta compuesto de infinidad de canales. Mas nada arredraba á los castellanos; los primeros que llegaron á la ribera viendo brillar las *chagualas* de oro con que se adornaban los indios para el combate al cual se preparaban, picaron los caballos y los lanzaron á nado hacia la isla en donde había mayor número de indios recogidos. La extraña vista de semejantes centauros, este raro modo de navegar y el resoplido de los caballos cuando nadan, sobrecogieron á los indios de tal terror, que no acertaron á defenderse, y fueron fácilmente alanceados ó hechos prisioneros por los castellanos, ahogándose muchos que se precipitaban en las canoas, las cuales se hundían con el peso de tanto número de fugitivos de todas edades y sexos.

En esta refriega fué preso Tamalameque, Cacique principal, que este nombre de cacique dieron siempre los españoles á los jefes de los indios, sin hacer caso del título que tenían en los diversos países que recorrían, por haber sido el que usaban los indígenas de la isla de Santo Domingo, la primera tierra en que se establecieron. Esta es también la causa de haberse generalizado en América el nombre de maíz (*Mahiz* en Haití, *cara* en la lengua quichua, *aba* en idioma de los muíscas y *tlaolli* entre los aztecas) y muchas otras palabras de Haití. Quiso Alfínger sacar

partido de la prisión del jefe, que parece era muy respetado de aquella muchedumbre de indios que se descubría en todas direcciones, y que merced á su destreza se burlaban de los españoles que pretendían perseguirlos por los lagos, en canoas. Le mandó que les hablase en ocasión en que se preparaban á atacar á los españoles, que se habían dividido en dos secciones, ordenándoles que dejasen sus armas en la isla como precio de la libertad de su jefe, y que trajesen cuanto oro pudieran acopiar. Así lo ejecutaron con una presteza que prueba cuánto respeto y cariño tenían por su caudillo. El número de macanas, arcos y flechas que trajeron los indígenas fué tan considerable, que por muchos días no necesitaron los castellanos de otro combustible para preparar sus alimentos, y se despojaron también de cuanto oro poseían, ofreciéndolo en rescate del cacique.

Las esperanzas y las noticias vagas que le daban de mejores tierras, junto con la abundancia de bastimentos que Tamalameque le proporcionaba, determinaron á Alfínger á enviar á Coro á Bascona, uno de sus oficiales, con 25 hombres y 60,000 pesos, parte del botín adquirido, con el objeto de comprar más armas, pertrechos y caballos, y enganchar más gente con qué continuar la exploración. Después de esperar vanamente su vuelta un año, se resolvió Alfínger á emprender el viaje de regreso, aunque adoptando otro camino; salió pues de Tamalameque y siguió por algunos días las márgenes del Magdalena, luego penetró por la sierra buscando tierra más sana, ya cansado de perder su gente por las enfermedades y tormento continuo de los mosquitos y reptiles, atollados hombres y caballos en los cenagales y viviendo de raíces, frutas de monte y de todo género de insectos. Se infiere que fué por la altura del brazo de Ocaña por donde subieron á la cordillera Alfínger y sus compañeros con los indecibles trabajos que son de suponerse, no sólo para abrirse paso por entre las montañas, sino para sacar los caballos. Llegaron finalmente á un paraje pantanoso y cubierto de tanta cantidad de caracoles, que con ellos se alimentaron exclusivamente, mientras Esteban Martín se adelantaba con los más robustos en solicitud de poblaciones que ofrecieran algunos recursos. Efectivamente, de allí á pocos días dió en el valle de Girón, de donde sacó algunas provisiones con que volvió á alentar á sus compañeros, á los veinte días de haberse separado de ellos (1). Cami-

---

(1) Dió noticias de grandes poblaciones,
Prolijas sementeras y labranzas,
Aparencias y representaciones
Del cumplimiento de sus esperanzas;
Aliéntanse hambrientos escuadrones,
Compónense guerreras ordenanzas,
Afílanse las lanzas, las espadas,
Y á gran priesa caminan las jornadas;
No van por el camino sin encuentro
De grandes escuadrones de flecheros,
Y cuanto se metían más adentro
Más cantidad había de guerreros.

CASTELLANOS, elegía 1.ª, parte 2.ª.

naron todos reunidos, aunque hostilizados constantemente por los indios citareros, y no atreviéndose á entrar Alfínger en la populosa provincia de Guane (valle del Suárez) con tan corto número de compañeros, prefirió atravesar los páramos al oriente. Emprendiendo imprudentemente Alfínger esta peregrinación por las elevadísimas sierras de Cachirí, las más altas regiones que los europeos habían pisado por esta parte, sin abrigo suficiente, y saliendo de temperamentos calientes, sufrieron mucho del frío; los más débiles perecieron, y cerca de trescientos indios de servicio que les habían quedado, y que oriundos de lugares bajos y andando desnudos, no pudieron soportar el rigor de aquel clima. El resto llegó al pueblo de Silos, en donde hallaron fuego para calentarse, mantas de algodón para cubrirse y abundancia de mantenimientos, porque los habitantes desampararon precipitadamente sus casas al aproximarse los castellanos. Con algunos que pudieron prender se despachó una partida á sacar las cargas y enterrar los españoles muertos en el páramo. De aquí pasaron al valle de Ravicha, y como su conducta no era muy á propósito para ganarles las voluntades de los indígenas, éstos permanecieron siempre hostiles. En uno de los frecuentes combates que les daban, pereció el criado de Alfínger, verdugo de los indios, y pocos días después, al bajar al valle de Chinácota una madrugada en que salía á un reconocimiento de temor de alguna sorpresa con pocos de los suyos, fué acometido en el bosque y herido gravemente Alfínger en el cuello, de cuyas resultas expiró al tercer día. Fué sepultado al pie de un árbol en cuya corteza se gravó su epitafio, y al valle que se descubría se dió el nombre de valle de Micer Ambrosio. Algunos suponen que mano cristiana, aunque alevosa, le dió la muerte. Pocos días antes se había tratado de que distribuyera el oro que se había recogido en la expedición, á lo cual se opuso Alfínger con pretexto de que era preciso sacar los costos del armamento, y partir luego el resto entre los que quedasen, llegados que fuesen á Coro. Como muchos suponían que el Gobernador pretendía defraudarlos de lo que á costa de tan grandes penalidades habían ganado, no tiene nada de extraño que esta gente se hiciera justicia por sus propias manos, y lo que corrobora la sospecha es que veinticuatro horas después del fallecimiento de Alfínger se repartieron la presa y nombraron caudillo, no sin muchos altercados, á Juan de San Martín, á fin de que los condujese á la costa del mar.

Pusiéronse en efecto en camino, peleando con los indios, que valientemente defendían sus haberes. En los valles de Cúcuta, poco poblados entonces, tuvieron una fuerte refriega en la expugnación de un palenque que habían construído los habitantes para defenderse; allí murieron diez españoles, entre ellos Anaya, uno de los fautores del motín contra Alfínger, y Monserrate. Apoderáronse los castellanos del puesto, pasando á cuchillo hombres, mujeres y niños, y quemando después el pueblo siguieron su derrota hasta las orillas de un río, en donde oyeron con sorpresa que un indio desnudo y pintado como los demás les daba voces en buen castellano. Luego que se acercó

conocieron ser Francisco Martín, uno de los soldados que con Bascona habían salido de Tamalameque hacía casi dos años, y de quien nada más se supo. Les refirió Martín que, habiendo pretendido tomar un camino más corto para la laguna de Maracaibo, por las montañas, sin dar la vuelta por la marina, ó quizá viéndose tan pocos, temerosos de las venganzas de los indios del Valle de Upar, se perdieron en aquellas selvas y desiertos, enterrando el oro que no podían ya cargar, al pié de una ceiba, y obligados por el hambre á matar sucesivamente todos los indios de servicio de ambos sexos para comerlos, hasta que, agotado este horrible recurso, y temiendo cada uno ser víctima de sus compañeros, se separaron espontáneamente en todas direcciones. Que él con otros tres llegaban extenuados á orillas de un río considerable, que veían no sería posible vadear, cuando observaron una canoa con cuatro indígenas, á quienes, en ademán suplicante, con los gestos más expresivos, pidieron los socorriesen con algún alimento. Que los indios, movidos á compasión al verlos en tal estado, bogaron rápidamente y dentro de un breve rato volvieron trayendo de sus sementeras algunas raíces y maíz, lo que conceptuaron bastaba para satisfacer el hambre de aquellos desventurados, los cuales, olvidando que eran hombres y no tigres, se arrojaron sobre los que tan generosamente venían á socorrerlos; mientras desembarcaban los víveres, lograron asir á uno de los indígenas que despedazaron *in continenti* y sepultaron en sus vientres. Este acto horroroso, que no hay palabra adecuada para calificar, es la demostración más perentoria del abismo de crímenes en que pueden sepultarse los hombres que dan rienda suelta á sus apetitos brutales, y de cuán rápido es el descenso desde el primer acto de inhumanidad hasta el que acabo de referir, que rebaja la naturaleza humana á un nivel inferior al de las fieras más voraces.

El Francisco Martín, no pudiendo continuar la marcha por tener una llaga que no le permitía caminar, hizo una balsa y se dejó llevar de la corriente del río hasta un pueblo, en donde fué acogido y alimentado por aquellos salvajes, y en donde pasó más de un año, ejerciendo las funciones de médico y unido con la hija del cacique, la cual quiso seguirle después á Coro. Con el auxilio de éste, los españoles lograron de los indios de la comarca, víveres y guías que los sacaron de estas montañas y los pusieron en Coro, tres años después de haber emprendido tan trágica exploración; y de doscientos reducidos al número de sesenta. Francisco Martín no pudo habituarse enteramente á la vida de sus paisanos y volvió repetidas veces á las selvas (1).

---

(1). " Pasaron los sesenta soldados de Coro con Francisco Martín, que estaba tan ansioso por volver á ver su mujer é hijos que había dejado de donde lo sacaron, y tan apesarado de haber salido de con ellos, que, dejándose vencer de estos deseos, se despareció y se fué allá, tornándose al vómito de las costumbres del indio en qne estaba ya connaturalizado. Vídose esto pues entrando después á aquella provincia una compañía de españoles, y hallándole y trayéndolo á Coro, se volvió otra vez al regosto, de donde lo sacaron tercera vez á Coro, en donde estaba todavía tan in-

Este fué el único que escapó de los compañeros de Bascona, y todas las diligencias que se hicieron después para hallar el tesoro fueron infructuosas. Quedóse así sepultada en los bosques mucha parte del fruto de la rapiña de este puñado de piratas, que es el título menos duro que puede dárseles.

Hemos visto que cuando García de Lerma tomó posesión de la Gobernación de Santa Marta, era teniente de Badillo D. Pedro Heredia, que fué de los más aprovechados del botín que hicieron los españoles en varias entradas al Valle de Upar y otros lugares adonde nadie había penetrado hasta entonces. Luego que terminó la residencia tomada á Badillo, volvió Heredia á España con suficiente caudal para lograr se le concediese el mando en la parte de la costa que estaba vacante, desde la embocadura del Magdalena hasta la del Darién. Hízose la capitulación obligándole á que fundara una ciudad y fortaleza, y se le otorgaba tierra adentro como límite de su gobierno la línea equinoccial, de manera que quedaba comprendido todo el territorio que hoy tienen las provincias de Antioquia, Popayán, Mariquita, una parte de la de Neiva, la de Pasto y cierta porción del Chocó.

Heredia fué uno de los hombres que más se distinguieron en el descubrimiento de la Nueva Granada, y que al valor, firmeza de ánimo y notable perspicacia reunía mucha práctica en las guerras de los indios, conocimiento de su carácter, y, lo que es más, el talento de hacerse obedecer de los aventureros que constituían la porción más considerable de las expediciones que se armaban en España, con el objeto de descubrir y de fundar establecimientos durables en las Indias. Espadachín en su juventud, quedó mutilado de las narices en una pendencia nocturna de las que eran tan comunes en aquella época en las calles de Madrid, su patria; y aunque reparado el daño hábilmente por un cirujano, no paró hasta vengarse de sus enemigos, matando, dicen, tres de ellos, por cuyo motivo hubo de salir fugitivo para Santo Domingo, en donde heredó después de un pariente bienes rurales, que le dieron cierta posición elevada, en que lo encontró Badillo cuando lo nombró teniente para Santa Marta. De sus hechos posteriores, de su carácter, buenas y malas calidades, va ahora á juzgar el lector, puesto que ya no lo perderemos de vista hasta su muerte, y que hemos de acompañarle en próspera y adversa fortuna, y en las circunstancias en que la naturaleza humana se muestra más al descubierto. No anticiparé, pues, aquí el bosquejo de su retrato moral, como tampoco el de Francisco Cesar, su segundo, uno de los más nobles caracteres que pasaron á América, porque fío más en el discernimiento del lector para juzgar á los hombres, que en el mío propio. Me contentaré con reunir imparcialmente todos los elementos á fin de que el juicio sea lo más cabal que pueda darse.

---

quieto y con demostraciones de costumbres de indio, como era mascar hayo y otras, que fué menester hacerlo salir de todas las provincias cercanas para quitarle la ocasión."—F. P. Simon, cap. 9, 2.ª noticia, 1.ª parte.

De la gente que en Sevilla deseaba tomar parte en la expedición, escogió Heredia ciento cincuenta hombres, muchos de los cuales nombran los cronistas, y entre ellos figuran Pedro de Alcázar y el capitán Nuño de Castro, llamado el Bueno, apellidos que aún subsisten en Cartagena. Los aprestos de esta jornada se hacían por un hombre experimentado en las cosas de Indias; no se embarcaron, pues, muebles ni utensilios de lujo, pero sí muchas armas é instrumentos de montear, harina y vino, y cantidad considerable de cascabeles, espejillos, bonetes colorados y demás frioleras que se comprendían bajo el nombre general de rescates, y que servían para regalar á los indios y trocarles por el oro y mantas cuando no se los arrebataban violentamente. Hizo construír también Heredia una fusta ligera, susceptible de entrar en todos los recodos de la costa marítima y riachuelos en donde no pudieran recalar los dos buques mayores. Todos estos gastos se hicieron con el oro que había sacado Heredia de Santa Marta y que sirvió para la conquista de Cartagena.

Salió la flotilla de Cádiz á fines de 1532, tocó en Puerto Rico para refrescar los víveres, y aquí se le unieron algunos de los compañeros de Sebastián Cabot en su jornada al río de la Plata, que habían quedado en esta isla á su regreso á España, entre ellos el capitán Francisco Cesar, á quien Heredia nombró de teniente general. Arribaron luego á Santo Domingo, en donde siendo Heredia tan conocido, no le fué difícil reunir algunos hombres más, de las reliquias de las tropas de Ordaz y Sedeño, gente aclimatada en la costa de Venezuela. Hizo también fabricar ciertas corazas de cuerno articuladas, como defensa de las flechas de los indios de Calamar y de Turbaco, que desde la derrota de Ojeda y muerte de La Cosa eran temidas sobre todas, y dió la vela para la Costa Firme llevando consigo cuarenta y siete caballos, de los cuales perecieron veinticinco en la travesía. Reconocieron á Santa Marta y siguieron muy cerca de la costa, lo que los puso á pique de zozobrar en las bocas del Magdalena, porque temían, saliendo afuera, ser llevados más abajo de Cartagena, como había acontecido á Pedrarias.

Dieron fondo en el puerto de Cartagena el día 14 de Enero de 1533. Ignórase cuál de los dos —Ojeda ó Bastida— le dió el nombre á principios de aquel siglo (1), mas la verdad es que ya lo tenía la bahía á la llegada de Heredia.

---

(1). Por tener apariencia semejante
A la que de tormentas es ajena,
En las aguas que dicen de levante:
....
Es asiento que corre leste oeste,
Y cuasi norte sur la travesía,
De los confines puertos es aqueste
El que menos enfermedades cría,
De raras disenterías es la peste,
Pero de lo demás tierra sanía,
Y al novicio que viene mal dispuesto,
O le da sanidad, ó mata presto.

CASTELLANOS, *Elegías*, parte 3.ª

Entraron las naves al puerto por la boca grande, mas por ser ya tarde no desembarcaron hasta el día siguiente. Aquella noche encendieron los indígenas hogueras en toda la costa, quizá con el fin de oponerse al desembarco de los castellanos, el cual se verificó muy temprano la mañana del 15. No parecieron de pronto los indígenas en la playa, mas no tardaron en apoderarse de un caballo que se apartó, y queriéndolo recuperar Heredia con quince soldados de á pié y dos de á caballo, le resistieron cien indios, á quienes derrotó y fué siguiendo hasta el pueblo de Calamar, que habían desamparado sus habitantes. Este pueblo estaba rodeado de una fuerte estacada de árboles espinosos coronados de calaveras. Retiróse Heredia á la playa, en donde, luego que estuvo reunida toda la gente, volvió á ocupar las casas. Poco satisfecho el Gobernador por no haber hallado buena agua potable en aquellas inmediaciones, envió una de las naves la costa abajo á explorar un sitio más propicio para establecerse, y la otra hacia Galera Zamba.

Guiado después por un indio viejo llamado Corinche, que habían hecho prisionero ó que se quedó voluntariamente, encaminóse por tierra con los caballos y la mayor parte de la tropa, hacia Zamba. Deseaba Heredia fundar una población que, conforme á lo capitulado en la Corte, sirviese de apoyo á los futuros descubrimientos, y para ello pretendía por medios suaves y humanos, conciliarse la buena voluntad y servicios de los indígenas de la Costa. Traía de Santo Domingo una india natural de Zamba, que había sacado en años anteriores uno de los buques que salteaban aquella costa, y pensaba valerse de su persuasión para con los parientes que Catalina, que así se llamaba la india, tenía en Zamba.

A poco de haber salido del sitio de Calamar, dieron en un pueblo situado á corta distancia de una laguna, que también abandonaron sus habitantes, excepto ciertas mujeres á las que despachó Heredia con algunos presentes á que llamasen á sus deudos, pero que no volvieron. Continuó siempre el Gobernador su viaje con 50 hombres de infantería y 20 de á caballo, por espacio de tres leguas, viendo por todas partes grandes poblaciones (1), hasta la entrada de un pueblo cuyos habitantes salieron al encuentro á los castellanos con la mayor resolución, matándoles tres caballos y un hombre, é hiriendo otros en el combate, que duró muchas horas y en el cual corrieron el mayor riesgo así Heredia como su Lugarteniente Cesar. A éste lo libró de la muerte un sayo encolchado de algodón y forrado de ante, que sacó treinta y dos flechas colgadas, y el Gobernador perdió la lanza (2), y estuvo á punto de morir asfixiado por el calor en las

---

(1) "Por que crea Vuestra Majestad que lo que de la tierra hemos visto es la más poblada y más abundosa de comidas que nunca en estas partes se ha visto." Así se expresa D. Pedro Heredia en la carta escrita al Rey desde Calamar, de la cual poseo una copia sacada de la colección manuscrita de D. Juan Bautista Muñoz, que mi excelente amigo el distinguido literato habanero D. Domingo del Monte, me ha remitido de Madrid.

(2) El Gobernador Heredia en un valiente caballo se fue cebando en

calles del pueblo, combatiendo al medio día bajo los rayos de un sol tropical. Socorriéronlo los suyos, y desabrochándole le volvieron á la vida. Hizo entonces tocar retirada para rehacerse fuera del pueblo, adonde le siguieron los indios para su perdición, pues en terreno limpio no pudieron resistir el tropel de los caballos, y fueron completamente deshechos (1).

Los españoles entraron en el pueblo, que ardía por todas partes, por haberlo incendiado al principio del combate; prendieron algunas indias, y sabiendo que á poca distancia había otro pueblo más grande, determinaron volver á la costa, no hallándose con fuerzas suficientes y deseando curar los caballos heridos, que eran los mejores. Este fué el último esfuerzo de los turbacos por conservar su independencia; en este campo perdieron la flor de sus guerreros; los demás con la chusma se retiraron á las montañas más remotas á llorar su desgracia. Dejaron los españoles, después de saquearlo, el pueblo convertido en un montón de cenizas, y abandonaron á las aves de rapiña los montones de cadáveres de los valientes indios. Atribuyóse traición á Corinche por haberlos conducido por aquel camino interior, más él manifestó que les había advertido que hallarían resistencia, y sea que se persuadieran de su inocencia, ó que siendo el único indígena que hasta entonces habían podido haber á las manos, no querían privarse de sus servicios, se le otorgó la vida á este pobre anciano.

Del reconocimiento de la costa resultó que en toda ella no había puerto más cómodo que este de Calamar, pues la entrada del de Zamba ofrecía muy poco fondo, y por tanto, á pesar de la falta de agua, se resolvieron á establecerse allí.

El acto solemne de fundar la ciudad, nombrar regidores y demás formalidades, tuvo lugar el día 21 de Enero de este año de 1533, bajo la advocación de San Sebastián, así porque era su día, como por el recuerdo de las temibles flechas envenenadas. Señaláronse los dos mejores solares para la iglesia, que son los que hoy ocupa el hospital, y se conservó á la ciudad el nombre del pueblo cuyo sitio ocupaba, mas insensiblemente se fué sustituyendo al nombre de Calamar el de Cartagena que se había dado antes al puerto, porque con este título se hacían los armamentos y preparaban los auxilios que se remitieron posteriormente á Heredia desde Santo Domingo y Jamaica (2). Cartagena

---

alancear y destripar indios hasta que hallándose cercado de estos, le quitaron la lanza asiéndose de ella, y le fué preciso recurrir á la espada.—F. P. Simón.

(1) "Era el pueblo tal, que hacía dos horas que andábamos peleando con ellos y no habíamos llegado á la mitad del pueblo, de donde yo acordé tomar á recoger la gente hacia el un cabo del pueblo."—Heredia, documento manuscrito ya citado.

(2) No he creído deber separarme de la tradición común ni del testimonio de los historiadores de reconocida autoridad, que fijan en esta época la fundación de Cartagena, á pesar de que otra cosa parece deducirse de la carta ya citada de D. Pedro de Heredia, que imprimiré en un apéndice, á fin de que pueda juzgarse si me ha faltado razón para atenerme: 1.° A la relación del Padre Juan de Castellanos, historiador contemporáneo que se

es, pues, en el orden cronológico, la tercera ciudad importante fundada por los españoles en Nueva Granada.

La abundante pesquería y la hermosura y comodidad de la bahía de Cartagena, habían atraído á sus riberas interiores y esteros vecinos, varias tribus que vivían en buena armonía entre sí. Carex era el nombre del Jefe que gobernaba en la isla de Codego, y su principal población estaba situada en Bocachica. Del lado opuesto habitaban Cospique, Matarapa, Cocón y más adentro Bahaire. De todo esto fue informado Heredia por Corinche, con el auxilio de la intérprete Catalina, y determinó enviar en una canoa á su prisionero á proponer á Carex se sujetase al Rey de España, ofreciéndole buen tratamiento y amistad fiel, y pidiéndole trajese de los bastimentos que daba la tierra, por haberse consumido ya los que encontraron en Calamar ó trajeron de Turbaco. Cumplió lealmente su comisión el buen Corinche, que se esforzó inútilmente en persuadir á Carex de las buenas intenciones de los castellanos. El cacique airado le respondió: "Que mentía en todo aquello; que los extranjeros sólo venían á robarles sus haciendas y personas, de que la larga experiencia que tenían, no les permitía dudar, y así que dijera á los cristianos que estimando en menos su vida que su defensa y la de sus tierras, estaba resuelto á pelear hasta el último aliento." Esta fué la contestación que trajo Corinche y que bastó para que sin hacer nueva intimación, se embarcase Heredia, con parte de su gente, en la fusta y otra chalupa, y que atravesando la bahía, atacase á Carex, el cual resistió como había ofrecido, quedando muertos de parte de los indígenas Piorix y Curixix, dos esforzados caudillos, y muchos otros, y prisionero el cacique, y gran número de sus vasallos. Los españoles perdieron diez ó doce soldados, pero hicieron en el pueblo un botín considerable, que algunos hacen subir á cien mil pesos en oro, por lo que llamaron aquella población Carex la Rica, para distinguirla de otra en la misma isla en que no les hicieron resistencia, y de la cual llevaron consigo á Calamar, que en adelante nombraremos Cartagena, un indio que reunía las atribuciones de sacerdote y hechicero, con las de médico, cosa muy común en los indígenas de toda la costa hasta el istmo, en donde todavía se conserva. Este indio, como persona de respeto en la comarca, fué el que Heredia invistió de las funciones di-

---

refiere á Gonzalo Fernández y á Juan de Cuevas, testigos de vista en lo que dice relación con los sucesos del descubrimiento de este territorio. Castellanos se ordenó en Cartagena pocos años después de la conquista, cuando todos los acontecimientos debían estar frescos en la memoria de sus habitantes, y habitó en la casa del Capitán Nuño de Castro, uno de los compañeros de Heredia; 2.° A Fray Pedro Simón en su historia manuscrita, 3.ª parte, que es el cronista que contiene más detalles respecto de Cartagena; este concuerda con Castellanos, así en el suceso que nos ocupa, como en los demás en que he creído deber abstenerme de adoptar la sucinta relación de Heredia, que omite hechos muy importantes. Sin embargo de que un resumen histórico no puede contener la controversia de una historia crítica, lo que demandaría mayor extensión, me ha parecido deber consignar en una nota mis dudas y mi decisión en este punto.

plomáticas de que quedó eximido Corinche. Carón, el mohán, partió, pues, en una embajada cerca de Bahaire, el cacique de más autoridad en los contornos, pero exigió dos compañeros de entre los cristianos para probar la verdad de su misión, ofreciendo protegerlos. Arriesgado era confiarse á tribus enemigas después de las matanzas de Turbaco y de Carex, más entre los conquistadores de aquella época, el peligro de la vida, por grande que fuese, lejos de arredrar, era un nuevo aliciente para acometer una empresa. Ofreciéronse, pues, al instante, dos mancebos castellanos, que salieron con Carón en una canoa, señalándose tres días de término, que se consideró suficiente para atravesar la bahía, y penetrar luego por un caño estrecho (Pasacaballos), á cuyas inmediaciones residía Bahaire. Maravillóse éste de ver al Mohán en compañía de aquellos gallardos jóvenes que parecían mansos y apacibles, y no los seres feroces cuya fama tenía aterrado al país. Carón manifestó á Bahaire que ya los castellanos se habian establecido de asiento en sus tierras, y que el mejor partido sería hacerse amigo de ellos, porque de otra manera, todos perecerían á sus manos ó tendrían que abandonar estos lugares y sepultarse en las selvas más apartadas. Pidió Bahaire un día de plazo para resolverse, y juntar un consejo de los ancianos y los guerreros á fin de consultar con ellos este punto, agasajando entre tanto á los dos españoles, con todo género de regalos. Cuando el consejo se reunió, ya el ánimo de Bahaire estaba decidido por la paz, así fué que, tomando los pareceres solo por la formalidad, como á menudo se practica en ocasiones análogas, y en sociedades más civilizadas, uno de aquellos guerreros que se aventuró á opinar por la guerra constante á los inicuos invasores, tachando á Bahaire de dejarse intimidar por los reveses de sus vecinos, en vez de servirse de ellos como de experiencia para hostilizar de un modo diferente y más eficaz á los cristianos, pereció de un golpe de macana que el colérico cacique le asestó alevosamente sobre la cabeza en el mismo sitio de la reunión.

Cuando esto pasaba, se oyeron slgunos tiros de fusil en la boca del caño, hasta donde Heredia había venido con una embarcacion á saber de la suerte de los dos atrevidos andaluces cuya tardanza comenzaba á inquietarle. Entendieron estos la señal, y bajaron á dar al Gobernador la noticia de la acogida favorable que les había hecho el cacique de Bahaire, que algunos llaman Dulio ó Duhoa. Heredia tuvo una entrevista con él, y lo convidó á ir á verle á Cartagena, y á recibir los regalos que le tenía destinados, instándole por que llevase á los caciques de Caricocox, Cospique, Matarapa y Cocón, como en efecto se verificó algunos días después, quedando, según parece, los indios contentos con los presentes de los castellanos, y mucho más éstos, con sesenta mil pesos de oro, valor de las diferentes joyuelas, que les ofrecieron los indios de la bahía y sus inmediaciones al Sur.

Establecida así la paz con los pueblos comarcanos y asegurada de este modo la subsistencia de la colonia, emprendió Heredia su expedición hacia la costa de Barlovento, en donde espe-

raba sacar algún fruto, mediante las persuasiones de Catalina, la india que hemos mencionado antes, y que siendo natural de un sitio poblado en Galera Zamba, había pasado muchos años en Santo Domingo, y podía hablar los dos idiomas. La mitad de la gente salió por tierra, y la otra mitad en chalupas por la costa, en donde lograron sorprender unos indios pescadores, con los cuales se fué Catalina al pueblo, y logró que sus deudos recibiesen á los castellanos de paz (1). Igual fortuna tuvieron en Mazaguapo, Guaspates, Turipana y en Mahates, cuyo nombre tiene hoy otro pueblo muy distante de este sitio. El cacique del antiguo Mahates, llamado Cambayo, tenía enemistad antigua con el de Cipagua, gran población de aquella comarca, lo cual sabido por Heredia, le ofreció emplearse en su castigo si Cambayo le guiaba y auxiliaba. Esta fue siempre la política de los españoles, aprovecharse de las divisiones de los indios para sujetarlos. Así lo ejecutó Cortés en México, y Quesada en Bogotá.

Salió, pues, el Gobernador acompañado de los Mahates, con dirección á Cipagua. Hallaron un pueblo llamado Oca, desamparado de sus vecinos, que sorprendidos, abandonaron sus haberes. Prohibió Heredia que se tomase nada, deseando entablar negociaciones pacíficas con Cipagua, y no enajenarse por tanto las voluntades de sus súbditos; pero los Mahates cayeron sobre el pueblo, lo saquearon completamente, y prendiéndole fuego, desaparecieron aquella misma noche. Sintió mucho Heredia este contratiempo y torció el camino hacia Tubará, otra población considerable que quería sujetar antes de presentarse delante de Cipagua. Tubará se tomó por la fuerza, después de un reñido combate en que murió un caballero español y gran número de indios. En la población hallaron bastante oro de los adornos de los indígenas que se contentaron con tomar, sin hacer daño alguno á las mujeres y muchachos que no pudieron huír.

El cacique de Cipagua se preparaba también á resistir á la cabeza de un lucido y bien ordenado ejército. Probó Heredia el arbitrio de la persuasión, que no dejó de producirle buen resultado siempre que lo empleó con paciencia y buena voluntad. Manifestóse á Cipagua que el incendio y saqueo de Oca, lugar perteneciente á esta tribu, se había hecho por los Mahates sin consentimiento de los castellanos, que estaban prontos á castigar este atentado con asistencia de Cipagua, si aceptaba la paz, y ofreciendo, además, que no entrarían en el lugar, sino que se mantendrían acampados fuera. Satisfecho Cipagua con estas condiciones, envió á los españoles muchas provisiones y convidó á Heredia para que con algunos de los suyos, viniera al lugar. Ya antes habían pasado de éste al campamento cien indias

---

(1) Entendieron los indios el lenguaje
Y fué también la india conocida,
Por ser de su lugar y su linaje,
De parentela luenga y extendida;
Admíranse de ver en nuevo traje,
La que nació de madre no vestida.

CASTELLANOS, lugar citado.

jóvenes y bien parecidas, que el Gobernador no quiso recibir, temiendo quizá como cauto militar los malos resultados de esta visita, lo que dió sin embargo motivo para que se conociese Cipagua con el nombre de pueblo de Las Hermosas. Recorriendo las diversas habitaciones, Heredia y los pocos compañeros hallaron en el templo una figura de oro macizo, imitando un puerco espín, que tomaron al instante diciendo que no podían consentir en tan bestiales idolatrías. Este pesó cinco arrobas y media, y fué la pieza más considerable que los españoles hallaron en Nueva Granada en todo el tiempo de la conquista. Háblase también vagamente de ocho imitaciones de patos de oro que hallaron en el pueblo de Cornapacua, del cual no se hace otra mención. Las hachas de hierro, bonetes, cascabeles y otros dijes que Heredia hizo distribuír al cacique, lo consolaron de la pérdida de sus ídolos; por lo menos no consta que rompiera la paz que dió á los españoles.

Éstos siguieron su marcha hasta el pueblo de Malambo, en las orillas del Magdalena, y luego río arriba hacia la altura de la barranca de Mateo, desde donde volvieron al Norte, por un país densamente poblado, que llamaron de María. Cuatro meses después de haber salido de la ciénaga de Galera Zamba, regresaron á este pueblo, y de allí á Cartagena en triunfo, con más de millón y medio de ducados en oro (1), cambiados á los habitantes de aquella comarca ú ofrecidos voluntariamente por ellos, pues con excepción del combate de la loma de Tubará, la marcha de los castellanos fué un paseo militar. Esta es la época más venturosa de la vida de Heredia, y en ella recogió los frutos de una política moderada, prudente y conciliadora. En todo el curso de la expedición no permitió á su tropa que permaneciese en los pueblos, sino que acampaba constantemente fuera, evitando de este modo los desórdenes y ultrajes á los indios, y manteniendo una disciplina militar que le era tan necesaria, marchando con tan corto número de soldados por el centro de poblaciones numerosas y aguerridas, las cuales logró sujetar sin derramar sangre.

Después de sacados los quintos reales, la parte del Gobernador, del hospital, de los capitanes, y lo que era uso reservar para los que quedaban en las poblaciones, ó por enfermos, ó custodiando los buques y almacenes, cupieron á cada simple soldado seis mil ducados. Semejante fortuna, que tal podía llamarse la adquisición de esta suma en aquella época, no lograron ni los conquistadores del Perú, los de México ni los de Bogotá (2).

---

(1) Heredia en su carta solo menciona 20,000 pesos de oro y veintidós días de viaje. Puede ser que hubiera dos entradas, aunque hay muchas circunstancias comunes.

(2) De los tesoros de Atahualpa cupieron á cada soldado de á pie 4,440 pesos. La parte de los soldados de Quesada en los dos repartimientos de Tunja y Bogotá no excedió de 1,000 pesos. Sábese cuáles fueron las murmuraciones de los soldados de Hernán Cortés cuando se les iban á repartir los cien pesos que se le declaró á cada uno en México por la repartición de los tesoros de Montezuma.

Riqueza adquirida por medios suaves y humanos, que prueba cuántas ventajas se habrían sacado de haber hecho uso de ellos siempre, y manifiesta también la abundancia de oro y crecido número de habitantes que cubría la hermosa península en que están situados los cantones de barlovento de la provincia de Cartagena.

CAPÍTULO VII

Combate de Canopote—Prosperidad de Cartagena—Expedición al Zenú.—Riqueza de los sepulcros.--Sale Heredia á buscar la tierra que produce el oro y tiene que volver á Cartagena.—Llegada de D. Alonso de Heredia, hermano del Gobernador.—Nueva entrada al Panzenú y calamitosa retirada.—Disensiones en el Darién.—Nueva entrada por el Atrato.

> Cum eis, aurum, vestes, fruges, vinum quæque alia carisima simul defodiunt; ne videlicet eis cibus ac potus desit quoad in alterum mundum pervenerint. Atque isti immortalitatem animæ credunt. Hujusmodi multa sepulcra ditissima Hispani reperere.
>
> BENZONI, *Novi. Orbis.*

Sea que los españoles que habían quedado en Cartagena durante la ausencia de Heredia, molestasen á los indios de Canopote, lugar situado en la orilla de la ciénaga de Tesca, ó que esperasen sorprender al Gobernador á su regreso, lo cierto es que le salieron al encuentro y le atacaron con el mayor arrojo, peleando hombres y mujeres, como hacían los Turbacos (1), pero no tardaron en ser desbaratados con mucha pérdida.

Había transcurrido menos de un año después de la fundación de Cartagena, y sin embargo era ya este punto el más concurrido de toda aquella costa. Los buques que iban y venían al istmo recalaban todos en su hermoso puerto, se fabricaban casas grandes y cómodas, habíase limpiado el manglar que ocupaba un costado del lugar, cuya fama de riquezas comenzó á extenderse por las islas, de suerte que llegaban cada día cargamentos de lujo, queriendo los mercaderes participar de las ganancias de los conquistadores. El incremento de esta ciudad fué mucho más rápido que el de otras que se fundaron antes, á lo que contribuyó la crecida suma de oro que rindieron las primeras correrías, la abundancia de víveres y sumisión de

---

(1) El Bachiller Enciso dice en su suma de Geografía, descripción la más antigua que tenemos de las costas de Nueva Granada, haber prendido en cierta ocasión á una india joven de Turbaco que pasaba por haber matado ella sola ocho españoles, cuando la derrota de Ojeda.

los indígenas, y la mayor experiencia que se había adquirido para los establecimientos, á fuerza de ensayos infructuosos (1).

Podía disponer ya el Gobernador de mayor número de gente y de muchos caballos, que le habían llegado de Santo Domingo con el Capitán Junco. Armas, pertrechos, herramientas de toda especie, no faltaban á soldados ricos y que esperaban hacerse poderosos, si llegaban á descubrir las tierras del sur, de donde, según el dicho general de los indios, les venía el oro, de que no tenían minas, que en vano se habrían afanado por encontrar los conquistadores en los terrenos de formación reciente que componen el suelo de esta provincia. Resolvióse, pues, la expedición tierra adentro, hasta dar con el mar del sur, que nada menos pretendían, ignorando la inmensa distancia que de sus aguas los separaba. Salió la gente á principios de Enero de 1534 (8 de Enero), ricamente equipada, doscientos infantes y cincuenta de á caballo, cada uno con dos ó tres bestias de remuda; iba, además, una acémila para tres soldados de infantería, lujo extraordinario en aquella época, gracias al oro de la región de barlovento. Penetraron por el bosque á la izquierda de la bahía, precedidos de una compañía de macheteros, abriendo la trocha, y con los guías é indios de servicio necesarios. Llegaron al pueblo de Guatena, cuyos habitantes trataron de defenderse, mataron un español, cogieron otro prisionero, é hirieron á varios, sin conseguir Heredia tomar un solo indígena para que le guiase más adentro, adonde los habitantes de la costa no acostumbraban viajar.

Caminaban sedientos y abrumados del calor por dentro del lecho de una quebrada seca, que no les ofrecía otro refrigerio que la sombra de los arbustos, cuando observaron en una de las barrancas de la orilla un caserío del que se retiraron precipitadamente los habitantes, pero en el cual lograron sorprender al anciano cacique y á un jovencito que no quiso abandonar á su padre. Este dió á los españoles una plancha de oro, y cuestionado sobre el lugar de donde se traía, dijo que del Finzenú. Quiso Heredia llevarlo por guía, pero se excusó con su edad y acha-

---

(1) También á vueltas de los mercaderes
Llegaron en aquellas coyunturas,
Los molestos melindres de mujeres
En seguimiento de sus aventuras;
Unas de ellas con sueltos pareceres
Y otras con maritales ligaduras.

Ya comienzan á observarse las ridículas pretensiones de nobleza de alguna gente española que pasaba á América, según se colige de los siguientes versos del mismo Castellanos:

Jactándose de noble parentela
Tal, que ninguna padecía mancha,
Arrastra cada cual sérica tela
No cabe por la calle que es más ancha;
Una se puso Doña Berenguela,
Otra hizo llamarse Doña Sancha,
De manera que de genealogía,
Esa tomaba más, que más podía.

ques, ofreciendo que iría en su lugar el hijo, pero rogándoles encarecidamente que no le privaran por mucho tiempo de este mancebo, que era todo su consuelo. Resultó ser, en efecto, este jovencito, de una rara inteligencia para su edad, mas los castellanos abusaron de la confianza del buen anciano y condujeron, como veremos luego, su tierno hijo á perecer miserablemente de frío y necesidad en país remoto.

Luego que atravesaron la sierra, no muy alta pero de tierra fragosa para los caballos, cayeron al fin á una vasta llanura de más de quince leguas en contorno, en donde cazaban los venados corriéndolos á caballo; la tierra no parecía muy poblada, pero á distancia de tres leguas hallaron veinte casas juntas, espaciosas y ventiladas, rodeadas de una multitud de túmulos más ó menos elevados. En este pueblo habitaba la cacica de Finzenú con su marido, que recibieron amigablemente á los españoles. Era aquí el cementerio general de toda la comarca, en donde venían á sepultar á los que morían, junto con sus bienes, bebida y alimentos. Olvidó Heredia su antigua política, á pesar de haberle sido tan útil en la primera expedición. La codicia lo cegó enteramenie, ya no pensó sino en atesorar, aunque fuese violentando á los indios y enajenándose las voluntades de sus compañeros. No le costó mucho conseguirlo, y este período hasta que la prisión y persecuciones le corrigieron, es el más desfavorable de su conducta. Ordenó, pues, el saqueo del pueblo, en el cual hallaron los españoles veinticuatro ídolos de madera chapeados de láminas de oro, y apareados de dos en dos, sosteniendo hamacas, en que se depositaban las ofrendas de joyuelas que traían los devotos al santuario. Suspendidas á los árboles de un huerto agreste que rodeaba este templo, había algunas campanillas de oro que también arrancaron, pesando todo ciento cincuenta mil pesos.

Hallaron asimismo armas y herramientas de los castellanos que perecieron con el Capitán Becerra en la entrada que ordenó Pedrarias desde el Darién. Aseguraban los indios que la tierra había sido muy poblada, pero que después de la matanza de los hombres barbudos que habían venido de Urabá á conquistarlos, se había levantado tal peste, que murieron casi todos los habitantes de la comarca. Habiéndoles informado el indio joven que los guiaba, que todos aquellos túmulos contenían oro, se entregaron á la ocupación de abrir sepulturas por muchos días, hasta que Heredia logró persuadirlos que difiriesen esta operación para la vuelta de la entrada que era preciso hacer á Zenufana, la tierra de donde venía el oro, que obtenían los habitantes de la costa y lugares vecinos, en cambio de sal, de hamacas, y de otros tejidos en cuya fabricación eran muy diestros. Nada contentos, sin embargo, se prepararon al viaje los castellanos, que hubieran preferido terminar las excavaciones de las sepulturas modernas, y comenzar á cortar las gruesas ceibas que crecían sobre los túmulos más antiguos de este vasto cementerio. La codicia de Heredia les hacía por otra parte sospechar que quería apartarlos de estos sitios, á fin de que sus esclavos vinieran

de Cartagena, durante su ausencia, á sacar los más ricos tesoros. Antes de partir sepultaron en paraje secreto los 300,0000 pesos de oro, que tenían ya acopiados, y emprendieron la marcha hacia el sur, guiados siempre por el mismo muchacho de cuya veracidad é inteligencia tenían tan lucrativas pruebas.

Llamaban los indios Finzenú toda la hoya del río Sinú; pasando la sierra hacia el río San Jorge, tomaba el país el nombre de Pansenú, y últimamente de Zenufana, la tierra rica de oro, en que están hoy día pobladas las ciudades de Zaragoza y Remedios sobre el Nechí y sus afluentes. Hacia esta última se dirigían naturalmente las aspiraciones de los castellanos. Caminaron primero por terreno llano, y después entraron en la tierra quebrada, en donde comenzaron á sufrir escaseces, porque hallaban desamparados los caseríos en que entraban, y retirados sus habitantes á las montañas. Llegaron al fin á la división de dos caminos; el uno, que evita el paso por lo más encumbrado de la sierra, sigue á la izquierda por clima templado; el otro, más corto, atraviesa un país frío y expuesto á temporales. Este fue el que tomaron los españoles, á pesar de cuanto el guía les representó, para disuadirlos, suponiendo que había malicia y traición en las palabras de este muchacho, de cuya sencillez y buena fe no hubieran debido dudar, después de dos meses de experiencia. Así lo sentían muchos, pero prevaleció el parecer del Gobernador. Comenzaron á trepar aquella cuesta el día 24 de Marzo, con las primeras lluvias de la estación. Mientras los castellanos no supieron conocer y aprovecharse de la regularidad de las dos épocas periódicas de tiempo seco y lluvioso en estos países, sufrieron mucho en las jornadas que emprendían indistintamente en todos los meses del año. Así fué que dentro de algunos días, al llegar á la cumbre de aquella montaña, los sorprendió una borrasca y temporal tan deshechos, que muchos perecieron de frío, y á los demás fué forzoso retroceder precipitadamente á buscar el abrigo de los valles. Aquí murieron casi todos los indios de servicio, que, como andaban desnudos, eran siempre las primeras víctimas en semejantes casos, y con ellos el fiel é interesante muchacho que les servía de guía, y de cuyo abrigo y conservación hubieran debido cuidar, cuando no por humanidad y gratitud, por propio interés.

Otra calamidad les sobrevino cuando llegaron al pie de la montaña. Los ríos crecidos no daban paso para hombres, y los torrentes arrastraban los caballos. Comenzaron á aparecer tropas de indios que hostilizaban á los españoles, al principio en combates cuerpo á cuerpo, en que naturalmente llevaban aquellos la peor parte, y después, á lo lejos, protegidos por las breñas, los inquietaban, y no les permitían separarse de la ranchería sino en tropas.

Para salir Heredia de tan difícil situación, recurrió de nuevo á los medios de conciliación, que siempre le surtieron buen efecto y que manifiestan bien claro la índole apacible de los indios, los cuales fueron reducidos por buenas no sólo á deponer las armas, sino á construír puentes para que pudieran volver los

castellanos al Finzenú, adonde llegaron trabajados por la inclemencia de la estación, y aunque los indígenas les trajeron algún oro del que habían recogido buscando entre la tierra de las sepulturas abiertas por los españoles, creyeron éstos que de las más ricas, de las que dejaron intactas, los indios habían extraído el oro y traspuéstolo á parajes remotos. Crecieron las murmuraciones contra Heredia por haberlos llevado á sufrir tantos trabajos inútilmente, sobre todo cuando les ordenó que se prepararan para volver á Cartagena, sin permitirles permanecer allí acabando de abrir los sepulcros que aún quedaban. Alegaba para justificar esta orden la escasez de víveres en el país, y la necesidad de ir á recobrar la salud y proveerse de herramientas y utensilios, antes de continuar la exploración.

El deseo de acrecentar su caudal en estos hombres era más poderoso que el temor de perder la vida de hambre y enfermedades, y cuando reducidos como se hallaban á la mitad del número primitivo pudieron distribuír entre ellos, después de sacado el quinto, más de 400,000 pesos de oro, con lo cual cada uno podía haber vuelto á España con razonable suma para haber vivido cómodamente el resto de sus días, en vez de gastarla, según aconteció, en plumas, sedas y otras galas, y en las mesas de juego y borracheras, en que disiparon en Cartagena el fruto de su trabajosa jornada.

Sorprendidos quedaron en la ciudad de ver regresar al Gobernador y sus compañeros tan reducidos en número, flacos y amarillos, (1) y después de haber manifestado el sentimiento por los que habían fallecido, se entregaron al regocijo por el hallazgo de tan grande suma de oro, que daba vida y movimiento al comercio de la ciudad, á la cual habían llegado entre tanto F. Tomás Toro, primer Obispo, y don Alonso de Heredia, hermano del Gobernador y conquistador de Guatemala, que venía á acompañar á su hermano. Dióscle el título de teniente general, privando de este cargo á Francisco Cesar, nombramiento que causó muchas demostraciones de descontento, excepto en el más agraviado, que se hizo superior á la injuria, rara moderación entre aquellos aventureros acostumbrados á dar rienda suelta á sus resentimientos y aun á recurrir á vías de hecho para vengarlos.

La fama que adquirieron desde entonces los sepulcros del Zenú nos autoriza para hacer una descripción más detallada de la que convendría en este resumen histórico, y creemos que es este el lugar de ocuparnos de ella, antes de emprender la narración de la segunda jornada y sucesos posteriores.

El cementerio del Zenú se componía de una infinidad de túmulos de tierra, unos en forma cónica y otros más ó menos cua-

---

(1) "Llegaron á Cartagena enfermos y con rostros tan amortiguados, que parecía que los habían sacado de los sepulcros de que no cesaban de hablar." (F. P. Simón, 3.ª parte, 1.ª noticia, número 55). "Juicio impenetrable de Dios, que todos los que violaron estos sepulcros, que no por ser de idólatras dejan de ser sagrados, murieron pobrísimos y en hospitales, y ninguna de las fortunas que se hicieron pasaron á segundo poseedor." (Id.)

drada. Luego que un indio moría, acostumbraban abrir un hoyo capaz de contener el cadáver, sus armas y joyas, que colocaban á la izquierda mirando al oriente, y al rededor algunas tinajas de chicha y otras bebidas fermentadas, maíz en grano, piedra para molerlo, sus mujeres y esclavos, cuando era hombre principal, los cuales se embriagaban previamente, y luego cubrían todo con una tierra roja que traían de lejos. Después comenzaba el duelo, que duraba mientras había que beber, y entre tanto seguían amontonando tierra sobre los sepulcros. Eran así éstos más elevados mientras más había durado la borrachera, continuando de esta manera la desigualdad de fortunas aun en este estado casi salvaje, después de la muerte. Entre otros había un túmulo tan alto, que se distinguía á distancia de más de una legua, y que llamaron los españoles, según su costumbre respecto de todos los objetos algo extraordinarios, la Tumba del Diablo, y quiso éste que gastaran mucho tiempo y dinero para remover sus entrañas sin hallar las joyas de oro que en más ó menos abundancia se hallaban en todas. En algunos de estos santuarios encontraron en objetos de oro, que eran imitaciones de figuras de toda especie de animales, desde el hombre hasta la hormiga, por un valor de diez, veinte y treinta mil pesos. Ciertamente era preciso que estos habitantes fueran laboriosos, para poder, después de proveer á las necesidades de la subsistencia, reunir estas cantidades de oro que representaban el tiempo consagrado en hilar, tejer y fabricar las hamacas y otras telas, ó en recoger la sal ó secar el pescado, que eran los artículos que cambiaban por el oro que de tan lejos les venía. Se habían hecho tan prácticos los españoles en estas excavaciones, que sólo descubrían el lado izquierdo de cada túmulo, pues en el resto no hallaban oro. Para hallar las huellas de las más humildes sepulturas, prendían fuego al pajonal, y de esta manera descubrían los vestigios, y hacían un agujero precisamente en la posición en que se colocaban las planchuelas y otras alhajas de oro, con lo cual habían simplificado mucho la operación, que era á los principios larga y laboriosa, sobre todo cuando era necesario cortar los gruesos árboles que habían crecido sobre muchas, indicio cierto de la antigüedad de aquellos santuarios. No sería imposible que estas tumbas pertenecieran á una raza más antigua y civilizada, puesto que en una de las crecientes del río, en Tolú, se encontró posteriormente un madero de guayacán curiosamente esculpido, que representaba danzas y juegos, con una perfección que no se observaba ya en el tiempo de la conquista.

Por Junio de este año de 1534 tornaron á Cartagena Heredia y sus compañeros. De las dos jornadas á barlovento y sotavento y de las correrías en las inmediaciones de la ciudad, habían entrado á ella en diez y ocho meses dos millones de pesos, cantidad mayor, pues que equivale á seis millones de nuestros días, que la que ha podido circular jamás en tan corto tiempo en las épocas posteriores de mayor prosperidad. El comercio adquirió un impulso considerable, y se veían tiendas de artículos que de ordinario sólo se consumen en ciudades ricas y populosas.

Como todos querían participar de las riquezas de los santuarios del Zenú, muy pronto se armó nueva expedición á las órdenes de D. Alonso Heredia, compuesta de cerca de doscientos hombres, que salieron en Agosto del mismo año con destino de descubrir nuevas tierras; pero como llegaron ya entrada la estación de las lluvias al pueblo de los sepulcros, les fué forzoso permanecer en él tres meses, aunque no con la utilidad que se prometían, por haber los indios exhumado la mayor parte de la riqueza y escondídola en una montaña llamada de Faraquiel, en donde tenían otro adoratorio. Nunca pudo ser hallado este oro, á pesar de las más exquisitas diligencias, y no es improbable suponer que todo fué una de aquellas patrañas que se inventaban con tanta frecuencia y á que fácilmente se daba ascenso cuando tenían conexión con la existencia de inmensos tesoros.

D. Alonso de Heredia había nombrado por su teniente al capitán Francisco Cesar, para satisfacerlo en algún modo de la injusticia que se le había hecho postergándolo, y luego que llegó al Zenú, lo comisionó para que fuese á la costa del norte á ciertas poblaciones de que había noticia, fundadas en parajes pantanosos, y que era preciso evitar en la marcha desde Cartagena por esta razón, pero que se sabía abundaban en víveres de que tan grandes necesidades padecieron siempre en el Zenú. Hallaron Cesar y sus compañeros en Tolú, que era el nombre del cacique de aquella región, no sólo provisiones abundantes, sino también diez mil castellanos de oro en joyuelas que le ofrecieron los indios de esta provincia, que entonces se llamó de Balsillas, por las que construían sus moradores. Una más grande hizo fabricar Cesar para probar si podría establecerse con más prontitud la comunicación directa con Cartagena por esta vía, sin el rodeo de la montaña, como en efecto se consiguió. Mas apenas llegó á noticia del gobernador Heredia que Cesar había recogido una suma considerable, cuando mandó á pedírsela con pretexto de pagar los gastos de un buque que acababa de llegar de España con armas y pertrechos para la colonia. Este oficial se denegó con firmeza á entregar la mencionada cantidad de oro, que debía dividirse entre sus compañeros; por ello fué cargado de cadenas y aun condenado á muerte, junto con el capitán Ayala, á su vuelta al Zenú, y así los llevaron á la jornada que en breve se emprendió, á principios del año siguiente de 1535. La sentencia de último suplicio á que se le condenó, no se llevó á efecto, porque nadie se prestó á ejecutarla.

Salieron con D. Alonso de Heredia cuatrocientos hombres muy lucidos, con dirección al oriente y en demanda de las ricas regiones de las cuales esperaban volver con sus caballos cargados de oro. Pero esta tentativa debía resultar todavía más desastrosa que la primera. Allí iba, es cierto, el descubridor de Antioquia, pero marchaba con esposas y cadena al cuello como un malhechor; el cielo tenía destinado este descubrimiento á su modestia y su valor, y lo verificó poco más de un año después con un puñado de compañeros. También tenía guardada la Providencia al capitán Cesar la ocasión de vengarse noblemente de

su implacable y gratuito enemigo, alargándole una mano generosa en tiempo de su adversidad.

Caminaba la gente castellana á la ventura á consecuencia de haberse muerto los indios que servían de guías, cuando dieron en un pueblo pequeño, que era el principio de los dominios del poderoso cacique Yapel ó Ayapel. Avisado éste, y creyendo destruír de un solo golpe y por sorpresa á sus invasores, de cuyo corto número había tenido noticia cierta, situó una emboscada de dos mil guerreros entre el pajonal de un lado y otro de la senda que conducía al pueblo principal, el cual se veía en una eminencia. Quizá habrían acertado el golpe los indígenas y logrado envolver á los españoles, que marchaban desordenados, si los penachos de plumas de varios colores que sobresalian, no hubieran hecho descubrir á los de á caballo la celada. Cuando los Ayapeles notaron que los castellanos hacían alto y se preparaban al combate, cayeron sobre ellos con la grita que acostumbraban todos los indios en semejantes ocasiones, por donde se llamaron *guazábaras* estas refriegas, algazara que se convirtió en un silencio mortal que era señal de la retirada luego que los aceros españoles dejaron la tierra tinta en. sangre de aquellos indígenas de los cuales cogieron algunos prisioneros que destinaron á cargar los equipajes. Eran aquellos gallardos, bien dispuestos y esforzados; de ellos se supo que todo aquel territorio dependia del cacique Ayapel, que habitaba en un lugar alto, adornado de huertas frondosas, casas aseadas y calles regulares (1). A este sitio llegaron poco después y lo hallaron desamparado de sus habitantes, que habían también puesto en cobro sus bienes, pero los consoló la abundancia de provisiones tales como yucas, batatas y otras raíces nutritivas, aunque no vieron maíz, que era el grano que los españoles estimaban más, porque podían llevarlo consigo en sus trabajosas jornadas. Continuaron la que ahora tenían entre manos, con manifiesto disgusto de muchos que quisieran hacer las excavaciones de los túmulos que se veían por donde quiera; y por terreno más quebrado con gran falta de alimentos hasta un pueblo abandonado en que hallaron cantidad de pescado seco en barbacoas con que suplieron sus necesidades. Después de algunos días de marcha penosa llega-

---

(1) Porque tenían estos naturales
Las casas todas bien aderezadas,
Con gran copia de huertas de frutales;
Maravillosamente cultivadas,
Grandísimas labranzas de yucales,
Y otras raíces dellos estimadas,
Asiento limpio por cualesquier vías,
Campiñas espaciosas por los lados,
Todas sus partes rasas y sanías,
Purísimos los aires y templados,
Aguas delgadas, espejadas, frías,
Ríos con abundancia de pescado,
Y la templaza dicen ser tan buena
Que frío ni calor no les dió pena.

J. DE CASTELLANOS, *Descripción de Ayapel.*

ron á las orillas de un río tan caudaloso, que no daba paso. Este río era el Cauca, cuya ribera izquierda siguieron rompiendo monte y atravesando ciénagas y caños, tan escasos de alimentos, que se contentaban con cogollos de bihao y uno ú otro animal que podían haber á las manos. Parecía mas bien esta tropa, de ermitaños cuyos cuerpos flacos se llevaba el mas leve viento, que de soldados que pretendían conquistar ricas regiones. Llegaron al fin frente á una isla en la cual se descubría un pueblo. Pero como carecían de embarcaciones y el río era demasiado profundo, trabajaron vanamente por atravesar el brazo para llegar á la isla, hasta que el hambre y la desesperación los impulsaron á arrojarse á nado. Luego que tomaron tierra, vieron con horror y desconsuelo que las llamas devoraban las casas del pueblo, y que las canoas cargadas de sus moradores se iban río abajo. Esta defensa, la mas eficaz que contra los españoles se adoptó en América, produjo inmediatamente el mas cumplido efecto. No hallando nada que comer en aquella isla, y no teniendo fuerzas para continuar la jornada, dió orden Heredia de contramarchar. En esta retirada murió la mayor parte de la gente, y los que sobrevivían envidiaban la suerte de los que sucumbían al cansancio y á la necesidad. Muchos quedaban insepultos, y acaeció más de una vez que, queriendo ejercitar el piadoso oficio de abrir la sepultura para el cadáver de un deudo ó amigo, el caritativo soldado caía yerto en el mismo hoyo que estaba abriendo para otro.

Con la tercera parte de su pequeño ejército llegó D. Alonso Heredia á Ayapel, casi al mismo tiempo que el Capitán Cáceres, que con tropa, pero sin bastimentos, había enviado el Gobernador Heredia desde el Zenú en auxilio de su hermano. Este refuerzo solo sirvió para aumentar las necesidades comunes, de suerte que, marchando reunidos la vuelta del Zenú, se vieron obligados á matar la mayor parte de los caballos para alimentarse, porque en Ayapel no encontraron provisiones, que los indios llevaron las que tenían y aún abrieron las sepulturas y sacaron el oro durante la ausencia de los españoles á fin de quitarles la tentación de permanecer en el país ocupados en esta agradable tarea, como lo habían hecho en el Zenú. De allí salió el Gobernador á encontrarlos, consternado de ver tan macilentos á los pocos que volvían, pero les intimó que debían seguir al Tolú, pues en el Zenú no había víveres. ¡Cosa singular! Estos espectros rehusaban alejarse de la tierra de los santuarios que querían continuar descubriendo, por no volver á Cartagena con las manos vacías. No se sometieron ellos sin quejas y alboroto á la orden superior, y apenas se separó de Tolú D. Alonso Heredia, que los había conducido, cuando se amotinaron, y acaudillados por el Capitán Cáceres y embarcados en balsas, se dirigieron á Cartagena, con el objeto de denunciar al Gobernador y alzarse con el mando en su ausencia. Este les ganó de mano, sospechando sus intentos, y descendiendo rápidamente el río Zenú en una lancha, hizo el primero el viaje directo á Cartagena, en donde tomó sus disposiciones para desconcertar los planes de los amotinados. Amainaron estos, sin embargo, luego que á su llegada supieron

que hacía dos semanas que Heredia se hallaba en la plaza. Este los consoló con palabras suaves, pero guardando su fortuna, que para entonces decían era tan cuantiosa, que tenía enterrados en la isla de Codego treinta quintales de oro que varios atestiguaban haber visto pesar en su casa, y ciertamente no podía ser menor la parte que le había cabido en los diferentes repartimientos que hasta entonces se habían hecho.

Alonso de Heredia supo que el nuevo Gobernador de Panamá, Francisco Barrionuevo, había restablecido la población de Acla en el golfo de Urabá, y que por medio de la amistad y buenas relaciones del Capitán Julián Gutiérrez con el cacique Urabá, con cuya hermana se había casado después de bautizada, recorrían varias partidas de españoles aquellas costas, haciendo pacíficamente sus permutas de cosillas de Castilla por oro. La envidia de estas ganancias, y el temor de que por fin hallaran los ricos tesoros del Dabaibe, que él codiciaba para sí, lo determinaron á proponer á su hermano, le autorizase para marchar del Zenú al Darién á restablecer la población de San Sebastián fundada y abandonada por Ojeda. D. Pedro Heredia, que nada sabía negar á su hermano, hombre de más edad y experiencia, le concedió lo que pedía y aún le envió algún auxilio para verificarlo como lo hizo trasportándose á la orilla del golfo. Es sensible que se hubiera tomado esta fatal resolución, que fué causa de sangrientas disensiones entre los españoles, porque la política de Julián Gutiérrez y la eficacia con que lo secundaba su esposa la india Isabel, que ejercía mucha influencia en aquellas tribus, habrían quizá logrado la fundación de una colonia durable en las márgenes fecundas de este golfo, que por un raro concurso de circunstancias ha quedado despoblado, durante más de trescientos años hasta nuestros días.

Crecían entre tanto en Cartagena el descontento y las quejas contra el Gobernador, y fué entonces, ya entrado el año de 1535, que tuvo lugar un incidente que caracteriza las costumbres de la época, y que manifiesta que los lances de guapos y espadachines tan comunes en España, se trasportaron de las encrucijadas de Madrid á las calles de Cartagena, en donde los hidalgos sin capa, porque el clima no la toleraba, se portaban como los de capa y espada en la metrópoli. Nueve de estos, sabiendo la riqueza de su antiguo compañero Heredia, pasaron el Océano, y desembarcando en Cartagena, vinieron á recordar á su camarada relaciones olvidadas. El Gobernador los recibió con estéril urbanidad de que quedaron profundamente resentidos, y comenzaron á desmandarse en palabras atrevidas y amenazantes en casa de su huésped el tesorero Saavedra, enemigo declarado del Gobernador, á cuyos oídos no tardaron en llegar estas bravatas. Armóse este, y acompañado de un confidente pasó una noche á casa del tesorero, á quien maltrató de obra y de palabra por estar ausentes los madrileños. Quejóse Saavedra del insulto que se le había hecho, cuando estos volvieron de sus expediciones nocturnas con que tenían atemorizada la ciudad, quitando las espadas á cuantos encontraban, lo que muestra el grado á que puede llegar

la insolencia de un puñado de valentones, cuando los ciudadanos han retirado su apoyo á la autoridad. La de Heredia fué desconocida hasta el punto de salir á atacarlo cuando se paseaba por el frente de su casa con otro vecino, y aunque eran solo dos, mantuvieron el desigual combate largo tiempo, rechazando con las alabardas, las lanzas y espadas de los nueve, é hiriendo algunos hasta que ciertos empleados acudieron, no pudiendo hacerse sordos más tiempo á las voces y tumultos, con lo que se retiraron los madrileños, sin poder ser arrestados, porque los vecinos se denegaron á prestar auxilio. Conociendo el animoso Heredia el peligro de su situación, esta misma noche se embarcó para la isla de Codego con sus esclavos, y convocando á los indígenas, en quienes había adquirido bastante influencia, revolvió sobre la ciudad, que se alarmó con el estruendo de los tambores y grita de los indios, los cuales se prometían á la sombra del Gobernador vengar antiguos agravios. Cartagena no contaba con muchos defensores, pues los mejores soldados estaban con D. Alonso de Heredia. Los lamentos de las mujeres y consternación de los mercaderes habían llegado al colmo al acercarse los bárbaros al muelle. Salió una diputación pidiendo misericordia á Heredia, el cual viendo que había logrado su objeto; que sus enemigos se habían escapado embarcándose para Santa Marta, y los demás se sujetaban á cualquiera condición para salvarse del pillaje, despidió á los indios dándoles las gracias. La medida atrevida que había adoptado Heredia para hacerse obedecer, aunque sobrecogió de terror por lo pronto á los colonos, no era calculada para conciliarse los ánimos, y por tanto, no creyéndose seguro determinó ausentarse por algún tiempo, emprendiendo un viaje á San Sebastián de Buenavista, en donde la competencia entre Julián Gutiérrez y D. Alonso Heredia se agriaba más cada día.

El Capitán Francisco Cesar, que deseaba marcharse al Perú lisonjeado por Gutiérrez, tomó servicio en sus filas, y todos juntos vinieron á establecer una población á poca distancia de San Sebastián de Urabá en las márgenes del río Caimán, excitando á los indios convecinos á que hostilizasen á Heredia. Luego que el Gobernador llegó, hizo á Gutiérrez las correspondientes intimaciones á fin de que se saliese de los términos de su jurisdiccion, y después pasó personalmente, y desembarcando á corta distancia con gente armada, mandó á un escribano á hacer solemne notificación á Gutiérrez á fin de que se retirase á la otra banda del golfo y saliese de su jurisdicción. Respondió este que, siendo dependiente del Gobernador de Panamá, á este tocaba decidir el punto, y propuso que se esperase su resolución, á que fingió acceder Heredia, y embarcándose aparentó retirarse, con que quedaron muy ufanos los de Gutiérrez, que, siendo en mayor número y mejor armados, estaban dispuestos recibir la batalla del Gobernador de Cartagena. Mas la tropa que este mandaba se componía de hombres atrevidos como su jefe, el cual les había prometido el pillaje de los almacenes que los mercaderes tenían en el campo de barracas de Gutiérrez, como más rico con el oro del Chocó. Así fué que revolvieron en el silencio de la noche y los

atacaron de sorpresa matando muchos, prendiendo á Gutierrez y saqueando el pueblo como pudieran hacerlo en ciudad enemiga y no compuesta de españoles vasallos del mismo monarca. Primer ejemplo deplorable de guerra civil entre hermanos, en aquellas solitarias regiones.

La mujer de Gutiérrez, con Francisco Cesar y otros españoles, se retiró á los bosques á levantar los indios, cuyo espíritu guerrero era bien conocido, de lo cual temeroso Heredia les envió emisarios ofreciéndoles garantías y libertad para irse á Panamá los que quisieran. Aceptaron las condiciones, y algunos se fueron en un buque para el Istmo. Francisco Cesar se quedó en San Sebastián, de donde salió el Góbernador Heredia victorioso para Cartagena á castigar á sus enemigos, con el corto número de soldados que le pareció bastaría á su intento. Llevó consigo preso á Julián Gutiérrez, á quien sigió su esposa la sensible india Isabel. Entró el Gobernador á media noche, y antes que amaneciese tenía ya asegurados con prisiones al tesorero Saavedra, á los Capitanes Nuño de Castro, Ayala y otros de los desafectos, comenzando á seguirse las causas al instante. Estas se quemaron pocos días después por intercesión del Gobernador de Panamá, que vino á Cartagena luego que supo la prisión de Julián Gutiérrez á reclamarlo y á arreglar la cuestión de límites, que se transigió satisfactoriamente, dejando al río Grande del Darién como lindero, aunque no se restituyeron las mercancías ni el oro robado. (1) Luego que Gutiérrez fué puesto en libertad, se acercó á él un oficial llamado Yañez Tafur y le puso en las manos seis mil ducados, diciéndole: «Hé aquí el oro que os tomé para evitar que otros menos escrupulosos se lo apropiaran dejándoos en la miseria.» Los cronistas han conservado el nombre del honrado Capitán Tafur, y creemos que ni aún en un resúmen de hechos como el presente, es permitido desperdiciar las ocasiones de consignar estcs actos de loable desinterés, que necesariamente han debido producir mas duradera satisfacción y contentamiento en los que así empleaban el oro tomado en las guerras, que la que podía resultarles de los juegos y disipaciones en que la mayor parte consumía el fruto de sus rapiñas.

Quiero referir las circunstancias que acompañaron á la fundación de Santiago de Tolú sobre las orilas del río Catarrapa, por ser la segunda población que se estableció en la provincia de Cartagena, precediendo todas las formalidades legales. Ya hemos visto cuán abundante era esta comarca en víveres, de que se proveían los que permanecían en el Zenú cavando sepulturas que

---

(1) **Dieron trazas y cortes en el paño**
De los bajos y altos de la tierra,
Aunque ningunos dieron en el daño
De los bienes robados en la guerra.
Barrio-nuevo quedó con desengaño
Y el buen Pedro de Heredia con la tierra;
Y dióle con alguna mas hacienda
A Julián Gutiérrez y á su prenda.

Castellanos.

por muchos años se explotaron como si fueran minas. Para asegurar la subsistencia de estos mineros de nueva especie, determinó D. Alonso Heredia, con anuencia de su hermano el Gobernador, establecer de asiento una colonia en Tolú, y así lo verificó antes de emprender la jornada de San Sebastián de Urabá ó de Buenavista, de que hicimos antes mención. Nombróse justicia y regimiento, y se le dió el título de villa de Santiago de Tolú. Disgustados los indios con el estableciento de esta población, hicieron una demostración hostil, apareciendo en hueste numerosa y bien organizada, marchando con tanto orden y compás al son de los fotutos y atambores, que los españoles contemplaban maravillados el progreso que iban haciendo estos indios en imitar sus maniobras. No correspondió, sin embargo, como á menudo sucede, tan vistosa disposición con los hechos, pues después de una rociada de flechas desde la orilla opuesta del río Catarrapa, en que mataron dos caballos, se desbandaron á los primeros tiros de arcabuz, y perseguidos en los bosques dejaron prender sin resistencia sus familas, las cuales trató D. Alonso de Heredia con humanidad y dulzura, dándoles luego libertad, y logrando de esta manera una paz durable con estos indígenas, que se asegura eran mas racionales y cultos que sus vecinos; andaban las mujeres vestidas de mantas de algodón ceñidas al cuerpo, y cultivaban mucho la tierra. (1) Hé aquí un ejemplo en pequeño, de lo que mas tarde veremos, á saber; que la resistencia que hallaron los españoles estaba en razón inversa de la civilización, y que las tribus errantes y cazadoras les dieron más que hacer para sujetarlas, ó más bien para destruirlas, pues la mayor parte perdiecon la vida antes que la independencia, que las poblaciones agrírolas, que aunque mas numerosas cedieron fácilmente.

Volvamos al Darién, hacia el cual actualmente tenían convertidas todas sus esperanzas los colonos de Cartagena, después de haber disipado las riquezas de los sepulcros del Zenú. Propuso D. Alonso de Heredia salir en pos del dorado del Dabaybe, que en años anteriores había burlado las esperanzas de los exploradores de la Antigua. Por Abril de 1536 partió de San Sebastián de Buenavista D. Pedro de Heredia con 210 hombres de á pié y á caballo bien equipados para esta suerte de jornadas. Entraron en barcas por el río del Darién, luego saltaron en tierra en la orilla derecha y comenzaron una de las mas penosas y mas infructuosas expediciones de entre las que emprendió el Gobernador de Cartagena, por un terreno anegado y bosques impenetrables, por donde hoy mismo, después de trescientos años, no puede penetrarse sino en canoas, y en donde no se han visto caballos ni antes ni después de aquellla época. Llovía sin cesar, y cami-

---

(1) **Pero hicieron luego paz con ellos**
Soltándolos con todos sus haberes,
Y desde entonces gente castellana
La tierra del Zenú tuvo muy llana,
Porque estos indios son ahidalgados
Y guardan amistad si la prometen.

Castellanos.

nando en medio de las selvas no podían hacer lumbre por falta de leña seca. Los caballos eran el mayor estorbo, pues muchas veces tenían que detenerse una semana en construir puentes en las ciénagas para que pudieran pasar, y sin embargo se ahogaron muchos. Se daba tormento á los pobres indios que servían de guías, creyendo que por malicia los habían extraviado en estas selvas solitarias á ser pasto de los mosquitos y murciélagos que los devoraban. Los indios decían: «Nosotros vamos en tres días del río á la sierra, vosotros y vuestros animales gastáis meses enteros ¿Qué culpa tenemos?» En efecto el indio del Darién, adormecido en su hamaca los días enteros, es la imágen mas completa de la indolencia, mas luego que entra en los bosques se vuelve otro hombre, y es increíble la rapidez con que se desliza por la selva mas espesa. Parece una sombra ligera á la cual no alcanzan los aguijones de las avispas ni de los reptiles venenosos en que abunda esta masa de vegetación, en la cual se desarrolla la materia orgánica con maravillosa prontitud. El hábito ha enseñado al indio que el mas profundo silencio y la mayor presteza en los movimientos, son sus mejores defensas en estas montuosas regiones, en las cuales caminan muchas leguas en un día sin dejar rastro ni huella perceptible.

La que dejaba la hueste castellana era bien diferente, el campo resonaba con los golpes de las hachas y con las maldiciones que el dolor arrancaba á las tristes víctimas de la insaciable codicia. Un enjambre de insectos los seguía y atormentaba, y cada día amanecían nuevos enfermos que se rehusaban á continuar aquella trabajosa exploración. Los más robustos se ofrecieron á marchar sobresalientes á descubrir para volver á dar cuenta de lo que vieran, quedando el grueso acampado en un lugar más limpio y seco que escogieron. Después de algunos días dieron en un lugar que parecía habitado y en que los indicios de que allí mismo había gentes, eran bien claros; al pie de los árboles se veían las basuras, cáscaras, restos de los alimentos que los indios acostumbran; el olor de la candela manifestaba que estaban poco distantes de las chozas, sin poder hallarlas, hasta que por casualidad advirtieron que los indios las habían construído en las copas de los árboles para librarse de las inundaciones y probablemente también de la picadura de los insectos, pues se ha observado que los mosquitos abundan más en la superficie de la tierra.

Prendieron dos indios, y de lo que se les pudo averiguar no resultó que la tropa española podía continuar por aquella vía el descubrimiento de las sierras en que debía estar situado el Dabaybe con sus tesoros (1). Regresaron, pues, al campamento, con

---

(1) La descripción de Castellanos se aplica todavía á los indígenas de ciertos lugares del Chocó, como verá el lector por la siguiente cita:

Porque tenían sus casillas hechas
Encima de los árboles y plantas:
Era gente de débiles cosechas
Sin uso de vestidos ni de mantas,
Proveídos de dardos y de flechas;

tan malas nuevas, con lo cual resolvió el Gobernador volver á San Sebastián. En el viaje de retorno que ejecutaron, por el mismo camino, solo gastaron cuarenta días, por estar abierta ya la trocha y construídos los puentes. Tres meses emplearon en esta jornada, que no hace conocer un palmo de tierra de que no tengamos ya noticia por las correrías de los vecinos de la Antigua del Darién, según hemos visto precedentemente.

CAPITULO VIII

Descubrimiento de Antioquia.—Prisión de los Heredias.—Noble conducta de Francisco Cesar.—Tropelías y crueldades del Visitador licenciado Pedro Vadillo.—Pide el Adelantado de Canarias Pedro Fernández de Lugo la Gobernación de Santa Marta, celebra una Capitulación con la Corona y emprende su viaje con lucida compañía.—Llegada de la expedición á Santa Marta y primeros sucesos.

Y sacólos á tierra de más lumbre,
Mejores influencias y templanzas:
Por ella suben hasta cierta cumbre,
Devisan rasos campos con labranzas,
Es tierra del Guaca que se derrama
Por rico mineral á cada lado.

CASTELLANOS.

La malograda expedición de D. Pedro de Heredia en solicitud del Dabaybe, no desalentó á los soldados más robustos y más prácticos, que pretendieron continuar solos la empresa, siempre que se les diera por caudillo al Capitán Francisco Cesar. Sabían ellos por experiencia que el mayor estorbo en las marchas lo causaban los achaques de la gente delicada, á la que no podían abandonar por ser en general compuesta de los oficiales y sus familias, que además pretendían viajar con mayores equipajes, los que no se transportaban sin grandes sacrificios.

Concedióles Heredia el permiso que demandaban, y dentro de pocos días, en este año de 1537, salieron de San Sebastián cien hombres escogidos con algunos caballos, capitaneados por

---

Su común caza baquiras y dantas,
Sus tratos son por ríos en canoas
Y viven en aquellas barbacoas.
La gente castellana toda junta
A la lengua mandaron que les hable,
Y hecha por mil vías la pregunta,
No respondieron cosa saludable,
Antes de lo que dicen se barrunta
Ser gente pobre, vil y miserable.

Francisco Cesar y resueltos á cruzar á todo trance la sierra de Abibe, barrera inexpugnable hasta entonces á todos los descubridores, en cerca de veinte años. Daban este nombre los castellanos á una cadena de montañas que corre de norte á sur, y es uno de los ramos occidentales de la cordillera de los Andes; áspera aquí, cubierta de selvas, sin más camino para cruzarla que el lecho tortuoso de los torrentes que por una parte bajan al mar, y por otra descienden á juntarse con el río Cauca y sus grandes afluentes. Su anchura, de veinte leguas por término medio. Desde las orillas del golfo del Darién hasta el pueblo del cacique Abibe, por cuyo nombre se impuso á las montañas el que tienen todavía, hay un espacio de diez á doce leguas de palmas y altísimos árboles, que forman selva espesa, la cual cubre un terreno cenagoso, en que los ríos detenidos por palizadas de enormes troncos abatidos por los vientos y los siglos, forman represas é inundan y fecundan aquella ardiente región.

Por ella anduvo Cesar con su escuadrón, luchando con todas las dificultades que son de imaginarse, para transportar los caballos, de los cuales se ahogaron algunos antes de llegar al pueblo del cacique, en donde hicieron alto por algunos días. Desde San Sebastián habían marchado por la costa hasta Río Verde, luego torcieron á la izquierda, siguiendo una ruta diferente de la que Heredia había llevado, y en seguida se encaminaron directamente al Oriente, para atravesar la cordillera. En esta operación debieron perecer muchos, pues al descender al valle de Cuaca ó Guaca, cuyas poblaciones se extendían por terreno limpio á pérdida de vista, no sacó Cesar sino sesenta y tres hombres y algunos caballos, con los cuales se arrojó á la primera población situada en la ceja del monte. Bien puede pensarse cuál sería el asombro de los indígenas al aspecto de la hueste castellana. Quisieron de pronto defenderse unos, y otros abandonar el pueblo, pero la actitud pacífica de los invasores, los esfuerzos que hacían los indios intérpretes que, aunque de idioma diferente, alcanzaban á comprender algunas palabras, los obligaron á quedarse y á traer provisiones en abundancia, raíces, maíz, frutas, siendo los caballos, como á quienes temían más, el objeto particular de sus cuidados y homenajes, con que en breves días se repusieron de las pasadas fatigas.

Entre tanto Nutibara, jefe á quien obedecían los habitantes de aquel valle, se informaba del número bien corto de los invasores, y como ignoraba la calidad de las armas y la fuerza de los caballos, puesto que hasta estas regiones internas no había llegado todavía noticia de las hazañas de los españoles en las costas, se resolvió á juntar á sus súbditos, creyendo que dos mil hombres bien armados sobrarían para vencer á los sesenta ó setenta españoles y diez caballos que habían sobrevivido á tan penoso camino. El combate fue obstinado y los indígenas no quedaron vencidos sino por la muerte de su jefe Quinunchú, hermano de Nutibara, á quien Francisco César buscó para matar, viendo que no bastaba la carnicería que se hacía entre los indios para que cesaran de defenderse. Puede calcularse el riesgo que

corrieron los españoles en esta ocasión, por las muestras de regocijo que dieron luego que se retiraron los indios llevando en las mismas andas en que había permanecido Nutibara durante la acción, el cadáver de Quinunchú. Los accidentes del terreno permitieron ver hasta muy lejos al cacique caminando á pie, cerca de los restos de su hermano querido, y oir los lloros y lamentos con que se acompañaba aquella triste procesión. Por de contado en este combate, como en todas las ocasiones solemnes, figura el apóstol Santiago en su caballo blanco, que se apareció á pelear por los castellanos. Así lo refiere gravemente Fray Pedro Simón, añadiendo en confirmación que los indios que vinieron á pedir se les permitiese enterrar los muertos, no reconocieron ni el caballo ni el caballero temible que había hecho más estragos con su lanza entre los desnudos. Sin embargo, entre otras razones que hay para creer que Santiago no es culpable de la matanza que se le atribuye, y que aun los testigos gentiles son de invención del cronista, hay la de que poco después de la batalla no se encuentran entre las manos de los españoles, sino dos indias viejas; la primera, que apremiada los condujo á una rica sepultura construída con arte y aseo, de donde sacaron cuarenta mil ducados en oro; la otra, que les dió aviso de que toda la tierra se juntaba para atacarlos de nuevo, y aunque la presencia de ánimo de Cesar, y el valor de todos lo salvaron la primera vez, la tenacidad y coraje de los indígenas les habían dejado recuerdos que les pusieron espuelas para retirarse por camino más breve que el que habían traído, como lo verificaron en diez y siete días hasta San Sebastían. Mas lo que habían visto, y las muestras de oro acopiadas en tan cortos días, fueron fundamento bastante para que no tardasen mucho en volver con mayor número de tropas, como adelante veremos.

El valle de Cuaca ó Guaca (1) era en aquella época una de las porciones más pobladas y más cultivadas del territorio que hoy comprende la provincia de Antioquia. Terreno limpio, casas grandes rodeadas de huertos de árboles frutales, entre los cuales menciona Cieza de León, soldado de aquella conquista, guavas, guayabos, aguacates, piñas y palmas de muchas especies. Los indígenas vestidos, en parte, de mantas de algodón, ricos é industriosos. Un cacique muy respetado, pienso que es el primero que hasta aquí habían hallado los españoles en tierra firme, conducido por sus súbditos en andas doradas. Todo manifestaba que hacía muchos años que aquellas tribus habían dejado la vida de los bosques, y que se hallaban en el estado

(1) En lengua quichua, Guaca ó Huaca significa ídolo, adoratorio, ó cualquiera otra cosa señalada por la naturaleza. En este valle la palabra tenía, poco más ó menos, la misma significación. Sin embargo, el dominio de los Incas no se extendía sino hasta Pasto, y estos pueblos en tiempo del descubrimiento no tenían relación alguna con los del sur. Ignórase si la denominación de Guaca, que se ha dado después de la conquista á todo tesoro enterrado, trae su origen de la riqueza de este primer hallazgo en el valle de Guaca.

más favorable para recibir una civilización que la poca humanidad de la época en que se efectuó el descubrimiento no pudo brindarles.

En los siete meses que había durado la ausencia de Cesar, ocurrieron sucesos de importancia en Cartagena. Graves quejas contra el Gobernador Heredia habían causado el nombramiento de un Visitador, que murió en el viaje de España á Santo Domingo, Audiencia que designó uno de sus miembros para pasar á Cartagena á tomar la residencia á los Heredias. Luego que el Licenciado Pedro Vadillo llegó á Cartagena, halló suficiente motivo para prender al Gobernador y á su hermano, á los cuales se acusaba de haber defraudado el erario en los repartimientos del oro sacado en los sepulcros del Zenú, y de haber maltratado y esclavizado á los indios. Con el fin de averiguar dónde tenía ocultos sus tesoros Heredia, hizo el Oidor Vadillo, según la costumbre bárbara de aquellos tiempos, dar tormento á los criados del Gobernador, hasta que descubrieron cien mil pesos de oro enterrados en diversos sitios, suma que secuestró Vadillo, pero que más tarde se devolvió en España, cuando se vió la causa de los Heredias.

Era, no obstante, tan violenta entónces y tan general la propensión á enriquecerse, sin reparar en los medios por reprobados que fuesen, que no contento este juez con apoderarse de los bienes del Gobernador, envió oficiales á la región de barlovento á prender indios, y solo de Cipagua sacó trescientos que envió á vender á Santo Domingo éste inicuo magistrado, á ciencia y paciencia del tribunal que lo había mandado á castigar en otros el mal trato de los indios.

Llegó el capitán Francisco Cesar á Cartagena cuando los Heredias, cargados de prisiones y encerrados en un calabozo húmedo y estrecho, de donde D. Alonso salió tullido para el resto de sus días, no hallaban sino acusadores y testigos falsos, y del otro lado el nuevo gobernante disponía de todas las gracias y recompensas. Recuérdese lo que había sufrido el mismo Cesar, amenazado de muerte por uno de los Heredias, degradado por el otro, y admírese la magnanimidad de este hombre, que desembarca á media noche, y se dirige hacia la prisión del Gobernador, le consuela con palabras de respeto y amistad y le entrega la parte del oro que en la dichosa jornada de Guaca le había cabido, ofreciéndole además cuanto poesía á fin de que pudiera defenderse en la corte, adonde se trataba de remitirle pobre, y por lo mismo en la condición más desventajosa para ser oído. En este caso puede decirse sin metáfora que Cesar fué el libertador de Heredia, su ángel tutelar.

Al día siguiente se presentó al oidor Vadillo, y le dió cuenta de su jornada ponderándole la necesidad de hacer los aprestos para una nueva expedición, cuyo lucro seguro era una tentación muy fuerte para el ánimo del codicioso togado. Aquí suspenderemos la relación de los sucesos de Cartagena, pues ya está muy entrado el año de 1538, y tenemos postergada la relación del acontecimiento más memorable del descubrimiento de Nue-

na Granada, que comenzaremos en este capítulo y continuará en los siguientes.

Ya hemos visto antes cómo por muerte del desdichado García de Lerma fué nombrado el oidor Infante para gobernar en Santa Marta, y cómo dió largas á los diversos capitanes á fin de que vejaran á los habitantes de aquella costa, con tal de que le dieran alguna parte de sus ilícitas ganancias. Ninguna ocurrencia de importancia marcó los tres años que este oidor permaneció en su puesto. Los capitanes Cardoso y Villalobos entraron en una ocasión por el valle de Upar hasta Tamalameque, y libraron por instancias de sus súbditos á este cacique, que estaba prisionero de otro jefe vecino, el cual le había arrancado los ojos, según decían. En esta entrada vieron las huellas de la tropa de Alfínger y regresaron á Santa Marta sin hacer nuevo descubrimiento. Estos mismos oficiales fueron rechazados por los indígenas del valle de Coto, y en una de estas expediciones, queriendo un español robar el maíz de cierta sementera, defendióla un indígena luchando con tanta pujanza, que maravillado el cristiano bajó la vista y advirtió que su contendiente tenía piés de gallo, con lo cual perdió el conocimiento, y allí lo hallaron sus compañeros á quienes, ya recobrado, refirió el diabólico combate, que todos los cronistas nos han trasmitido en verso y en prosa (1), y el valle se llamó del Diablo, aunque después el nombre se cambió en el de San Bartolomé. El desenfrenado libertinaje á que se entregaban los conquistadores al principio del descubrimiento, ha debido producir como consecuencia física entre otros achaques, estos y otros sueños fantásticos é ilusiones, sin que sea necesario tacharlos de embusteros, puesto que la austeridad excesiva de las penitencias ha originado también en varones religiosos, muchas ilusiones, tentaciones y apariciones que dependían de una debilidad orgánica causada en ellos por los heróicos esfuerzos de virtud con que mortificaban sus cuerpos.

Gobernaba en las islas Canarias en 1534 el adelantado Pedro Fernández de Lugo, que se había distinguido por su valor y pericia militar en varias expediciones á la costa de Africa, cuando por su desgracia aportó allí uno de los soldados de Rodrígo de Bastidas, el cual le pintó la tierra de Santa Marta con los más lisonjeros colores, y como aquella gobernación estaba vacante por muerte de Lerma, se resolvió á enviar á su hijo D. Luis de Lugo á la corte á solicitarla, ofreciendo equipar un número suficiente de tropas para penetrar en lo interior del país y hacer nuevos descubrimientos con que se aumentaran los domi-

---

(1) Y el Almonte con ser hombre bastante
Le pareció luchar con un gigante,
Y ....
Por bueno tuviera ya dejallo,
Porque durante la terrible lucha
Vido cómo tenía piés de gallo.
Dijo: "Jesús! Jesús" y en el momento,
El indiecillo se le tornó viento.

CASTELLANOS, parte 2.ª.

nios de la corona de Castilla. Con efecto, en Febrero de 1535 se expidió la Real Cédula nombrando al adelantado Pedro Fernández de Lugo gobernador y capitán general de la provincia de Santa Marta, en cuyo empleo debía sucederle su hijo. En la designación de los límites con la provincia de Cartagena se declaró: que el río de la Magdalena serviría de lindero común, pero que todas sus islas corresponderían á Santa Marta. Se acordó que el gobernador gozaría del salario de un millón de maravedíses al año y de setenta y cinco mil de sueldo como castellano de cada una de dos fortalezas que debia edificar á su costa; más estas asignaciones debían pagarse de lo que produjeran las rentas reales en la provincia y tierras conquistadas. Además, se le señalaba como indemnización de los gastos de la expedición la duodécima parte de todos los provechos que el rey pudiera tener en las tierras que de nuevo poblase, después de satisfechos los salarios de los empleados. Se le facultó para hacer repartimiento de tierras á los nuevos pobladores y para llevar á Santa Marta sin pagar derechos hasta cien negros esclavos, con tal de que la tercera parte por lo menos fueran del sexo femenino. Las instrucciones que se dieron al nuevo gobernador de Santa Marta contienen las mismas exhortaciones que se dirigían á todos á fin de impedir que se maltratasen y esclavizasen los indios, pero exceptuábanse ciertos casos, como el de que no consintiesen en recibir predicadores, ó que rehusasen la obediencia resistiendo á mano armada, de donde puede imaginarse cuán fácilmente fueron eludidas tales disposiciones, á pesar de los esfuerzos de los religiosos y capellanes á quienes se daba siempre el título de consultores del Gobernador en todas las materias de agravios á los indios, obligándole á que costease el viaje de cierto número de sacerdotes y proveyese á su decente manutención.

Entre las disposiciones que entónces se dictaron por los consejeros de la Corona, es de notar una que prueba cuán profunda impresión habían causado en España los asesinatos cometidos por los españoles en los emperadores de México y del Perú, y que manifiesta que no cesaban de escogitarse los medios que parecían más eficaces para evitar la repetición de semejantes crueldades. Copiaré la cláusula literalmente. «Que si en esta conquista se cautivase algún señor, de todos los tesoros que de él se hubiesen por vía de rescate ó en otra cualquier manera, se sacará para la real Hacienda la *sexta* parte de ello, y lo demás se repartirá entre los conquistadores después de sacar el quinto real, pero que si el tal señor fuese muerto en batalla ó después por via de justicia ó de cualquiera manera violenta, entonces la *mitad* de los bienes susodichos y tesoros será para el fisco, y solo se repartirá la otra mitad sacando ante todas cosas el quinto real.» Pues bien: tan humana disposición, basada sobre el incentivo de la codicia, que era lo único que movía á los descubridores, no ahorró, como pronto lo veremos, la sangre de los caudillos de la nación Chibcha (la más numerosa y más civilizada del nuevo continente, si se exceptúan los pueblos que gobernaban los Incas, y los vasallos de Montezuma), cuyo sostenimiento fué el fruto opimo de esta expedición.

Gastóse en aprestarla la mayor parte del año de 1535. Nombró el Adelantado á su hijo D. Luis F. de Lugo como lugarteniente, al licenciado Jiménez de Quesada como justicia mayor, bien ajeno entónces de que éste abogado había de arrebatarle toda la gloria de las conquistas, y de que su fama había de pasar á la posteridad como el fundador de un nuevo reino, al que había de dar un nombre por la semejanza de su principal asiento con los lugares en que había pasado sus juveniles años, mientras que á D. Pedro Fernández de Lugo, después de tan crecidas expensas y fatigas, no había de quedarle sino una reducida página en la historia de América, y un sepulcro oscuro é ignorado en la ardiente playa de Santa Marta. Más de mil hombres escogidos se embarcaron en varias naves que se dirigieron á Canarias, residencia del Adelantado, para completar allí los preparativos. Entre ellos D. Diego Sandoval como maese de campo, Juan de Orjuela, oficial disguido del ejército español en Italia, como sargento mayor, y los capitanes Urbina, Cardona, Guzmán, López de Haro y Gonzálo Suárez Rondón ó Rendón, futuro fundador de Tunja. Salió de Tenerife la flota el día 3 de Noviembre, y sin tocar en ninguna otra tierra ancló en Santa Marta, con cuarenta días de viaje á mediados de Diciembre.

Es difícil pintar el asombro y la tristeza que en los recién llegados causó el aspecto de la ciudad de Santa Marta y de sus habitantes. Aquélla, compuesta de un corto número de casas pajizas en que no cupo ni la mitad de la gente del Adelantado; éstos flacos, amarillos, vestidos de lienzos del país, camiseta y alpargatas. Particularmente las mujeres no podían creer que después de diez años de fundada aquella ciudad, carecieran sus vecinos de comodidades, y que vivieran tan á costa de los indios, que ni sementeras, ni huertos, ni casas tenían, y que aún las telas de que vestían eran las que fabricaban los indígenas, á quienes pretendían, sin embargo, doctrinar y enseñar las artes industriosas de la civilización. Mohino contemplaba Antonio Bezos á quien el doctor Infante había dejado el mando, temeroso de una residencia de que su conciencia le decía no podía salir bien, y los demás regidores de Santa Marta, la tropa galana del Adelantado, armas brillantes, tocas de terciopelo con plumas flotantes, ropas de seda, borceguíes de colores, espuelas doradas, todo lo cual hacía contraste con los miembros del cabildo local, que en traje de arrieros (1), se presentaron á cumplimentar al nuevo Gobernador y á sus gallardos oficiales.

---

(1) **Los antiguos con sus camisetillas,**
Tan delgados de zancas y pescuezos,
Que pudieran contalles las costillas;
Arrinconados con el Anton Bezos
Contemplaban aquellas maravillas,
De trajes y costosos aderezos.

....

¿Dónde está la ciudad rica por fama
Que Santa Marta dicen que se llama?
Y vosotros, vecinos sin provecho,

Pronto se hicieron, sin embargo, sentir las influencias de la escasez de alimentos, del desabrigo en que forzosamente vivían las tropas del Adelantado, alojadas la mayor parte en tiendas de campaña, y de la impresión moral que producen el desengaño y las esperanzas burladas. Picó con fuerza una epidemia de disentería de que comenzaron á morir muchos, durante la cual se ejercitó la caridad del Adelantado Lugo, el cual visitaba á los enfermos, y por auxiliarlos se privaba de cuantas provisiones delicadas había reservado para su uso particular, quedando sujeto á la ración de los demás.

Con el fin de sustraer la gente á esta epidemia, y con el de procurarse ocupación, alimentos y algún oro para pagar los fletes de los buques, se determinó el Adelantado á emprender una expedición tierra adentro, con la mayor parte de la gente útil; dirigiéndola al lado de Bonda, cuyos habitantes se habían hecho temibles á los vecinos de Santa Marta. Salió en efecto D. Pedro de Lugo con cerca de mil hombres, y guiado por los Capitanes Céspedes, Cardoso, Villalobos, San Martín y Manjarrés, oficiales los más antiguos y más prácticos en aquellas entradas. No lo estaban ya menos los indios para escoger los sitios que les ofrecían más ventajas, por tanto la refriega fué obstinada en la defensa del pueblo principal que habían asentado los bondas entre riscos. Así fué que hechos los inútiles requerimientos atacaron con brío los españoles, mas no lograron apoderarse del lugar sin haber perdido siete hombres y varios heridos, entre ellos gravemente el Capitán Tapia. Era tal el coraje de los indígenas, que cuando se les acababan las flechas se servían de los arcos como de armas contundentes. Nada hallaron de provecho los vencedores en el pueblo, pues á prevención traspusieron los Bondas sus haberes y familias, y desde otros riscos más elevados desafiaban á los españoles, por lo cual irritados estos, incendiaron este pueblo y siete más en los valles de Coto ó Cueto y Valhermoso.

Tornó el Adelantado á Santa Marta con los heridos, de los cuales algunos murieron en medio de las más terribles convulsiones, y ordenó á su hijo que continuase el castigo de aquellos habitantes. El Capitán Suárez marchó por la sierra, y D. Luis de Lugo por la costa hasta San Juan de Guía. Suárez fué recibido de paz por los indígenas de Bondigua, cuyo número era corto, y de allí se dirijió á Chairama, cuyos habitantes se defendieron con la misma obstinación que los de Bonda, arrojando grandes piedras por las cuestas por donde subían los españoles, y quemando ellos mismos sus casas para flechar los invasores, cubiertos con el

---

¿Cómo podeis vivir desta manera?
En chozuelas cubiertas con helecho,
De que el viento menea la madera,
Una pobre hamaca vuestro lecho,
Una india bestial por compañera,
Curtido cada cual, seco, amarillo
Como los que castiga Peralvillo?

Castellanos.

humo y las llamas, de modo que no hallando recursos pasaron al pueblo de Quiñones no sin combates y fatigas por tan áspera tierra. En este pueblo hallaron algún maíz y pernoctaron, pero pretendiendo retirarse á lo llano, dieron en una celada de los indios tan bien establecida, que antes de poderse valer de sus armas, quedaron mal heridos treinta y ocho españoles. Con esta pérdida se reunieron en San Juan de Guía con don Luis de Lugo, el cual estaba resuelto á no volver á la ciudad sin llevar algún botin.

Determinóse á entrar por las orillas del río de Don Diego hasta la sierra de Tairona, en la cual se habían refugiado, decían, dos caciques hermanos, Marubare y Arobare, hostigados de las correrías de los españoles por la costa de la Ramada, en donde antes vivían. Cercaron el pueblo, que estaba situado en un rincón retirado de aquellas montañas sobre una alta roca, y al amanecer dieron sobre estos fugitivos, que se defendieron valientemente, pero al fin fueron hechos prisioneros, y lo que más contentó á los castellanos, hallaron como quince mil castellanos de oro en adornos de toda especie, con lo cual bajaron después aquel peñón con mucha dificultad por ser uno de los lugares más ásperos de cuantos hasta entonces habían visto. (1)

Bajaron luego los castellanos á la costa, y luego siguieron su marcha hacia la Ramada, no hallando alma viviente, por haber desamparado los indios sus casas, aunque en algunas removiendo la tierra hallaron algún oro. En tierra de los Guanebucanes vieron un buhío espacioso en que había muchas figuras humanas de madera toscamente labradas, hincadas en la tierra por la extremidad inferior, que creyeron ser las imágenes de los caciques ó señores que habían vivido en tiempos anteriores.

Por falta de víveres determinaron dividirse en dos secciones. La una mandada por D. Pedro Portugal, siguió por la costa de la Goajira, aunque fué vana la diligencia, pues los indios tenían demasiada experiencia para tener sus casas y provisiones por aquella costa expuesta á todas las incursiones de los que to-

---

(1) Estando los españoles ocultos al rededor del pueblo en la noche que precedió al combate, y no atreviéndose á romper el silencio por no ser sentidos del enemigo, repentinanmente oyeron distintamente el clamoroso rebuzno de un asno que repitieron todos los ecos vecinos, de lo cual quedaron al principio sobrecogidos de terror supersticioso, creyendo que era el diablo que avisaba á los indios á fin de que ocultaran sus tesoros. Al dia siguiente encontraron efectivamente el animal en la plaza del pueblo adonde lo habían subido, en una especie de jaula con sogas, y del mismo modo hubo de bajarse. Halláronlo los indios en un buque que naufragó en la costa más inmediata, y lo llevaron á lo interior, como cosa curiosa y nunca vista. Caro pagó después esta pobre bestia los pocos meses de vida holgazana que pasó entre aquellos salvajes, pues siguió á los descubridores, bien cargado, en todas sus aventuras, adquiriendo cierta celebridad como el primer asno de la conquista. Después de haber sufrido todos los trabajos que son de suponerse, lo mataron los soldados que andaban en solicitud del Dorado en las vertientes del Amazonas, y comieron hasta el cuero, tal era el hambre que los aquejaba. Entre los asnos históricos este es quizá el más célebre después del de Balaam, y por lo mismo se me perdonará el haber hecho mención de él.

davía andaban robando á pesar de las prohibiciones del monarca español. Habrían perecido de necesidad sin el casual encuentro de un buque que los socorrió con algunos sacos de cazabe.

Separándose después hacia la cordillera hallaron algunas sementeras de yucas boniatas, é ignorando que esta raíz no puede comerse sin haberla desaguado, se hartaron de tal manera, que perdidos y atascados en una ciénaga sin poderse valer los unos á los otros, perecieron miserablemonte cuarenta y siete hombres. Dióse orden para emprender la retirada á Santa Marta, adelantándose D. Luis de Lugo con el oro del botin que debía poner en manos de su padre para distribuirlo, después de satisfacer los fletes de los buques que aguardaban en el puerto. Mas este noble mancebo estaba ya cansado de las Indias, y prefirió, pagando á su padre con negra ingratitud, embarcarse secretamente para España con el oro recogido, dejando al Adelantado en los mayores embarazos. Fuese un buque persiguiéndole, y se envió un oficial con todos los documentos necesarios, y una representación del Gobernador al Rey pidiendo su castigo, mas todo en vano, porque aunque lo redujeron á prisión, logró por último sincerarse, pretendiendo la malicia de los contemporáneos que había corrompido á los jueces con parte del oro mismo que se le demandaba.

En tan graves circunstancias no podía permanecer en la inacción el Adelantado, ni las calenturas que dominaban en la ciudad, y de que moría mucha gente, le permitían dejar ociosos á sus soldados. Reunió pues el consejo de los Capitanes, y en él se decidió que la única jornada que ofrecía probabilidades de buen suceso, era la de buscar los nacimientos del río Grande de la Magdalena, puesto que en las demás direcciones se hallaban, ó las tierras de Venezuela, ó las de la provincia de Cartagena. Con el fin de asegurar el suceso de esta expedición, en cuya buena suerte se iba á librar la de la Gobernación de Santa Marta, y la ventura de los que todo lo arriesgaron por acompañar al Adelantado, se comenzaron á labrar algunas embarcaciones de cubierta que llevaran por el río los equipajes, los que adolecieran y no pudieran seguir la marcha, y sirviesen también para explorar las dos orillas, buscar provisiones y pasar las tropas en los caños y ciénagas en donde en otras ocasiones se habían sufridos retardos y aún pérdidas considerables de españoles, que los caimanes devoraban cuando pretendían vadear los ríos que desembocan en el Magdalena.

De la elección del jefe también podía depender el buen resultado de la jornada, y aunque había muchos oficiales capaces de dirigirla, se temía acaso que los demás llevaran á mal la elección de un caudillo entre tantos iguales. El Adelantado hizo esta vez una elección que prueba su buen juicio y el conocimiento que de los hombres poseía. No escogió, pues, ninguno de los militares, á fin de no descontentarlos y provocar la insubordinación; el nombramiento de su Teniente General recayó en un letrado prudente y bien quisto de todos, en el justicia mayor, licenciado Gonzálo Jiménez de Quesada, quien comenzó su carrera militar man-

dando ochocientos hombres en una jornada de descubrimiento de las más trabajosas y delicadas que se han emprendido en América.

Como jefe prudente y audaz al mismo tiempo, Gonzálo Jiménez de Quesada correspondió plenamente á las esperanzas del Adelantado; como amigo y subordinado, su conducta es vituperable y la juzgaremos á su tiempo con la inflexible justicia que demanda la historia, por más que se trate del más ilustre de los descubridores de Nueva Granada. El título expedido, según lo trae Fray Pedro Simón, decía así:

«Don Pedro Fernández de Lugo, Adelantado de las islas Canarias y Gobernador perpetuo de la ciudad de Santa Marta y su provincia por Su Majestad.

«Por las presentes nombro por mi Teniente General al licenciado Jiménez, de la gente así de á pié como de á caballo que está aprestada para salir al descubrimiento de los nacimientos del río Grande de la Magdalena, al cual dicho licenciado doy todo poder cumplido según que yo lo he y tengo de Su Majestad, y le mando que no vaya ni pase en cosa alguna de los capítulos susodichos, sino que en todo y por todo se cumplan por la forma y manera susodicha so pena de la vida y perdimiento de todos sus bienes para la cámara y fisco de Su Majestad; y mando á todos los Capitanes, caballeros y á toda la otra gente de guerra que fuere á la dicha entrada, que lo obedezcan y acaten como á mi Teniente General de mi armada so la dicha pena al que lo contrario hiciere. El cual dicho poder vos doy con todas sus incidencias y dependencias. Fecho en Santa Marta á primero de Abril de mil quinientos treinta y siete años.— El Adelantado. (1)

---

(1) Aunque el P. F. P. Simón asegura haber visto la fecha de este despacho original, como de su admisión resultaría el retardo de un año entero en el descubrimiento y fundación de Bogotá y una perturbación completa y confusión de los sucesos posteriores, he debido examinar y discutir este punto con la mayor atención, antes de resolverme á admitir que hubo error en los números.

Los tres escritores que sostienen haber salido la expedición del licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada en Abril de 1537, son: 1.°, el P. F. P. Simón, que es ciertamente autoridad respetable, pero que escribió casi cien años después de la conquista; 2.° Juan Rodríguez Fresle, natural de Bogotá, que escribió su manuscrito curioso de los sucesos del siglo XVI en 1639; y 3.° el laboriosísimo secretario Juan Flórez de Ocariz, que escribió en 1670, y en el cual suelen notarse contradicciones en las fechas de un mismo suceso. Añádase en apoyo de esta opinión, que para que la expedición se ejecutara un año antes, es decir en 1536, es preciso admitir que tres meses fueron suficientes para las entradas á Bonda, Chairama, Tairona y la Ramada, emprendidas después de la llegada de la flota de España, y para los aprestos de la jornada al Magdalena, entre los cuales se enumera la construcción de los botes. Recuérdese además que hemos hablado de dos epidemias en los intervalos de las jornadas y otros sucesos que se mencionan en este capítulo. Estas son las razones que militan en pro de la opinión del P. Simón.

En favor de la opinión contraria, que adopta el mes de Abril de 1536, existen las siguientes autoridades.

1.ª La relación auténtica de los Capitanes Juan de San Martín y Antonio Lebrija, que acompañaron á Quesada, la que aparece en la carta al Rey

La fecha de este documento parece equivocada, pues la expedición se verificó el día 6 de Abril de 1536, saliendo el General Quesada con setecientos hombres por tierra y ochenta caballos, y con él los Capitanes Juan del Junco, que debía suceder en el mando por falta de Quesada, Gonzalo Suárez Rondón, Juan de Céspedes, Juan de San Martín, Valenzuela, Antonio Lebrija y Lázaro Fonte, y en cinco botes por el río, bajo las órdenes del Capitán Urbina, Córdoba, Manjarrés, Chamorro y Ortún Velásquez, y como doscientos soldados y marineros.

Antes de referir lo que pasó en esta memorable jornada, será preciso mencionar otras dos emprendidas simultáneamente hacia lo interior de Nueva Granada, aunque partiendo de puntos muy distantes. Sus caudillos ignoraban completamente, no solo que sus esfuerzos eran convergentes al mismo punto, sino hasta su misma existencia, por falta total de comunicaciones entre los lugares que servían de escala para los descubrimientos, y esta narración, que no carece de interés, será el objeto del capítulo siguiente.

CAPITULO IX

Jornada de Jorge Espira desde Coro á los Llanos del Apure, y de allí al Sur, hasta los afluentes del Amazonas.—Sigue sus huellas con más fortuna Nicolás Fredemán.—Descubrimiento de las provincias del sur de Nueva Granada por Sebastián de Belalcázar.

Más ya con hambre, ya con alimentos,
Todos con Fredemán iban contentos.
. . . . . .
Parece que nació para gobierno,
Y en abundancia y en necesidades
En su campo jamás reinó discordia,
Ni en su pecho faltó misericordia.

CASTELLANOS, 2.ª parte.

La idea falsa de que debían encontrar poblaciones importantes y grandes riquezas en las llanuras bajas y ardientes que se extienden al oriente de la cordillera de los Andes, engañó á los descubridores que partieron de Venezuela en el año de 1535 y 1536, y de los cuales corresponde tratar en este capítulo, por haber transitado por una vasta extensión del territorio granadino,

---

que se halla en el archivo de Indias y copiada en los documentos de Muñoz. Según estos oficiales, la expedición salió el 6 de Abril de 1536.

2.ª Esta misma opinión es la del P. Juan Castellanos, uno de los historiadores primitivos y contemporáneos que se refiere á testigos vivos de aquel suceso.

3.ª Antonio de Herrera, cronista de Indias, confirma esta versión distin-

cuyo descubrimiento en el orden en que se hizo es el objeto de nuestra narración.

El primero fué Jorge de Espira, Gobernador de Venezuela, nombrado por los Belzares ó Welzeres. Salió éste de Coro con trescientos infantes y ciento de á caballo, atravesó la cordillera por los nacimientos del río Tocuyo, cuya hoya había seguido; bajó á los llanos, detúvose algunos meses mientras pasaba la inundación, que es en aquellas regiones periódica, y luego emprendió su marcha hacia el sur. La enumeración de los trabajos de esta jornada sería cosa monótona, y repetir lo que tantas veces hallaremos en esta relación. Temiendo las asperezas y precipicios de la sierra que tantas dificultades ofrecían para el transporte de los caballos, sufrieron obstáculos quizá mayores, que provenían de los ríos caudalosos que tuvieron que atravesar, de la falta de alimentos en tierras despobladas, de los mosquitos y otras plagas, y de la influencia perniciosa del clima. Los combates con las tribus de los Choques, Guaiqueries, Chiscas y Laches, les causaron menos pérdidas que las enfermedades que minoraban su número y les daban entorpecimientos en la marcha. El Capitán Velasco, Teniente de Espira, que incurrió en desgracia, por ciertas expresiones de descontento y de amenaza que se atrevió á proferir, fué despachado con algunos enfermos á Coro, dándole escolta hasta las montañas.

La segunda estación de las lluvias la pasó Espira acampado en las barrancas del río Opia, no decidiéndose á subir la cordillera para buscar al poniente las tierras de los Muíscas, de que comenzó á tener noticias á las cuales no dió entero crédito, sospechando que eran estratagema de los indios para desviarlo de su objeto principal, que lo era buscar al sur un nuevo Perú.

En este invierno sufrieron todavía mayores necesidades, pues en las sabanas, en tiempo seco, hallaban abundancia de venados que en ocasiones les procuraban alimento sano y agradable, mientras que cuando el llano estaba inundado, solo vivían de palmitos, de hojas y de raíces silvestres. El atrevimiento y ferocidad de los tigres era tál, que llegaban por la noche, y á la vista de todos mataban los caballos y aun algunos indios de servicio y soldados. Las tentativas que hicieron para construír bal-

---

tamente, aunque uno de los pasajes de sus obras en que asegura que después de publicada la jornada hasta que se verificó, á pesar de la lentitud de las comunicaciones en aquella época, hubo tiempo para que la noticia fuera á Venezuela y de allí vinieran aventureros que acompañaron á Quesada, es cabalmente una de las razones que al principio me hizo vacilar.

Ultimamente el Obispo Piedrahita y el Padre Zamora, que aunque son los últimos que deben consultarse en su calidad de escritores posteriores, y porque á menudo yerran, en este caso merecen más confianza por haber tenido á la vista uno y otro la relación original de Quesada, que aunque escrita más de treinta años después del acontecimiento, no es probable que en época tan memorable para él, hubiera cometido el error de un año entero.

Así, según las reglas de la crítica, he debido conformarme á la fecha de 1536, que es también la que la tradición común ha reconocido siempre y contra la cual no debe admitirse nada sin pruebas incontestables, *Do not disturb the lands marks*, ha dicho en caso análogo filosóficamente Mr. Irving, "No variéis los mojones sin muchos fundamentos."

efecto lo hallaron, y continuando la marcha dieron en otro río caudaloso que llamaban los indios Guayare ó Canicamare, en donde tuvieron un reñido encuentro, y después con los Guayupes, que se pintaban de negro el cuerpo, y se presentaban medio ebrios al combate, con que no les fué difícil vencerlos. Por último llegaron á las orillas del Papamene, maravillados de ver al pie mismo de la cordillera bajar tan considerable número de ríos caudalosos.

Los indígenas de Papamene mostraron sentimientos de paz, y aunque sorprendidos al principio de ver las barbas de los castellanos y los caballos, cedieron luego, y les regalaron mantenimientos y algunas mantas, pero nada de oro, que era el objeto primario de su peregrinación. Levantaron, pues, el campo, y á pocos días hallaron á los *Choques*, indígenas feroces, sucios y antropófagos, cuyas armas eran las canillas de sus enemigos, afiladas y empatadas en astas largas, de que se servían como de lanzas; usaban también macanas de palma (1).

Aquí sentó Espira sus reales, y despachó á Esteban Martín, el mismo que había salvado los restos de la tropa de Alfínger, con alguna gente, á explorar la tierra al poniente y al sur. No llevaron caballos por ir más expeditos y ligeros, lo que fué causa de que no pudieran romper un escuadrón considerable de Choques, que perfectamente unidos resistieron el impulso de los españoles, y aun hirieron mortalmente á Martín y á su segundo, obligándolos á retirarse al campo y á abandonar algunos de los heridos. Los Choques manifestaban la mayor resolución y serenidad en el combate; luego que los españoles se retiraban, permanecían inmóviles, apoyados en las picas, y defendiendo sus cuerpos de la lluvia con los mismos escudos de madera y pieles con que los habían favorecido de las armas españolas en la batalla. En su retirada abandonaron los castellanos la ropa y cuanto tenían, que los indígenas despedazaban y arrojaban al viento, desdeñando apropiarse cosas que les eran inútiles. Aquí se vió claramente que la falta de armas de fuego y de caballos reducía de tal modo las fuerzas de los españoles, que no era ya difícil rechazarlos, aun á tribus poco numerosas. La pólvora se había acabado, y los arcabuces, que de nada servían, se habían arrojado como peso inútil, en el curso de esta larga jornada.

Afligido Espira con estos contratiempos y enteramente desalentado, viendo su gente enferma y muertos algunos capitanes de los más esforzados, se resolvió á dar de mano á la empresa del descubrimiento, y retirarse á Coro por el mismo camino, como lo verificó, llegando al cabo de algunos meses á las márgenes del Apure. En el tránsito perecieron todavía muchos oficiales y soldados, entre otros Murcia de Rondón, que había ser-

---

(1) " Pasaron en canoas el Papamene, y los caballos nadando; prosiguieron el camino por donde los llevaban los guías, fueron á dar á unas provincias de indios llamados Choques, tierra doblada, húmeda y montañosa, aunque bien poblada de indios belicosos, fragosos como la tierra que os criaba, de mala digestión, desabridos y de condición intratable, diestros y animosos en la guerra."—Fray P. Simón, 1.ª parte, 3.ª noticia.

vido de Secretario al Rey Francisco 1 de Francia durante su cautiverio en Madrid.

El Gobernador Espira, advirtiendo rastros de españoles, conoció que debía ser la tropa de Fredemán, y envió á darles alcance, aunque no lo consiguió, pues éste se había separado de la dirección que llevaba, por no encontrarse con Espira, según veremos. El Gobernador no llegó á Coro hasta el 15 de Mayo de 1538, y gastó tres años en su expedición. En carta que escribió al Rey, dando cuenta de esta jornada, dice que anduvo "más de quinientas leguas hasta los Choques, y que no estando ya más de veinticinco leguas de lo que buscaba, se halló tan debilitado de gentes, caballos y armas, que hubo de volver á rehacerse para acabar la jornada."

Fué Espira, dice Herrera, hombre honrado y cristiano; templado y de buena condición. Puede en verdad creerse este testimonio, si se atiende á que en la residencia que le tomó el juez Navarro, no le resultó cargo alguno, y así murió pacíficamente en su Gobernación, bien quisto de todos, en 1545.

Fredemán habría debido seguir mucho antes en alcance de Espira, con mayor número de hombres, armas y caballos, pero quiso antes probar fortuna en la pesquería de las perlas en el cabo de la Vela, siendo el primero que lo intentó, aunque por entonces sin efecto, por ser inadecuadas las máquinas que trajo de Santo Domingo. Era este alemán Teniente general de Jorge Espira; como él, querido también de los soldados, á quienes trató siempre con las consideraciones debidas. Era, además, valiente, audaz y emprendedor. La historia no nos ha transmitido tampoco crueldad alguna de que se hiciera culpable respecto de los indios, de modo que será éste uno de los pocos descubridores cuya memoria pase á la posteridad libre de toda mancha. Fué hombre de estatura mediana, barba roja, muy ágil y sufrido.

Internóse, como llevamos dicho, hacia los Llanos, desde que tuvo noticia de la vuelta de Espira, á quien no deseaba encontrar, porque se prometía seguir solo su descubrimiento, seguido de poco más de doscientos hombres que llevaba. Las ciénagas de Arechona y Caocao le dieron mucho trabajo, porque al pasarlas se enterraban hombres y caballos. Sustentábanse con el pescado, y hallaban con frecuencia mantas y algodón hilado en enormes ovillos, que los indios escondían en el pajonal para sustraer estos objetos á la rapacidad de los españoles. Luego que estos perdieron de vista la cordillera, comenzaron á escasear las provisiones, y les fué forzoso alimentarse con los caballos que morían de cierta enfermedad desconocida, hasta que llegaron á una región más sana, que regaba un río estrecho, en cuyas márgenes se veían ruinas de grandes poblaciones. Decían los indígenas que una sierpe ó reptil de muchas cabezas que salía del río había devorado á los antiguos habitantes.

Aproximándose el invierno, volvió Fredemán á dirigirse á la cordillera á buscar terreno que no se inundase, para pasar la estación lluviosa, despachando adelante al Capitán Pedro de Limpias, uno de los más activos oficiales que le acompañaban. En

las cabeceras del río Pauto, adonde llegaron dando un rodeo, halló Limpias muchos pueblos y abundancia de comestibles, y envió ocho soldados de á caballo á encontrar y conducir á Fredemán, que marchaba á la ventura. Es de admirar que en aquellas llanuras cubiertas de altos pajonales, y que hacen horizonte por todas partes, habitadas por tribus que hablaban diferentes idiomas, pudieron hallarse sin brújula estos puñados de españoles, cuando hoy mismo se necesitan buenos prácticos para atravesarlas. En el cúmulo de miserias y de contratiempos con que tuvieron que luchar, les parecieron sin duda poco dignas de mencionarse las pérdidas y los extravíos frecuentes que precisamente sufrieron, y que muy rara vez indican los cronistas.

Pasaron todos juntos el invierno probablemente donde se halla hoy fundada la capital de la provincia de Casanare, y apenas cesó la inundación, continuaron su marcha al sur. A pocos días llegaron á las márgenes del Meta, en su parte alta, en donde descansaron algún tiempo, por haberlas hallado bien pobladas y de indígenas de buena índole que compartían con ellos sus provisiones, sin manifestarles odio ni desconfianza. Aquí supieron que por estos llanos vagaba nna tribu nómada de indios ladrones llamados Guaygas, que, como los gitanos del Antiguo Continente, viven robando y se trasladan con maravillosa prontitud de un punto á otro, en donde pueden ejercer con más facilidad sus rapiñas.

Dejando á Fredemán en su campamento ó en vía para Marvachare, que Espira llamó la Asunción de Nuestra Señora, y los soldados de Fredemán Nuestra Señora de la Fragua, por una que establecieron para herrar los caballos y reparar las armas y herramientas, pasaremos á tratar de los sucesos importantísimos que en estos años de 1536 y 1537, ocurrían en el sur y en el poniente.

Luego que Sebastián de Belalcázar (1) se hizo dueño de Quito, llegaron á sus oídos ciertas noticias vagas de un monarca poderoso, cuyos dominios demoraban al norte, y del cual refería un indígena de Bogotá (que errando muchos años de tribu en tribu, había por fin llegado á territorio del Perú) que poseía grandes riquezas, y que en una grande ceremonia religiosa que se celebraba anualmente, se cubría todo el cuerpo de polvo de oro para bañarse después en una laguna.

No fué menester más para decidir á este intrépido y afortunado descubridor á lanzarse en solicitud de este dorado cacique, atravesando las más vastas y desconocidas regiones.

Envió primero Belalcázar al Capitán Pedro de Añasco como explorador y para domar los Quillacingas, nación numerosa que habitaba una alta y destemplada planicie, que hoy conocemos con el nombre de provincia de los Pastos. Poco después, y en su

---

(1) La mayor parte de los cronistas lo llaman Benalcázar, pero como este ilustre Capitán tomó su nombre de la villa de Belalcázar, en donde nació, situada en la raya de Andalucía y Extremadura, le hemos conservado éste.

auxilio, salió de Quito en 1535 el Capitán Juan de Ampudia. Juntos marcharon luego hacia el norte, por el camino más elevado y con grandes trabajos. Hicieron alto para descansar en ciertas poblaciones, desde donde salió una partida á buscar terreno más llano, y volvió al campo con la noticia de haber descubierto un valle profundo y lleno de habitantes que se dejaban ver adornados con planchas de oro en sus morriones. Ya puede calcularse el efecto que esta nueva produjo en los españoles, que marcharon precipitadamente hacia aquellos lugares y asentaron sus reales en el valle de Patía. Reconocido por sus habitantes el corto número de españoles, que no pasaban de doscientos, se reunieron para atacarlos en número de tres á cuatro mil, con lanzas y dardos de palma, y adornados de plumas y de pieles de diversos animales. A fin de que ninguno de los invasores se escapase, tendieron sus lazos y trampas en todas las sendas y caminos por donde pudieran huír los vencidos. Duro fue el combate, pero los aceros y las cargas de caballería rompieron y atropellaron á los indígenas, que tuvieron que recogerse á las alturas, en donde dos jinetes que pretendieron seguirlos, recibieron una tremenda paliza de manos de algunos indios, que asiéndolos por las lanzas y á los caballos por las colas, los hubieran acabado, si no fueran socorridos oportunamente.

Siguió Ampudia recorriendo el valle, cuyos lugares hallaba desiertos, aunque con abundancia de mantenimientos. Todo lo incendiaba y talaba este bárbaro oficial, que dejó fama de crueldad inaudita, y ha merecido una mención del venerable F. Bartolomé de Las Casas, que lo dejará infamado en las generaciones venideras. El acabó sus días, según referiremos después, de una manera desastrosa.

No tardaron en llegar al territorio del cacique Popayán, tierra fresca y amena, cubierta de habitantes y de sementeras (1). Lo primero que llamó su atención, fué una especie de fortaleza, cercada de media cuadra por cada lado, de gruesas guaduas, de la cual salieron como tres mil hombres armados y engalanados, en son de combate. Muchos de los que parecían jefes, llevaban diademas de oro, y en ellas plumas de diversos colores, petos y brazaletes del mismo metal, irresistible tentación que doblaba las fuerzas de los españoles. Arremetieron, pues, sin detención, aunque tuvieron alguna en romper los escuadrones ordenados de los naturales, por haberse replegado detrás de un terreno cenagoso, difícil de atravesar á los caballos. Luego que estos pasaron, atropellaron á los indios, aunque no sin resistencia. El

---

(1) **Yendo, pues, nuestra gente castellana**
Mirando bien el uno y otro seno,
Subieron con frescor una mañana
A parte que mostró mejor terreno,
Crecida población en tierra llana,
Y de grata labor el campo lleno:
Tierra de Popayán, de cuyas venas
Dorados granos daban manos llenas.

Castellanos, parte 3.ª, manuscritos de Muñoz.

mismo Ampudia recibió un golpe de macana en la cabeza. Entraron en el cercado por dos estrechas puertas, la una que miraba al oriente y al poniente la otra. Allí hallaron víveres abundandantes y esperaron á Pedro de Añasco, que se había quedado en Patía con parte de la gente.

Esto pasaba en el mes de Noviembre de 1535 (1). A cuatro leguas de la fortaleza, dieron vista á una gran población, compuesta de casas espaciosas bien construídas y cubiertas de paja. Una de ellas parecía un templo (y lo era en efecto, aunque consagrado á Baco) por sus vastas dimensiones, pues estaba sostenido por cuatrocientos estacones de cada lado, que eran gruesos árboles de más de una vara de diámetro. Aquí celebraban sus fiestas y borracheras. Todos los españoles y sus caballos, equipajes y servicio, se alojaron en un rincón de aquel inmenso tambo, cuya altísima techumbre no cesaban de admirar. Esta ciudad se hallaba enteramente desamparada de sus habitantes, que dejaron á las pulgas y á las niguas el cuidado de arrojar á los invasores (2). No tardaron, en efecto, en verse obligados por estas plagas á abandonar las casas y á buscar sosiego en un campamento que hicieron más cerca del Cauca. Desde las alturas vecinas les daban grita los indígenas, pero no llegaban á las manos; así resolvieron continuar su marcha por la orilla izquierda del Cauca, descendiendo á un extenso y risueño valle, sin hallar resistencia, hasta las orillas del río de Jamundí, en donde les presentaron batalla los naturales, en crecido número. Vencidos éstos, y despojados los cadáveres de sus adornos, se dieron á buscar alhajas de oro en las chozas, hallando en una enterrados más de cinco mil pesos en diferentes joyas.

Acamparon luego en una barranca del Cauca, cercándola del lado de tierra, por temor de las sorpresas de los Jamundíes, que no cesaban de hostilizarlos. El asiento principal de estos era, sin embargo, en los nacimientos de este río Jamundí, que recibió su nombre del de un cacique á quien obedecían aquellos pueblos. Los que vivían en la orilla derecha del Cauca vinieron en canoas á la curiosidad de los forasteros, pero, según se colige,

---

(1) Sigo la versión de Castellanos en estos sucesos, cuando no difiere de la de Pedro Cieza de León y del P. Escobar, escritores comtemporáneos. Castellanos se refiere á Serrano, testigo de vista. Cieza pasó pocos años después, y el P. Escobar residió en Popayán hacia la mitad del mismo siglo XVI. El Padre Velasco confunde las épocas y los lugares, y es preciso leerlo con cautela.

(2) Alojáronse, pues, en un recodo,
Ellos y bestias y el servicio todo.
... .
Mas luego vieras sacudir las plantas
Y dar mil brincos el caballo laso,
Porque niguas y pulgas fueron tántas
Que no se vio reposo más escaso.
... .
De manera que les hicieron guerra
En vez de los vecinos de la tierra.

CASTELLANOS, parte 3.ª

sin intenciones hostiles, porque haciéndoles señas amistosas, establecieron su tráfico de frutas y algunas joyuelas en cambio de cuentas de vidrio y herramientas que les daban los españoles. Por visitarlos se venían las indias cabalgando en guaduas que flotaban á merced de la corriente, sin dejar de hilar, mientras duraba aquel extraño modo de navegar, lo que divertía mucho á los castellanos. Cara les habría costado su sencilla confianza al haber estado sus huéspedes en circunstancias de aprovecharse de esta pobre gente, haciéndolos esclavos como acontecía en todos los puertos de mar.

Salió Francisco de Cieza con cien hombres á recorrer el valle, y llegó hasta las inmediaciones del sitio en donde después se fundó á Cartago. Pretendían pasar del otro lado de los nevados que á lo lejos divisaban, pero la multitud de tribus guerreras, con quienes tuvieron que combatir, en treinta leguas de tierra que pasaron, les impuso el deber de volver á dar cuenta á Ampudia, y á traer algunos compañeros heridos (1). La única explicación que puede darse de haber salido vencedores tan reducido número de castellanos, de entre tan innumerable gentío, consiste en que las tribus eran independientes, y en que no se unieron para resistir la invasión. Calcúlase que la población del valle del Cauca, desde Caloto hasta Anserma Viejo, no bajaba entonces de un millón de habitantes. Ya veremos cuáles fueron las causas de su rápida disminución, en parte las mismas, en parte diferentes, de las que hicieron desaparecer, casi enteramente, los seis á ocho millones de indígenas que habitaban el territorio de Nueva Granada en la época de su descubrimiento.

Mudó Ampudia su campo á mayor distancia del río, por haber sobrevenido fiebres, de que murieron algunos castellanos y muchos indios de servicio, y al nuevo asiento condecoraron con el nombre de villa, que atacaron los Gorrones con furia grande, pero fueron rechazados. Eran estos indios guerreros y pescadores, y recibieron este nombre del que ellos daban al pescado. Tenían sus casas circulares cubiertas de paja, y reunidas por grupos de quince á veinte, en las faldas de la cordillera occidental, y particularmente por Bijes y los nacimientos del río Frío, y bajaban á pescar al Cauca y á la laguna de Buga, en ciertos períodos del año. Estos indios eran feroces, desollaban sus enemigos y henchían las pieles de ceniza colgándolas en sus estancias, en guisa de trofeos, y aun en los alares de las casas se veían pies, manos y cabezas de indios muertos en las guerras. Las mujeres peleaban como los hombres, y seguían la suerte común, sirviendo sus restos de manjar y de trofeo.

---

(1) **Y en más de treinta leguas de camino**
Nunca se vido paso sin vecino.
....
Y pueblo se hallaba de mil casas,
Poblados montes y las partes rasas,
Los fondos valles hasta los altores.

Castellanos, íd.

Al poniente de la nueva villa había un ameno y florido valle que llamaban de Lili, nombre que se dió después á la población española, el cual se cambió posteriormente en el de Cali. En este valle dominaba el cacique Petecui, el cual se retiró cuando vió acercarse una partida de españoles que Ampudia había enviado como exploradores, mas convocando sus fuerzas puso luego en tal aprieto á los treinta infantes y seis jinetes, que tuvieron que tocar retirada, y con algunos heridos, y sin pillaje, volvieron á los reales, que estando situados en lo llano, no se atrevieron á acometer los indios. A este sitio llegó Belalcázar, que salió en alcance de sus oficiales, y siguiendo sus huellas devastadoras, bien fáciles de reconocer, los encontró celebrando los misterios de la Semana Santa, con anticipación de una semana, por error de cómputo, circunstancia que caracteriza bien el grado de ilustración de estos enviados de la civilización para predicar el Evangelio. Renovó Belalcázar sus excursiones en el valle del Cauca, distinguiéndose en ellas el Capitán Miguel Muñoz, que no poco acrecentó la masa común de oro, objeto, como sabemos, de toda su solicitud. Solamente á una india anciana que sorprendieron en las orillas de un hermoso y cristalino río que se desprendía de la cordillera central, le quitaron en joyas y en adornos de oro cerca de ochocientos pesos, nombrando al río de la Vieja, á consecuencia de este hallazgo. En sus márgenes está hoy situada la ciudad de Cartago, rodeada de frescos verjeles y abundante en todos los frutos de la zona tórrida. Este mismo Muñoz fué el que escogió el sitio y fundó el 25 de Julio de 1536, por orden de Belalcázar, la ciudad de Cali, en donde mismo existe hoy, siendo el primer Alcalde Pedro de Ayala, y Antonio Redondo Regidor. Cali es, pues, no solo una de las mejor situadas y más pintorescas ciudades de Nueva Granada, sino también de las más antiguas, cediendo solo la primacía á Panamá, Santa Marta y Cartagena.

Hízose una tentativa para descubrir el mar, aunque infructuosamente, por la aspereza de las serranías y la dificultad de procurarse guías. Volvió Belalcázar á Popayán, en donde fundó en Diciembre de este año una ciudad en el mismo lugar que ocupaban los indígenas, cercándolo y fortaleciéndolo, para dejar en él una colonia, mientras iba á Quito á traer más tropas con que proseguir sus descubrimientos al norte, y ver si podía descubrir un puerto en el mar de las Antillas, para irse á España á solicitar para sí el gobierno de las ricas comarcas que había visitado solo, como dependiente de Pizarro. Ignorando éste las intenciones de Belalcázar, dió orden de que se le facilitasen todos los auxilios en Quito, pero en los aprestos y marcha transcurrió todo el año de 1537, de modo que no llegó á Popayán hasta el mes de Mayo de 1538, seguido de más de mil yanaconas ó indios de servicio y del fausto y comodidades con que ya para entonces marchaban los conquistadores del Perú.

Antes de seguir á Belalcázar en el paso de la cordillera, diremos lo poco que con certeza nos han transmitido los cronistas, respecto de las costumbres de los antiguos habitantes de Popa-

yán, que tan tenaces se mostraron en defensa de su patria, prefiriendo, como ya había acontecido en Haití, morirse de hambre, más bien que sujetarse á cultivar la tierra, creyendo que de esta manera morirían también los españoles por falta de alimentos.

Los hombres no usaban de otro vestido que de una pequeña manta de algodón con que en ocasiones se ceñían el cuerpo, pero las mujeres las traían de continuo, y unos y otras llevaban collares de joyuelas de oro bajo. Creían algunos que las almas de los que morían entraban á animar los cuerpos de los recién nacidos. Sepultaban á los principales con sus bienes, mantenimientos y bebidas. Generalmente reducían á cenizas los cadáveres, ó los sometían á un fuego lento hasta que se secaban, para conservarlos. De los productos de la tierra solo se menciona el maíz y patatas (papas), además de las frutas. Eran supersticiosos y agoreros, pero no tenían culto público; los castellanos hallaron algunas figuras de metal y de madera en las casas, que suponían ser ídolos. Los Coconucos y otras tribus que habitaban el declive de la Sierra Nevada, á cuyo pie está situada la ciudad de Popayán, con un templo admirable, participaban de las mismas costumbres, pero no eran antropófagos como los Gorrones, los Patías y otros de los valles calientes.

No sin algún pesar de abandonar regiones de tan dulce clima salió Belalcázar con sus trescientos compañeros y todo el tren, y comenzó el ejército á trepar las empinadas cuestas de los Andes, sin camino seguro y dando con innumerables trabajos mil rodeos, como se colige de haber empleado cuatro meses en atravesar la cordillera para salir al valle de Neiva. (1)

El orden cronológico de los sucesos del descubrimiento nos llama á la costa del Océano, y á referir lo que por allá pasaba, mientras que Fredemán y Belalcázar hicieron las marchas de que nos hemos ocupado tan sucintamente.

---

(1) Son felices los versos en que Castellanos pinta esta circunstancia, por la exactitud de la descripción y de las impresiones que se experimentan en el tránsito de Guanacas.

Y en busca de región más eminente
Caminaron la vía del oriente,
Dejando los albergues agradables,
Los campos y sabanas apacibles,
Por las montañas van inhabitables,
Y lugares que son inaccesibles,
Oscuros bosques, ásperos breñales,
Avolcanadas tierras, cenagales,
En cuyas espesuras y conveses,
Sin hallarse recurso de cultura
Peregrinaron más de cuatro meses
Subyectos á continua desventura;
Y al fin fueron á dar á las llanadas
De Neiva, que hallaron bien pobladas:
Tierra de fertilísimas labores
Y campo que hartura prometía.

Parte 3.ª, *canto* 4.º

CAPÍTULO X

El licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada marcha por los Chimilas hasta Tamalameque.—Naufragio de la flotilla que debía cooperar por el río de la Magdalena al descubrimiento.—Prepara el Adelantado Lugo nuevos buques que entran al Magdalena, y todos juntos continuan penosamente la jornada.—Llegan á Barranca-bermeja y desisten de seguir la exploración por el río Grande.—Suben la cordilla del Opón.

Lo questos hicieron
Vereislo, lectores, en cuanto subieron
Tratando las armas, en las aventuras
Obrando virtudes, dejaron asuras
Roldán y Amadis, que ya perecieron.

Palmerín de MIGUEL FERRER.

Díjose en el capítulo 8.° que el Adelantado Pedro Fernández de Lugo había hecho el mayor esfuerzo para preparar la expedición que llevó por caudillo al licenciado Jiménez de Quesada, el cual dió vuelta á la ciénaga y se internó en las montañas de los Chimilas manteniéndose en las tierras altas para evitar el esguace de los caños y lagunas, y porque el punto de reunión indicado para seguir de conserva con la flotilla que había subido por el río Grande, era la embocadura del río Cesari en el Magdalena, y territorio del cacique Tamalameque. Llevaba cada soldado ropa y mantenimientos á cuesta, y por tanto la cantidad de estos artículos no podía ser muy considerable. Comenzaron pues á escasear los alimentos en aquellas selvas despobladas en la dirección que seguían. Hicieron alto y salió una partida á buscar provisiones, la cual tuvo la fortuna de hallar algunas sementeras y de sorprender á los naturales cosechando el maíz que trajeron al campamento cargado en los mismos indios. Pocas horas después rompió por entre las tropas una mujer desgreñada y llorosa, que sin temor ni asombro de tan extraños huéspedes y animales desconocidos, llegó al grupo de los prisioneros, y arrojándose en los brazos de un muchacho que allí estaba, lo estrechó con trasporte. Quiso el licenciado Quesada que los intérpretes le explicaran lo que aquella india decía, y supo que el muchacho era su hijo y que venía á constituirse prisionera para no separarse de su lado. Conmovido de esta prueba de ternura maternal, ordenó que no solo le restituyeran su hijo al instante, sino que dió libertad á todos los demás con excepción de un hombre de edad que conservó para guía. Aseguraba el Licenciado que en el curso

de su larga vida llena de vicisitudes, jamás pudo olvidar la mirada expresiva de gratitud profunda que aquella simple mujer le había dirijido al desaparecer con los suyos en las selvas.

Algunos días después llegaron á las orillas de un río hondo y rápido que el guía declaró llamarse Ariguari y que no pudieron vadear. Los Capitanes y prácticos dispusieron un puente con las cuerdas de las hamacas para pasar la ropa, armas y municiones. Los infantes á volapié y los de á acaballo nadando. A pesar de esto, parte del equipaje se ahogó. Continuaron luego la marcha sin obstáculo hasta Chiriguaná, pequeña población en donde fueron recibidos de paz, y de allí á las lagunas de Tamalameque gastaron doce días, perdidos por falta de guías. El nombre de una península ó isla que comunicaba por una lengua de tierra estrecha desde el centro de una de las lagunas, era Pacabuy, y allí residía el cacique en la población principal de sus dominios, que se componía de tres compartimientos triangulares de casas de paja con una plaza en la mitad, presentando tres calles y aspecto muy gracioso desde la laguna. Los españoles no se aventuraron á caballo como lo había hecho Alfinger, sino que acometieron por tierra á los indios, que defendieron con empeño el desfiladero, pero flanqueados por los tiros de arcabuz y de ballesta, dejaron por fin libre el paso y se rindieron.

En este punto descansó Quesada algunos días, pero envió una partida á orillas del río Grande de la Magdalena á fin de que lo esperasen los buques que ya suponía llegando, pues ignorado el desastre acontecido á la flotilla, de la cual solo dos buques de los más pequeños que entraron por la boca de sotavento ó de Ceniza pudieron penetrar hasta Malambo con el Capitán Chamorro; de los otros cuatro, dos se perdieron en la costa pretendiendo entrar por la boca grande estando el río crecido y con fuerte brisa; otros llegaron á Cartagena de arribada, en donde las tripulaciones y oficiales pasaron al Perú, con excepción del Capitán Manjarrés, que volvió á dar cuenta al Adelantado de la desgracia. No decayó este de ánimo, sino que habilitó dos ó tres buques viejos á fin de que se juntasen con los que estaban en Malambo y cuyo Capitán había avisado que no se atrevía á subir con tan pequeña fuerza el río cuando las poblaciones de sus orillas parecían considerables, según el número de canoas que sin cesar lo circundaban en actitud hostil.

Pasaron entre tanto dos meses antes que el nuevo jefe de la flotilla licenciado Gallegos se aparejase á subir el río después de reunido con los que esperaban en Malambo, verificándolo con muchas precauciones para evitar las flechas de los indios en la parte baja del Magdalena, que era la más poblada. Hubo ocasión en que se vieron rodeados de hasta dos mil pequeñas canoas con indios que venían á flecharlos, y que no se dispersaban sino á los tiros de dos pedreros que hacían grande extrago en tan densa masa de hombres. Subían unas veces á remo ó con cuerdas cuando la orilla lo permitía. Cansado de esperarar Quesada en la embocadura del Cesari la flotila, determinó subir por la márgen derecha del Magdalena hasta un sitio que llamaban Sompa-

llón, que se decía abundante en víveres, y que es por ventura el actual Tamalameque en las sabanas de Chingalé. (1)

Viendo el licenciado Quesada que después de algunos días de esperar en Sompallón no llegaba la flotilla, y no siendo posible continuar la marcha por el número de enfermos que no podían ya caminar por las trochas casi intransitables que se hacían para el ejército, que había perdido ya cien hombres desde su salida de Santa Marta, determinó enviar una partida río abajo á dar prisa á los buques que suponía cercanos, como en efecto lo estaban. Dentro de breves días llegaron y supo Quesada la causa de la detención, alentando sus tropas cuyo ánimo había decaído con las pérdidas de sus compañeros y de la ropa y menesteres que cada uno había embarcado, y de que se veían privados en tan tristes circunstancias. Embarcáronse los enfermos, y los sanos siguieron por tierra auxiliados por las barcas para atravesar los ríos, en cuya operación habían perdido siempre mucho tiempo, pues era preciso buscar lugares estrechos y cortar árboles que sirvieran al caer de puentes naturales, siendo algunos soldados que se arrojaban á nado presa de los caimanes.

Los macheteros, bajo las órdenes del Capitán Insá, abrían la senda por el bosque espeso y por lugares no hollados jamás por planta humana, pues los indios se manejaban en canoas, y el límite superior de las excursiones de los españolos de Santa Marta, río arriba, había sido hasta entonces Sompallón. En los sitios en que la selva era más impenetrable, gastaban los macheteros ocho días en abrir el camino que debía recorrerse en uno solo. Los buques solicitaban con trabajo en las dos riberas del río algunas provisiones con que socorrer las necesidades del ejército, pero como á medida que subían el río, las poblaciones eran mas raras y las sementeras más cortas, sufrían mucho por falta de alimentos. Las avispas, hormigas, mosquitos, reptiles é insectos

---

(1) Me hallé muchas veces perplejo en mis lecturas antiguas respecto del sitio de Tamalameque, hasta que encontré la clave en la Floresta de Santa Marta escrita por el Alferez D. Nicolás de la Rosa, que el señor Joaquín Mier con laudable generosidad ha hecho reimprimir á sus expensas, y que contiene á vuelta de muchas cosas inútiles ó inexactas, una ú otra noticia curiosa y datos que merecen conservarse, tal es esta: "La ciudad de Tamalameque fué fundadada tres veces en diferentes sitios: la primera en la misma orilla del río Grande, frontero de la villa de Mompox, y esto consta de la ley 11, libro 5.°, título 1.° de las de Indias; la segunda un poco mas arriba en las sabanas que hoy se llaman de Tamalameque Viejo; y la tercera en las sabanas de Chingalé, en donde hasta hoy permanece desde 1680. La razón de estas mutaciones, la oí á aquellos vecinos antiguos, y fué que tenían por cura un licenciado Bartolomé Balzera, que era de natural intrépido, y cuando se enojaba con las regidores porque no le daban gusto, hacía cargar las imágenes de la parroquia y las campanas, levantaba altar portátil para celebrar, colgaba las campanas de algún árbol y mandaba repicar la víspera de fiesta, y los vecinos se veían obligados á trasladar sus viviendas para cumplir con el precepto. Como los paramentos de la iglesia eran cortos, esta y las casas de los vecinos de paja, se perdía poco en la intrepidez del cura y la cortedad de los vecinos, que con facilidad se movían por no contender con su párroco ni desgraciarlo."

Probablemente los vecinos actuales de Tamalameque no serían de la opinión del Alferez de la Rosa, si llegara hoy el caso.

de toda especie se cebaban sobre los cuerpos extenuados de nuestros descubridores, y algunos de estos se ocultaban para morir tranquilos en el fondo de las selvas, como se echaba de ver por el sitio en que se hallaban los cadáveres cuando los compañeros los buscaban. La lluvia continua aumentaba sus miserias y la causa de las enfermedades. (1)

Estando acampados en las orillas de un río caudaloso de aguas bermejas, se sacó un tigre á un español de su hamaca; á sus gritos acudieron los demás, y asustado el animal abandonó su presa. Colgaron entonces la hamaca mucho más alta, pero al día siguiente la hallaron vacía, pues el trigre sacó más tarde silenciosamente á su víctima, cuyos gemidos no pudieron escuchar sus compañeros adormecidos y cansados, ó por el ruido de la lluvia ó de los truenos. A este río se le dió el nombre de Serrano, que era el del soldado, y que actualmente no conserva.

Crecían las necesidades y desdichas cuando llegaron á un río de aguas negras que atravesaron en los botes. Ya entonces no tenían ni un grano de sal para sazonar los cogollos de plantas con que se alimentaban. Comenzaron á matar ocultamente los caballos á fin de que se les distribuyese la carne. Para atajar el daño ordenó Quesada que se arrojasen al río todos los caballos que murieran, manifestándoles que, si los mataban, no podrían conquistar las hermosas regiones que andaban buscando. Dieron por fin aviso al licenciado Quesada que de los buques se avistaba una población en lo alto de ciertas barrancas bermejas que

---

(1) Cuando Castellanos escribió, aún vivían muchos de los que habían sufrido aquellos trabajos. El Padre Simón sigue en mucha parte la relación del cura de Tunja, de que copiaremos uno ú otro verso que pintan al natural la situación.

Cubiertos van de llagas y de granos,
Cansados de las dichas ocasiones,
En vida los comían los gusanos,
Que nacen por espaldas y pulmones. *Nuches*.

Llovía sin cesar y no podían prender fuego;

Y ansí para secar la pobre tela
El flaco cuerpo servía de candela
No tienen do llevar hombres enfermos,
Y ansí quedaban muchos por los yermos.
....
Porque jamás se rompió tal aspereza
Desde que la crió naturaleza.
¡Ah cuántos se quedar on escondidos
Por no verse vivir con tanta muerte,
Tomando por grandísimo regalo
Acabar de morirse tras de un palo.
... .
Montaña tenebrosa y asombrada
Tanto que los humanos sobresalta,
De sucios animales toda llena
Cuya memoria solo causa pena.
Un continuo llover, un triste cielo
Truenos, oscuridad, horror eterno,
Con otras semejanzas del infierno.

2.ª *parte, elegía* 4.ª

brillaban con los rayos del sol poniente. Estaba el jefe español tan desesperado de ver los estragos que el hambre hacía en su campo, que se resolvió temerariamente á partir en persona con seis ú ocho oficiales que cupieron en tres ligeras canoas, las que bogando toda la noche llegaron poco después de amanecer al pueblo, que se componía de treinta casas, pero que hallaron desamparado de sus habitantes, los que huyeron luego que observaron los buques grandes que subían el río, y percibieron la grita y humos de los que iban por tierra. Nada hallaron de provecho en las casas; pero la vista de las sementeras de maíz y yucas en las inmediaciones, los consoló de la falta de oro, y cuando después de seis días llegó el grueso del ejército, ya se había establecido un sistema regular de distribución á favor del cual duraron muchos días aquellas provisiones. Encontraron también registrando los bosques ciertas mantas de algodón pintadas á mano de diversos colores, primeros indicios de civilización próxima de que se valió Quesada para animar sus tropas.

Antes de moverse de este sitio, que llamaban la Tora ó Cuatro Bocas, por dos islas paralelas que forma el río, y que hoy está despoblado y se conoce con el nombre de Barranca-Bermeja, se ordenó á la flotilla que continuase río arriba hasta descubrir nuevas poblaciones. Veinte días gastaron los buques en este viaje, y al fin tornaron á la Tora desconsolados, diciendo que no habían hallado ni vestigios de habitantes en las orillas del Magdalena, que parecían más agrestes y solitarias á medida que se subía más. Entre tanto las enfermedades habían cundido en el campo de la Tora, y eran tantos los que morían, que ya no daban sepultura á los cadáveres, sino que los arrojaban al río, (1) por cuyo motivo el atrevimiento y los daños que causaban los caimanes eran tales, que se veían privados de acercarse al río para bañarse, lavar las ropas; y aun para sacar agua tenían que valerse de largas varas, en cuyas extremidades se colgaban las vasijas.

Las partidas que fueron por tierra no tuvieron mejor resultado, de suerte que hasta los más antiguos capitanes, como Céspedes y San Martín, comenzaron á desesperar enteramente del buen resultado de la empresa. A este último enviaron las tropas como delegado cerca de Quesada, el cual había sabido conservar, en los ocho meses que iban corridos desde que la expedición salió de Santa Marta, y en circunstancias bien difíciles, los fueros de la autoridad, que tanto necesita rodearse de respetos para mantener su fuerza y vigor. El capitán San Martín hizo presente al general que la opinión de todos resistía la continua-

---

(1) **Pues por estar sin fuerzas y sin brío,**
Usaban de sepulcros indecentes,
Porque viendo quedar el cuerpo frío,
Los vitales espíritus absentes,
Echaban á los muertos en el río
Donde los devoraban las serpientes,
Y así cebados en aquel sustento
Iban sus osadías en aumento.

Castellanos.

ción de una tentativa de exploración que ya era temeraria, después de haber perdido la mitad de los soldados y de hallarse sin guías ni dirección para seguirla; que mejor les estaría regresar á Santa Marta ó por lo menos á Tamalameque, tierra abundante de víveres, en donde podrían fundar una población que les sirviera de escala para descubrimientos posteriores. El licenciado respondió con firmeza que la perdición era más segura volviendo atrás, porque, no cabiendo todos en los buques, moriría el resto de la gente en el curso de una vergonzosa retirada, emprendida justamente cuando ya comenzaban á ver indicios de las tierras más cultas que buscaban, y de las cuales, según se decía en la costa, venía el oro que ya habían agotado en lo descubierto; que el Adelantado había empleado toda su hacienda y sus recursos en los aprestos de esta jornada, la que, por su parte, no pensaba abandonar sino con la vida, porque en la tardanza estaba el peligro, y otros descubridores más tenaces cogerían el fruto si ellos, por falta de constancia, desistían; y por último, que tendría por enemigo al que en adelante le propusiera partido tan pusilánime y tan ajeno del valor castellano. Sometiéronse sin replicar los hombres de guerra á la decisión de un abogado que por la primera vez mandaba las armas, y esto en el fondo de un desierto, en donde tan fácil les habría sido quitarle el mando, porque en todas las condiciones y estados la grandeza de alma y la resolución imponen silencio y demandan obediencia de los que vacilan. Creen estos que el que con tanta entereza persiste en alguna decisión, es porque ve más lejos que ellos, y se inclinan delante de una inteligencia superior. De la conducta digna y firme del licenciado Quesada en estas circunstancias, dependió el suceso con que fué coronada esta empresa, y las riquezas y honores de que él mismo fué colmado.

Adoptó Quesada un término medio entre seguir la exploración por el río Grande y por tierra. Veíanse á la izquierda los contrafuertes de la cordillera que se acercan al río Grande, y por entre los cuales baja el río Opón. En tres canoas pequeñas y con doce hombres escogidos se despachó al capitán San Martín por este río Arriba. En la primera jornada no vieron nada que les llamara la atención; en la segunda, en un estrecho de más rápidas corrientes, se encontraron repentinamente con una canoa en que bajaban dos indios, los cuales se arrojaron á nado y huyeron á los bosques, dejando en poder de los españoles la canoa, en la cual hallaron algunas mantas coloradas muy finas, y lo que les causó mayor alegría, ciertas moyas de sal blanca y dura, muy diferente de la del mar. Esta fué la primera sal de Zipaquirá que vieron ojos europeos, y que decidió del descubrimiento. Siguió el capitán San Martín su camino, ansioso de hallar otras noticias con que volver al campamento, y en efecto, vió dos casas abandonadas en las márgenes del río, pero llenas de moyas de sal, y reconoció que aquel era el puerto de depósito de este artículo, que sin duda se traía de lo interior para el consumo de los habitantes de aquellos parajes, pues desde aquí se observaba camino trillado hacia la sierra. Vararon las canoas, dejándolas en cus-

todia de tres soldados, y el capitán marchó con los nueve restantes, hasta que comenzó á observar en las alturas vecinas humaredas, campos cultivados y otros indicios claros de grandes poblaciones. Juzgó que era temeridad avanzarse más con tan corto número de soldados, y retrocedió sin parar hasta que les cogió la noche. Detuviéronse por ser ésta muy oscura, pero con la mayor vigilancia, temiendo haber sido descubiertos y seguidos por los indios, que tan sutiles se mostraban siempre para observar los movimientos de los españoles, sin dejarse ver.

Al rayar el día siguiente fueron acometidos estos diez hombres por un crecido número de indios, de quienes se defendieron valerosamente, haciéndoles conocer el temple de las armas europeas y la diferencia de éstas á la flechas, dardos y macanas. Desaparecieron los indígenas dejando varios muertos y un prisionero en manos de los españoles, de los cuales algunos fueron levemente heridos. Interrogaron por señas al preso, que era un indio muy ágil é inteligente; éste les dió, según imaginaron, noticia de que presto llegarían á tierras abundantes de oro, de víveres, con innumerable gente vestida, campiñas limpias y extendidas; en una palabra, todo aquello que deseaban con más ahinco. Embarcáronse, pues, en las canoas que los esperaban en las márgenes del Opón, y partieron á boga arrancada, engalanándose con los plumajes y otros adornos que habían hallado, las mantas flotantes en guisa de banderas, y gritando al acercarse á los reales de la Tora estas ó semejantes palabras, que Castellanos puso en verso, y que manifiestan bien que era lo que más deseaban y lo que en efecto encontraron después:

Diciendo: ¡Tierra buena! ¡tierra buena!
Tierra que pone fin á *nuestra pena*.
Tierra de oro, tierra bastecida,
Tierra para hacer *perpetua* casa,
Tierra con *abundancia de comida*,
Tierra de grandes pueblos, *tierra rasa*,
Tierra donde se ve *gente vestida*,
Y á su tiempo no sabe mal la brasa;
Tierra de bendición, clara y serena,
¡Tierra que pone fin á nuestra pena!
¡Tierra do se destierran las malicias
De todas estas vivas pestilencias,
Y sus valles y cumbres son propicias
A nobles y generosas influencias!

De rodillas recibieron los del campo tan alegres nuevas, y la sal, que llevaron en triunfo al General. Al día siguiente, después de haber oído devotamente la misa que dijo Fray Domingo de las Casas, uno de los dos capellanes, levantaron el campo y se entraron en la montaña de la izquierda á orillas del Opón; los buques por este río, aunque con gran dificultad, por la fuerza de las corrientes y palos. Como marchaban por la vega, una noche la avenida del Opón fué tan súbita, que les fué forzoso subirse á los árboles para no ahogarse, amaneciendo los caballos cubiertos de cieno y perdidas las pocas provisiones que llevaban. Para satisfacer el hambre desnudaron las espadas y comieron las vai-

nas, correas y cuanto tenían de cuero. Luego que llegaron al puerto de la Sal, advirtieron que desde allí no tenía el río agua suficiente para los barcos, y que era preciso dejarlos con los enfermos, expuestos á morir de hambre, ó despacharlos á Santa Marta.

Este último partido fué el que adoptó el General, y eligiendo doscientos hombres de los más alentados para continuar el descubrimiento hacia la sierra, encargó al licenciado Gallegos que condujese los ciento sesenta inválidos á Santa Marta, ofreciéndoles con las mayores veras que no se olvidaría de sus fatigas, y que entre todos se distribuirían las riquezas que se ganasen. La suerte desastrosa que tuvieron estos desdichados debe imputarse al licenciado Gallego, que en vez de bajar rápidamente, se entretuvo en los pueblos del río haciendo algún botín, hasta que cansados los indios de Mompós, Tamalameque, Chingalé, Simití, Tamalaguataca, Chiquitoque y Talaigua, se reunieron y atacaron á los enfermos, echaron á pique tres embarcaciones, escapando solo Gallegos en una, y eso mal herido y privado de un ojo.

Entre tanto, caminaba Quesada por lugares inaccesibles para los caballos, con tiempo lluvioso y escasez de alimentos. Por tanto, determinó adelantarse con pocos á las sierras de Atun, en donde había visto el capitán San Martín las sementeras, á fin de poder enviar algún auxilio á la retaguardia, que marchaba con mil dificultades. (1) A ciertos trechos hallaban tambos en que los indios que bajaban con la sal ó subían con el pescado, hacían noche, y al sexto día llegaron á las labranzas, en donde hicieron alto para esperar los caballos, que en parte era preciso sacar en peso, con maromas de bejucos por aquellos riscos, por donde hoy mismo, después de tres siglos, no pueden transitar bestias, y parece imposible que las tres expediciones que por allí subieron en los primeros años del descubrimiento, hubieran podido pasar tantas caballerías y con tan corto número de brazos, puesto que sólo Quesada llevó sesenta caballos, de los cuales uno solo se despeñó. Ya comenzaban á sentir algún frío, carecían de abrigo, y viviendo en el monte no podían por la lluvia continua encender fuego, teniendo que comer algunos granos de maíz crudos por toda ración. En este penoso tránsito para subir á la sierra, murieron veinte españoles, y uno perdió para siempre el juicio. (Juan Duarte).

El alférez Olalla, que había sido despachado adelante á descubrir con los más ágiles, tuvo varios encuentros con los indios en el valle que llamaron, á causa de está circunstancia, del Alférez, y después de la Grita, por la que les dieron los indios desde las cumbres. Quedaba por vencer al resto de la tropa la última

---

(1) **Espesa breña, cenagoso suelo**
Y creo que es el peor del Nuevo Mundo,
Do nunca se ve luz que dé consuelo,
Y es el rigor de pluvias sin segundo:
Paréceles subir al alto cielo,
Y al bajar que descienden al profundo.

cuesta de la gran sierra de Opón, de más de dos mil metros de altura absoluta sobre el nivel del mar, sobre la cual los esperaba la guardia avanzada. Con inexplicable alegría se vieron por fin todos reunidos en lo más alto, desde donde se descubrían tierras limpias, grandes poblaciones, caminos trillados, vastas sementeras. (1) Todo lo que veían era indicio seguro de que el fin de sus trabajos se acercaba, y de que no tendrían en adelante que luchar con la naturaleza, con el hambre, ni con las enfermedades, sino con los hombres, en combates, para los cuales, sin embargo, no estaban tampoco prevenidos, pues las armas oxidadas se rompían al limpiarlas, la grasa de las pieles de iguanas con que habían pretendido reemplazar las vainas de las espadas, las había corroído; de pólvora no poseían un grano seco.

Hizo Quesada reseña de toda su gente, que había quedado reducida á ciento sesenta y seis hombres y sesenta caballos. Los cronistas nos han trasmitido los nombres de casi todos estos descubridores, cuyo valor heroico, que los impulsó á entrarse sin vacilar por las comarcas pobladísimas que se divisaban, sin armas que pudiesen equilibrar la enorme inferioridad del número, merece ciertamente esta distinción. Muchos de los apellidos de los primeros descubridores existen todavía en las diferentes provincias de Nueva Granada. (2)

Aunque flaca, alguna resistencia opusieron las tribus de aquellos valles, pero fueron rotas y atropelladas por los caballos, á los cuales cobraron tal terror, que estando una noche acampados los españoles frente á un pequeño caserío situado al lado opuesto de un riachuelo, en donde se habían reunido en actitud hostil los súbditos de Sacreque, cacique de Chipatá, dos ó tres caballos que se soltaron y pasaron retozando la quebrada, fueron suficientes para dispersar los Chipatáes, que se imaginaron que estos animales debían morder como los perros. Si tan pequeños

---

(1) **Llegaron llenas de regocijo las entrañas**
Por ser aquel el fin de las montañas;
Alégranse de ver alegre suelo,
Contemplan otras muchas maravillas,
Alaban los verdores y elegancia,
Y al sabio general de su constancia.
Y cuanto más encumbran las laderas,
Más á placer se ven las rasas cumbres,
Llenas de cultivadas sementeras
Que quitan atrasadas pesadumbres,
Fertilísimos valles y riberas
Con los humanos usos y costumbres;
Vense los pueblos, hierven los caminos,
Con tratos y contratos de vecinos.

(2) La lista general de los nombres de los primeros pobladores, descubridores y conquistadores de los territorios del interior de Colombia la encontrará el curioso lector en la obra titulada *Biografías de hombres ilustres ó notables*, "relativas á la época del Descubrimiento, Conquista y Colonización," por Soledad Acosta de Samper. Por ese motivo no se inserta en esta 2.ª edición del *Compendio* el *Apéndice* en que se hallan los nombres de los descubridores compañeros de Jiménez de Quesada. (Nota de los editores de la 2.ª edición.)

animales, decían, hacen tal estrago, ¿qué no harán los grandes? Al siguiente día hallaron los caballos apoderados de las casas de los indios, en las que habían entrado para abrigarse ó para devorar las provisiones que en ellas se guardaban.

En la parte alta del fertilísimo territorio de la provincia de Vélez, descansaron los españoles el mes de Enero de 1537, restableciéndose de las fatigas pasadas. Los indígenas proveían el campo de todo género de mantenimientos, como patatas, ahuyamas, maíz, frijoles, yucas y otras raíces, y sabrosas frutas. Llamaron *de las Turmas* un valle alto en que abundaba este tubérculo nutritivo, que en el Perú llamaban papas y en lengua chibcha yomí. (1) Habían visto los españoles algún oro y esmeraldas pequeñas, ofrecidas como holocausto en cierto adoratorio, y se preparaban á marchar hacia los lugares en que creían hallar mayor abundancia de este metal, y en donde se cuajaba la sal que les servía de norte para preguntar por señas á los indígenas el rumbo qne debían seguir. Detengámonos antes de acompañarlos á tan venturosa jornada, y recordemos que por este tiempo marchan hacia las regiones que ocupa la única nación importante que hasta aquella época no había sido visitada, tres capitanes famosos: Fredemán por las llanuras situadas al oriente del ramo oriental de los Andes; Belalcázar, seguido de millares de esclavos y caminando como un sátrapa de oriente, desde el Ecuador hacia la hoya del Magdalena; y últimamente el letrado granadino, á quien la suerte había reservado el honor y las ventajas principales de este descubrimiento.

Las ricas y civilizadas regiones de los Aztecas fueron descubiertas en 1519, y el vencedor de Montezuma estaba ya de regreso en España cuando salió Francisco Pizarro para el Perú. En 1532 quedó sujeto el imperio de los Incas, mientras que en 1536 existía todavía desconocido sobre las planicies elevadas de la cordillera oriental de los Andes entre los 4 y 7° de latitud boreal, un pueblo cultivador, compuesto de más de un millón de almas, con templos, altares, sacrificios, gobierno regular hereditario, ejército, cómputo aproximado del tiempo, alguna industria y mucha inteligencia en los trabajos agrícolas. Mas ya había sonado su hora final. Veremos á la nación Chibcha ó Muísca privada en el curso de dos años de su independencia, de sus jefes, de su libertad y hasta de su idioma, á impulsos de la más cruel, ciega y perseverante persecución, que ha conseguido borrar aun su nombre mismo del catálogo de los pueblos que existieron,

---

(1) Hé aquí un nuevo argumento para probar que las papas ó patatas son producción espontánea de la tierra en Nueva Granada, y que no fueron introducidas del Perú ó Chile, como algunos escritores célebres, entre otros el barón de Humboldt, lo han sostenido. Estos pueblos no tenían comunicación alguna con los del Perú, y aun los de Pasto hacía muy pocos años se habían agregado al dominio de los Incas. Una de las pocas palabras de su idioma que los indios de Bogotá han conservado, es el nombre de esta raíz, su principal recurso y alimento. A las más gruesas que escogen para hacer presentes al tiempo de cosechar sus pobres sementeras, llaman *yomogó*, según lo noté hace ya muchos años en el pueblo de Usme.

condenando á sus descendientes al olvido total de su cuna, y dejando á los que se ocupen en adelante de las antigüedades de América en la confusión y en la duda de los tiempos fabulosos, respecto de acontecimientos que precedieron sólo de algunos años la época de la conquista. Baste decir que las nociones que hoy poseemos del calendario muísca, desconocido en la época del descubrimiento, las debemos á un ilustrado canónigo de Bogotá, nuestro contemporáneo, (1) porque los primeros europeos que pisaron el territorio de los Chibchas se propusieron extirpar como diabólicas cuantas tradiciones, ritos y ceremonias hubieran podido servir para darnos una idea de la constitución política y religiosa de aquel pueblo. Lo poco que se ha conservado se halla mezclado de tantas fábulas y conjeturas, que al reproducirlo, como es nuestro deber hacerlo, nos rodea la más penosa incertidumbre, por carecer de datos seguros y contestes, que son los únicos que tranquilizan al que pretende ser exacto, á fin de inspirar confianza en sus escritos, ya que no le es dado ganar aplauso por la corrección de la frase y la elegancia de la dicción.

CAPÍTULO XI

Extensión y límites del territorio de los Chibchas ó Muíscas.—Gobierno civil —Ceremonias religiosas —Mitología de los Chibchas, sus usos y costumbres.—Guerras civiles.—Agricultura y ferias periódicas y concurridas.

> "Los hombres más curiosos y sabios que han penetrado sus secretos, su estilo y gobierno antiguo, muy de otra suerte lo juzgan, maravillándose de que hubiese tanto orden y razón entre ellos. Mas como sin saber nada de esto, entramos por la espada, sin oírles ni entenderles, no nos parece que merecen reputación las cosas de los indios, sino como de caza habida en el monte y traída para nuestro servicio y antojo."
>
> ACOSTA, *Historia moral de las Indias, libro 6.º, página 396, 1.ª edición de Sevilla en el año de 1590.*

El país de los Chibchas comprendía las planicies de Bogotá y Tunja, los valles de Fusagasugá, Pacho, Cáqueza y Tenza, todo el territorio de los cantones de Ubaté, Chiquinquirá, Moniquirá, Leiva, y después por Santa Rosa y Sogamoso hasta lo más alto de la cordillera, desde donde se divisan los llanos de Casanare. El punto más extremo al norte vendría á ser Serinza, por los 6° de latitud, y al sur Sumapaz, por los 4°. Mas como la di-

---

(1) El barón de Humboldt publicó un extracto de la Memoria del señor Duquesne sobre los Muíscas, en sus vistas de las cordilleras y monumentos americanos.

rección del eje más largo de esta elipse no es exactamente en el sentido del meridiano, puede calcularse su longitud en cerca de cuarenta y cinco leguas de veinte al grado, y su anchura media de doce á quince leguas, con una superficie de poco más de seiscientas leguas cuadradas, y con una población aproximada de dos mil habitantes por cada legua cuadrada, tan considerable como la de cualquiera de los países cultos de Europa. Esta población así acumulada, la mayor parte en tierra fría, sin ganados que le procurasen alimentos nutritivos, ó que la auxiliasen en las faenas de la agricultura, necesitaba para vivir ser con extremo sobria y laboriosa, y con efecto lo era, pues no sólo se mantenía en la abundancia, sino que conducía sus sobrantes á los mercados de los países circunvecinos, en donde los cambiaba por oro, pescado y algunos frutos de las tierras calientes. ¡Singular configuración la de un suelo como el de Nueva Granada, que desde los tiempos primitivos está indicando á sus habitantes que deben unirse con los vínculos más estrechos para consultar la satisfacción de sus necesidades y vivir felices; y aviso claro de que contra lo que está marcado con el sello de la naturaleza encallarán siempre las tentativas de los legisladores inexpertos, que no consulten en sus obras ni las lecciones de la historia ni las leyes eternas que rigen á las sociedades desde su cuna!

Lindaban los Chibchas por el occidente con los Muzos, Colimas y Panches, tribus guerreras y feroces, con quienes vivían en perpetua hostilidad. Por el norte con los Laches, los Agatáes y Guanes, y por el oriente con las tribus poco numerosas que habitaban hacia los llanos, el declive de la cordillera oriental.

Tres jefes principales dominaban con absoluto imperio y eran obedecidos ciegamente en los pueblos Chibchas. El Zipa, que tenía su asiento en Muequetá (hoy Funza), lugar rodeado entonces de lagunas y de brazos del río principal que riega la hermosa llanura, cuyo medio ocupaba la población. El Zaque, que originariamente habitaba en Ramiriquí, y que posteriormente se trasladó á Hunsa ó Tunja. Ultimamente, el jefe de Iraca, que participaba del carácter religioso como sucesor designado por Nemterequeteba, civilizador de estas regiones, el cual llegó á ellas, según la tradición universal, por la vía de oriente del lado de Pasca, y desapareció en Suamós, que hoy decimos Sogamoso, de cuyo punto hacia los llanos habían construído los habitantes una ancha calzada, de la cual se veían todavía restos á fines del siglo XVII.

Los usaques ó señores de los pueblos de Ebaque, Guasca, Guatavita, Zipaquirá, Fusagasugá y Ebaté, habían dejado de ser independientes no hacía muchos años. El Zipa los sujetó, aunque conservándoles su jurisdicción y la sucesión en sus familias del cacicazgo, á que él se reservaba nombrar sólo por falta de heredero, en cuyo caso escogía casi siempre de entre los Guechas ó jefes militares de las tropas, que siempre mantenía en las fronteras de los Panches, á fin de defender sus dominios de las irrupciones, sorpresas y pillajes de estos vecinos inquietos y be-

licosos, en cuyo territorio solía entrar para vengar estas hostilidades.

El Zaque de Hunza tenía también algunos jefes tributarios, pero el Zipa ensanchaba cada día sus dominios á expensas de su vecino del norte, porque sus tropas estaban más aguerridas por el continuo lidiar con los infatigables Panches, tan difíciles de sujetar á causa de la aspereza del terreno que habitaban, y de cuyo conocimiento sabían aprovecharse perfectamente. Sin la llegada de los españoles, es probable que el Zipa de Bogotá se habría apoderado de todo el territorio de los Chibchas, (1) si hemos de juzgar por los progresos rápidos que sus conquistas habían hecho en los últimos sesenta años, de los cuales tenemos alguna noticia, según resulta de la enumeración siguiente.

---

(1) *Chibcha* parece ser la verdadera denominación que se daban los habitantes de esta región, de donde habían llamado á su divinidad especial *Chibchachum* ó apoyo y báculo de los Chibchas. Pocos ignoran en Nueva Granada que, en el idioma de éstos, muísca quiere decir gente ó persona, de donde nació el error adoptado por los españoles de llamarlos muíscas ó moscas, palabra que les cuadró además por el número considerable de indígenas que vieron en la época del descubrimiento.

He debido averiguar el origen de la palabra Cundinamarca, desenterrada desde los primeros albores de nuestra independencia en 1811, para designar un estado soberano en lo interior de Nueva Granada, y al cual dió lustre uno de los hombres más distinguidos que ha producido la América española, el General Antonio Nariño.

No he hallado hasta hoy más fundamento que lo que refiere Herrera en el libro 7.°, década 5.ª de su historia de las Indias occidentales, hablando de la ocupación de Quito por Sebastián de Belalcázar. " En la Tacunga (en 1535) tomó Luis Daza un indio extranjero, que dijo ser de una gran provincia llamada *Cundi rumarca*, sujeta á un poderoso señor, que tuvo los años pasados una gran batalla con ciertos vecinos suyos muy valientes, llamados los *Chicas*, que por haberle puesto en mucho aprieto, había enviado á este y á otros mensajeros á pedir ayuda á Atahualpa, que los hizo seguir en su campo á tiempo que iba á dar la batalla á Huáscar Inca, de que solo uno escapó de Cajamalca, el que volvió á Quito con Irrumiravi, y preguntándole muchas cosas de la tierra, decía la mucha riqueza de oro que en ella habia y otras grandezas que han sido causa de haber emprendido aquel descubrimiento del Dorado que ahora parece todo encantamiento. Pedro de Añasco fué por orden de Belalcázar con el indio, que afirmaba estar aquella región á doce jornadas no más, y con gran deseo de la riqueza pasaron por Guallabamba y caminaron entre los pueblos de los Quillacingas y atravesaron por ásperos caminos y montes cerrados y temerosos, y no hallaron nada de lo que buscaban." Difícil es suponer que los zipas tuvieran la menor idea de Atahualpa, separados como estaban de los dominios del Inca por tanto número de tribus independientes y hostiles las unas á las otras; pero todavía lo es más que enviaran á tanta distancia á solicitar auxilio. Por tanto nos inclinamos á creer que la comarca á que se refiere la tradición vaga que hemos expuesto, no tiene nada de común con la que habitaban los pueblos Chibchas, y que si con tal nombre hubiera sido conocida, habría llegado á los oidos de los españoles que subieron de Santa Marta con Quesada y de los llanos de oriente con Fredemán. Sin embargo, como Belalcázar venía del sur con esta idea, y al nombre de Cundirumarca estaban asociados los sueños más dorados, si este Capitán hubiera sido el único descubridor de estas regiones, no habrían tomado otro nombre los países del virreinato, y el de Granada se hubiera conservado solo á la amena vega que en España inmortalizaron con sus leyendas los moros y decoraron con los más fantásticos y elegantes monumentos.

El más antiguo Zipa de que se tiene noticia, fué Saguanmachica, que se calcula comenzó á reinar en 1470 de nuestra era. Este sujetó á los Sutagaos, venciendo en batalla campal á su jefe Usathama, que, auxiliado por el cacique Tibacuy, se presentó á defender el valle de Fusagasugá cerca de Pasca en el principio de las tierras limpias. La resistencia de los Sutagaos fué insignificante desde que se vieron atacados por dos puntos, y herido Tibacuy, el cual aconsejó á Usathama se sometiera al Zipa para evitar la devastación de sus estados después de la derrota. Saguanmachica bajó con su ejército por el páramo y monte de Fusungá á Pasca, que era entonces el camino más trillado para el valle del Magdalena, recorrió los campos amenos del valle de Fusagasugá, y volvió á la planicie de Bogotá por la montaña de Subya por sendas difíciles y trabajosas que lo detuvieron algunos días.

Envanecido con esta ventaja el Zipa, se preparó á extender sus dominios al oriente y al norte, tuvo varios combates con el cacique Ebaque (sangre de madero), hoy Ubaque, al cual obedecían todos los pueblos del valle de Cáqueza, desde Une hasta las fronteras del Guatavita. Luego siguió hacia Chocontá, en donde lo esperaba Michua, Zaque de Hunsa con su numerosa hueste. El combate fué tan reñido, que murieron ambos jefes y se separaron los dos ejércitos á celebrar los funerales con prolongadas borracheras, pues tal era siempre el término de los duelos como de los regocijos. Mientras más sobria y regular era esta raza en las circunstancias ordinarias de la vida, más disipada y extravagante se mostraba en las ocasiones en que sus ritos y religión le permitían la relajación.

A Saguanmachica, que reinó veinte años, sucedió Nemequene (hueso de león), que se propuso continuar la obra de su antecesor, y así envió á su sobrino y heredero Thisquezuza á castigar á los Sutagaos, que se habían rebelado, para lo cual se hizo un ancho camino por la montaña de Subya, del cual se han conservado vestigios por muchos años.

Para sujetar al cacique *Guatavita* (remate de sierra) se valió Nemequene no solo de la fuerza, sino también de la astucia, y aprovechándose de un mandato del Guatavita que prescribía que ninguno de sus vasallos celebrados por su industria y habilidad en labrar el oro en joyas y diversas figuras, se ausentara para país vecino sin que el cacique de este le enviara dos reemplazantes que le sirvieran y pagaran los tributos, llenó el pueblo de sus confidentes el Zipa, ganó luego con dádivas y promesas al cacique Guasca, y una noche acercándose silenciosamente por las alturas vecinas, á la señal dada con cierto número de candeladas sorprendieron los bogotáes al cacique descuidado, y le mataron con sus mejores soldados, acometiendo al mismo tiempo las tropas de Nemequene por el exterior, con que quedó definitivamente agregado Guatavita á los dominios del Zipa.

Sometido Guatavita, dirijió sus armas Nemequene contra el Ubaque, que dominaba todo el valle templado y desigual situado detrás de las montañas al oriente de Bogotá, que hoy decimos

de Cáqueza. En su conquista gastó algunos meses, por la dificultad de apoderarse con gente del llano de las fuertes posiciones que por donde quiera ofrece aquel áspero terreno.

Pasó luego á Zipaquirá y se preparó á entrar en el territorio del Ebaté (sangre derramada), así llamado por sangrientos combates de que se conservaba la tradición en el país. Aunque este cacique era el más poderoso, no dominaba ni en Susa (paja blanca) ni en Simijaca (pico de lechuza). Los jefes de estos pueblos juntaron sus fuerzas con las del Ebaté (hoy Ubaté), y se prepararon á defenderse en una garganta estrecha que hace la cordillera en su descenso al valle, que hoy se llama boquerón de Tausa, posición fácil de sostener, si aquellos tres jefes hubieran podido ponerse de acuerdo, (1) pero que fué tomada por los bogotáes á consecuencia de su discordia. Estos no hallaron después obstáculo alguno de consideración, y sujetaron todos aquellos pueblos hasta Savoyá. (2)

Creyendo el Zipa que ya podía vengar agravios antiguos, se resolvió á marchar sobre Hunsa ó Tunja con más de cuarenta mil hombres. El Zaque, auxiliado por el de Suamoz, salió á encontrarle hasta las inmediaciones de Chocontá, y dicen los cronistas que le propuso librar á un combate singular el suceso, sin derramar la sangre de sus súbditos, lo que sus oficiales no quisieron permitir que el Zipa aceptase, haciéndole creer que era contrario á su dignidad medirse con un personaje tan inferior. Trabóse pues una reñida batalla cerca del arroyo de las Vueltas, que duró un día entero. Los combatientes eran cien mil por ambos lados, y aunque las armas no eran del mejor temple, pues se reducían á macanas, dardos, tiraderas de carrizo y hondas, no dejó por esto de ser sangrienta. El Zipa, gravemente herido, fué sacado por sus súbditos del campo de batalla, quedando Hunsa victorioso, pero sin deseo de emplearse en la persecución, lo que raramente hacían estos indígenas por entregarse á los regocijos y borracheras que seguían á la victoria. Nemequene, trasladado en sus andas con extraordinaria rapidez, por el número considerable de cargueros que se remudaban á cortas distancias, espiró el quinto día de llegado á Muequetá, dejando por sucesor á Thisquezuza, que fué el que hallaron los españoles mandando

---

(1) "Apoderado de Ebaté, dice el señor Piedrahita, pasó á Susa con celeridad, vencida alguna oposición que su cacique le hizo en Fúquene. No corrió menos áspera fortuna el Simijaca, y confesaron los tres caciques debajo de un yugo, que á los que divide un vano pundonor, los une muy de ordinario una infame esclavitud."

(2) Merece consignarse aquí la descripción del valle de Ebaté hecha con mucha exactitud y concisión por el señor Piedrahita. "Es lo más della tierra llana, en que media solamente el pueblo de Fúquene situado en una colina entre las grandes poblaciones de Ebaté y Susa: ciñenla por una parte páramos fuertes y ásperos montes que la dividen de los Muzos, y por la otra la gran laguna de Fúquene, que la resguardaba de las invasiones del cacique de Tinjacá, y otros señores comprendidos en las provincias que hoy se llaman Tunja. Su longitud será de más de cuarenta millas italianas, y su latitud angosta é incierta de medir por el retorcido giro que forman los elevados montes del páramo á cuyas faldas se extiende."

en el país. Thisquezuza, después de rehacer sus tropas, sujetó á los caciques de Cucunubá, Tibirita y Garagoa, y aún estaba á punto de venir á las manos con el Zaque de Hunsa, sin la intervención de Nompaneme de Suamoz, que les hizo concluir una tregua de veinte lunas, valiéndose de la influencia religiosa.

Tal es en resúmen la serie de los sucesos del medio siglo que precedió á la entrada de los españoles, y sobre los cuales, sin embargo, la tradición es confusa y dudosa. No así respecto de su mitología, usos y costumbres, en cuyo apoyo se encuentra el testimonio conteste de diferentes autores que no pudieron copiarse. Sin embargo, antes de pasar en revista sumaria lo que se nos ha trasmitido respecto de los usos, costumbres, ritos, etc., de los Chibchas, debo decir algo de los dos jefes principales que dominaban en el norte, y al primero de los cuales, el Zaque de Hunsa, según creen algunos, estuvo en otro tiempo sujeto todo el territorio chibcha, cuando para evitar las guerras intestinas nombró el Pontifice de Iraca, que era venerado de todos, á Hunsahua por jefe superior, á quien sucedieron sus descendientes hasta Thomagata, gran hechicero conocido con el nombre de *Cacique rabón*, porque arrastraba cierta cola bajo los vestidos, y decía que tenía poder para convertir los hombres en animales. Thomagata no tuvo hijos, y le sucedió un hermano llamado Tutasua. Poco á poco fueron perdiendo sus sucesores el dominio en el territorio del norte hasta verse amenazados bajo el último Zaque Quemunchatocha de ser incorporados en las tierras del Zipa de Bogotá. Al tiempo de la entrada de los españoles se extendía la jurisdicción de Hunsa ó Tunja por el oriente hasta la cordillera; al occidente hasta Sachica y Tinjacá, al sur á Turmequé y al norte el cacique Tundama, que era independiente, y las tierras santas de Iraca ó Sugamuxi (el desaparecido). Era este último jefe y sacerdote, elegido alternativamente de entre los naturales de los pueblos de Tobaza y Firabitoba, y por los cuatro caciques vecinos, Gámeza, Busbanza, Pesca y Tocá, que así lo dejó establecido políticamente Nemterequeteba ó Idacanzas, el instructor de los Chibchas, á su muerte, la cual probablemente ocultó sólo para dejar á su palabra una sanción religiosa, como en efecto se conservó por siglos, pues en cierta ocasión en que un cacique audaz de Firabitoba quiso usurpar el sacerdocio, fué abandonado por los suyos y pereció miserablemente sin conseguir su objeto, continuando la elección y la regla constitucional establecidas por Indacanzas.

Cielo de los Chibchas y sus tradiciones mitológicas.—Al principio del mundo la luz estaba encerrada en una cosa grande que no saben describir, y que llaman Chiminigagua ó el Creador; lo primero que salió de allí fueron unas aves negras que, volando por todo el mundo, lanzaban por los picos un aire resplandeciente con que se iluminó la tierra. Después de Chiminigagua los seres más venerados eran el sol y la luna como su compañera. El mundo se pobló de la manera siguiente: Poco después que amaneció el primer día, salió de la laguna de Iguaque, á cuatro leguas al norte de Tunja, una mujer hermosa llamada Ba-

chue ó Fuzachogua, que quiere decir *mujer buena*, con un niño de tres años. Bajaron luego á lo llano, en donde vivieron hasta que, ya adulto el niño, casó con la Bachue, y en ellos comenzó el género humano, que se propagó con extraordinaria rapidez. Pasados muchos años, viendo la tierra poblada, volvieron á la misma laguna, y convirtiéndose en serpientes, desaparecieron en sus aguas. Los chibchas veneraban á la Bachue, y se veían estatuas pequeñas de oro y de madera, representándola con el niño en diversas edades. Creían estos indígenas que las almas salen de los cuerpos de los que mueren y bajan al centro de la tierra por unos caminos y barrancas de tierra amarilla y negra, pasando primero un gran río en unas balsas fabricadas de telas de arañas, por cuyo motivo no era permitido matar estos insectos. En el otro mundo tiene cada provincia sus términos y lugares señalados, en donde encuentran sus labranzas, porque la idea de ocio no estaba ligada en ellos con la de la bienaventuranza. Adoraban á Bochica como dios bienhechor, y á Chibchacum como dios encargado particularmente de la nación Chibcha y con especialidad de ayudar á los labradores, mercaderes y plateros, porque el Bochica era también dios particular de los Ubsaques y capitanes y de sus familias. Nencatacoa era el dios de los pintores de mantas, tejedores, y presidía á las borracheras y á las rastras de maderos que bajaban de los bosques. Lo representaban en figura de oso cubierto con una manta y arrastrando la cola. A este no le presentaban ofrendas de oro, cuentas ni otros dijes como á los otros, porque decían que le bastaba hartarse de chicha con ellos. Este Baco chibcha era el dios de la torpeza, no le guardaban consideración alguna ,y decían que bailaba y cantaba con ellos. Llamabánle también Fo ó Sorra. El dios que tenía á su cargo los linderos de las sementeras y los puestos en las procesiones y fiestas, se llamaba Chaquen, y le ofrecían las plumas y diademas con se adornaban en los combates y en las fiestas. La diosa Bachue, origen del género humano, tenía también á su cargo las sementeras de legumbres, y quemaban en su honor moque y otras resinas.

Adoraban también al arco iris bajo el nombre de Cuchavira, y era especialidad para los enfermos de calentura. Solían invocarle las mujeres de parto. Las ofrendas que se le hacían eran esmeraldillas pequeñas, granitos de oro bajo y cuentas de colores que venían desde el mar por cambios. Este culto se fundaba sobre la tradición más general que hallaron los españoles, tradición vulgar hoy en Nueva Granada. Indignado Chibchacum, decían los indígenas, á causa de los excesos de los habitantes de la planicie de Bogotá, resolvió castigarlos, anegando sus tierras, para lo cual lanzó repentinamente sobre la llanura los dos ríos Sopó y Tibitó, afluentes principales del Funza, que antes corrían hacia otras regiones, los cuales la trasformaron en un vasto lago. Refugiados los chibchas en las alturas, y en vísperas de perecer de hambre, dirigieron sus ruegos al Bochica, el cual se apareció una tarde al ponerse el sol en lo alto de un arco iris, convocó la nación y le ofreció remediar sus males, no supri-

miendo los ríos que podrían serles útiles en tiempos secos para regar sus tierras, sino dándoles salida. (1) Arrojando entonces la vara de oro que tenía en las manos, abrió esta la brecha suficiente en las rocas de Tequendama, por donde se precipitaron las aguas, dejando la llanura enjuta y más fértil con el limo acumulado. Ni se limitó á esto el justiciero Bochica, sino que para castigar á Chibchacum de haber afligido á los hombres, le obligó á cargar la tierra, que antes estaba sostenida por firmes estantillos de guayacán. Desgraciadamente esta medida no ha dejado de traer sus inconvenientes, pues desde entonces suele haber grandes terremotos, los que explican los indios diciendo que provienen de que, cansado Chibchacum, traslada la carga de un hombro á otro, y según el mayor ó menor cuidado con que lo verifica, los vaivenes son más ó menos fuertes. (2) Todo hace creer hoy que en la serie de los tiempos la cordillera de los Andes es una de las últimas protuberancias que se han formado en nuestro planeta, y al mismo tiempo en pocas tradiciones se halla tan transparente la explicación geológica de un cataclismo, como en la de los Chibchas.

Adoratorios y sacerdotes.—Los templos de esta nación no eran, por lo general, suntuosos, porque preferían hacer sus ofrendas al aire libre y en lugares señalados, como en lagunas, cascadas, rocas elevadas. En los templos, que eran casas grandes, cerca de las cuales vivían los jeques ó sacerdotes, ó, como los llamaron los españoles, xeques, había vasos de diferentes formas para recibir las ofrendas, ó figuras de barro, con un agujero en la parte superior, ó simples tinajas que se enterraban, excepto la boca, que quedaba abierta hasta que se llenaba de cuentas, tejuelos de oro y figuritas del mismo metal, representando muchas especies de animales y de cuanto tenían en más aprecio (3), las que ofrecían en sus necesidades, preparándose antes con un severo ayuno y abstinencia de muchos días, así los devotos como el xeque. Tenían estos una especie de seminarios llamados *Cuca*,

---

(1) A la vuelta de estas patrañas de desaguar ríos, se sorbía el demonio autor de ellas, los ríos enteros de almas, como lo dijo Job.—F. P. Simón, 4.ª not., 2.ª p.

(2) No es muy seguro que la popularidad de que ha gozado San Cristóbal entre los indios chibchas, no dependa en parte del modo con que lo representan cargado con la Tierra, cosa que naturalmente les recordaría su antigua divinidad.

(3) Era tal el fervor de su devoción, que aun después de la conquista tenían sus adoratorios secretos los indios, en donde ofrecían como holocausto á sus antiguas divinidades, todo aquello de que veían hacer más estimación á los españoles. El Padre Fray P. Simón refiere que en una ocasión se hallaron en Zipaquirá en uno de estos, entre otras ofrendas á sus ídolos, un rosario, una capilla de fraile franciscano, un bonete de clérigo y un libro de casos de conciencia, y en otra vez, entrando cierto religioso á la casa de un indígena de Cogua, á quien estaban ayudando á bien morir con una cruz de ramo bendito, la tomó en sus manos, y halló que estaba oculta en su interior la imagen de oro del Bochica, aunque bien pudiera haber sido por esconderla de la rapacidad de los encomenderos.

en donde entraban muy niños los que se dedicaban al ministerio sacerdotal, y eran sometidos por diez ó doce años á una dieta rigorosa, sin permitirles comer sino una vez al día, y eso una reducida porción de harina de maíz mezclada con agua y rara vez un pececillo (guapucha). Durante este tiempo se les enseñaban las ceremonias, el cómputo del tiempo, cuya tradición, como todas las demás, se conservaba entre los xeques, que eran los depositarios de todo el saber abstracto de los Chibchas, el cual se extinguió con ellos inmediatamente después de la conquista, pues esta clase fué necesariamente la más perseguida por falta de hombres bastante instruídos entre los españoles para hacer la distinción entre lo que tocaba á la idolatría, que convenía extirpar, y lo que decía relación con materias útiles al conocimiento de su historia y antigüedades. Después veremos, sin embargo, que no carecían de templos de celebridad y riqueza; tal era el de Suamoz, que incendiaron los españoles la noche que tomaron el pueblo.

Culto del sol.—Esta era la única divinidad á quien se ofrecían bárbaros sacrificios de sangre humana, matando los prisioneros jóvenes, y salpicando con su sangre las piedras en que daban los primeros rayos del sol naciente. Estos sacrificios, las procesiones y danzas solemnes que se hacían por las sunas ó calzadas, que desde las puertas de las casas de los caciques se dirigían hacia un lugar notable, generalmente una altura ó colina vecina, y últimamente el cuidado con que se educaba el Guesa, víctima á la cual se arrancaba el corazón, con la mayor pompa, cada quince años, todo tenía una relación directa y simbólica con la división del tiempo, el calendario y las ingeniosas intercalaciones necesarias para hacer coincidir exactamente el curso de los dos astros, que dirigían las operaciones de sus sementeras y cosechas. Lo sangriento y dramático de los sacrificios estaba calculado por el legislador de los Chibchas para llamar la atención de los pueblos, de modo que nunca perdieran la memoria de lo que tanto les interesaba conocer, y eran un sustituto de los quipos peruanos y de las pinturas de los Aztecas.

Los principales adoratorios de los Chibchas eran, como llevamos referido, las lagunas en donde podían hacer las ofrendas de cosas preciosas, sin temor de que otros se aprovechasen de ellas, pues aunque tenían confianza en sus sacerdotes, y sabían que estos las sepultaban cuidadosamente en las vasijas destinadas al efecto, naturalmente quedaban más seguros arrojándolas en lagos y ríos profundos. La laguna de Guatavita era el más célebre de todos estos santuarios, y cada pueblo tenía una senda trillada para bajar á ofrecer sus sacrificios; cruzaban para ello dos cuerdas de modo que formasen ángulos iguales, y á la intersección de ellas iba la balsa con los jeques de la laguna y los devotos. Allí invocaban la cacica milagrosa y su hija que decían vivían en el fondo de un lugar delicioso, con todas las comodidades, desde que en un momento de despecho, por discordias con un cacique, su antiguo marido, se había arrojado á esta laguna, y allí se hacían las ofrendas. Cada laguna tenía su tradi-

ción, y las peregrinaciones á estos santuarios eran muy comunes entre los Chibchas (1).

En tiempo en que el cacique de Guatavita era jefe independiente, hacía cada año un sacrificio solemne, que por su singularidad contribuyó á dar celebridad á esta laguna, aún en los países más lejanos, y que fué el origen de la creencia del Dorado, en cuya solicitud se emplearon tantos años y caudales. El día señalado se untaba el cuerpo de trementina, y luego se revolcaba en oro en polvo. Así, dorado y resplandeciente, entraba en las balsas, rodeado de los xeques, y en medio de la música y cantos de la inmensa multitud de gentes que cubrían las laderas que rodean la laguna, en forma de anfiteatro. Llegado al centro, depositaba el cacique las ofrendas de oro, esmeraldas y diversos objetos preciosos, y él mismo se arrojaba á las aguas para bañarse. En este momento, sobre todo, resonaban las montañas vecinas con los aplausos del pueblo. Terminada la ceremonia religiosa, comenzaban las danzas, cantos y borracheras. En estos cantos, monótonos y acompasados, se repetía siempre la historia antigua del país y cuanto sabían de sus dioses, de sus héroes, batallas y otros acaecimientos memorables, que se transmitían así de generación en generación. En las puertas de los cercados de los caciques, que siempre presidían á las fiestas, como á todas las funciones públicas, se mantenían, mientras que ellas duraban, dos indios viejos desnudos, uno de cada lado, tocando chirimía, que es un instrumento de viento, triste y desapacible, y cubiertos solamente con una red de pescar ó atarraya, que entre estos indios era el símbolo de la muerte, porque decían que no debía perderse esta de vista, sobre todo en tiempo de fiestas y regocijos. Había, además, carreras y apuestas entre los jóvenes, premiando el cacique á los más ágiles y ligeros (2).

Gobierno Civil.—El Gobierno del Zipa era despótico como el del Zaque de Hunsa; él daba las leyes, administraba justicia, mandaba las tropas; y era tan profunda la veneración en que le tenían sus súbditos, que ninguno se atrevía á mirarle la cara. Todo

---

(1) El Reverendo Padre Moya, religioso ilustrado, cura de Chipaque, erigió una capilla en su pueblo, á principios de este siglo, y colocó la imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá, tratando de persuadir á los indios que para encomendarse á la reina de los cielos, no necesitaban de hacer un viaje tan largo y dispendioso para familias pobres, como el de Chiquinquirá, que dista como veinte leguas de Chipaque. Ellos respondían: *'Es cierto, mi amo Cura, más siempre iremos, de cuando en cuando, á Chiquinquirá, porque estamos acostumbrados desde tiempo de nuestros padres á ir bien lejos á nuestras devociones.'*

(2) Desde el tiempo del descubrimiento se comenzaron á hacer ensayos para desaguar la laguna de Guatavita, y sacar los tesoros que ella encierra. El primer empresario fué el Capitán Lázaro Fonte, que llegó con el General Quesada; luego un negociante rico llamado Antonio Sepúlveda, que construyó un bote, y consiguió desaguar una parte de la laguna y sacar algunas piezas de oro de valor de cinco á seis mil ducados. En nuestros días se han hecho otras tentativas, aunque jamás se ha conseguido reconocer el fondo hacia el medio, que en tiempo de Sepúlveda, hace 200 años, tenía 25 brazas de hondo, y hoy ha de haber disminuído notablemente, á causa de los desmontes.

el que se llegaba al Zipa debía traerle alguna ofrenda, conforme á sus proporciones, pero él no aceptaba nada de los que venían á ser juzgados. Tenía muchos centenares de mujeres llamadas thiguyes, pero una sola era reconocida como esposa. Mirábase como honrosa distinción el que el Zipa pidiese la hija ó hermana de cualquier usaque ó particular, para colocarla en el número de sus thiguyes. Cualquier trato ilícito con éstas, era castigado severamente, y aún se consideraban las multas graves que se constituían á pagar los culpables por evitar la pena de muerte, como un ramo pingüe de las rentas del Zipa. El heredero del Zipa era el hijo mayor de la hermana, al cual se hacía entrar, desde la edad de diez y seis años, en una casa situada en Chía; se sometía á una larga serie de ayunos, y se le instruía por algunos años. Así éste, como los demás jefes, recibían la investidura de sus oficios de mano del Zipa, y desempeñaba las funciones de usaque de Chía hasta la muerte del Zipa. El cercado de éste en Muequetá contenía varios departamentos de habitaciones y almacenes de ropa y de víveres. Tenía, además, una casa de recreo en Tabio, adonde iba á bañarse en las aguas termales, y en donde tenía jardines (1). Otra casa tenía en Tinansucá, en temperamento templado, en el descenso de la cordillera, para pasar algunos meses, y finalmente en Theusaquillo, lugar también de recreo, en donde después se fundó la capital de Nueva Granada. A este sitio se retiraba luego que pasaban las ceremonias de las cosechas, y cuando la llanura quedaba seca y asolada por el verano.

Delitos y penas.—El homicidio, el rapto y el incesto, eran castigados con pena de muerte, pero al incestuoso encerraban, además, en un subterráneo con varias sabandijas venenosas hasta que moría de hambre y atormentado por los insectos y reptiles. Los sodomitas eran empalados con estacas agudas de macana. Al que no pagaba sus contribuciones ó deudas, le mandaba el usaque un mensajero con un triguillo pequeño, ú otro animal semejante de los que criaban con este fin, el cual se ataba á la puerta del deudor y estaba obligado á mantenerlo, así como al guarda, hasta que pagaba. El que mostraba cobardía en la guerra, era condenado á vestirse de mujer y emplearse en los ministerios y oficios de tal, por el tiempo que se señalaba. Los robos rateros y otras faltas se castigaban con azotes, y á las mujeres con trasquilarlas, afrenta que sentían vivamente, pero que por haberse abusado de este castigo después del descubrimiento, cesó de hacerles impresión. Cuando se sospechaba de adulterio

---

(1) El Arzobispo Fray Cristóbal de Torres hizo cortar dos hermosas palmas que daban sombra á los estanques del Zipa en Tabio, porque los indígenas las miraban todavía con cierta veneración después de un siglo del descubrimiento, como que les recordaban los tiempos de su independencia. Y nótese que este respetable prelado, cuya memoria es grata por haber fundado el Colegio del Rosario, fué de los españoles más ilustrados.

El Padre Zamora dice que, á fines del siglo XVII, todavía se veía en la mitad de la plaza de Guatavita una estatua ó ídolo de piedra, que servía de rollo, *para que en desquite de las adoraciones que recibía el demonio en aquella piedra, sirva de atar á ella las bestias de los que vienen á misa.*

una mujer, se le hacía comer mucho ají ó pimiento; si confesaba, le daban agua y luego la mataban. Si resistía aquel tormento por algunas horas, la desagraviaban y daban por inocente.

Leyes suntuarias.—Sólo el Zipa era llevado en andas por sus súbditos, ó algún usaque á quien el Zipa por señalados servicios en la guerra solía conceder este privilegio. También era preciso licencia superior para poder llevar las narices y orejas horadadas y colgarse joyas, excepto los xeques y usaques, á quienes se otorgaba el permiso al tiempo de darles posesión de sus oficios. El común de los indios se engalanaba pintándose de bija ó achiote, y vistiéndose mantas nuevas y limpias, pero las mantas con figuras y líneas hechas con pincel, negras y coloradas, no podían tampoco usarse sino con permiso del Zipa.

Sólo por merced del Zipa se podía comer carne de venado, excepto los usaques. Esta disposición consultaba la conservación de estos animales, que hoy están muy agotados, y muy pronto desaparecerán totalmente de las planicies frías de la cordillera Oriental.

Usos diversos.—Cuando alguno solicitaba una doncella por esposa, mandaba á los padres una manta; si no se la devolvían á los ocho días, enviaba otra, y considerándose entonces aceptado, se sentaba una noche en la puerta de la casa de la novia y daba á entender, aunque indirectamente, que allí estaba. Entonces se abría la puerta y salía la india con una totuma llena de chicha que probaba primero, y le daba después á beber al pretendiente. Los matrimonios se celebraban por ante el xeque, y estando los dos contrayentes unidos por los brazos, preguntaba el sacerdote á la mujer si preferiría el Bochica á su marido, éste á sus hijos, y si amaría más á sus hijos que á sí misma, y si se abstendría de comer mientras que su marido estuviera hambriento. Luego, dirigiéndose al marido, le mandaba que dijese en alta voz que quería aquella mujer por esposa, con lo cual se terminaba la ceremonia. Más no se le impedía tener cuantas mujeres podía mantener, sobre todo si era usaque, aunque solo una era legítima. Sin embargo, los ritos matrimoniales variaban mucho en los diversos pueblos de la nación Chibcha.

Luego que el Zipa moría, los xeques le sacaban las entrañas y llenaban las cavidades con resina derretida; introducían después el cadáver en un grueso tronco de palma hueco, forrado de planchas de oro por dentro y por fuera, y lo llevaban secretamente á sepultar en un subterráneo que tenían hecho desde el día mismo en que comenzaba á reinar en parajes lejanos y ocultos. De todos los panteones más ó menos suntuosos imaginados por la adulación para los soberanos, el de los zipas de Bogotá ha sido hasta hoy el único que no ha sido violado por la posteridad, por la sencilla razón de ignorarse dónde se halla, á pesar de las exquisitas diligencias que la codicia ha hecho por encontrar alguna de las tumbas.

Con los cadáveres de los usaques y otros indios principales sepultaban en bóvedas á sus mujeres más queridas, y á cierto número de sirvientes á quienes se hacía tomar el zumo de una

planta narcótica para privarlos del conocimiento; además ponían en la sepultura mantemientos, joyas de oro, las armas y la chicha, bebida á que eran tan aficionados, y que se preparaba con maíz fermentado. Lloraban por seis días á sus difuntos, y les hacían aniversarios. En estos tiempos repetían cantando tristemente la vida y acciones del finado. Al común de las gentes se sepultaba también con sus alhajas, armas y mantenimientos, en los campos, sin ninguna señal exterior, cuidando solo de plantar un árbol encima para proteger el sepulcro, pero jamás desnudos, sino revestidos de sus mejores mantas. Sin embargo, más auténticos que los cronistas se ven todavía túmulos ó montones de tierra que servían de cementerios comunes, y de donde se sacan huesos humanos, algunas joyuelas de oro y cornamentas de venados que prueban que los indios se sepultaban también con sus trofeos de cacería ó por ventura con venados muertos como provisiones de viaje. Los más considerables que se conocen son los del cerrillo del Santuario, cerca del puente Grande, á cuatro leguas al occidente de Bogotá, y los cerrillos de Cáqueza, de donde una vez se extrajeron hasta veinticuatro mil ducados en oro. En la provincia de Tunja se hallan en cavernas muchas momias bien conservadas, y algunas con mantas finas y pintadas á mano, como las que usaban los indios principales; todas están sentadas con los dedos pulgares atados juntos, con torzales de hilo de algodón. (1)

Agricultura, industria y comercio.—Ya hemos dicho que los Chibchas carecían de ganados, no conocían el hierro, y sus herramientas para el laboreo de la tierra eran de madera ó de piedra, lo que necesariamente limitaba sus trabajos para sembrar y preparar la tierra á las estaciones lluviosas, y por lo mismo miraban los años secos como la mayor calamidad que podía sobrevenirles. La patata, el maíz y la quinoa (chenopodium quinoa) formaban el fondo principal de sus culturas. Aún se ven terrenos incultos hoy en la llanura de Bogotá, ó que solo sirven para crías de ganados, surcados por anchos camellones que son vestigios de antiguos cultivos de estos pueblos eminentemente agrícolas, y á quienes la figura de la rana, como el emblema de la humedad, servía de base á su sistema de numeración y á su calendario. Cosechaban dos veces al año las patatas, y una vez el maíz en las tierras frías, en donde estaba acumulada lamayor parte de la población. Respecto del cultivo de la quinoa, abandonado enteramente hoy, ningún detalle nos han trasmitido los cronistas. La semilla de esta planta es muy nutritiva, y es de creer que la comían en forma de puches ó gachas (mazamorra) como las que preparaban con el maíz, sazonadas con sal, ají y yerbas odoríferas.

---

(1) **Antes que desaparezcan enteramente los últimos vestigios de las razas anteriores al descubrimiento, y ya que el Gobierno granadino no ha creído que debía hacer un esfuerzo para reunirlas y conservalas en un museo, sería de desear que se formase una sociedad de sujetos ilustrados en Bogotá, que reuniesen y conservasen estas antigüedades, que se traen inútilmente á Europa, en donde al faltarles la inscripción pierden todo su interés histórico.**

En los valles calientes tenían además la yuca (jatrofa), la arracacha en los terrenos templados, y algunas legumiosas, aunque no sabemos si empleaban la fécula del chocho blanco (lupinus) como los habitantes de Quito. Ignoramos si se servían como los mexicanos del dulce extraído de la caña de maíz, en defecto de la caña dulce, que fué traída del antiguo continente, ó sólo de la miel de las colmenas de abejas que son muy abundantes en el declive de la cordillera. El plátano mismo, tan abundante hoy en Nueva Granada, que puede decirse sin exageración que alimenta la mitad de su población, no se cultivaba ni era conocido en otra parte que en la provincia del Chocó; por lo menos no he visto mencionado este fruto en ninguna relación hasta el descubrimiento del Noanama en el cantón de Nóvita, aunque ciertamente no pudo introducirse en América, de Europa ó de los puntos de Africa de donde se llevaron algunas plantas, y en los cuales solo crece una especie, el camburí ó guineo (musa sapientum) y no nuestro plátano hartón (musa paradisiaca). (1)

Mas el artículo más importante de producción que les servía á los cambios, y con el cual se proveían del oro y de otros productos de que carecían en su territorio, era la sal de Zipaquirá y Nemocón, que cuajaban en vasijas de barro valiéndose de las abundantes fuentes saladas que brotan en estos sitios, en donde hoy se explota la sal gema. También tejían mantas de algodón, de cuyo hilado se ocupaban las mujeres en el tiempo que no empleaban en las faenas domésticas. Los naturales de Quatavita eran celebrados por su habilidad en fabricar con el oro que traían en polvo de las orillas del Magdalena ó de la extremidad septentrional de la provincia de Guane (Girón etc.) figuras de todos animales, engastes para los caracoles y conchas marinas que servían de copas de lujo en sus festines, y planchas delgadas para cinturones y brazaletes. Los pintores de mantas que se llevaban á todos los mercados, eran también chibchas. Labraban varias figuras en relieve sobre piedras duras.

Esta es, según creo, la única nación del nuevo continente que haya usado de monedas de oro para sus cambios, la que consistía en ciertos discos fundidos en un molde uniforme y cuya circunferencia medía aproximativamente, encorvando el índice sobre la base del dedo pulgar, porque carecían de peso, y de medidas de capacidad solo conocían la que servía para el maíz desgranado, que llamaban *aba* como á este grano. Las medidas de longitud eran el palmo y el paso.

La feria más importante y concurrida de los Chibchas era

---

(1) La extensión del cultivo del plátano en América después de su descubrimiento, es un hecho de la mayor importancia para la conservación y propagación de la especie humana en nuestro continente, y uno de los mayores beneficios de la Providencia, digan lo que quieran los que (sin mostrar ellos mismos mucha actividad, como lo observa el barón de Humboldt), pretenden que la abundancia de este alimento fomenta el hábito de la ociosidad en el pueblo. Se ha calculado que el mismo espacio de tierra que produce trigo para mantener un solo hombre, daría plátanos con que sustentar veinticinco.

en Coyaima, territorio de los Poincos, llamados por los españoles Yaporogos, del nombre de uno de sus caciques; estos habitaban en ambas orillas del Magdalena desde la embocadura del río Cuello hasta el de Neiva. Allá llevaban sal, esmeraldas, mantas pintadas, joyas de oro, y traían este metal en polvo, que sacaban aquellos moradores en mucha abundancia de las orillas de los riachuelos y quebradas, y aún zabullendo hasta el fondo de los ríos. Traían los chibchas de las ferias de los países calientes mucha cantidad de guacamayas y loros, y luego que aprendían algunas palabras los sacrificaban á sus dioses, creyendo que eran el mejor sustituto de los sacrificios humanos. Otra feria famosa se celebraba en los términos del cacique Zorocotá, en donde después se fundó el Puente Real sobre el río llamado entonces Saravita, á que concurrían los chibchas del norte, los Agatáes, chipatáes y los industriosos Guanes, que se proveían de sal en cambio de oro y de mantas y tejidos de algodón de diversas calidades y colores. El punto central de esta feria era una enorme piedra aislada ó canto errático, que, quebrada posteriormente, resultó ser mineral de plata, de la cual se extrajeron como ochenta marcos, aunque no se ha podido hallar el criadero de este metal en las inmediaciones.

Otra feria había en Turmequé cada tres días, y en ella se veían, fuera de los frutos comunes, gran cantidad de esmeraldas sacadas de Somondoco, aunque al tiempo del descubrimiento estaba ya bien agotada la mina. (1)

Ni los edificios ni los muebles de los Chibchas guardaban porporción con las otras comodidades de que disfrutaban. Las casas eran de madera y barro y de techo cónico, adornadas de esteras de esparto y junco, algunas bancas y barbacoas, puertas de cañas tejidas con cuerdas, y cerraduras de madera que todavía usan en algunos pueblos. Los fuertes cercados y vastos patios flanqueados de estas casas redondas que tenían la apariencia lejana de torres, dieron origen al nombre de Valle de los Alcázares que Gonzalo Jiménez de Quesada dió á la esplanada de Bogotá, según se verá en el capítulo siguiente.

El único jefe chibcha que proyectó construir un templo de piedra fué Garanchacha, que usurpó los dominios del Zaque pretendiendo ser hijo del sol, concebido por una doncella de Gachetá. Esta dió a luz una huaca que se convirtió en criatura humana, la cual fué criada con veneración hasta que ya hombre mató al Zaque de Hunsa y se sustituyó en su lugar. Este fabuloso Garanchacha pretendió, dicen, levantar un templo suntuoso al sol su padre, y para ello mandó que se trajesen piedras y columnas

---

(1) El Padre Zamora dice que este lugar era tan poblado, que se contaban *por millones sus moradores!* Y lo que es más de extrañar, añade en otra parte: "De Turmequé dice Quesada en su *Compendio*, libro 1.° capítulo 7.°, que tenía de tres á cuatro millones de indios donde se hacía de cuatro en cuatro días un mercado de solas piedras esmeraldas." Esta cita y otras que trae Piedrahita, hacen menos sensible la pérdida del manuscrito de nuestro célebre licenciado.

labradas de los parajes más distantes de sus dominios, aunque murió sin haberse comenzado la fábrica. (1)

En el curso de esta narración se tocarán, aunque de paso, porque nuestro reducido cuadro no permite otra cosa, algunos otros usos y costumbres de los Chibchas, más no podemos terminar el capítulo que especialmente les hemos consagrado, sin decir algo más respecto del personaje misterioso que en tiempos remotos les sirvió de legislador, y que veneraban no como á Dios, pero sí como á hombre santo y bienhechor. Algunos lo confunden con el Bochica, pero los escritores más antiguos lo distinguen, aunque confiesan que era conocido con varios nombres: Nemterequeteba, Xue, Chinzapagua (ó enviado de Dios). Este anciano llegó, como hemos dicho, por el oriente; traía una barba larga y la cabellera atada con una cinta, una túnica sin cuello por vestido y un manto anudadas al hombro las puntas, vestido que usaban todos los chibchas al tiempo del descubrimiento, pues el poncho ó la ruana son invención peruana introducida después de la conquista. Halló los pueblos en un estado vecino de la barbarie, sin más abrigo que el algodón en rama ligado con cuerdas, con el cual se cubrían, y sin idea de gobierno ni de sociedad. Nemterequeteba comenzó sus predicaciones en Bosa, en donde hallaron los españoles una costilla que veneraban los indios, como que pertenecía á un animal que este misionero había llevado. (2) De Bosa pasó á Muequetá, Fontibón, y luego al pueblo de Cota, en donde era tál el concurso de gentes que venían á oirle, que fué preciso hacer un foso al rededor de una colina en donde predicaba é instruía á los pueblos, á fin de poderlo hacer con desahogo. No solo les enseñaba á hilar y tejer, sino que por donde quiera dejaba pintados con almagre los telares á fin de que no se olvidasen de su construcción. Siguió luego hacia el norte y bajó á la provincia de Guane, en cuyos moradores halló las mejores disposiciones para las artes. No solo enseñaba con su palabra, sino con su ejemplo, y su vida durante los largos años que pasó civilizando estos indígenas, fué un modelo de virtud. Ultimamente desapareció en Sogamoso, dejando, como hemos dicho, un sucesor que continuara la instruc-

---

(1) El P. F. P. Simón dice que el lugar destinado para el templo era el que ocupan las cuadras de Porras, al norte de la ciudad de Tunja, en donde se veían algunos gruesos mármoles; otros quedaron en Ramiriquí, en vía para Tunja, y otros en Moniquirá. Así explicaban la existencia de las columnas que se veían al tiempo del descubrimiento en el valle de Leiva, pero mi distinguido amigo el señor Manuel Velez Barrientos ha descubierto el año pasado que estas columnas están en el lugar que ocuparon como parte de un vasto edificio, cuyo origen y destino ignoramos. La descripción de estas ruinas por el señor Velez se insertó en el *Boletín* de la Sociedad de Geografía de París de 1867.

(La *Memoria* aludida se ha publicado en la *Biografía del General Acosta*, página 493.—Nota del editor en 1901.)

(2) Es probable que esta costilla fuera de los mastodontes que se hallan en los aluviones de Soacha, de donde actualmente se extraen dientes y otros restos fósiles, y como los españoles no hallaron cuadrúpedo de estas dimensiones vivo en América, dijeron que era de un camello traído por los apóstoles.

ción y la guarda de las leyes y reglamentos que había establecido con asentimiento general, solamente por la fuerza de la persuasión y del ejemplo. Como prueba de la sabiduría y previsión de este legislador, quiero hacer mención de una regla que dejó establecida y que se cumplía todavía á la época del descubrimiento, es decir, catorce siglos después de su muerte, según la tradición de los Chibchas. Dispuso que si las mujeres legítimas de los usaques morían antes que ellos, podían prohibir á sus maridos todo acceso á cualquiera mujer por un período que no pasara de cinco años. De esta manera, los hombres se esmeraban en tener contentas á sus esposas. de miedo de una venganza póstuma, y no pudiendo desarraigar el legislador chibcha la poligamia, inventó este medio de proteger el sexo débil, medio que surtía los mejores efectos, aunque es justo decir que los chibchas trataban bien á sus mujeres y cuidaban de los enfermos y de los ancianos (1).

---

(1) La piedad de los primeros eclesiásticos que llegaron á las Indias se persuadió que un hombre virtuoso como Nemterequeteba no podía ser otro que el apóstol Santo Tomás, y otros decían que San Bartolomé, asegurando que se veían las huellas de sus pies en diferentes piedras, entre otros lugares á las orillas del río Sáname, que corre por las inmediaciones de Fosca, en territorio del cacique Ubaque, y que las mujeres hallaban alivio en sus males tomando la raspadura de aquella piedra. He recorrido las márgenes del Sáname buscando la piedra que pudo haber dado origen á esta tradición, pero no he hallado nada notable; confieso que me impulsaba más bien la idea de hallar alguna curiosidad natural, que la esperanza de encontrar la planta del pié de San Bartolomé. Me parece que es ocasión oportuna para manifiestar en esta materia el criterio de los tres cronistas que se han ocupado con más detalle del Nuevo Reino de Granada.

El Sr. Piedrahita, Obispo de Santa Marta.

Noticias y acciones son estas que sin grave nota (1) no podemos atribuírlas á otro que á San Bartolomé; y si no dígame el más curioso lector, ¿de quién otro que de un apóstol pudieran referise entre gentiles las que tenemos dichas?

(1) El señor Piedrahita era calificador del Santo Oficio de la Inquisición.

El Padre Zamora, cronista del orden de predicadores.

Entre los sagrados apóstoles se halla que Santo Tomás dejaba estampadas en las piedras señales de su cuerpo, y gloriosas plantas. Y habiendo determinado la Iglesia que predicó á las Indias orientales en que se han hallado estas señales, y hallándose en estas occidentales del Nuevo Reino las plantas de pié humano de este glorioso apóstol, se puede asegurar que fué el sol resplandeciente que derramó los primeros rayos del Evangelio en este nuevo Reino. Porque como un abismo llama á otro abismo, solo tocaba á este abismo de la predicación llamar á los misterios del Evangelio á este abismo del Nuevo Mundo.

Fray P. Simón religioso Franciscano, 2.ª parte manuscrita.

La cual tradición ni apruebo ni repruebo, solo la refiero como la he hallado admitida como cosa común entre los hombres graves y doctos de este Reino.

(Fray P. Simón escribió medio siglo antes que el Obispo Piedrahita, y casi un siglo antes que Zamora).

En el capítulo siguiente continuará la narración de los sucesos del descubrimiento, que fué preciso interrrumpir para tratar del estado que tenía el país en aquella época memorable, cosa que la brevedad de nuestra obra no nos permite hacer respecto de las tribus independientes, más ó menos numerosas, que habitaban en este territorio, pero que no formaban un cuerpo de nación como los Chibchas.

CAPITULO XII

Prosigue Quesada su descubrimiento.—Atraviesa el río Saravita, y pasando por Moniquirá y Tinjacá, suben los españoles á la cordillera.—Llegan á Guachetá, Suesuca y Nemocón.—Primer combate con las tropas del Zipa.—Apodéranse de sus almacenes de guerra y boca.—Desampara éste su capital.—Residencia de los españoles en la planicie de Bogotá.—Expedición y combate con los panches.—Marchan luego en solicitud de las minas de esmeraldas, y descubren los llanos de oriente.—Entran en los términos del Zaque de Tunja.—Minas de Somondoco.—Exploración de los Llanos.—Entrada en Tunja y prisión del Zaque.—Incendio del templo de Sogamoso.—Combate de Bonza.—Expedición al valle de Neiva.

Nuestros sean su oro y sus placeres,
Gocemos de ese campo y ese sol;
. . . . . .
¡Hurra! Volad: sus cuerpos, su tesoro
Huellen nuestros caballos con sus pies.

Espronceda, *Poesías.*

Luego que hubieron reposado algunos días de las fatigas del penoso viaje del Magdalena, levantaron los españoles el campo de Chipatá y descendieron al fondo del valle, por donde corre el río Saravita, de rápidas corrientes, á que dieron el nombre de Suárez que hoy conserva, por haber estado á punto de ahogarse, al esguazarlo, el caballo del Capitán Gonzalo Suárez. Fué tanto el asombro que la vista del escuadrón europeo causó en los habitantes de aquella comarca, que algunos se quedaban inmóviles y como pasmados sin poder huír, ni moverse, ni acertar á articular una sola palabra; otros se prosternaban, y, pegando el rostro contra la tierra, no lo levantaban ni por golpes ó amenazas, prefiriendo la muerte á tan espantosa visión. Excepto los naturales del valle de Aburrá, hoy Medellín, en la provincia de Antioquia, que se ahorcaban de pesadumbre á la vista de los españoles, en ningún otro lugar hemos observado que hiciera tan profunda impresión la entrada de los castellanos y sus caballos.

Después que pasaron á la orilla derecha del río Saravita, que sale de la laguna de Fúquene y va á juntarse con el Sogamoso para entrar juntos en el Magdalena, subieron una loma limpia y llegaron en seguida al valle de Ubasá. Hallaron abandonado el pueblo, pero con muchas provisiones en las casas, y aun venados muertos y desollados, como si se hubieran preparado adrede, para alimentar los prodigiosos huéspedes que se temían y se veneraban al mismo tiempo. Pasaron luego á las tierras de Zorocotá, é hicieron noche en un pueblo en dónde fueron molestados por insectos desconocidos para ellos. las niguas (*pulex penetrans*), que, sin la buena voluntad de algunas indias que se las extrajeron de los pies con los topos ó alfileres con que prendían sus ropas, habrían, cuando menos, detenido su marcha por algunos días. Al cuarto día llegaron á Turca, que llamaron Pueblo Hondo por estar en lugar bajo, marchando siempre al sur en demanda de los pueblos en que se fabricaba la sal. Habían conseguido que algunos indios los siguieran voluntariamente cargando el bagaje. Pasaron por Moniquirá, Susa y Tinjacá; hallaron mantas, algunas esmeraldas, crecida población y temperamentos deliciosos. El día 12 de Marzo de 1537 llegaron á Guachetá, á que por esta razón dieron el nombre de San Gregorio, después de haber pasado el General nueva revista y prevenido segunda vez estrechamente á su tropa por bando militar la conducta más pacífica con aquellos moradores,. dando por razón que si los reducían á desesperación por mal tratamiento, siendo el número tan considerable, en un levantamiento general no escaparía un solo español con vida, estando á tan larga distancia de los lugares adonde podían retirarse.

Los indígenas de Guachetá desampararon sus casas y se refugiaron en un lugar fuerte, desde el cual, notando que habían dado libertad los españoles á un indio viejo que dejaron atado, y creyendo que no lo comían por ésta razón, les arrojaron algunos niños, y, observando que tampoco los sacrificaban, les enviaron algunos venados, y finalmente bajaron de su fuerte perdiendo el terror que la presencia de los españoles les inspiró al principio. No se sabe por qué estos indígenas concibieron la idea de que los españoles debían alimentarse con carne humana, puesto que ellos mismos no eran antropófagos. ¿Creerían acaso que siendo hijos del sol, que era la denominación que les daban, (suegagua) habían de complacerse en los bárbaros holocaustos que hacían á este astro? Calcularon los españoles como mil casas en este valle de Guachetá, dispersas entre las sementeras, y vieron el pueblo y habitación del Cacique situados en un lugar elevado al pié de un peñón que les servía de fortaleza. Parece que los gachetáes no estaban sujetos inmediatamente al zaque de Tunja.

De Guachetá pasaron á Lenguasaque, y por todo el camino que seguían los españoles humeaban los braseros de resina que en su honor y por vía de homenaje quemaban los indígenas, y se hallaba algún oro, mantas y esmeraldas depositados con el

mismo objeto. (1). Admiraron en el boquerón de Peña Tajada, por donde sale el río de Lenguasaque, las altísimas rocas cortadas á pico é inaccesibles por parte de la laguna, uno de los paisajes más grandiosos de aquella comarca, tan abundante en pruebas del esfuerzo violento con que se levantaron los estratos horizontales para formar estas montañas que ofrecen al geólogo todas las proporciones apetecibles para estudiar la formación casi homogénea de arenisca de que se componen. Si los españoles eran capaces de gozar de las emociones que ofrece la contemplación de las maravillas de la naturaleza, ¡cuán sorprendidos no han debido estar pasando por estos sitios testigos de las más espantosas convulsiones de la corteza terrestre, y al verse solos en hueste reducida lanzados en el corazón de un mundo nuevo tan extraordinario corriendo las más desesperadas aventuras! Por su parte los indios no acertaban á comprender de donde venían estos seres desconocidos, y como ya habían llegado al período del crepúsculo de la civilización, se observa en ellos el primer síntoma de este estado, es decir, todas las señales de la más viva y ardiente curiosidad. Las tribus salvajes no abrigan sino sentimientos hostiles, y á cuanto turbe sus dominios le hacen la guerra sin averiguar qué cosa es, como el cazador que tira, mata y sepulta en su saco cuantas aves divisa, mientras que el naturalista examina atentamente los animales que encuentra. Así en los Chibchas el sentimiento que predominaba era la admiración y el vehemente deseo de salir de sus dudas respecto del origen de aquellos forasteros (2). Su propia defensa y la de sus tierras fué un sentimiento posterior.

El pueblo de Lenguasaque estaba situado en tierra llana y fértil; sus moradores salieron á recibir á los castellanos á las puertas de sus casas y á ofrecerles cuanto tenían. La buena política de Quesada iba produciendo sus felices efectos, y al haber persistido en ella, la colonia granadina habria sido una colonia modelo. Un solo hombre culto en siglos anteriores había sacado al pueblo chibcha de la barbarie; la docilidad de estas gentes era, pues, un hecho probado. ¡Cuánto no habrían

---

(1) Dice F. P. Simon que á poco de haber salido del valle de Guachetá dieron vista á la gran laguna de Cucunubá y Ubaté, lo que hace pensar que la laguna de Fúquene era mucho más extensa que hoy día, y confirma la opinión de Mr. Boussingault en su memoria sobre los perjuicios de las talas de árboles.

(2) Los naturales estaban como abobados de cuantas cosas veían en los españoles, sus caballos y perros, y sobre esto fantaseaban dos mil vanidades (conjeturas) como gente tan dada á ellas por sus humildes y bajos entendimientos, tan sin fuerzas por su rusticidad, para salir con derechos y acertados discursos. No acababan de entender quién pudiera haber hecho aquellos hombres tan otros que ellos, ni aquellos animales raros que ni habían visto ni oído decir á sus mayores; porque si sus dioses los hubiera criado, decían, no los hubieran dejado á ellos sin tenerlos. Así estimaban á los nuestros como cosa divina, y venían por bandadas á traerles abundancia de comidas y de cuanto tenían, como venados vivos y muertos, palomas, conejos, curíes, maíz, frijoles y raíces de muchas maneras.—F. P. Simon, parte 2.ª, not. 2ª.

obrado en esta ocasión en favor de este mismo pueblo, algunos centenares de europeos civilizados, si hubieran tenido voluntad para ello, en vez de oprimirlo y exasperarlo!

Caminaron luego la vuelta de Suesuca (hoy Suesca), que quiere decir *cola de guacamaya*, por ser esta población una reunión colecticia de indígenas de diversas provincias, belicosos y de poca reputación de moralidad. Un soldado español quebrantó el bando del ejército tomando por la fuerza unas mantas á ciertos indios, que se quejaron de ello. No quiso el licenciado Quesada que quedara impune el delito, y mandó aplicar al culpable todo el rigor de las penas militares, con que fué condenado á muerte y ejecutado á pesar de la intercesión de los capitanes y capellanes. Critican los cronistas la severidad del jefe, fundándose en que esta muerte manifestó á los indígenas que los españoles no eran inmortales y seres divinos, como si á cada paso no vinieran ellos dando señales nada equívocas de flaqueza humana.

Informó el usaque de Suesca al Zipa del número de hombres y del camino que llevaban hacia Nemocón. Resolvióse éste á no dejarlos acercar á su corte, sino atacarlos sin perder tiempo. Marchó, pues, inmediatamente con seiscientos soldados escogidos, creyendo que éstos bastarían para derrotar á los forasteros. Llegó la tropa del Zipa al pie de la colina que divide la rinconada de Nemocón de la de Suesca del lado del oriente, cuando ya Quesada había pasado con la vanguardia. En la retaguardia marchaban los enfermos escoltados por una guardia de caballería á la que acometieron los bogotáes con mucho brío, llevando por enseña y bandera la momia de uno de sus valientes guerreros, según la costumbre establecida. Los dardos, tiraderas y armas arrojadizas de los indios, no podían hacer mucha mella en los castellanos, que se defendieron vigorosamente protegiendo el hospital, mientras llegó el refuerzo pedido al General, en el cual venían los más guapos capitanes y los mejores caballos, que arremetiendo al escuadrón indígena lo arrollaron con gran mortandad, arrojando el esqueleto de su antepasado y buscando la salud en la fuga. Siguieron los castellanos al alcance hasta la fortaleza de Cajicá, llamada Sumungotá por los indios, donde se encerraron los fugitivos. Estaba esta cercada de doble fila de fuertes maderos hincados en tierra con una cubierta de paja que servía para proteger á los defensores de las armas arrojadizas, y dentro se contenían los almacenes de armas y vituallas. Estaba situada á media legua de Cajicá, al pie de la sierra, y parecía de fácil defensa, con que los españoles hicieron alto en la persecución. (1).

---

(1) Piedrahita dice que los indios eran cuarenta mil cuando atacaron la retaguardia de Quesada, en Nemocon, mas este número es exagerado, porque, habiéndose ejecutado el acometimiento como sorpresa, la marcha de tan numeroso ejército no habría podido ocultarse. Me atengo aquí, como es natural, á la versión del P. F. P. Simon, escritor más antiguo que el obispo de Santa Marta, y en lo general más circunspecto y de mejor criterio.

Mientras que la caballería perseguía á los soldados del Zipa, Quesada había llegado á Nemocón *(lamento de león)* así llamado por los ecos de las peñas á cuyo pié estaba situado, junto á las fuentes de agua salada en donde mismo se ve hoy. Allí estaba la fábrica de sal en tiestos y hornos rústicos como se usan todavía. Luego que Quesada recibió el parte del éxito del combate y de la existencia de la fortaleza y almacenes de Sumungotá, marchó con el resto de su gente y bagajes. Ya se encontraban en la planicie de Bogotá, y por todas partes se veían las sementeras y los pueblos dominados por las altas habitaciones de los caciques, que se distinguían por el cercado que las rodeaba y el mástil pintado de encarnado y adornado de una gabia en la parte superior, y por la carrera ancha y perfectamente alineada que partía del cercado hasta alguna distancia, y en la cual se celebraban las ceremonias religiosas relacionadas con su calendario y épocas de sus cosechas. Llamó Quesada esta llanura, por su apariencia de jardín sembrado de torres, el valle de los Alcázares. Perdió este nombre luego que desaparecieron las casas, y que la raza indígena, sujeta y degradada, no pudo reedificar sus habitaciones con el primor y el aseo que antes del descubrimiento.

Detuviéronse los españoles algunos días en el cercado de Cajicá rodeados de la mayor abundancia de provisiones y regalos de toda especie; pasaron luego en Chía el tiempo de la Semana Santa. El Cacique de este pueblo huyó, y aun se les dijo que había ocultado sus tesoros en unos altos peñascos situados al oriente del pueblo, es decir á la orilla izquierda del Funza, por la Yerbabuena, mas nunca pudieron hallarse. Algún semblante de hostilidad mostraron los indígenas enviados por el Zipa á observar los extranjeros, con grita y otras demostraciones, mas evidentemente el terror supersticioso que había proporcionado á los españoles una recepción tan benévola en todos los pueblos chibchas, desmoralizó completamente las tropas del Zipa, y les hizo caer las armas de las manos. La unanimidad de la resistencia, á pesar de la diferencia de las armas, habría sido suficiente para destruír ciento sesenta hombres, cuando los habitantes de la planicie se contaban por centenares de miles, pero, en lugar de resistencia, se veían venir las gentes de los pueblos con braseros en que quemaban moque y otras resinas delante de los españoles, á cuyos pies depositaban sus mantas, diferentes aves y provisiones, pero muy poco oro y esmeraldas, por lo que se manifestaban estos descontentos. El Zipa mismo enviaba á Quesada todos los días mensajeros cargados de venados y otras carnes, mas se denegaba á venir á visitarlo en persona, antes bien se preparaba á abandonar su capital y á trasportar á parajes lejanos sus *tiguyes* y sus penates. El Cacique de Suba, pueblo situado, como hoy, cerca de la colina que se levanta en medio de la llanura, vino de paz al campo español á Chía, y les ofreció mantas, oro y otros regalos, convidándolos á venir á sus habitaciones, y como éstas se hallaban en el camino de Muequetá, adonde deseaban llegar los

castellanos, ansiosos de apoderarse de los tesoros del Zipa, marcharon prontamente éstos, y se detuvieron aquí ocho días, abriendo Quesada negociaciones con el Zipa, y rogándole con la paz. La conducta del jefe español era la más prudente y moderada qne podía desearse; él mismo recibía los mensajeros que venían de los diferentes pueblos, los abrazaba, acariciaba y despedía con los pocos regalos de cosas de Castilla que aún le quedaban. Perdieron los castellanos su buen amigo el Cacique de Suba, que falleció de una breve enfermedad, recibiendo antes el bautismo, y fué el primer cristiano de estas regiones.

Conociendo Quesada que el Zipa lo entretenía con mil dilaciones, marchó á verse con él personalmente, pero fué detenido en el paso del Funza por la hostilidad de los indígenas, que se mostraron aparejados á defenderlo, y como estaba este río muy crecido con las avenidas de Abril, sufrieron algunas dificultades antes de pasarlo. Así, cuando llegaron á Muequetá, hallaron el pueblo casi desierto, y aunque admiraron las vastas habitaciones del Zipa, en donde se alojaron, no hallaron la cantidad de oro y esmeraldas que se habían imaginado, y, lo que es peor, no pudieron alquirir noticia alguna de los lugares adonde se había retirado Thisquezuza con sus bienes y mujeres. Ninguna descripción detallada nos dejaron los conquistadores de la capital de los chibchas; sabemos solamente que había varios adoratorios, que las casas principales eran muy aseadas (1), todo el interior revestido de cañizos atados con cordeles de varios colores formando diseños caprichosos, y que los soldados no se atrevieron á saquear al descubierto las casas, sabiendo que Quesada no permitía que se infringieran sus mandatos de respetar la propiedad de los indios. Estos no les daban descanso, y frecuentemente venían á atacarlos, recogiéndose á las lagunas luego que eran perseguidos por la caballería. Creyendo que el mejor medio de arrojar á sus enemigos del país sería incendiar el pueblo, arrojaban para ello sus dardos con materias combustibles en el silencio de la noche, y consiguieron, en efecto, quemar algunas casas, mas los españoles atajaron el incendio. Para cortar la ocasión de estas hostilidades, suponiendo que el Zipa era el que las ordenaba, hicieron todo esfuerzo por averiguar su paradero, y, sabiendo que tenía unas casas de recreo en Tenaguasá, salió una partida con mucho sigilo en esta dirección, aunque nada hallaron.

Determinó entonces Quesada mandar dos partidas á las órdenes de los Capitanes Céspedes y San Martín, por el sur y el occidente, á descubrir. San Martín bajó la cordillera al poniente, y observando la actitud belicosa de los panches, regresó á los cinco días diciendo que la fuerza que llevaba no era suficiente para internarse sin peligro por tan fragosas tierras, en las que sería preciso pelear desde el primer día con indios

---

(1) Aunque de paja, la habitación del bogotá podía pasar por una de las más bellas que se habían encontrado en las Indias. (Relación de los Capitanes San Martín y Lebrija).

esforzados y tenaces, como le aconteció á él. Céspedes sufrió mucho por el frío, viviendo en los páramos de Sumapaz de tal cual sementera de papas y de los conejos que hallaban por manadas. Desde Pasca dió aviso al General que se proponía cruzar el valle de los sutagáos para entrar en las tierras de los panches. A fin de reforzarlo, marchó el Capitán San Martín, que se le reunió en Tibacuy, en donde hallaron un destacamento de guechas que componían la fuerza permanente del Zipa, la cual estaba siempre en la frontera de los panches. Escogíanse estos guechas entre los hombres más robustos y esforzados de entre los chibchas, llevaban el cabello cortado para no dar asidero a sus enemigos; la boca, narices y orejas horadadas, y de ellas pendientes sartas de canutillos de oro cuyo número correspondía al de los enemigos que habían muerto en los combates. Estas eran sus decoraciones. Los guechas recibieron bien á los españoles, porque les hallaron un aire marcial, y quizá porque se proponían también marchar contra los panches, sus inveterados enemigos, que ocupaban todos los valles de este frente desde Tocaima, que era su asiento principal, hasta Villeta, en donde comenzaba el territorio de los colimas. Decían los guechas á los castellanos que era temeridad entrar con tan corto número de soldados en las tierras de estos indios feroces que devoraban crudos á cuantos hombres caían en sus manos, bebiéndoles la sangre con atroz regocijo. No hicieron caso alguno del aviso los oficiales de Quesada, antes bien, seguidos de los chibchas, atravesaron la sierra que divide el valle de Fusagasugá, de las vertientes del Pati y del Apulo. Marchaban los españoles en son de combate con las armas encolchadas de algodón, preservativo de las flechas envenenadas, con cuyas rociadas los asustaban los chibchas, las espadas desnudas, guardias avanzadas y cuantas cautelas sugiere la disciplina militar. Las poblaciones de los panches estaban situadas en lugares altos y fuertes por naturaleza, adonde no podía llegarse sino por un solo camino, y éste lo tenían cortado y con hoyos y púas envenenadas en el fondo de cada uno. Hallaron abandonadas las primeras casas, hasta que á mayor distancia avistaron dos hermosos escuadrones de panches que bajaban á encontrarlos por los dos costados de una loma limpia; no brillaban las armas, pero sí las coronas de plumas de los más vivos colores; el sonido de los tambores y caracoles de guerra; el excelente orden con que marchaban, que parecían tropas bien disciplinadas; y con ser tres á cuatro mil, sin embarazarse, y adelantándose con paso resuelto, de suerte que los castellanos no tuvieron más tiempo para no ser envueltos, que picar sus caballos los delanteros, y, con lanza en ristre, arremeter y meterse haciendo estragos por entre aquellos indómitos indios, que, aunque sorprendidos con tan imprevisto modo de combatir, no por eso cejaron, sino que se defendían como podían con sus mazas y macanas. Los del escuadrón de la izquierda tuvieron más tiempo de valerse de las hondas, flechas y dardos, de manera que el combate duró algún tiempo, lo bastante para que muchos de los chibchas

dieran por perdida la batalla, y por sendas y veredas que sólo ellos conocían subieran á la llanura y llegaran á Bogotá á dar cuenta del suceso infausto y de haber perecido los españoles á manos de los panches, noticia falsa que llenó de sentimiento el campo en donde se esperaba por momentos á los que hubieran podido salvarse.

Rotos los panches, aunque sin dejar prisioneros ni botín, bajaron los españoles á unas casas á cauterizar las heridas de seis soldados y tres caballos, que era el único remedio eficaz contra el veneno de las flechas, y al día siguiente, por camino más corto y montaña fragosa, emprendieron los capitanes Céspedes y San Martín su retirada, después de haberse convencido por su propia experiencia de que los chibchas no exageraban nada respecto del valor de los panches. En los cadáveres de éstos se veía la extraña configuración del cráneo aplanado por la parte posterior y anterior con tablillas, lo que hacían desde niños para volver piramidal la cabeza, mientras que los chibchas no empleaban medio alguno para alterar sus formas naturales. Apenas se habían puesto en camino, cuando les dió alcance un indio panche solo, que esgrimiendo su macana los atacó brutalmente, diciendo que venía á vengar la muerte de sus parientes, por no haber podido hallarse la víspera en el combate. Quisiera Céspedes prender á tan valiente guerrero y no matarlo, á fin de conducirlo como trofeo y muestra al General, pero uno de los soldados que el bárbaro había derribado de un revés y herido, le cortó la cabeza, la cual tomaron los chibchas. Marchaban los españoles con la cautela necesaria en tierra de gente tan belicosa, á pesar de haber salido ya de los términos del cacique Conchima, en donde fué la acción, cuando observaron seis indígenas que se acercaban al trote; desplegóse la guerrilla para recibirlos, con lo cual advertidos de que iban á ser atacados, se sentaron y levantaron en alto una cruz y un papel, que eran los indicios de mensajeros de cristianos. Estos chibchas bajaban de orden de Quesada con una carta para Céspedes ó los que hubieran escapado de la batalla, en la cual manifestaba la mayor alarma ó inquietud. Así fué que tres días después llegaron al cercado del Zipa, cuartel general de Quesada, y tuvieron la acogida más afectuosa, curándose con esmero los heridos. Este fué el principal motivo de no pensar más entonces en expediciones por esta vía, en cuya dirección se les indicaba, sin embargo, que estaban las regiones de donde venía el oro.

Cuestionando Quesada á los indios que venían con provisiones, por medio de los indígenas que trajeron de la costa (y que habían aprendido ya bastante castellano y lengua chibcha para servir de intérpretes), sobre el lugar de donde sacaban las esmeraldas, le mostraban constantemente el nordeste. Creen algunos que fué astucia del Zipa para sacarlos de sus estados, pero lo cierto es que los españoles, aunque provistos de cuanto necesitaban, en un país de suelo y temple admirables, no estaban satisfechos por no hallar oro en abundancia, ni piedras preciosas, y naturalmente anhelaban por encontrar tierras más

ricas (1). Abandonaron pues á Bogotá llevando por blanco, dice F. Pedro Simón, el verde de las esmeraldas, y se dirigieron por la vía de Usaquén, que entonces estaba situado una legua más al occidente del sitio actual, treparon la cordillera y llegaron á Guasuca, es decir *punta elevada*, que hoy decimos Guasca, en donde fueron recibidos con demostraciones de veneración; luego pasaron á Guatafita (hoy Guatavita), y continuando la marcha alcanzaron á Chocontá *(sementera del páramo)* (2), que eran los límites del territorio del Zipa y comenzaban los del Zaque, del cual no dieron los indígenas la menor noticia á los españoles, y á pesar de la enemistad que mediaba entre éstos dos jefes, tuvieron á deshonra valerse de auxilio extranjero para vencer á sus enemigos. Este es el primer pueblo americano que legó á los moradores futuros de la tierra tan noble ejemplo de patriotismo y de independencia. Sábese que en todas partes los españoles se ligaron con unos pueblos para oprimir y sujetar á los otros. (3).

Desde Turmequé destacó Quesada al Capitán Pedro Fernández Valenzuela, para pasar á la exploración de las minas de esmeraldas, por tener entendido que la comarca en donde estaban situadas no era abundante en víveres. Después de dos ó tres días de marcha llegó Valenzuela al pueblo de Somondoco, y subió á la sierra en donde estaban las minas, que no trabajaban los indígenas sino en tiempo de lluvias, por la escasez de agua en la altura para lavar las tierras y descubrir las piedras. Con trabajo, pues, y valiéndose de los mismos barretones de madera de que usa-

---

(1) Vituperando el señor Piedrahita el espíritu de codicia que dirigía enteramente á los españoles, dice lo siguiente: "El motivo con que alentaron estas empresas desde Castilla, fué la predicación del Evangelio y conversión de aquella gentilidad á la verdadera fe; pues bien: aquí el concurso de infieles que habían de participar de tanto bien no podía ser más numeroso: los alimentos no consentían mejora en cantidad ni calidad, ni la tierra en el temperamento y los influjos, y sin embargo, luego que se persuadieron que faltaba la plata y el oro, los vemos determinados á mudar de residencia."

(2) La noche que llegaron á Chocontá perdieron el juicio momentáneamente cuarenta españoles; se dijo que las indias de servicio que llevaban, cansadas de la sujeción, ó quizá maltratadas, les habían dado en los alimentos la semilla de una planta muy común en aquellos lugares, que llaman borrachero (*datura arbórea*), y en efecto, algunas indias se fugaron, pero lo que hay de más notable es la reflexión con que el licenciado Quesada acompaña el relato de este hecho: "Cobraron el juicio luego, pero quedaron más locos que antes, pues andaban entendiendo en hacer tan grande locura como era arrebatar las haciendas que no les pertenecían, y despojando gentes que vivían dos mil leguas de España." Lo que prueba que este jefe era verdaderamente humano y que reprobaba las rapiñas y violencias de sus soldados. La historia no le ha hecho todavía justicia, pero espero que he de lograr persuadir á mis lectores que este caudillo fue muy superior á los demás conquistadores en respeto y consideraciones por la raza indígena, y que si cedió algunas veces al irresistible impulso de la época en que vivía, en las más mostró entrañas de cristiano y de hombre culto.

(3) Estas enemistades de los dos reyes se les escondieron por muchos días tan del todo á los nuestros, que ni una pequeña centella de ellas se traslució, ni andando entre los bogotáes ni entre los tunjas. El haber ignorado un hecho tan notorio no sé á qué lo atribuyamos, etc. Fray P. Simon, 2.ª not., 2.ª parte.

ban los indios, pudieron procurarse algunas de muestra. Con ellas, y la noticia que desde las alturas de Somondoco había descubierto dilatadas llanuras al oriente, volvió Valenzuela á Turmequé. Alborotáronse los castellanos con la noticia de las llanuras; ya suponían, juzgando por lo que sucede en Europa, que estando las montañas tan pobladas, los llanos lo estarían mucho más, y que iban á encontrar un nuevo Perú, incas y tesoros, que era con lo que deliraban. Salieron pues de Turmequé y llegaron á Ycabuco, no menos populoso ni menos fértil, y siguiendo su camino entraron en el valle de Tenisuca, hoy de Tenza, al cual dieron el nombre de valle San Juan, por haber entrado en la vigilia del Bautista. Hallaron este valle fertilísimo, muy poblado y de tan delicioso clima, que resolvió el General hacer alto en Garagoa, mientras enviaba al Capitán San Martín á traer noticias de los llanos, con orden de no detenerse más de diez días, temeroso de que este oficial se hiciera dueño de aquellas riquísimas comarcas que su imaginación le pintaba con los más risueños colores. ¡Cuán otros habrían sido su pensamiento, al haber sabido que Fredemán y sus compañeros, hambrientos y desesperados, vagaban entonces por aquellos llanos, y que se habrían tenido por muy dichosos en hallar los restos de los festines que arrojaban los soldados de Quesada!

Lengupá era por esta parte la última población de los Chibchas. A pocas leguas de este lugar comenzaron á bajar los españoles la cordillera al oriente, y á luchar con la aspereza de los caminos, pasando los torrentes por puentes colgantes de bejucos, que eran los primeros que veían, y alimentándose con tortas de cazabe sazonadas con hormigas, comida ordinaria de los pocos indígenas teguas que hallaban, y á los cuales, cuando se les preguntaba por señas lo que había en los llanos, se tapaban los ojos, entendiendo los españoles que querían decir que nada sabían ó que nunca habían bajado hasta allá, aunque no faltaba quien creyera que por aquello significaban que no valían la pena de mirarse aquellas regiones, ó que preferían ser ciegos á habitar en ellas; mas esta interpretación era mal recibida, porque á menudo acontece que los hombres, como los niños, gustan de ser lisonjeados con aquello que más apetecen, aunque sea lo menos probable. Sin embargo, por obedecer á la orden del General, y trascurridos ya diez días sin haber podido llegar á los llanos, determinaron volver á Lengupá, como lo verificaron todos los treinta hombres que llevó el Capitán San Martín, sin haberse quedado atrasado ni enfermo soldado ni caballo en tan penoso viaje de veinte días. Dióse aviso al General de que la entrada á los llanos parecía imposible por aquella parte, y que convenía buscar otra luego que se repusieran de las fatigas del viaje, como en efecto lo verificaron, reconociendo todo el país desde el valle que llamaron de Baganique, Siachoque y Tocavita, deteniéndose en el pueblo de Toca, que llamaron Pueblo Grande por el número considerable de sus moradores, y últimamente llegaron á Yza, de donde partía el camino para los llanos, no sin haber tenido antes una refriega con los paveses, nombre que dieron á los

indígenas de cierto pueblo al oriente de Toca, que probaron á defenderse engalanados con diademas de plumas.

Cuando se disponían en Yza para bajar á los llanos, llegó un indígena mutilado por su cacique Tundama y cuyas narices y orejas cortadas traía pendientes de los cabellos. Decía que tan cruel castigo le fué impuesto por haber solicitado se enviasen mensajeros á dar obediencia á los *Ochíes*, que así llamaban á los españoles, y clamaba por venganza. Destacó San Martín una parte de su gente, porque se alegraban de cualquier pretexto de hostilidad que les permitiera entrar violentamente en los pueblos sin incurrir en las penas que el General había impuesto á los que sin motivo robasen y vejasen á los indígenas. No se atrevieron, sin embargo, á pasar de Firabitova, porque supieron que no era prudente con tan corto número de soldados atacar al Tundama, cacique el más belicoso del pueblo chibcha, y el único que manifestó energía para desechar los temores supersticiosos que hicieron caer las armas de las manos á tantos millares de hombres que estaban acostumbrados á los combates más sangrientos con los panches.

Engañados después por los guías, que pretendían desviarlos del valle sagrado de Sugamuxi, vagaron por Cuítiva, Tota y Bombazá, hasta que volvieron al valle de Baganique, del que se creían muy distantes, y por consiguiente muy próximos al pueblo de la Ciénega en donde dejaron al General. Este había pasado personalmente á las minas de esmeraldas de Somondoco, y persuadídose de la dificultad de trabajarlas con los recursos de que podía disponer. Hacía sesenta días que vagaban á menos de una jornada de la residencia del zaque Quemunchatocha, sin saberlo, que la veneración en que aquellos pueblos tenían á sus jefes, y quizá también el temor de los castigos, había hecho que se lo ocultasen, hasta que exasperado uno de los habitantes de cierto pueblo de que el alférez Vanegas hubiera sacado de un adoratorio las ofrendas que tenían hechas á sus dioses, y los bienes de las casas, y estando resentido con el zaque por haber hecho matar á su padre, le denunció los tesoros y el poder de este jefe, y ofreciéndose á servir de guía, con tal que lo disfrazasen cortándole los cabellos y dándole otros vestidos. Avisó Vanegas al General, y éste, después de examinar al indígena, escogió cincuenta hombres, la mitad infantes y la mitad de á caballo, y se encaminó rápidamente al poniente, llevando consigo al indio; pero por mucha prisa que se dieron, no alcanzaron á las inmediaciones de Hunsa hasta dos horas antes de anochecer. Salieron á recibirlos de paz gran número de indios de parte del Zaque con presentes, y á rogarles que se detuviesen en los alrededores hasta la mañana siguiente, por no causar sorpresa y escándalo con su precipitación al anciano Zaque, mas todo fué en vano, porque escarmentados los castellanos con la pérdida de los tesoros del Zipa por haber dilatado su entrada en Bogotá, marchaban ahora al trote por en medio de la grita, del tumulto y de la confusión, hasta que entraron en la ciudad maravillados de ver brillar con el sol láminas de oro que

aparecían colgadas en las puertas de las casas, mas sin entretenerse en el pillaje llegaron á las puertas del cercado del Zaque, que hallaron cerradas y atadas con cuerdas tan estrechamente, que fué preciso cortar las del primer recinto, puesto que las del segundo ó cercado interior estaban abiertas, y había una distancia ó primer patio de doce pasos de anchura en donde quedaron los jinetes. Quesada se arrojó del caballo con la espada desnuda y, seguido de diez oficiales corrió hacia la casa de Quemunchatocha, que estaba sentado gravemente en una banqueta de madera y tenía delante de sí una estera, al rededor de su persona muchos sirvientes de pié y armados con petos dorados y plumas. Este príncipe era, aunque de mucha edad, de alta estatura, corpulento y de gesto feroz. No manifestó el más leve indicio de temor ni alteración á la entrada de los forasteros en actitud tan hostil, ni la vista de los aceros desnudos le impidió guardar la compostura y majestad que correspondía á un jefe á quien tributaban la más ciega obediencia tantos millares de súbditos. (3). Entre tanto los alaridos de más de diez mil hombres que rodeaban el cercado, según los cómputos más moderados, hicieron temer á Quesada que la lucha le fuera funesta si no tomaba una resolución pronta y audaz. Mandó, pues, prender al Zaque, y esta violencia causó tal sorpresa en aquellos habitantes, que no imaginaban que un puñado de hombres se atreviera, sin previo combate y sin provocación, á poner manos violentas en su temido y reverenciado jefe, que después de algunos débiles esfuerzos se disipó el tumulto por sí mismo, y la mayor parte de los hombres, mujeres y chusma, huyeron á los campos salvando lo que pudieron, y aun fué voz común que tuvieron tiempo para poner en cobro mucha parte de los tesoros del Zaque, que arrojaban los indios por la espalda del cercado en petacas liadas. De estas hallaron los castellanos razonable número, y pasaron la noche recogiendo cuanto encontraban, con mechas encendidas y amontonando las riquezas en el patio principal del cercado del Zaque. Hallaron en los aposentos de este los huesos de algunos de sus antepasados colgados dentro de una linterna de oro curiosamente fabricada, que pesó seis mil ducados, con copia de esmeraldas. Deslumbrados y fuera de sí de gozo con aquellas riquezas, gritaban los soldados á Quesada: Perú, Perú, señor General.

Aunque se han exagerado mucho los tesoros que los castellanos hallaron en Tunja, diciendo que los montones de oro del

---

(3) Era el Tunja de figura espantable, hombre de gran corpulencia y muy grueso; de aspecto torvo, la cara muy ancha, las narices grandes y torcidas, con que se hacía formidable toda la cara. Era, en fin, en su persona y costumbres como sucesor del diablo, por haber sido en aquel pueblo y sus tierras muchos años cacique un demonio, como á su tiempo diremos. Era, aunque viejo, sano, astuto, presto y diligente en las disposiciones del Gobierno y guerra, de condición inexorable y precipitado en sus castigos, á que era inclinadísimo, sobre todo á ahorcar, y los españoles hallaron maderos rajados por la extremidad superior, en donde engarzaban los cuellos de los que debían ahorcarse, por lo cual llamaron *la loma de los ahorcados* á una eminencia inmediata á Tunja. Fray P. Simon, 2.ª parte.

pillaje de la noche del veinte de agosto, que fué el día de la prisión del Zaque, eran tan altos, que detrás de ellos no se alcanzaban á ver los soldados de á pié, y apenas se divisaban los de á caballo, se infiere sin embargo que fue considerable, pues en su relación al Rey los Capitanes San Martín y Lebrija dicen que, reunido este oro con otra pequeña suma encontrada en Sogamoso, pesó 191,294 pesos de oro fino, 37,288 de oro bajo y 18,390 de plata, y además 1,815 esmeraldas, entre las cuales había muchas de gran precio. Esta riqueza sería equivalente á casi medio millón de duros en nuestros días, y es dudoso que hoy mismo se pudiera reunir en Tunja tan crecida suma. Es probable que en el montón tan celebrado del patio del Zaque se comprendieran los fardos de lienzos y mantas finas, las armas y escudos guarnecidos de planchas de oro, los caracoles engastados en este metal, y las sartas de cuentas y otras piedras que, guardadas en petacas, aumentaban el volumen. Díjose también que se había arrojado en un pozo gran cantidad de oro, pozo que hoy es conocido con el nombre de Donato, por los gastos infructuosos en que una persona de este nombre incurrió posteriormente para buscar aquel tesoro. (1).

Quiso Quesada por insinuaciones de sus compañeros exigir de Quemunchatocha un rescate considerable de piezas de oro para darle libertad, pensando así recobrar la parte del tesoro que se había escapado de su codicia; mas el Zaque á todas las propuestas opuso el más profundo y majestuoso silencio. Hostigado al fin de la obstinación de sus carceleros, lo rompió indignado una sola vez para decir: Mi cuerpo está en vuestras manos; disponed á vuestro antojo, pero en mi voluntad nadie manda. Es justicia añadir que Quesada supo estimar la nobleza de alma del jefe chibcha, y que no sólo no consintió en que se le infiriese violencia alguna, sino que permitía á sus mujeres y sirvientes que le asistiesen con el regalo y respetos á que estaba acostumbrado.

En Tunja tuvieron ya noticia los españoles de la existencia del templo y estados del Suamoz, y como la sed de oro no estaba aún satisfecha, partieron inmediatamente hacia el norte á pricipios de Septiembre de este año de 1537. Pasaron en Paipa la primera noche. Al siguiente día, antes de llegar á la residencia de Tundama, recibieron nn mensaje de este cacique con un corto presente anunciando que quedaba recogiendo algunas cargas de oro para salir personalmente á ofrecerlas, y pidiendo que lo esperasen. Hicieron pues alto los españoles, mientras los Duitamas sacaban del lugar cuanto poseían, y luego salieron por

---

(1) Los hunsas tenían una tradición ridícula á la par que vulgar respecto de la formación de este pozo. Una cacica antigua, la madre de Hunsahua, irritada con su hija por una falta grave á la honestidad, le tiró con la sana, que es el mango de madera que sirve para revolver la chicha, y habiéndose escondido la joven detrás de la gacha, recibió esta el golpe, con lo que se quebró, formándose de la chicha derramada en la tierra un pozo, aunque desgraciadamente para los aficionados el líquido se convirtió en agua.

las alturas de la izquierda de la planicie en cuyas faldas estaba fundado el pueblo, á insultar á los forasteros y á decirles que fueran á buscar el oro. Corridos estos de la burla entraron al lugar, que hallaron enteramente abandonado, y sin querer detenerse continuaron su marcha hasta el valle ameno de Iraca, tierra doblemente bendita para sus moradores por los recuerdos de su culto y por la prodigiosa fecundidad de su suelo.

Acercábase la noche, y los indígenas armados quisieron oponerse á la entrada de los españoles en el santuario de sus mayores, colocado en la extremidad oriental de este valle, pero fueron vanos sus esfuerzos: el terreno llano favorecía la carga de los jinetes españoles, que muy en breve despejaron el campo y entraron en el pueblo al anochecer. Halláronlo solitario; Suamoz y sus súbditos salieron fugitivos. La mole considerable del famoso templo lo designó, sin embargo, muy en breve á la ansiosa codicia de los españoles. Dos de estos quisieron penetrar en su recinto en la oscuridad de la noche, y no hallando las puertas, se arrastraron por unas lumbreras provistos de antorchas encendidas. No les causó poco asombro el hallar un indio xeque ó sacerdote con larga barba cana, porque era el primero que veían barbado en las Indias. Pero al ver desde la entrada una larga fila de momias adornadas de planchas y joyas de oro, colocaron imprudentemente las teas en el pavimento esterado del templo para poder usar libremente de las manos en el despojo de aquellos cuerpos. El esparto de las esteras se prendió al instante, y el fuego se comunicó rápidamente á los muebles y muros del templo, de lo cual espantados se salvaron aquellos soldados cargando el oro que pudieron, sin que bastasen á contener el progreso de las llamas los esfuerzos de los pocos españoles que, cansados de las fatigas del día, acudieron á apagarlo. El Xeque prefirió perecer en el lugar en que había pasado su larga vida, pues no lo volvieron á ver más, y los chibchas pudieron contemplar desde las alturas vecinas el incendio de su más suntuoso templo, para cuya construcción habían traído los guayacanes mayores que producen los valles ardientes del pié de la cordillera, á fuerza de tiempo y de brazos. Aseguran que el fuego duró muchos meses en aquellos gruesos maderos, aunque no es esto probable, sobre todo si se atiende á que ya había comenzado la estación de las lluvias. Con algún oro que tomaron en las casas particulares, y temorosos de ver toda la tierra de Iraca levantada, volvieron al día siguiente hacia Tunja, en donde habían quedado las otras tropas custodiando el botín y los equipajes, todo lo cual era bastante considerable para necesitar doscientos indios cargueros, pues hasta las sillas de montar las cargaban los indios, con el fin de que los caballos estuvieran descansados para cuando llegara la oportunidad de valerse de ellos.

Dió Quesada libertad al anciano Zaque, pero la pena y las emociones abreviaron sus días, pues poco después falleció. Antes de emprender los castellanos la expedición al valle de Neiva, de cuyos parajes lograron por fin averiguar con certidumbre venía la mayor parte de oro que la industria y el comercio de los

Chibchas habían acumulado en sus pueblos, quiso escarmentar la osadía de Tundama, que era el único cacique que se había manifestado dispuesto á combatir, y al cual no se buscó en las colinas de Duitama por el deseo de llegar oportunamente á Suamoz. Por su parte este belicoso caudillo convocó también á sus vasallos y solicitó el auxilio de los caciques vecinos desde Serinza, de modo que cuando Quesada llegó á los confines de Tundama, salió este á encontrarlo con las tropas más ordenadas y de aspecto más marcial que hasta aquí se habían visto entre los Chibchas, y formadas por escalones en diferentes cuerpos, engalanados todos con plumas de diversos colores. En este combate, que llamaron de Bonsa, opusieron los indígenas una resistencia desesperada. El General español se vió en peligro de perder la vida por haber caído de su caballo en medio de los enemigos, pero al fin, rotos los indios y atropellados por los caballos, quedaron los pantanos de Bonsa teñidos con sangre de los duitamas. De ellos muchos se acogieron á las islas, adonde no podían seguirlos los jinetes. Después de este castigo, que así llamaban estas refriegas, siguieron á Suesca, en donde quedó el campo á cargo de Hernán Pérez de Quesada, hermano del licenciado. Este, atravesando la sabana de Bogotá con cincuenta hombres escogidos, marchó en solicitud del rico valle de Neiva, adornado en sus imaginaciones con templos de columnas de oro y estatuas macizas de este metal. El camino conocido era por Pasca; les fué, pues, forzoso atravesar los páramos desiertos y bajar luego al valle de Fusagasugá, por donde con hartas incomodidades llegaron por fin á las márgenes del río Grande, sin guías, por haberse fugado los que traían de la región fría, temiendo la fatiga de cargar equipajes en este valle ardiente en que el termómetro centígrado no baja de 23.° Hallaron por donde quiera las casas, que eran tambos abiertos, abandonadas, por haberse pasado los moradores á la orilla izquierda del río. Sólo un indígena más curioso que los otros se atrevió á pasar nadando, y les trajo algunos corazones de oro, con que se alentaron sus esperanzas, ya muy disminuídas por la falta de alimentos y por las fiebres que los acometieron desde su llegada al valle. Volvió el indígena halagado con los presentes que le hicieron los españoles, pero pasados algunos días no pareció más. Registrando las casas adquirieron suficientes muestras de oro para persuadirse de que no era escaso en aquella tierra, pero les faltaban de tal modo las fuerzas, que habiendo resuelto volver á Bogotá, estuvieron casi decididos á abandonar el oro que con tanto trabajo habían acopiado, por no cargarlo, hasta que dos soldados, haciendo un grande esfuerzo, se encargaron de llevarlo. Marchando pues por entre los bosques y pantanos, se encaminaron lentamente á Pasca, adonde llegaron al cabo de muchos días, dejando cinco compañeros muertos. Allí permanecieron reponiéndose de sus enfermedades, y es de suponer, aunque no lo dicen los cronistas, que ya había comenzado el año de 1538. Dieron los castellanos entonces al valle de Neiva que tan mal los había recibido, el nombre de valle de la Tristura ó Tristeza, aunque ciertamente está bien lejos de merecer este

nombre, ni la reputación de enfermizo, pues es una de las regiones calientes más sanas de América. (1)

CAPÍTULO XIII

Reúne Quesada sus tropas en Bogotá.—Repartimiento del botín.—Sorprende al Zipa Thisquesuza en los bosques de Facatativá, y muere este en la fuga.—Sucédele Sagipa, el cual obliga á los españoles á desamparar á Muequetá ó Bogotá y á establecer su cuartel general en Bosa.—Sometimiento de Sagipa.—Pide auxilio á Quesada contra sus enemigos.—Segunda entrada á los Panches, que son batidos por las tropas coligadas de españoles y chibchas.—Apremian los españoles al Zipa á fin de que descubra los tesoros de su antecesor.—Muere el desventurado Sagipa en los tormentos, dejando burlados á sus verdugos.—Fúndase la ciudad de Santa Fe de Bogotá y se da el nombre de Nuevo Reino de Granada al territorio descubierto.—Maravilloso encuentro de los tres jefes españoles Quesada, Belalcázar y Fredemán en la planicie de Bogotá.—Embárcanse en Guataquí para Cartagena, dejando á Hernán Pérez de Quesada encargado de fundar las ciudades de Velez y de Tunja.

Así mi persona cayó de su solio,
Entre las manos de los homecidas
Cayeron mis obras no poco temidas.
Y más que no siendo mi frente crismada
Mi ánima triste se vido tragada,
Con las personas que fueron vencidas,
De la hambrienta codicia dañada.

CARTUJANO, TRIUNFO 9.°

Restituído Quesada á la planicie de Bogotá, y reunida toda su tropa, se decidió á hacer el repartimiento de los tesoros recogidos desde su entrada en el territorio de los Chibchas. Tocaron al real Erario, por el derecho de quintos, cuarenta mil pesos de oro fino, quinientas sesenta y dos esmeraldas, además del oro de baja ley. A cada soldado de á pié quinientos veinte pesos, el doble á los de á caballo, el cuádruplo á los oficiales, siete porciones al licenciado Quesada, nueve al Adelantado Lugo, las que Quesada tomó para sí luego que se supo su muerte; y además

(1) Es cierto que el clima ó las emanaciones han cambiado mucho en algunas provincias después del descubrimiento. Así por ejemplo, Panamá, que era un sitio tan enfermizo, á lo que dicen todos los cronistas, en la época de la colonización ha dejado de serlo según el testimonio de un gran número de personas imparciales. El señor Garella, ingeniero francés que trabajó el proyecto de canalización del istmo, me ha escrito últimamente de Argel que considera más sano el istmo que las posesiones francesas en Argelia.

se distribuyeron algunos premios extraordinarios entre los que más se habían distinguido en la campaña. Luego que se hizo el repartimiento, los soldados contribuyeron voluntariamente, á instancias del Capellán Fray Domingo de las Casas, del orden de Santo Domingo, para fundar una capellanía de misas que debían decirse en todas las cuaresmas por las almas de los compañeros muertos antes de llegar á Bogotá. (1) De las esmeraldas se hicieron cinco clases según sus tamaños y calidades, y á cada porción le cupieron cinco, una de cada suerte.

No dejaban entre tanto los vasallos del Zipa de incomodar con continuos combates á los castellanos que ocupaban la capital de sus Estados, aunque siempre llevaban lo peor y tenían que acogerse á la laguna para no ser atropellados por la caballería en aquellas llanuras, que entonces, como hoy, estaban privadas de arboledas, las cuales no se veían sino en las montañas que circuyen por donde quiera esta extensa planicie. En una de estas, del lado del poniente y en las inmediaciones de Facatativá, vivía retirado Thisquesuza. Desde allí dirigía los ataques al campo español, sin presentarse personalmente, temeroso de que se cumpliera el vaticinio que le había hecho uno de sus xeques de que había de morir á manos de los forasteros, como en efecto aconteció, quedando burladas sus precauciones: porque habiendo hecho los españoles dos indios prisioneros, arrancaron al más joven por medio del tormento la promesa de conducirlos al lugar en donde moraba el Zipa. El otro prefirió morir más bien que cometer la bajeza de denunciar la residencia de su jefe. Salió Quesada en persona con un reducido número de soldados escogidos, y caminando toda la noche dieron al amanecer en el campamento de Thisquesuza. Con la sorpresa, los indígenas no acertaron á defenderse, y no hallando sus armas, arrojaban tizones encendidos á los agresores á fin de dar tiempo de salvarse al Zipa, que fué herido por el pasador de la ballesta de un soldado español que le tiró sin conocerlo, y ni aún se supo hasta mucho después la triste suerte de Thisquesuza, cuyo cuerpo se llevaron sus vasallos, mientras que los españoles andaban solícitos revolviendo cuanto encontraban en la ranchería, para buscar tesoros que no

---

(1) En la relación de los Capitanes San Martín y Lebrija, que es el documento más auténtico que poseemos de los sucesos del descubrimiento de Bogotá, y que en estas materias debían tener más conocimientos, como que eran oficiales reales y á su cargo estaba el tesoro, se advierten sin embargo algunas contradicciones. Dicen que después de la entrada á Tunja y Sogamoso se pesó todo el oro que se había recogido hasta entonces, y se hallaron 191.294 pesos de oro fino, 37,288 de oro de menos ley y 18,390 de oro todavía más bajo, y además 1815 esmeraldas. Esta misma suma se vuelve á hallar algunos meses después de las correrías á la provincia de Neiva y de otras en que se menciona haberse encontrado algunas cantidades de oro de consideración. Es probable que los jefes y soldados ocultaban grandes sumas que no entraron en el repartimiento ostensible, porque de otro modo no habría podido hacer Quesada los gastos exorbitantes que verificó á su regreso á Europa, en Francia, España é Italia. No creo que se aventura nada en estimar en el doble de lo que aparece en el texto, el oro hallado en la época á que aludimos.

hallaron. Carnes de monte de toda especie como venados, conejos y aves, se veían por donde quiera; mantas de algodón y todo género de abrigos y comodidades no faltaban al Zipa, pero sólo hubieron á las manos una vasija de oro (totuma de oro) y algunas alhajillas, que no correspondieron á sus esperanzas. Apresuráronse á salir á lo llano, porque iban juntándose los indígenas en número considerable que los atacaban por todas partes, y los ataques redoblaron de tal manera algunos días después en Bogotá, que no podían dormir de día ni de noche, por lo que se resolvió Quesada á salirse á sitio más descampado, en donde pudiera maniobrar su caballería sin el embarazo de las lagunas y pantanos, y así se trasladó á Bosa el campamento español.

Súpose después que el motivo de la extraordinaria energía que habían desplegado los indígenas en hostilizar á los castellanos, se debía á las órdenes estrechas de Sagipa, por otro nombre Sacresasigua, pariente del difunto Zipa, valiente guerrero y muy bien quisto entre los Chibchas, á quien habían levantado como sucesor de Thisquesuza, porque el heredero legítimo, que era el cacique de Chía, había manifestado mucha irresolución y aún cobardía, defectos que no podían disimularse, singularmente en aquellas circunstancias. Sin embargo, la fortuna se mostró adversa á Sagipa, cuyos pueblos fueron invadidos por los Panches, y su autoridad amenazada por algunos usaques descontentos, motivos que le decidieron á tomar la fatal resolución de someterse á los españoles. Envió pues mensajeros á Bosa á avisar su intento á Quesada, y sin esperar respuesta luego se presentó en el campamento, precedido de indígenas cargados de regalos de mantas, oro y esmeraldas, y con estos presentes y el agrado y dignidad de sus modales, se ganó la voluntad de los castellanos. (1) A la intimación de Quesada de que se sometiera al Emperador Carlos V, que se le explicó largamente por medio de hábil intérprete, contestó que siendo cierto que otros reyes sin mengua le habían jurado obediencia, él también lo haría. Despidióse muy satisfecho, y á pocos días volvió á solicitar que los españoles lo auxiliasen para vengarse de los Panches, implacables enemigos del pueblo Chibcha, que en una entrada que acababan de hacer por Zipacón se habían llevado gran número de cautivos y habían devastado sus sementeras. Aprovechó Quesada la ocasión para manifestar que su amistad era de mucho precio, y así dentro de breves días salieron los españoles acompañados de millares de chibchas bajo las órdenes de Sagipa, y bajaron á las tierras de los

---

(1) El General le recibió con mucho gusto, acrecentándosele á él y á los demás españoles con ver su compostura gallarda, gracia y disposición de su persona, de que cualquiera buen entendimiento juzgara ser bien empleado el señorío de que gozaba, del que no desdecía la riqueza del presente que metió delante, sin el cual bien pienso no parecieran bien sus gracias naturales. (F. P. Simón, 2.ª parte). Por la buena gracia y majestad de palabras con que se espresaba de suerte que ninguno pudiera juzgarlos según las apariencias por indigno de la grandeza que representaba—Piedrahita 1.ª parte, libro 5.°, capítulo 6.°.

Panches. (1) Hallaron á estos del otro lado de un riachuelo ó quebrada, ocupando una posición fuerte por naturaleza, en la que se defendieron con tanta obstinación y valentía, que rechazaron á los chibchas y á sus aliados, quedando heridos de flechas envenenadas diez españoles. La situación de Quesada en la noche que siguió al día del combate, fué muy crítica, teniendo que precaverse de amigos y de enemigos. Para el día siguiente se adoptó un plan de ataque que permitiese hacer uso de la caballería, sin cuyo auxilio se veía que no podrían vencer á los Panches. Dispúsose que Sagipa con los chibchas atacase de nuevo á los Panches, en tanto que la mayor parte de los españoles quedarían formados en el campamento como reserva, pero en realidad para hacer creer que todos estaban allí, mientras que la mayor parte de los de á caballo se ocultaron en la noche misma en el bosque de la orilla de la quebrada. Así se ejecutó, y después de un falso ataque de los chibchas, se retiraron estos precipitadamente atravesando un lugar llano en la orilla de la quebrada, seguidos por los Panches, ansiosos de coger prisioneros para comerlos después en sus festines; cuando de improviso fueron cortados y cargados por las espaldas por la tropa de caballería emboscada, que hizo una gran matanza, completando después el resto del ejército la derrota. Llamóse este combate de Tocarema, y á él concurrió el cacique de Siquima. Reunióse el consejo de los Panches, y acordaron dar la paz á los forasteros que tan eficaz socorro sabían prestar á los que protegían. Vinieron pues mensajeros al campo el día siguiente, trayendo algún oro y frutas como presentes, entre las cuales se mencionan por la primera vez guamas y plátanos de diversas especies. (2) Obedecieron los Panches, aunque con repugnancia, el mandato de Quesada, de someterse á Sagipa, y terminada así dichosamente la expedición, volvieron á Bojacá, que era el primer pueblo considerable de la planicie que se hallaba en el camino por donde hicieron la entrada á los Panches. Celebráronse fiestas y regocijos, y en ellos supieron los españoles, en su frecuente trato con los indígenas, que Sagipa no era el heredero legítimo de Thisquesuza, y se prometieron valerse de este pretexto para descubrir los tesoros del Zipa. Sea porque resistiera Quesada, ó porque no se atreviera á cometer espontáneamente una grande injusticia que lo dejase infamado en la posteridad, se hizo conminar con un escrito firmado por los principales del ejército, pidiendo la prisión de Sagipa, á fin de que entregase los tesoros del Zipa. Asombro y horror causó en los indígenas el arresto de su jefe, que con noble confianza se había puesto en manos de los españoles. Todos abandonaron el campamento, y no volvieron hasta que se supo que

---

(1) Infiérese que esta entrada se verificó por Anolaima.

(2) El P. F. P. Simón es el único historiador que habla de los plátanos como presentados por los Panches, mas este hecho no aparece bien probado, como el de haberse hallado esta planta con abundancia posteriormente en las orillas del San Juan, provincia del Chocó. No he debido, sin embargo, omitir la referencia, por lo que importa á la cuestión de la naturaleza y origen del plátano en América.

continuaba en ser tratado con la mayor consideración por sus guardas, entre quienes distribuía generosamente los regalos que sus súbditos se esmeraban en traerle. Contestó desde el principio á Quesada que él no poseía oro alguno, porque aunque el difunto Zipa había tenido suficientes tesoros con que poder llenar la casa que le servía de cárcel ahora, los había repartido á la llegada de los españoles entre todos sus vasallos. Que él los pediría, y que no dudaba que por obtener su rescate no se apresurasen á traerlos. Esta promesa dió lugar á que los españoles ya se creyesen dueños de tanto caudal como el que se trajo á Pizarro para el rescate del Inca, y para que se esparciesen diversos rumores de que los indígenas traían á Sagipa todos los días una parte del tesoro, y que si no se había encontrado nada en la prisión, consistía en que lo volvía á sacar ocultamente. Pasados cuarenta días, y creyéndose defraudados los conquistadores de su presa, amenazaron al Zipa, el cual se excusaba diciendo que los dos *usaques* sus enemigos, que lo habían denunciado como usurpador, se opondrían probablemente á que sus vasallos le obedecieran trayendo el oro pedido. Al instante fueron degollados aquellos dos jefes á pesar de sus protestas de inocencia, y no pareciendo todavía el oro que con tanta ansia esperaban los castellanos, comenzaron á dar los más atroces tormentos al malaventurado Zipa, y á fin de que confesase, mas no pudieron arrancarle una sola palabra, y expiró después de muchas semanas de increíbles martirios que la pluma se resiste á recordar por honor de la especie humana. Me limito á reproducir literalmente lo que sobre ello escribió el más moderado de los historiadores, Antonio de Herrera, cronista real, aunque está muy lejos de la justa indignación con que cuentan los detalles del suplicio de Sagipa, el señor Piedrahita y el Padre Zamora. Llena de satisfacción el ver que ninguna consideración de amor propio nacional fué parte para que estos honrados y humanos escritores dejaran de pintar el hecho con los más negros colores, y aún uno de ellos refiere que los más violentos de entre los que atormentaron al Zipa, perecieron todos de muerte desastrosa y repentina.

«Pasado el término (dice Herrera, década 6.ª, libro 6.°) y no habiendo dado más de cuatro mil pesos, los soldados, insolentes y codiciosos por la fama de los grandes tesoros del Bogotá, hicieron requerimiento á Gonzalo Ximenes para que pusiera en hierros á Sagipa, y le diese tormento, y porque no lo hacía entendiendo ser injusto, las murmuraciones y quejas de los soldados eran grandes, diciendo que se entendía con Sagipa, y de nuevo volvieron á los requerimentos y protestas, y dieron poder á Jerónimo de Ansá para que pusiese demanda en jucio, y Gonzalo Ximenes nombró por defensor de Sagipa á su hermano Hernán Pérez de Quesada, con juramento de que haría bien su oficio; y oídas las partes, se llegó al tormento y allí bárbaramente le mataron sin que descubriese nada.» Este fué el fin trágico y lamentable del último Zipa, porque aunque se dijo luego que los Chibchas habían proclamado otro, nunca se cuidó de averi-

guarlo, y esta dignidad quedó extinguida con la independencia de aquel pueblo. (1)

En esta ocasión desmintió Quesada su acostumbrada mansedumbre y humanidad, y de los pasajes que de su *Compendio* nos han trasmitido los historiadores posteriores, se deduce que él mismo se confiesa más culpable todavía de lo que resulta de las apariencias y documentos de que formó su juicio el laborioso cronista de Indias.

---

(1) "*Mais au delà des mers, partout où la soif des richesses amène l'abus de la puissance, les peuples de l'Europe, à toutes les époques de l'histoire, ont déployé le même caractère*" (Voyage de Humboldt, liv. 3.°). Cito aquí este pasaje de un viajero filósofo é imparcial, no con el fin de justificar á nuestros mayores en la muerte del Zipa y otras crueldades, sino con el de hacer ver de una vez que todas las naciones europeas, y no solo la española, se han manejado del mismo modo en circunstancias análogas. Inglaterra y Francia, los dos pueblos que se consideran más cultos y humanos, han consentido las mayores atrocidades para con los pueblos conquistados, y eso no en siglos anteriores, sino en el pasado y en el presente.

Hé aquí lo que dijo Mr. Burke, en 1788, en el Parlamento inglés, respecto de las iniquidades cometidas en la India por orden del Gobernador Hastings: "Azotaban á los indios por la noche, y por la mañana así lastimados los metían en agua fría para azotarlos de nuevo, atando juntos los padres con los hijos frente á frente, á fin de que el azote que no caía sobre el padre cayera sobre el hijo, hasta que los dejaban medio muertos, á fin de que apremiados con estos tormentos, descubrieran algunos puñados de granos que habían ocultado de la rapacidad de sus verdugos para alimentar escasamente á sus familias. Habían imaginado lacerarles las carnes con ramos espinosos y con varas de una planta cáustica y venenosa, cuyas heridas se convierten en lepra y aún se gangrenan, pereciendo los infelices. Otras veces les ataban los dedos unos contra otros con tal fuerza, que parecían no formar sino una sola pieza, y luego con cuñas y martillos los separaban, mutilando así estas honradas y laboriosas manos, que no habían cesado de ocuparse en beneficio del Imperio Británico. Por último, endurecidos á fuerza de crueldades, daban á las mujeres tormento de fuego, ultrajando el sexo, la decencia, la naturaleza misma, todo por el ansia del oro etc."

Veamos ahora en este siglo XIX lo que se ha hecho á la vista de la Europa entera por un pueblo civilizador, y oigamos á sus mismos generales, y en primer lugar al general Duvivier, que acaba de morir en París á manos de los facinerosos que pretenden reformar la sociedad por los medios más sangrientos y brutales.

"Nous avons soumis le pays (l'Algérie) par un arsenal de haches et d'allumettes chimiques. On coupait les arbres, on brûlait les moissons, et on se rendait bientôt maître d'une population réduite á la famine et au désespoir." "Hemos sometido el país gracias á nuestras hachas y pajuelas, cortando los árboles, incendiando las mieses, y apoderándonos así de un pueblo reducido al hambre y á la desesperación." Y en otra parte: "Hace once años que no hacemos otra cosa que demoler casas, destruír los árboles incendiar las mieses, degollar á los hombres, las mujeres, los niños, cada día con mayor furia." (*Solution de la question de l'Algérie*, p. 285). Hay hechos todavía más inhumanos, que el pueblo francés ha condenado unánimemente, como el gobierno y el pueblo español reprobaban lo que se hacía en América por los conquistadores.

Las repúblicas de la América del Sur han tratado de reparar las injusticias de la conquista, eximiendo de tributos á la raza indígena é igualándola bajo todos los aspectos á las demás. La República Francesa mantiene preso á Ab-del-Kader contra la fe de una solemne capitulación, y en vísperas de una bancarrota, continúa gastando 125 millones por año en oprimir á los Arabes, que tienen tanto derecho á su libertad como los pretendidos socialistas y amigos de la humanidad.

Habiendo explorado el licenciado Quesada el país en todas direcciones, se persuadió de que para emprender nuevos descubrimientos necesitaba de mayores fuerzas y de nombramiento directo de la corte, para donde se resolvió á partir por la vía de Cartagena, ocultando su viaje al Adelantado Lugo, cuyo fallecimiento parece ignoraba, y con esperanzas de obtener para sí el gobierno de la región que había descubierto. Antes de emprender su jornada, trató de ganarse las voluntades de los usaques de toda la comarca, haciéndoles esperar que conservarían su independencia sin ser extorsionados ni vejados; para ello los convocó nominalmente, y los trató con mucha consideración, despidiéndolos más satisfechos. Luego envió dos Capitanes hacia el poniente y dos al oriente con el fin de escoger en la llanura el sitio más á propósito para fundar una ciudad. Después de discutir las ventajas é inconvenientes de los diversos sitios, se decidió en favor del paraje en que había un pequeño pueblo llamado Teusaquillo, dependiente del usaque de Tuna, gran población que distaba dos leguas el valle arriba, aunque no se dice si al sur del lado de Usme, ó al norte á la parte de Usaquén. Allí ordenaron á los indígenas que fabricasen una docena de casas espaciosas y capaces de contener á todos los españoles, excepto los que el licenciado pensaba llevar en su compañía. Levantaron una iglesia también de madera y de paja en donde mismo está hoy edificada la catedral de Bogotá.

A principios de Agosto de 1538 se trasladaron los españoles á su nueva residencia, y estando todos juntos se apeó Quesada de su caballo, y, arrancando algunas yerbas, dijo que tomaba posesión de aquel sitio y tierra en nombre del Emperador Carlos V, y, subiendo luego á caballo, desnudó la espada, diciendo en alta voz que saliese si había quien contradijese aquella fundación, que él defendería á todo trance, y como nadie se opuso, envainó la espada y ordenó al escribano del ejército diese testimonio en instrumento público. Fué entonces cuando Quesada impuso el nombre de Santa Fe á la naciente ciudad, y de Nuevo Reino de Granada al territorio descubierto, y, en efecto, aunque el paisaje es aquí más extenso y más vasta la llanura, la semejanza es grande entre la planicie elevada que riega el Funza, con la vega deliciosa de Granada que el Genil fecunda, hasta en la probabilidad de haber sido una y otra fondo de antiguos lagos. La colina de Suba, para el que mira al poniente desde la falda de los cerros á cuyo pié está situada la ciudad de Bogotá (como Granada al pié de sus collados), queda al noroeste, como la sierra de la Elvira; y la cristiana ciudad de Santa Fe en la Vega ocupa exactamente la posición que el pueblo de Fontibón en nuestra planicie; la ilusión es completa, y el pensamiento ha debido ocurrirse sin dificultad á Quesada, tan familiarizado con los sitios en que había pasado sus verdes años. Aun las alturas del lado de Suacha recuerdan por su aspecto y posición el famoso collado que lleva el nombre de *Suspiro del moro*, por el llanto de Boabdil, el último rey de Granada, lágrimas que sugirieron á la heroica Zoraida la hermosa sen-

tencia que la historia nos ha trasmitido: "Bien hace en llorar como mujer lo que como hombre no supo defender. (1)."

Fray Pedro Simon al dar cuenta de esta fundación, dice: "No nombró sin embargo entonces el General Quesada justicia ni regimiento, no estableció *horca* ni *cuchillo* ni las *demás cosas importantes* al gobierno de una ciudad, ni para la iglesia cura," á fin de que continuase el régimen militar que le permitía atender sin contradicción á sus proyectos. Es digno de notarse cuán arraigados estaban los privilegios y fueros de las municipalidades entre los castellanos en aquella época, pues los mismos hombres que se manifestaban obedientes y sumisos á todos los mandatos y aun caprichos de su jefe, luego que este creaba de entre ellos mismos un regimiento, se constituían en un cuerpo respetable que tenía sus acuerdos y formaba la unidad civil y comunal que resistía enérgicamente á cuanto no era legal y racional. La primera misa se dijo en la iglesia nueva el 6 de Agosto de 1538, y esta es la época legal de la primera fundación de Bogotá. La obra de la conquista estaba, por decirlo así, finalizada, y la de la colonización iba á comenzar; en la predicación del Evangelio y civilización de los indígenas no se pensaba todavía, y después del bautismo solemne del Usaque de Suba, no consta que se verificase otra nueva conversión.

Acababa de salir una partida de Santa Fe, de orden de Quesada, hacia el poniente, para descubrir lo que pudieran del otro lado de la Sierra Nevada del Tolima, cuando llegó á oídos del General la noticia de que por el valle de Neyva bajaban de la parte del sur muchos españoles, no ya vestidos de tejidos

---

(1) Mendes Silva en su libro sobre la población general de España (Madrid, 1645)) dice así: "Es la ciudad de Granada, dignísima cabeza de su reino, plantada en las deleitosas faldas de la Sierra Nevada. Báñanla los ríos Darro y Genil, regando frescas alamedas, olorosos jardines y apacibles huertas, resonando entre nativas y artificiosas fuentes, dulces músicas, canoras y suaves melodías de acordes pajarillos que con arpadas lenguas se gorjean; ameno y delicioso sit o, emulación de pensiles babilónicos, bosques de Chipre y Tempe de Tesalia; viniendo á ser una de las fertilísimas de España, en abundancia de pan, vino, aceite, varias frutas, legumbres, verduras, lino, miel, caza, pescado, aves domésticas, ganados, grana, y produciendo minerales de oro, plata, plomo, hierro, sal, finísimos jaspes, alabastros y otras estimadísimas piedras."

Dicen algunos, entre ellos Medina (*Grandezas de España*, Alcalá, 1548), que el nombre de Granada se le puso por la semejanza de la ciudad en su figura con una granada abierta dejando ver los granos rojos, ó de *gar*, cueva, y *Nata*, nombre de una doncella que vivía encerrada en una caverna y á la cual venían á consultar las gentes de la Vega antes de la fundación de la ciudad. Según Arias Montano, *Granad* significa *ciudad de peregrinos*, porque la fundaron hebreos expulsados por Vespasiano de Roma. Luis del Mármol dice que en 1013 había en este sitio un castillo que llamaban *Ysnarromán*, es decir *Castillo del Granado*, probablemente por un árbol de esta fruta tan común hoy en aquel país; otros dicen que Granada, en idioma fenicio, quiere decir *fértil y abundante*. Se excusará la extensión de esta nota y las digresiones del texto, en puntos de poca importancia histórica, en favor del deseo de satisfacer la curiosidad de los que no tienen la oportunidad de hacer indagaciones de este género

del país, como la tropa de Santa Marta, sino de ricas telas, con armas resplandecientes, y seguidos de innumerable hueste de indios de servicio. Alarmado con esta noticia mandó á su hermano que fuese á reconocer estas gentes, cuyo encuentro se consideraba como una calamidad, por los choques y disgustos que se originaban entre los diferentes conquistadores sobre el límite de sus territorios respectivos, como porque aumentándose los partícipes en los despojos y en los repartimientos de los indígenas, se disminuían los beneficios de cada partida.

Belalcázar había recorrido todo el valle de Neyva por la orilla izquierda del Magdalena. Las divisiones y sangrientos combates entre los yaporogos que habitaban el fondo del valle, y los pijaos, que vivían en los valles de la cordillera central, le proporcionaron la fácil reducción de aquellos pueblos, que reunidos hubieran podido resistirle. Ningún detalle nos ha quedado de los sucesos de esta expedición; sólo sabemos que llamó al río Saldaña por haberse ahogado en él, ó haber muerto los indios en sus orillas un criado de Belalcázar que tenía este apellido. Ya habían llegado las tropas de Belalcázar á las inmediaciones del río Sabandija, cuando Hernán Pérez de Quesada atravesó el Magdalena en la dirección que los indígenas le indicaban, para cumplir con su comisión. Antes de llegar al grueso de las tropas trató de coger por sorpresa alguno de los soldados, para averiguar las intenciones del jefe, pero no pudiendo conseguirlo, se presentó atrevidamente á Belalcázar aparentando confianza; fué de este acogido muy cortésmente, y, recibiendo alguna vajilla de plata como presente, en retorno de las piezas de oro que el licenciado Quesada había enviado á regalarle, se despidió con las seguridades que le dió Belalcázar de que no venía á turbar posesiones ajenas, y que sólo se proponía continuar su jornada en solicitud del Dorado.

Apenas había vuelto Hernán Pérez de Quesada á Bogotá, é informado á su hermano de las intenciones ostensibles de los peruleros, que así llamaban á los procedentes del Perú, cuando recibió el General español una carta escrita con achiote ó bija, en una piel de venado, desde Pasca, por el Capitán Lázaro Fonte, que, habiendo incurrido en la indignación de Quesada, estaba sufriendo un destierro en aquel pueblo solitario. En ella le avisaba que corrían rumores de que por la parte de oriente, atravesando los páramos de Sumapaz, venían españoles y caballos, aunque unos y otros en estado lamentable por la fatiga y las privaciones. Envióse otra partida á reconocerlos, y á pocos días volvieron con un soldado de los que venían de Venezuela con Fredemán; este dijo que después de una larga y desastrosa peregrinación de tres años, se habían resuelto á cruzar la cordillera, escalándola justamente por la parte más ancha y más escarpada, por donde hoy mismo los más audaces cazadores apenas se atreven á andar. Ni antes ni después de Fredemán han trepado caballos por las ásperas cimas de Pascote, á salir á Sumapaz y descender después á Pasca, que está en el valle de Fusagasugá. Temeroso Quesada de que reunido Fredemán con

Belalcázar, que habiendo ya variado de camino se dirigía hacia Bogotá, no le dictasen condiciones de avenimiento demasiado duras, se esforzó en celebrar sus arreglos con Fredemán, antes que éste se entendiera con los del Perú, y en efecto, lo consiguió mediante diez mil pesos dados al caudillo alemán, con lo cual ofreció este irse á España acompañando á Quesada y dejando sus soldados que debían entrar á disfrutar desde aquel día de todos los derechos de descubridores y conquistadores, aunque sujetos á Quesada.

Mientras que iban y venían los clérigos y religiosos á los diversos campamentos, tratando de impedir un rompimiento, presentaban estas tres partidas de españoles procedentes de puntos tan distantes, y ocupando ahora los vértices de un triángulo de tres á cuatro leguas por lado, un espectáculo singular. Cada una se componía de ciento sesenta hombres, un clérigo y un fraile. Los del Perú venían vestidos de grana, sedas, morriones y plumas costosas, los de Santa Marta de mantas, lienzos y gorros fabricados por los indios, y los de Venezuela, en guisa de prófugos de la isla de Robinson, cubrían sus carnes con pieles de osos, leopardos, tigres y venados. Estos últimos, caminando más de trescientas leguas por despoblados, habían corrido las más crueles aventuras; llegaban pobres, desnudos y reducidos á la cuarta parte de su número primitivo. Sin embargo de tanta desventura, dicen los cronistas que fueron los que introdujeron las gallinas, como Belalcázar los cerdos. Los tres jefes eran de los hombres más distinguidos que llegaron á América. Belalcázar, hijo de un leñador de Extremadura, alcanzó por sus talentos y valor el renombre de uno de los más célebres conquistadores de la América meridional, dotado, en grado muy superior á los otros dos, de tacto político y de genio observador. Luego que supo la reunión de Quesada y Fredemán, cedió noblemente sus derechos, rehusó tomar la suma que Quesada le ofrecía, estipulando solamente que no se impediría á sus soldados volver al Perú cuando quisieran ó los reclamara Pizarro, y que el Capitán Juan Cabrera volvería á fundar una población en Neyva, territorio que debía comprenderse junto con Timaná en la gobernacióu de Popayán, la que intentaba solicitar del Emperador, y, por tanto, se ofreció á seguir en compañía de Quesada á España.

Mientras que se construían las embarcaciones que debían conducir á los tres jefes por el Magdalena á Cartagena, Belalcázar persuadió á Quesada fundase otras dos ciudades en la hermosa región que la fortuna y su constancia le habían proporcionado descubrir. Designóse pues al Capitán Martín Galiano, que había servido con reputación en Europa bajo las órdenes del General Antonio de Leyva, para que fundase una ciudad que se llamase Vélez, por los recuerdos que de Vélez Málaga tenía Quesada; otros quieren que sea por Vélez el Blanco, de las inmediaciones de Granada, en España, y para lo cual debía escoger un sitio favorable en las inmediaciones del río Saravita ó Suárez; y al Capitán Gonzalo Suárez Rondon, que se

distinguió con los tercios españoles en la toma de Pavía y guerras de Italia, para fundar otra ciudad en Hunsa ó Tunja, residencia de los zaques, de cuya riqueza tenían los españoles tan crecidas muestras.

A principios de Abril de 1539, antes de verificar su viaje, se ocupó Quesada en constituír el Ayuntamiento de la capital, nombrando alcaldes y regidores, y señalando cura y teniente.(1). Dejó á su hermano Hernán Pérez de Quesada encargado del gobierno de la colonia con el título de Teniente General, que el Cabildo en su primera reunión se apresuró á confirmar para evitar disputas sobre su legitimidad. Trazáronse las calles de la nueva ciudad y repartiéronse los solares, todo antes de la salida de los tres generales, que se embarcaron en Guataquí en el mes de Mayo de este mismo año de 1539, y, navegando algunas leguas con mucha precaución en el Magdalena, oyeron el ruido de grandes raudales, lo que los obligó á desembarcar y hacer una exploración que tuvo por resultado tener que trasportar los equipajes por tierra cargados por los indios, y á bajar las dos embarcaciones enteramente vacías, por la orilla de la parte del curso del Magdalena que hoy se llama el salto de Honda. Sin otro embarazo llegaron á las bocas del río á los doce días, no sin algunos combates con los indios, que los atacaban á menudo, y eran rechazados merced á los arcabuces y pólvora de la escolta de Belalcázar. Pasaron luego á Cartagena, y ya puede imaginarse cuál sería el asombro de los vecinos de aquella ciudad y de Santa Marta, que desde la vuelta de Gallegos habían dado por perdidos y muertos á Gonzalo Ximénez de Quesada y á sus compañeros. La fama del oro que se marcó en la fundición de Cartagena, y la relación exagerada de las maravillas del imperio de los Chibchas, excitaron la envidia de todos, y Jerónimo Lebrón, Gobernador de Santa Marta por la Audiencia de Santo Domingo desde la muerte del Adelantado Lugo, se preparó á ir á lo interior á tomar posesión de lo que él estimaba pertenecer á su jurisdicción, á pesar de las protestas del licenciado Quesada desde Cartagena. Apresuró este su viaje á España, en donde esperaba obtener luego el nombramiento de Adelantado del Nuevo Reino de Granada, sin pensar que allá tenía un rival poderoso en D. Luis de Lugo, hijo del Adelantado D. Pedro, á quien se había ofrecido por dos vidas el gobierno de las regiones que se descubrieran, según atrás llevamos escrito.

---

(1) Los primeros alcaldes designados fueron Jerónimo de la Insá y Juan de Arévalo, y regidores los Capitanes Juan de San Martín, Juan de Céspedes, Antonio Días Cardoso, Lázaro Fonte, el Alférez Hernán Venegas y Fernando Rojas, que después se avecindó en Tunja, y Pedro Colmenares, que fué el que fabricó la primera casa de teja en la ciudad. Alguacil mayor, Baltasar Maldonado, y Juan Rodríguez Benavidez, escribano. Dióse también el nombramiento de justicia mayor de toda la colonia al Capitán Suárez, fundador de Tunja. El primer cura fué el presbítero Verdejo, que acompañó á Fredemán.

CAPÍTULO XIV.

Gobierno de Lorenzo de Aldana en el sur.--Laboriosa jornada del oidor Vadillo desde San Sebastián de Urabá hasta Caly, y muerte de Francisco César.--Funda Robledo la villa de Santa Ana ó Anserma; pasa el Cauca.—Sujeta las tribus de Carrapa, Picara, Pozo, Arma y Paucura.—Vuelve al sur y funda la ciudad de Cartago, en la provincia de Quimbaya.—Llega Andagoya de España á Caly por el Dagua, y es recibido como Gobernador.--Préndelo Belalcázar.—Sale de nuevo Robledo de Anserma al norte y descubre el valle de Aburrá, hoy Medellín.--Atraviesa el Cauca, y en la provincia de Hebejico funda en 1541 la ciudad de Antioquia.

Fértiles tiene sus grandes montañas,
Y más los collados y vegas amenas;
De todos metales abundan sus venas,
Y dellos reparte por tierras extrañas.

CARTUJ. TRIUNFO. 5.°, Sevilla, 1518.

Mientras que estos sucesos pasaban en las regiones de la parte central del territorio que hoy corre con el nombre de Nueva Granada, regiones que baña el río Magdalena y sus afluentes, las comarcas del sur y occidente, que riega el Cauca, eran el teatro de acontecimientos que importa conocer, y que forman el asunto de este capítulo.

Cansado Pizarro de esperar noticias de su teniente Belalcázar, que había cesado de corresponder con él desde la fundación de Caly y Popayán, y desconfiando de la fidelidad de aquel afamado Capitán, que supo siempre hacerse querer y seguir de los soldados, despachó en su alcance al Capitán Lorenzo de Aldana, sujeto dotado de mucha moderación y prudencia, calidades raras en todos tiempos, y mucho más en las Indias, en la época á que nos referimos. Llevaba Aldana poderes ostensibles de Juez de comisión, y otros secretos más amplios para prender á Belalcázar y subrogarse en el mando de todo lo descubierto, en el caso que se persuadiese de que este caudillo se proponía obrar con independencia de Pizarro, y negarle la obediencia, fundado en el gran poder é influencia que tenía en sus subordinados, á quienes toleraba que cometiesen todo género de desafueros respecto de los indígenas.

Llegó á Popayán con cuarenta hombres, y halló á los vecinos, que ignoraban el paradero de Belalcázar desde que cruzó la cordillera de Guanacas, luchando con todos los horrores del hambre y de la peste, azotes que habían devastado toda la comarca, porque los indígenas, persuadidos de que no podían vencer por la fuerza á los españoles, tomaron la resolución desesperada de cesar de cultivar la tierra, prefiriendo morirse de

hambre por arrastrar consigo á sus opresores, como en efecto lo consiguieran sin la oportuna llegada de Aldana, que bajó al valle del Cauca al instante y remitió desde Caly un convoy de víveres á Popayán. En este tránsito observó la soledad más grande en lugares antes muy poblados, y por todas partes hallaba osamentas de los naturales que habían perecido de necesidad ó devorándose los unos á los otros. (1). Aldana manifestó ánimo conciliador y humano; y á pesar de que no le faltaban pruebas de las intenciones de Belalcázar y de que los vecinos lo aclamaban padre y salvador, se contuvo dentro de los limites de sus despachos ostensibles, no queriendo destituír á Belalcázar mientras no adquiriese la certidumbre de sus sospechas; lo que no tardó en suceder luego que llegaron los Capitanes Añasco y Ampudia, que Belalcázar despachó desde el valle de Neyva á fundar una población en Timaná. Entonces fué recibido Aldana como Gobernador sin dificultad, y se ocupó activamente en ordenar y regularizar los asuntos de estas tres poblaciones y de fundar otras más lejanas, á cuyo efecto comisionó al Capitán Jorge Robledo, que despunta aquí en su breve y azarosa carrera que coronó un fin trágico.

Esto sucedía en la parte alta del curso del Cauca: vamos ahora á narrar los descubrimientos y aventuras del oidor Vadillo, en la parte baja.

Dejamos dicho en el capítulo 8.° que Vadillo, juez de residencia, prendió en Cartagena á los Heredias, les confiscó los bienes, y estaba resuelto á enviarlos bajo partida de registro á España, quedando él dueño de vidas y haciendas en la colonia, y cometiendo todo género de tropelías con los indígenas. Llegaron á España noticias de la conducta de aquel áspero y codicioso togado; quejóse Heredia á sus amigos, y se decidió que se enviaría otro juez á residenciar al mismo juez de residencia, que se hallaba ejerciendo las funciones de Gobernador. Súpolo este con anticipación, y fuéle aconsejado por sus amigos de la isla de Santo Domingo que, pues tenía tropas y dinero, emprendiese algo que llamase la atención, que ya la experiencia

---

(1) Toda es tierra muy hermosa de campiñas (dice el licenciado Andagoya, que la visitó algunos meses después de Aldana) y ríos de mucha pesquería y alguna caza de venados y conejos. Esta tierra, en obra de treinta leguas que es la que se despobló, era la más bien poblada, fértil y abundosa de maíz y de frutas y de patos; y cuando yo llegué, estaba y la hallé tan despoblada, que no se halló en toda la tierra un pato para poder criar; y donde había en estas treinta leguas sobre cien mil casas, no hallé diez mil hombres por visitación. Y la principal causa de su destrucción fué que se les hicieron tantos malos tratamientos sin les guardar verdad ni paz que con ellos se asentase. Y como en Popayán los cristianos no sembrasen en todo el tiempo que allí estuvieron, teniendo los indios sus maíces para coger, los cristianos se los iban á coger y tomar, y echar los caballos y puercos en ellos, determinaron de no sembrar; y como allí tarda en venir el maíz ocho meses, hubo tanta hambre, que se comieron unos á los otros, ó murieron de ella, fuera de los que Belalcázar llevó en servicio del ejército." (*Colección de Navarrete*. Tomo 3°, p. 440.) Hoy, como en casi toda región caliente de América en donde se extinguió la raza indígena, predomina la raza africana en este espacio á que alude el licenciado Andagoya.

tenía enseñado que no había atentado ni crimen que no borrase un descubrimiento notable, y que todavía podía surgir en tan vasto continente. Era Vadillo hombre atrevido, y, según se infiere de sus hechos, con más vocación para militar que para letrado; tenía además, bajo sus órdenes, al Capitán Francisco César, que conocía el camino del valle de Guaca, y le quedaba la perspectiva de atravesar descubriendo y enriqueciéndose una gran parte de América hasta el Perú, adonde lo llevaban sus aspiraciones. Dió, pues, prisa á los aprestos de una de las más fuertes expediciones que de la costa partieron hacia lo interior; pues se trataba de cuatrocientos españoles y otros tantos caballos, sin contar con los indios de servicio de ambos sexos y muchos negros esclavos. Esta jornada se organizó en San Sebastián de Urabá; en ella tomaron parte franceses, portugueses y cuantos aventureros pudieron equiparse á su costa para seguir á Vadillo. Pedro Cieza de Leon, el cronista, era uno de los soldados, y es sensible que no se haya conservado su Diario, y que sólo toque por incidencia esta expedición en su primera parte de la *Crónica del Perú*, que es la única de sus obras que se imprimió.

Salió Vadillo de San Sebastián de Urabá á fines de 1537 ó principios de 1538 (1), llevando por Teniente ó segundo cabo á Francisco César; por maese de campo á Juan Villoria, y por adalid ó capitán de macheteros ó exploradores á Pablo Fernández, oficial lleno de recursos, de aliento y de actividad, que con instinto singular sacó muchas veces al ejército de los trances más apurados. Caminaron siguiendo las huellas del Capitán César en su primera jornada, hasta el pueblo de Abibé, al pié de la sierra de este nombre, pero con más lentitud, á causa del mayor número de caballos y equipajes, y dificultad de la subsistencia por aquellas selvas, atravesando varios ríos y siguiendo, no sin escaramuzas con los indios, el lecho de los torrentes, como sendas más trajinables. Pero los mayores trabajos les esperaban para cruzar la cordillera, porque se desviaron de la dirección que había seguido César hacia el valle de Guaca, suponiendo que llegarían más pronto á tierra limpia, error que les costó bien caro. Morían los caballos y los hombres enterrados en el cieno ó despeñados, porque no había otra alternativa que andar sobre precipicios ó por entre ciénagas. Al cabo de algunos días volvió P. Fernández, que se había adelantado á descubrir, y trajo la noticia de haber hallado un valle poblado

---

(1) Castellanos dice que la salida de Vadillo fué en 1539; Herrera, y Piedrahita que copia á este, aseguran que la expedición se verificó en Febrero, fecha que no cuadra ni con la llegada de Vadillo á Caly, en 1539, después de 1537, de un año de viaje, en que todos convienen, ni con el tiempo de la residencia de Vadillo en Cartagena, duración de la expedición de César, y período necesario para que el nombramiento de juez de residencia llegase á oídos de Vadillo. La opinión de Fray Pedro Simon es la que me parece más racional, porque no está en contradicción con ninguno de los sucesos que inmediatamente precedieron ó siguieron esta trabajosísima jornada. Algunas semanas después de su salida celebraron la fiesta de la Purificación, que es casi seguro fué la del 2 de Febrero de 1538.

y limpio de malezas, á que dió el nombre de valle de los Pitos, por la multitud de estos incómodos insectos. Marchó Vadillo con los más robustos hasta salir á aquella región, cuyos habitantes estaban sujetos, como los del valle de Guaca y otros circunvecinos, al Cacique Nutibara, vencido por César en la primera refriega del año pasado. No los recibieron de paz los indígenas; por el contrario, sin cesar los atormentaban picando la retaguardia y asesinando á los que se quedaban atrasados para comerlos, pues todos estos moradores eran antropófagos. Algunos días después llegó el resto del ejército con cincuenta y tres caballos menos y algunos soldados muertos, otros enfermos y muchos negros esclavos menos, huídos por eximirse de las grandes fatigas á que los condenaban, cargando los equipajes y construyendo estacadas y andenes de terraplén en las laderas y escarpes por donde pudieran pasar los caballos. En este valle de los Pitos (1) hallaron abundancia de mantenimientos, y en él se detuvieron veinte días reponiéndose de las fatigas pasadas, sin dejar de enviar partidas á hacer excursiones. En una de estas bajaron al valle de Mauri, y luego al valle principal del Guaca. Este cacique, por el conocimiento que de la fuerza de los caballos había adquirido en la entrada de César, eligió un sitio escarpado, adonde era imposible que subieran caballos, y en él había reunido toda su gente, resuelto á defenderse hasta la muerte. El éxito probó que Nutibara era tan animoso como cuerdo. El tesorero Saavedra, de Cartagena, que acompañaba á su amigo Vadillo en calidad de Capitán de la infantería, fué rechazado con sesenta soldados que condujo al ataque. César mismo, enviado á reforzarlo, creyó que era preciso recurrir á un ardid militar. Subió pues, una noche, con cierto número de hombres y se ocultó en la montaña vecina al fuerte de Nutibara, pensando que sorprendidos los indígenas con una repentina acometida al rayar el día, huirían despavoridos. Muy de otra suerte sucedió; pues Nutibara y sus guerreros, no sólo se defendieron con extraordinario vigor, sino que cargaron en tanto número y con tal coraje, que sin la serenidad y valor de César, que se quedó atrás defendiendo la entrada de un desfiladero, por donde se retiraron precipitadamente los españoles, no quedara uno solo con vida. Con la mayor audacia y desesperación se arrojaban los indios, pretendiendo asir al Capitán español, y sin escarmentar al ver los montones de cadáveres que daban testimonio de los templados filos de su espada. Retiróse después lentamente hasta el punto en que lo esperaban los de á caballo, y en donde cesaba todo peligro.

Levantó sus reales Vadillo del valle de los Pitos, y pasó al

---

(1) **Era valle de grande circuito**
De espesas y bien puestas poblaciones;
Mas número de chinches infinito
Hay por allí contrarios en faiciones.
Llámanse pitos, tienen las costumbres
De chinches, y aun mayores pesadumbres.

Castellanos.

de Guaca, en donde lo esperaban sus oficiales, desconfiados yá de someter á Nutibara. Allí recibió el homenaje del Cacique vecino Tuatoque, de quien se entendió tener enemistad con Nutibara y haber sido también vencido, pretendiendo sorprender en su fortaleza natural á este brioso jefe. Los que acompañaban á Tuatoque vinieron al campamento vestidos de mantas de algodón, trajeron un presente de alhajas de oro, y solicitaron la cooperación de los castellanos para atacar de nuevo. Ofrecióles Vadillo con buena voluntad el auxilio pedido, pero se retiraron para no volver más, arrepentidos sin duda de su traición. Aunque el animoso oidor, que había mostrado paciencia y sufrimiento cual ninguno en los meses que llevaban de penalidades, pretendía también ser el primero en marchar contra Nutibara y no dejar el país hasta no sujetarlo, pudieron más las reflexiones de César y demás oficiales para disuadirlo de gastar las fuerzas del ejército en tan larga empresa, en vez de continuar explorando otras regiones que prometían más riqueza y no tan tenaz resistencia. (1). Se prepararon, pues, á seguir para otro valle vecino llamado de Nore ó Norí, dejando ufano y triunfante al valiente y astuto Cacique Nutibara, de quien no vuelve á hacerse mención en las épocas posteriores.

En este tránsito hallaron las mismas breñas y asperezas, iguales hambres y dificultades. Reconvenidos los guías por la falta de sendas para comunicarse de unos valles á otros, respondían que el estado de hostilidad perpetua en que vivían unos con otros, los obligaba á cerrar las veredas como medida de defensa. El adalid Fernández llegó el primero á la ceja del monte, pero, aunque vencedor del primer escuadrón que salió á impedirle el paso, creyó más prudente volver por mayor refuerzo. Eran los indígenas de Norí de alta estatura, esforzados y animosos como los de Guaca, y ya comenzaban á ver los castellanos que el oro les costaría bien caro, porque cada tribu de aquella montañosa región parecía dispuesta á defenderse con valor y obstinación, de lo que se persuadió el oidor al llegar al campo del combate y centemplar aquella ladera ensangrentada y sembrada de cadáveres, de dardos y macanas esparcidas por donde quiera, todo lo cual indicaba que no eran escaramuzas, sino reñidas peleas las que le aguardaban. Sentó sus reales en el pueblo más considerable, en medio de sementeras y tierra limpia, y de

---

(1) Decía César á Vadillo:

Ansí que, como falten los caballos
Tengo por imposible subyectallos.
Y es esta que tenemos retraída
Según por experiencia vimos antes
Gente desesperada y atrevida,
Con miembros y estaturas de gigantes.
Tienen una feroz arremetida,
Y en ella firmes, fuertes y constantes;
Son sobre doce mil, á lo que pienso,
Y el número de tiros es inmenso.

CASTELLANOS.

allí salieron las partidas que en todas direcciones escudriñaban el país buscando oro, objeto principal de sus conatos. (1).

Los que fueron del lado de la cordillerra al occidente hallaron á los tres días un pueblo fundado sobre árboles gruesos, cuyos habitantes se defendieron arrojando dardos, piedras, agua caliente y brasas encendidas; pero algunos tiros de arcabuz los hicieron bajar, y fueron conducidos al campo presos por haber entregado á las llamas sus habitaciones, defraudando á los conquistadores de las alhajas que esperaban robar. Entre tanto Nabonuco ó Nabuco, cacique de Norí, deseoso de apartar á los castellanos de sus tierras, se presentó á Vadillo, le trajo dos mil pesos de oro, ofreciéndose á conducirle á la provincia de Buriticá, en donde aseguraba ser muy abundante este metal. Caminaron algunos días por selvas impenetrables, y pensando Vadillo que Nabuco lo engañaba, lo reconvino un día agriamente amenazándole con la muerte. No se alteró el jefe indígena; respondió con entereza que él no había ofrecido llevar á los castellanos por tierra llana y limpia, porque no la había, y que si ellos pasaban mala vida, la suya tampoco era mejor, y que bastaba que él los sacara dentro de tres días más á las lomas descubiertas de Buriticá, para cumplir su oferta. Así lo verificó, y en reconocimiento lo dejó volver Vadillo á sus hogares.

El principal asiento de los moradores de Buriticá estaba en paraje inaccesible, pero la fama de su riqueza y el temor de que la escondiesen les dió ánimo para emprender el ataque sin tardanza por aquellos precipicios. Murió allí atravesado de un dardo un valiente caudillo francés llamado Noguerol, mas Vadillo detuvo el desaliento que tal pérdida inspiraba, y animando su tropa, logró coronar la altura en donde se hallaba el cacique encerrado en un palenque que no pudo defender, y dentro del cual quedó prisionera de los españoles, su mujer y su familia. Hallaron algunas alhajas de oro, aunque no tanto como esperaban, pero vieron aquí por la primera vez las hornillas, moldes y demás utensilios que indicaban ser estos indígenas artífices en el deseado metal. Al día siguiente se presentó el cacique ofreciendo traer mucho oro y señalar el lugar de donde lo extraían en rescate de su jóven esposa, la cual fué puesta en libertad, constituyéndose prisionero este jefe en su lugar; y como pasaron los plazos en que debían traer el rescate, le pusieron los castellanos una collera de hierro, y apremiándolo, ofreció llevarlos á las minas. Cuatro soldados lo conducían bien custodiado, pero este cacique se arrojó por un precipicio, aunque de poco le valió, porque arrastrando consigo los guardas, estos, aunque maltratados de la caída, lo sacaron á presencia del cruel y vengativo Vadillo, que lo hizo quemar vivo por mano de sus esclavos, á pesar de los ruegos é instancias de todo el ejército, que se interesaba

---

(1) Y por diversas partes los caudillos
Buscaban los metales amarillos.

CASTELLANOS.

en la suerte de este generoso indígena (1) que se había sacrificado por su familia.

Desengañado el jefe español, continuó su trabajosa jornada hasta encontrar con un caudaloso río que creyeron ser el Magdalena, pero que era el Cauca. No pudiendo atravesarlo, y estrechados por el hambre en aquellos bosques, se movieron hacia el occidente, abriendo penosamente la selva hasta que llegaron á la región llamada por los naturales Iraca. Sabedores estos de la invasión extranjera, quemaron sus pueblos y salieron al encuentro de los españoles, que no tuvieron trabajo en desbaratarlos y en apoderarse del país, que hallaron abundante de provisiones y principalmente de sal, que fabricaban evaporando las aguas de ciertos pozos, con cuyo artículo contrataban en los países vecinos. Aquí se detuvo Vadillo por consideración á los enfermos que no podían caminar. Muchos españoles encontraron su sepultura en Iraca en lugar de los tesoros que buscaban, entre ellos Pablo Fernández, el intrépido baquiano, pérdida gravísima para el ejército, que siguió luego su penosa marcha por Naratupe hasta llegar al río Garú, siempre hostilizados por los naturales, que atacaban á cuantos se desviaban del cuerpo pricipal en corto número, y así mataron á muchos. En la población de Cori, más adelante al sur, siguiendo siempre la ribera izquierda del Cauca, aunque á bastante distancia, en lugar del oro que se prometían, hallaron la más obstinada resistencia de parte de los indígenas. Enfermo ya y quebrantado por los combates y aspereza de los caminos, rindió allí su último aliento el bizarro Francisco César, á quien solo faltó otro teatro y mejor fortuna para ser uno de los más ilustres conquistadores, pero no le faltaron las lágrimas de cuantos le sobrevivieron. Su muerte sumergió en el estupor y en la consternación el campo español. Los soldados comenzaron á pedir que se emprendiera la retirada á la costa del mar antes de que acabaran los demás ó de enfermedades ó á manos de los indígenas. El Oidor no podía empero escuchar con paciencia estos clamores, sabiendo que al llegar á Cartagena lo esperaba la más dura prisión. Decíales que ya estaban al llegar á Caramanta, tierra rica, y que no era justo que volviesen pobres y desmedrados de tan trabajosa jornada. Siguiéronle pues, aunque con mucha repugnancia, que creció luego que atravesando las selvas que dividían una provincia de otra, llegaron á Caramanta sin la riqueza ofrecida. En ella pudieron prender algunos naturales que les parecieron mucho más inteligentes que los que hasta allí habían encontrado. Estos les dijeron que más adelante hallarían oro en abundancia en territorio de Cucuy. Con este engaño fueron llevando los indígenas de provincia en provincia á los codiciosos huéspedes. Si cabe, todavía era más áspero el terreno que separaba la provincia de Caramanta

---

(1) Y el indio mostró grave continente.
Era de grandes miembros, gentilhombre,
Y ninguno se acuerda de su nombre.

CASTELLANOS.

de la vecina. Desesperados los soldados, hicieron otra representación á Vadillo para que volviese á Urabá, mas este, indignado, por toda respuesta se arrojó al bosque con su espada en la mano y acompañado de los guías, diciendo que tornase el que quisiera, que él solo continuaría hasta hallar mejor ventura. No le abandonaron empero, porque aunque cruel y obstinado, no le fataba prudencia y tino para mandar: agasajaba á las tropas y no tomaba otra ración que la de simple soldado, participando de todas las privaciones, secreto infalible para acallar murmuraciones, porque el que no sufre como los demás, no tiene derecho de impedirlas.

Después de muchos días de penosa marcha llegaron á la provincia de Umbra ó Umbia, limpia y poblada; los habitantes se retiraron á las más escarpadas eminencias después de haber ensayado sin fruto combatir con los españoles. Aquí supieron que la provincia de Cucuy, que después llamaron Arma, quedaba del otro lado del río Cauca, y que la dejaban muy atrás. La que pisaban nombraron Anserma: en idioma del país *anser* quiere decir *sal*. Alegráronse de ver joyas de oro en más abundancia, y después de haber descansado algunas semanas, pasaron adelante, al sur, anhelando siempre por ricos y poblados reinos. Llegaron á Guacuma ó Quinchía, en las inmediaciones del sitio en donde está hoy Anserma viejo. Allí vieron una fortaleza cercada de guaduas coronadas de cráneos humanos, algunas guaduas de este palenque, horadadas y dispuestas de modo que el aire se introducía en ellas y despedían sonidos melancólicos; música, cementerio y feroces trofeos que aumentaron sus recelos de internarse en tan apartadas y salvajes regiones. Caminaron todavía una semana y hallaron por fin, no con placer sino con el mayor disgusto y consternación, claros vestigios de plantas españolas, rastros de caballos y el esqueleto de uno: la provincia de Nacor era esta, devastada ya por manos europeas. Llegaban pues tarde; otros habían cogido las primicias: estaban ya en ajeno territorio. Las huellas que habían visto eran de las tropas de Belalcázar, que habían bajado hasta estos sitios desde Caly, y vuelto por la orilla derecha del Cauca, mientras que nuestros aventureros no habían cesado de caminar por las sierras de la márgen izquierda. Desde este momento ya su camino fué por tierras más cultivadas, valle más ancho, espacioso y ameno. Iban admirados de ver tan grandes poblaciones, pero sin tocar el metal que buscaban. (1) Llegaron por fin á Lile ó Caly después de algo más del año transcurrido de una de las expediciones más laboriosas que se han acometido en Indias, por cerca de cien le-

(1) **La tierra por do van es abundante,**
Y dan tercera vez en el gran río,
De muchas sementeras y de villas
Crecida población en las orillas.
Graciosa vista y espacioso seno,
Do vieron tantos campos cultivados
Que quedaron confusos y admirados.

Castellanos.

guas de terreno fragosísimo, peleando sin cesar con tribus marciales y luchando contra la inclemencia del clima, el hambre y las enfermedades. Aunque reducidos á casi la mitad del número con que salieron de Cartagena, quisiera Vadillo volver á poblar y tomar posesión de las tierras que había descubierto; pero sus tropas lo abandonaron. Al tiempo de ir á hacerse el repartimiento del oro que habían juntado, se halló que la maleta que lo contenía había desaparecido. Fuése pues Vadillo para Popayán, solo y desesperado de su poca fortuna, y lo que todavía es peor, calumniado, porque suponían que había escondido el tesoro. Hallóse sin embargo el ladrón poco tiempo después de su partida, distribuyéronse los dos mil y seiscientos castellanos de oro, y cupieron á cinco castellanos por cada porción sencilla de infante. Este fué el fruto material de la primera expedición á la provincia más aurífera de Nueva Granada; mas debe reflexionarse que en realidad ella fué de mucha utilidad é hizo conocer el país, dió luz sobre la dirección y curso del Cauca, y abrió la vía de comunicación con Cartagena. Jorge Robledo, de quien vamos á ocuparnos ahora, completó la exploración de la región montañosa que hoy conocemos con el nombre de Antioquia, y de la ribera derecha del Cauca. (1)

Detrás de Vadillo y en su alcance, despachados por el Juez de residencia licenciado Santa Cruz para prenderlo, partieron de Cartagena el Teniente Greciano y el Capitán Bernal. Estos dos oficiales riñeron en el tránsito, y su gente se dividió en dos bandos que estuvieron muchas veces á pique de venir á las manos, hasta que llegaron á Umbra, en donde acababa de fundarse la villa de San Juan ó Santana de los Caballeros, conocida hoy con el nombre de Anserma, aunque en distinto paraje. Allí se incorporaron aquellos soldados entre los de Robledo. Súpose que Vadillo pasó á Panamá; preso allí y conducido á Cartagena, fué remitido á España con el proceso, y murió pobre en Sevilla, sin terminarse su causa.

La venida de los cartagineses, que así continuaron llamándose los soldados de Vadillo, fué de mucha importancia para la colonia de Aldana, pues los más adelantados volvieron con Robledo á fundar poblaciones en el fondo del valle del Cauca. Robledo convino con Aldana en que era preciso detener la obra de la exterminación de los naturales y adoptar medios más humanos de conquista. Así vemos á Robledo emplear las suaves vías de la persuación en la jornada que emprendió, particularmente al principio, antes que, cansado de luchar con el sentimiento funesto de expoliación que predominaba entre sus subalternos, se hiciera de nuevo cruel y olvidara sus buenos propósitos. A fin de no cargar tanto los indios, bajaron en balsas por el Cauca víveres, armas y equipajes, con algunos cerdos que llevaban para cría

---

(1) No hemos podido averiguar cuándo se dió por la primera vez el nombre de Cauca á este caudaloso río, que Cieza llama de Santa Marta. F. P. Simon cree que es probable haya tomado origen en el nombre de algún cacique de sus orillas; mas todo esto es conjetura.

en las nuevas poblaciones. (1). La primera que fundaron fue la villa de Santa Ana de los Caballeros, en el valle de Umbra, apartada algunas leguas del Cauca: nombraron regidores y alcaldes bajo cuyas varas se metieron, como llevamos dicho, los soldados de Santa Cruz, hostigados de los bandos y enemistades de sus dos jefes, lo que puso á Robledo en actitud de emprender correrías de mucha importancia. La primera se dirigió con Suer de Nava á Caramanta. El mismo Robledo pasó personalmente á sujetar al Cacique Curaca del pueblo de Ocuzca, tratando siempre con dulzura á los indios, y no consintiendo que se les extorsionase ni vejase, y les hacía devolver sus efectos, ganándose de este modo la buena voluntad y el respeto de los naturales, que llegaron á pacificarse suficientemente para hacer entre los vecinos de la nueva villa un repartimiento aproximado de diez mil indígenas.

El Capitán Gómez Hernández salió para el poniente y montañas de los chocóes, acompañándole Robledo algunas jornadas hasta el valle de Santa María, deseoso de que aquel oficial llegara al mar, pues ya él comenzaba á revolver en su ánimo el pensamiento de ir á solicitar á la Corte el gobierno independiente de aquella región. Pasaron los cincuenta infantes que llevó Gómez los trabajos y necesidades que son de suponerse en aquella cordillera desierta, hasta que dieron vista á un río grande que entendieron ser el Darién, y á pocas leguas hallaron un cacerío de naturales en las copas de los árboles. Avanzaron los españoles esperando satisfacer hambres atrasadas, pero aquellos moradores los recibieron con tanto brío, y el estruendo de los tambores y chirimías correspondió en esta vez de tal modo á la fuerza de los brazos, que fueron derrotados los soldados de Robledo, quedando dos por muertos y muchos heridos. Peleaban aquí sin caballos y sin armas de fuego los castellanos, y aun las cuerdas de las ballestas se habían aflojado con la continua humedad, de modo que no pararon hasta la nueva villa, adonde salieron pálidos y macilentos, habiéndose alimentado con raíces y frutas de palmas. Allá también llegaron, después de algunos días, los heridos que habían abandonado, á quienes los indígenas vencedores no se dignaron examinar ni despojar cuando yacían en el campo de batalla, del cual se retiraron presurosos á celebrar su victoria.

Tál fué el resultado de la correría de Chamí: desde entonces los españoles se mostraron poco dispuestos á entrar al Chocó, y de esto depende que se retardara tanto tiempo su descubrimiento, por lo menos en la parte superior. Salió luego Robledo con la mayor parte de la gente hacia el poniente; atravesó el Cauca en balsas en Irrá; sujetó las parcialidades de Carrapa y de Picara, que habitaban en su márgen derecha; con auxilio

---

(1) Era tanta la estimación y la escasez de estos animales en la nueva colonia de Caly, que una marrana se llegó á vender hasta por 1600 pesos, precio igual al que se vendieron en Bogotá los caballos que Belalcázar llevó del Perú.

de aquellos moradores, que eran enemigos de los de Pozo, tribu más guerrera y feroz, atacó á éstos, y, después de un reñido combate en que quedó herido el mismo Robledo, los venció, degollando sus soldados un gran número de indígenas y pillando sus habitaciones. Continuaron luego su marcha los castellanos, y hallaron resistencia en una loma limpia que estaba cubierta de casas grandes, cuyos habitantes combatieron en escuadrones ordenados, con banderas sembradas de estrellas de oro y otras figuras cosidas á la tela, y con diademas del mismo metal y aun petos y brazaletes, de donde recibió este sitio el nombre de loma de los armados y el de Arma la población que poco después se fundó allí, y que estuvo prevista por Robledo á causa de su riqueza á ser la principal de las de su gobernación. Estos lugares, testigos de sus primeras hazañas, lo fueron también de su fin trágico. Una partida recorrió luego la ribera derecha del Cauca hasta frente de Buriticá, hallando el pueblo Blanco, el de la Sal, Zenufara y Mujía, quedando así explorado casi todo el curso de este hermoso río, cuya embocadura en el Magdalena habían visto y seguido los colonos de Santa Marta algunos años antes, según llevamos referido. Por esta misma época (fines de 1539) acababa de recorrerse por Quesada, Fredemán y Belalcázar, la parte del Magdalena que no se había visitado todavía, entre Guataquí y la embocadura del Carare.

Deseando fundar una población en estos parajes, volvió hacia el sur á la provindia de Quimbaya, regada por los ríos Tacurumbí y Zegues, rica de oro, de que vieron muestras abundantes desde su entrada. Uno de los caciques trajo como presente á Robledo un vaso de oro que podía contener dos azumbres de agua, y que pesó trescientos castellanos. Quisiera poblar allí Robledo, pero el país estaba cubierto de inmensos guaduales y no acomodó á sus soldados, que hallaron más adelante, hacia el sur, cerca de unas fuentes de agua salada que explotaban los indios, sitio más á propósito, en donde á principios del año de 1540 fundaron la ciudad de Cartago con todas las formalidades usadas, sin olvidarse de erigir horca y cuchillo, nombrar alcaldes y regidores. (1). Este nombre le dieron por ser casi todos los fundadores soldados procedentes de Cartagena. Así Asdrúbal dió el nombre de Cartagena ó *Cartago nova* á una ciudad de la Bética, para recordar el nombre de su patria, y trasladado este nombre á las Indias, la ciudad que fundó Heredia impuso su nombre antiguo á otra ciudad de lo interior, llamada por su situación actual, á las faldas de la cordillera central en el principio del hermoso valle del Cauca, por la suavidad de su clima y por la fertilidad de su suelo, á ser una de las más importantes de Nueva Granada.

Respecto de esta región que Robledo sujetó, tenemos la descripción y los detalles precisos que nos ha trasmitido uno de

---

(1) Los primeros alcaldes fueron Pedro López Patiño y Martín de Arriaga; y teniente gobernador, Suer de Nava, el mismo que había escogido el sitio para la fundación.

sus compañeros, Pedro Cieza de León, á quien cupo por sus servicios un repartimiento de indios en el distrito de Arma. Resulta que desde Quimbaya hasta frente á Caramanta la orilla derecha del Cauca y sierras vecinas tenían una población que pasaba de cien mil almas; que cultivaban en terrenos limpios, aunque quebrados, grandes sementeras de maíz, yucas y otras raíces, y muchas arboledas de frutales. Que eran supersticiosos, antropófagos, y en algunos pueblos tenían grandes jaulas de guaduas en donde engordaban los prisioneros para comerlos. Veíanse ídolos grandes de madera con el rostro hacia el oriente, delante de los cuales sacrificaban víctimas humanas. Andaban los hombres más ó menos desnudos, las mujeres se cubrían escasamente con telas angostas de algodón. Tenían oro, comerciaban con la sal, eran cazadores, tenían flechas, dardos, macanas y hondas como armas ofensivas y defensivas: vivían en frecuentes guerras, y los prisioneros morían alegremente. Tenían idiomas diferentes aunque parecidos. Los de Anserma sacrificaban al demonio, que se les aparecía en los peñones más escarpados, adonde era preciso trepar por las escaleras de mano, y sólo los sacerdotes tenían facultad para hacerlo. Los hombres, en la provincia de Quimbaya eran grandes, robustos y bien formados; las mujeres hermosas y muy amorosas. En esta provincia eran los habitantes menos feroces que en las del norte. Los caciques tenían muchas mujeres, y cuando morían, sepultaban con ellos las más queridas; costumbre bárbara muy general en todos estos países. En todo el ámbito de estas provincias, desde la cordillera central de Quindío, los bosques de guaduales eran inmensos.

Después que Lorenzo de Aldana arregló los asuntos de Popayan, volvió á Quito, fundando antes la ciudad de Villaviciosa ó San Juan de Pasto, en el valle de Yacuanquer, que muy poco después se trasladó al sitio que hoy ocupa en el fértil valle de Thris, al pié de un volcán. Así en este año de 1539 se fundaron Anserma, Pasto y la villa de Santa Cruz de Mompox por Alonso de Heredia, enviado por el Licenciado Santa Cruz luego que llegó á Cartagena á tomar residencia al oidor Vadillo, el cual escogió una barranca alta sobre la orilla izquierda del Magdalena en tierras del cacique Mompox para plantear la nueva villa. Otros sostienen que Mompox no se fundó hasta 1540.

Al Licenciado Pascual de Andagoya se debe el descubrimiento de la bahía de la Cruz, de San Buenaventura ó de la Buenaventura, que con estos nombres fué al principio conocido el espacioso seno que hace el mar Pacífico en donde desagua el río Dagua. Este letrado pasó con Pedrarias á Panamá, hizo una exploración hacia la costa del Chocó del Sur, y obtuvo más tarde en la Corte el nombramiento de Gobernador de San Juan, es decir, de la costa comprendida entre el golfo de San Miguel y el río de San Juan. Salió de España en 1538 y de Panamá á fines de 1539; llegó á la embocadura del Dagua y fué penetrando por estas soledades y riscos hasta llegar por Mayo de 1540 al valle del Salado y ciudad de Caly, que pretendía quedar dentro de los límites de su gobernación. Las tristes circunstancias en que

se hallaban, Popayán amenazado por los paeces, que habían triunfado en diferentes ocasiones de los castellanos, según diremos en el capítulo siguiente, y Caly, con muy pocos vecinos, pues Robledo tenía ocupados en sus correrías por el bajo Cauca la mayor parte de los soldados útiles, determinaron á los Cabildos de las dos ciudades á recibir como Gobernador al que les traía auxilios de toda especie, y aun el mismo Robledo se sometió de buena voluntad, creyendo que le sería más fácil sacudir la obediendia de este jefe que la de Belalcázar, á quien por momentos se esperaba. Como en efecto sucedió, porque aunque despachado dos años más tarde de la Corte con el título de Adelantado y Gobernador de Popayán, obró con tanta actividad, que llegó á Caly un año después que Andagoya, fué recibido como un antiguo General, acatados sus despachos y desamparado el letrado, á quien trató sin consideración ninguna, como usurpador de ajena jurisdicción. Belalcázar lo prendió, y con prisiones lo hizo llevar á Popayán, ordenando á Robledo que quitase á la villa de San Juan este nombre, que Andagoya le había hecho poner, y que le restituyera el de Santa Ana de los Caballeros, que fué el primero que obtuvo Anserma, cuya prosperidad en tiempos posteriores no ha correspondido á tan nobles y á tan antiguos principios.

Poco tiempo después, en 1540, con anuencia de Belalcázar, partió Robledo al norte en prosecución de sus descubrimientos por la ribera derecha del Cauca, llegó al pueblo Blanco y al de la Pascua, y luego al pueblo de Mungia, cuyos habitantes fabricaban sal en abundancia (1), y de allí mandó un oficial al oriente para descubrir con una partida lo que había al lado opuesto de la cordillera nevada que llamaban los naturales el valle de Arby, que hoy se dice por corrupción Hervé; mas se arredraron y se retiraron los pocos españoles al reconocer las soledades y páramos que hubieran tenido que atravesar. De vuelta trajeron un cacique que se les presentó con una corona hecha de paja, pero con mucho arte. Robledo se conducía con los indios con algún miramiento y consideraciones; y aunque llevaba consigo los feroces mastines que tan cruelmente sabían despedazar á aquellos infelices, no hizo uso de ellos sino muy pocas veces. Los informes del Capitán Jerónimo Luis Tejelo, que fué el primer español que pisó el valle de Aburrá, hoy de Medellín, determinaron á Robledo á pasar allá su campo. Halló en su fecundo suelo y hermosísimas campiñas, abundancia de mantenimientos y árboles frutales, y en las casas de los naturales un cuadrúpedo doméstico que se menciona por la primera

---

(1) En este pueblo de Mungia, desde donde atravesamos las montañas y descubrimos el valle de Aburrá y sus llanos, y en otro que ha por nombre Zenufara, hallamos otras fuentes que nacen junto á unas sierras cerca de los ríos, y del agua de aquellas fuentes hacían tanta cantidad de sal, que vimos las casas casi llenas, hechas muchas formas de sal, ni más ni menos que panes de azúcar. Y esta sal la llevaban por el valle de Aburrá á las provincias que están al oriente. Y con esta sal son ricos en extremo estos indios. Pedro Cieza de León, p. 71. Edición de Amberes, 1554.

vez aquí, y que los españoles llamaron *perros mudos*. Vinieron á avisar á Robledo que los naturales se ahorcaban con sus propias fajas y mantas, y tratando de salvar á algunos cortándoles las sogas, confesaron que los rostros, gestos y apariencia exterior de los españoles, les habían infundido tal terror y disgusto de la vida, que preferían morir por no recordar tan extrañas y espantables visiones. Salió Robledo de aquel ameno y bien poblado valle (1) el día 24 de Agosto de 1541, por lo que le dieron entonces el nombre de valle de San Bartolomé, y, cruzando con trabajo ciertas sierras ásperas, llegaron al cabo de una semana á las orillas del Cauca, que en vano pretendieron entonces esguazar.

Dijeron algunos indios que ellos conocían tierra riquísima de oro, para donde se ofrecían á conducir á los castellanos. Salió, pues, el Capitán Frade como explorador, con cincuenta hombres, los que después de muchos trabajos dieron vista al rápido río Porse. Pisaban, en efecto, los españoles, uno de los lugares más abundantes de oro en América, pero ellos no sabían buscarlo: pretendían hallarlo ya fundido y en alhajas; pasaron, pues, este río, ancho y profundo, por sobre un árbol colosal caído que formaba puente, y tenía mas de 25 varas de largo, y desde su extremidad, que reposaba sobre una roca, habían construído los indígenas con bejucos un puente suspendido, que detuvo á los caballos. Pasaron los infantes, aunque en breve retrogradaron perseguidos por un gran número de naturales con hachas de piedra, macanas y dardos que los alcanzaron al llegar al puente, y sacudiéndolo, precipitaron al agua dos castellanos, y los demás volvieron al campamento con la noticia de haber dado vista al norte á las llanuras de Cancán.

Hizo Robledo un esfuerzo para atravesar el Cauca, y lo consiguió usando de balsas de guaduas, en cuyo paso gastaron ocho días. Subieron luego las sierras opuestas, y entraron en tierras de Zurume, y luego en las vecinas de Hebejico, no sin resistencia de los indígenas, que sabían aprovecharse del terreno, lleno de precipicios y angosturas, en que perecieron despeñados muchos caballos. Los indios salían á las alturas á preguntarles qué buscaban, y hacían mucha burla cuando por los intérpretes se les contestaba que aquellas tierras y cuanto en ellas había pertenecían al Rey de Castilla. Decían que cuándo era que el Rey de Castilla había construído aquellas casas y plantado aquellos árboles, y les mandaban que se fueran, amenazándolos y hostilizándolos sin cesar, á pesar de que á los naturales que cogía Robledo les daba libertad, despidiéndolos con presentes. Después de meses de vagar por aquellas selvas, hacia el valle de Nori y de Guaca, obligados á improvisar una fragua para herrar

---

(1) Se ha acreditado entre muchos el error de que en la época de la conquista, el valle de Medellín estaba casi despoblado y sólo lo habitaban algunos miserables y aislados indios. Consta, por el contrario, del testimonio de todos los cronistas, que era ya desde aquella época una región poblada y limpia; y si Robledo no fundó allí la primera población española, dependió de las circunstancias que se mencionarán después.

con estriberas los caballos que les quedaban, que no podían ya dar un paso, empleando para hacer el fuelle los cueros de las botas, y usando de otros recursos y de los más desesperados arbitrios, volvió Robledo al valle de Hebejico, en donde, ya cansado, temiendo el esguazar otra vez el Cauca, se resolvió á fundar, á fines del año de 1541, una ciudad á la que dió el nombre de Antioquia, por la antigua y célebre Antioquía de la Siria sobre el río Oronte, en donde comenzaron á llamarse cristianos los discípulos del Salvador (1).

Apenas fundada la ciudad, y repartidos solares, tratóse de reducir á los indios comarcanos para repartirlos también, lo que al fin consiguió Robledo mezclando el rigor y la dulzura. Reconocido, pues, todo este territorio, se resolvió Robledo á pasar á Cartagena, y de allí á España, á solicitar se desmembrase esta parte de la Gobernación de Belalcázar que llamaban provincias de abajo ó equinoxiales, para erigirle una Gobernación independiente; y tuvo el arrojo, que solo la más desesperada ambición pudo inspirar, de pretender, sin guías, con doce hombres, romper por aquellas selvas pobladas de indios guerreros, ó de bestias feroces, para salir del otro lado de las sierras de Abibé á San Sebastián de Urabá, adonde llegó desnudo, hambriento y descalzo; y en vez de felicitaciones y enhorabuenas, lo metió en la cárcel más dura y lo despojó del oro que había sacado de Antioquia el Gobernador Pedro de Heredia, que ya había vuelto de España con títulos y privilegios, el cual pretendía que Robledo era un usurpador que se había introducido á fundar en su jurisdicción de Cartagena. Más adelante habremos de referir estos sucesos, pues ya nos toca volver á dar cuenta de lo que acontecía en lo interior del país, después de que Quesada se embarcó para España en 1539. Sólo recordaremos aquí de paso, que á tiempo que se descubría, como acabamos de ver, el curso de uno de los ríos más importantes de la Nueva Granada, Orellana surcaba por la primera vez el río más caudaloso de América y del mundo entero.

---

(1) Aquella antigua metrópoli, en la que San Pedro tuvo su primera silla, perdió su nombre, como lo perdieron quince ciudades más de este nombre en Asia, de modo que la Antioquia granadina es la única que lo conserva, y con él las tradiciones de cristiandad, suavidad de costumbres y virtudes hospitalarias que distinguen á sus moradores.

CAPITULO XV

Fundación de Timaná.—Combates con los Paeces, Yalcones y otras tribus, y muertes de los capitanes Añasco y Ampudia.—Funda Galiano la ciudad de Velez: descúbrese y sujétase la provincia de Guane, hoy Socorro.—Alzamiento de Savoyá y otros indios de los contornos de Velez.—Sale el capitán Gonzalo Suarez Rondon á fundar la ciudad de Tunja.—Jornada del licenciado Jerónimo Lebrón desde Santa Marta á Tunja.—Primeras cereales europeas en la planicie de la cordillera oriental de los Andes.—Degüella Hernan Perez de Quesada al último Zaque.—Emprende la jornada del Dorado con mal éxito.—Combates con el cacique Tundama.—Acógense, huyendo de los tributos, los indios de Suta, Tausa, Simijaca, Lupachoque y Ocavita á lugares fuertes, de donde son desalojados con gran mortandad.

"But the South American Indian was qualified by his previous institutions for a more refined legislation than could be adapted to the wild hunters of the forest; and, had the sovereign been there in person to superintend his conquests, he could never have suffered so large a portion of his vassals to be wantonly sacrificed to the cupidity and cruelty of the handfull of adventurers who subdued them."

PRESCOTT, *Conquest of Peru.*

En la extremidad meridional del valle alto del Magdalena fundó el capitán Pedro de Añasco, por orden de Belalcázar, la villa de Timaná en 1540, en situación que pareció propicia para favorecer las comunicaciones entre Popayán y el río Grande de la Magdalena. Hizo luego Añasco viaje á Popayán, y, reconocida la autoridad de Lorenzo de Aldana, volvió á Timaná con algún auxilio de hombres y armas. Si este oficial hubiera podido dominar sus crueles inclinaciones, la colonia de Timaná, rodeada de numerosas tribus, muchas de ellas agrícolas y laboriosas, habría prosperado rápidamente. En efecto, cerca del asiento de la nueva villa se hallaba la tribu de Ynando, cacique de índole pacífica, que permaneció siempre en paz con los españoles; á esta seguía la muy numerosa de los Yalcones, que contaba cinco mil guerreros, las de los Apiramas, Pinaos, Guanacas, Paeces y demás que habitaban las faldas y valles de la cordillera central.

Lejos de reducir y pacificar á los indígenas convecinos antes de hacer los repartimientos, comenzó Añasco por citarlos imperiosamente para imponerles los tributos y obligaciones que pretendía cumpliesen. El primer llamado fué un mancebo que mandaba junto con su madre, en una corta parcialidad, el cual, temeroso de alguna tropelía, se abstuvo de concurrir el día citado. Determinó Añasco ejecutar en este desventurado un castigo

que sirviese de escarmiento á todos los demás; y sorprendiéndole á media noche en su habitación, lo hizo traer cautivo al campamento, en donde sin consideración por los lamentos y desesperación de su anciana madre, lo mandó quemar vivo á presencia de ésta. Hecho tan atroz produjo sus consecuencias naturales, á saber, la exasperación y alzamiento general de toda la tierra, que recorrió la Gaitana (que así llamaron los españoles á esta cacica) (1), pidiendo venganza. Juntáronse de pronto más de seis mil indios, que atacaron de madrugada á Pedro Añasco, el cual con veinte hombres andaba recorriendo los contornos, y á pesar de los prodigios de valor que ejecutaron estos en su defensa, todos fueron muertos, excepto tres que pudieron salvarse y llegar á Timaná con la noticia del desastre. Añasco cayó vivo en manos de sus enemigos, y, entregado á la Gaitana, esta le hizo sacar los ojos, y lo paseó con un dogal al cuello de pueblo en pueblo, hasta que pereció miserablemente. Y lo que prueba que no era solamente el deseo de vengar la muerte de su hijo lo que impulsaba á la célebre cacica, es que continuó aun después de la derrota de Añasco su predicación, exhortando á los caciques, y sobre todo á Pioanza, jefe principal de los Yalcones, á hacer el último esfuerzo por exterminar á sus opresores. Lograron aquellos en efecto interceptar toda comunicación con Popayán, y sorprender y matar una partida de veinte españoles que se dirigían con ganados de cría á Timaná; más, á pesar de los más repetidos y formidables ataques, no pudieron romper ni vencer los ochenta españoles que componían aquella pequeña colonia, y á quienes el convencimiento de la suerte que les esperaba, si caían en manos de sus enemigos, daba fuerzas más que humanas. Por otra parte, su caudillo Juan del Río, que sucedió á Añasco en el mando, era uno de los mejores jinetes y más intrépidos justadores que habían pisado las Indias, especie de paladino que realizaba con sus hazañas cuanto se lee de más maravilloso en los libros de caballería, por la extraordinaria fuerza muscular y por la audacia casi fabulosa que en sus proezas se descubre.

Entre tanto había llegado á Popayán la noticia del alzamiento de los paeces, y resolvió Juan de Ampudia, que mandaba aquella colonia, salir á lo que llamaban el castigo de las insolencias de los indígenas. Reunió para ello cerca de cien hombres, sacando cuantos se hallaron capaces de tomar parte en la expe-

---

(1) ..... **Llamada la Gaitana**
O fuese nombre propio manifiesto,
O que por españoles fuese puesto.
Con esto se partió dando clamores
Todas las horas sin cerrar la boca;
Los extremos que hace son mayores,
Y de más furia que de mujer loca;
A todos los caciques y señores
Se queja, y á venganza los provoca,
Hasta tanto que ya ganó los votos
De los cercanos y de los remotos.

Castellanos, *parte* **3.ª**

dición en Cali y en Popayán. Mas sucedióle muy al revés de lo que esperaba; los indígenas hicieron valiente resistencia aprovechando la aspereza de su país; Ampudia murió de un lanzazo en el cuello en el último combate, y Francisco Tobar, su segundo, hubo de retirarse á Popayán desengañado. Así acabaron los capitanes Ampudia y Añasco, compañeros de Belalcázar, pagando con tan trágico fin las innumerables crueldades que habían cometido en la última jornada de Belalcázar al Cauca.

No fueron inútiles los nuevos esfuerzos de la Gaitana, pues logró reunir más de diez mil indígenas para hacer la última tentativa con el fin de arrojar á los españoles de Timaná. Avisaron los indios amigos á Juan del Río, que hacía tres días que la hueste enemiga estaba pasando el río grande; los hombres por vado, las mujeres en canoas, con todos los utensilios necesarios para celebrar la victoria que creían ya segura. Prevenidos, pues, los castellanos y fortificados, esperaron de pie firme el ataque, que se verificó al rayar el día, según la costumbre invariable de los indios. En esta ocasión venían armados de cuantos despojos habían podido adquirir de los españoles: clavos, tijeras, regatones de lanza, y hasta las guarniciones de las espadas afiladas aparecían enhastadas á guisa de armas, que los igualaran con sus opresores. Los escuadrones de los indios estaban tan disciplinados, que apenas moría un hombre, era reemplazado al instante por otro; de manera que los de á caballo no podían penetrar, y sin algunos proyectiles encendidos que abrieron campo á Juan del Río y á los demás jinetes, el éxito habría sido dudoso. Una vez, sin embargo, que comenzó la matanza en lo interior de los escuadrones, ya los indios cesaron de resistir con vigor, y fueron atropellados y rotos, quedando el campo cubierto de millares de cadáveres. Esta era la tercera carnicería, y como aquellos indígenas no se desdeñaban de comer la carne de sus hermanos, las casas de los indios amigos y los patios aparecían cubiertos de tasajos de carne humana secándose al sol. Horrible espectáculo, cuyo relato hace estremecer, y que, aunque con la natural repugnancia é indignación que él inspira, debe consignarse en la historia para manifestar los crímenes y feroces extravíos de que es capaz el hombre, cuando ningún principio religioso ni humano lo dirige.

A pesar de la victoria, resolvieron los españoles abandonar aquella colonia, que estaba amenazada de continuas hostilidades de parte de sus belicosos vecinos. Los infantes pretendían volverse á Popayán, y los de á caballo seguir al Nuevo Reino de Granada; más los indios Yanaconas, traídos desde el Perú, que formaban la servidumbre inmediata de estos, cuidaban de los caballos, y de dar realce á las casas de los caballeros, rehusaron acompañarlos, apoyados por los peones, á quienes estaban resueltos á seguir. Para evitar un rompimiento, tomaron entonces la determinación de someterse al Capitán Juan Cabrera, que había tratado de fundar con poca gente una población en Neiva, también por orden de Belalcázar, y del cual se sabía que estaba en vísperas de abandonarla por haberse enfermado sus pocos

vecinos. Accedió Cabrera á la propuesta, y se hizo cargo del mando de la colonia de Timaná. Luego que los indígenas supieron que había nuevo jefe, imaginaron en su sencillez que su suerte sería mejor, y que se les guardaría la paz que se les diese. Presentáronse, pues, á Cabrera muchos con regalos de joyas, de oro y de frutas y provisiones: éste los recibió con aparente amistad y les pidió que vinieran en mayor número para construírles grandes y cómodas habitaciones. Trajeron, en efecto, la madera, y el primer día en que estaban ocupados en clavar los estantillos, descuidados y sin armas, los hizo rodear y matar el Juan Cabrera, con la más inaudita felonía, cosa que no sería posible creer si no estuviera atestiguada por todos los cronistas (1).

¿Qué maravilla es, pues, que el ánimo de aquellos moradores quedara para siempre enconado, y que en estos valles se originaran las guerras más crudas y más duraderas que los españoles tuvieran que sostener durante su dominación?

Entre tanto había llegado Andagoya á Popayán, y sabiéndose que enviaba á tomar el mando de la villa de Timaná al capitán Tobar, los capitanes Cabrera, Collantes y otros treinta más, todos amigos de Belalcázar, abandonaron el lugar y pasaron á Bogotá, desde donde muchos, y entre ellos Cabrera, volvieron de nuevo al Cauca, luego que supieron el regreso de Belalcázar desde España, como Adelantado y Gobernador.

Retiráronse los indígenas de las cercanías de Timaná á lugares apartados y fuertes, adonde saliendo á buscarlos Tobar, quedó vencido, de modo que, no atreviéndose los indios á volver á atacar á los españoles en lo llano, ni éstos á los indígenas en sus montañas, hubo de hecho una tregua que duró algún tiempo, durante la cual se plantearon algunas haciendas de ganado en Timaná, y se descubrió que las mulas prosperaban singularmente en aquellos buenos pastos.

Dejemos por ahora las cosas del sur, y veamos lo que pasaba en Santa Fe de Bogotá después de la partida de Gonzalo Jiménez de Quesada. Conforme á las órdenes de éste, su hermano Hernán Pérez de Quesada, que en su ausencia gobernaba, apresuró el despacho del capitán Martín Galiano, que debía fundar la ciudad de Vélez en alguno de los sitios que los españoles habían recorrido á su llegada al país. Salieron de Santa Fe á mediados de Junio de 1539. A los seis días llegaron á Tinjacá ó pueblo de los olleros, en donde se fabricaba de arcilla gran cantidad de vasijas con que traficaban sus moradores, tan atentos á

---

(1) **Y estando todos ellos descuidados**
En asentar los palos embebidos,
Del Juan Cabrera fueron asaltados
Y de los que con él eran venidos.

Castellanos, parte 3.ª

"Llegaron con esta llaneza, á quienes acarició Cabrera fingiendo más amistad de la que les hizo, pues estando todos poniendo la madera de la casa, hizo dar Santiago sobre ellos á sus soldados (temeridad indigna de pecho cristiano, etc)."

Fray P. Simón, 2.ª noticia, 3.ª parte.

su industria, que las visitas de los españoles no fueron parte para distraerlos de sus antiguas ocupaciones. Aquí hubo pareceres que debían echarse los fundamentos de la nueva población, por ser país sano, fértil y con abundancia de pescado en la laguna vecina; mas Galiano no lo consintió por quedar muy cerca de Santa Fe. En Suta quisieron también probar que era sitio sano y de delicioso clima; mas quedaba distante de los lugares en que, saliendo los viajeros del Magdalena, necesitarían de recursos y de descanso. Continuaron, pues, hasta el lugar en que la quebrada de Ubasá desagua en el Saravita ó Suárez, y allí, el 3 de Julio del mismo año de 1539, fundaron la ciudad de Vélez, repartiendo solares y eligiendo alcaldes y regidores. (1) Este sitio resultó malsano, y por Septiembre de aquel año trasladaron los colonos la ciudad á tierras del cacique Chipatá, en el mismo lugar en que hoy se encuentra. Trabajaron los indios circunvecinos, y los que habían traído de Santa Fe, en construír espaciosas y cómodas habitaciones. Al cacique Saboyá y á sus súbditos les tocó la fábrica de la Iglesia, pero apenas la terminó, se retiró disgustado, y fué siempre enemigo implacable do los castellanos.

No bien establecidos todavía los nuevos colonos, y á pesar de la estación de las lluvias, salió una numerosa partida hacia las serranías, al poniente, cuyos habitantes vivían sujetos á los caciques Agatá y Cocomé. El objeto de esta excursión era buscar las minas de oro que entendieron había en el valle del Sapo. Hallaron buena acogida en los moradores de aquellas tierras, sin cuyo auxilio habrían muchos perecido de sed, trepando aquellos recuestos desprovistos de aguas vivas, y en donde los indios se veían obligados á cavar estanques profundos en que recogían las aguas en la estación lluviosa para usar de ellas en la estación del verano. Debieron corresponder, sin embargo, muy mal los huéspedes á este buen recibimiento, según se colige de que, á la vuelta de su inútil y laboriosa jornada de quince días, por entre los riscos que separan el río Horta del Carare, obligados á trepar muchas veces por maromas de bejucos, los Agatáes y Cocomés los hostilizaron fuertemente, quedando heridos algunos españoles en la guazabara que les dieron los indios al regreso, con lo que llegaron á Vélez estropeados y sin más botín que una ú otra alhajuela de oro que habían robado.

Siendo los indígenas que habitaban cerca de las nuevas poblaciones el origen de la riqueza de los colonos, puesto que se los repartían en mayor ó menor número según sus méritos, y éstos, que llamaban encomenderos, les exigían tributos más ó menos duros, conforme á su prudencia ó á su codicia, no podía consentir Galiano en el alzamiento de los Agatáes. Partióse, pues,

---

(1) **Fueron los primeros alcaldes J. Alonso de la Torre y Alonso Gascon, que murió poco después, á causa de sus crueldades, á manos de los indios; regidores, Marcos Fernández, Antonio Pérez, Juan del Prado y Francisco Fernández, y escribano Pedro Salazar. Por Justicia mayor el capitán Martín Galiano, hidalgo valenciano que había servido con honra en los tercios españoles que militaron en Italia con el General Antonio de Leiva, según llevamos dicho.**

con intención de sujetarlos, y por muchos días les hizo cruda guerra, cortando las narices y las orejas á los infelices prisioneros, á fin de que sirviesen de escarmiento, y trayendo cautivos á la ciudad cuantas mujeres y muchachos logró haber á las manos. Los infelices padres y esposos, impelidos por el coraje ciego que produce la desesperación, se arrojaban sobre las puntas de las espadas españolas, y así perecieron por centenares, pretendiendo quitarles los cautivos. Guiado por consejos más prudentes y humanos, dió luego sin embargo Galiano libertad á éstos, y obtuvo en recompensa promesas de paz y de sujeción.

Al nordeste del asiento de la nueva ciudad se descubría un valle extenso, que algunos de los compañeros de Alfínger, ya entonces vecinos de Vélez, suponían, y con razón, ser el mismo á que habían dado vista por el lado opuesto, cuando subieron á los páramos de Pamplona. Era esta, en efecto, la fértil, industriosa y pobladísima provincia de Guane, á cuya conquista se preparó el capitán Galiano. El suelo de esta provincia es un plano inclinado al poniente, desde la cresta de la cordillera oriental de los Andes, regado de ríos caudalosos que forman valles y quiebras de una maravillosa feracidad, porque todo es de formación caliza, que sólo en donde faltan las aguas deja de producir los más suculentos frutos, granos y raíces. Todos estos ríos desaguan en el Suárez, que forma al pie de la cordillera de Gachas, la cual divide este valle del Magdalena, un torrentoso canal, á cuya margen izquierda la tierra, aunque igualmente fértil, es estrecha y de corta extensión. El Suárez entra en el Sogamoso á la extremidad de la provincia, y juntos se abren paso por la serranía occidental para precipitarse en el Magdalena. Aunque el clima es en lo general caliente, por la profundidad del valle y por estar defendido de los vientos fríos del éste, y aunque en temples análogos y aun más fríos, habían hallado los españoles á las tribus indígenas desnudas, las que habitaban la provincia de Guane se hallaban ya en un grado de civilización bastante avanzado para usar vestidos. Fabricaban curiosas telas de algodón, hamacas, fajas, etc. Ceñíanse una manta y se cobijaban con otra, atadas las puntas sobre el hombro izquierdo, como el legislador de los Chibchas, su maestro.

El primer pueblo que los Españoles pisaron en aquella provincia fué el de Poasaque, cuyo cacique, llamado Corbaraque, huyó con todos los moradores. Lograron los españoles descubrir el lugar de su retiro, y con buenos tratamientos reducir y ganarse estas gentes dóciles, que volvieron á su pueblo. Luego pasaron más al norte, á otro valle llamado Poyma, quizás lo que hoy llamamos Oiba, (1) y como habían sabido el buen trato que dieron á los de Poasaque, les salieron de paz y les regalaron mantas, provisiones y algunas joyas de oro fino. No les aconteció así en Chalalá, pues los habitantes mostraron querer defender la entrada de sus tierras, en cuya porfía, tratando los españoles de evitar un

(1) Hay, es verdad, un sitio que se llama Poima, pero no está en la dirección que seguían actualmente los Españoles.

rompimiento á la entrada de tan populosa provincia, gastaron ocho días en parlamentos y persuasiones, hasta que se vieron obligados á atacarlos, prendiendo muchas familias, y observando que toda aquella gente era más lucida y de tez más blanca que la que hasta allí habían visto, sobre todo las mujeres, que eran hermosas, aseadas, y hablaban con mucha gracia y donaire. (1) Siguieron luego por las orillas del río, en donde hallaron grandes caseríos abandonados por sus moradores, que habían dejado en ellos lo que poseían, apropiándose los castellanos sin escrúpulo las mantas y otros efectos que les convinieron.

Supieron los españoles que hacia la derecha, en lugares altos y peñascosos, habitaba el cacique Macaregua, rico y belicoso, y determinaron ir á buscarlo, aunque les costó caro, porque hallaron una porfiada resistencia. En el combate murió de una lanzada de macana tostada al fuego un soldado, y otro quedó mal herido. Los indios fueron desalojados por fin, pero nada hallaron de las riquezas que buscaban. Se infiere, sin embargo, que el botín habido hasta entonces no era muy escaso, porque aquí herraron con oro bajo, á falta de hierro, los pocos caballos que llevaban, prefiriendo hacer este sacrificio á dejarlos despeados en aquellos recuestos pedregosos. Dirigiéronse luego á la parte que les habían asegurado quedaba la gran población de Guanentá, cuyos moradores, sorprendidos, se fugaron sin hacer resistencia, seguidos por los españoles, que se dividieron en dos trozos, uno de los cuales se detuvo á orillas de una quebrada, en donde combatieron los naturales fugitivos con mucho valor: vencidos al fin y muertos, se hallaron en los cadáveres varias chagualas y otros adornos de oro. Marchaban los castellanos sin cesar, temerosos de que se congregase la infinita población que por todas partes se descubría, (2) pues no siendo sino cincuenta infantes y algunos de á caballo, los inquietaba aquel gentío tan considerable.

---

(1) "Las mujeres de la provincia de Guane, dice Fray P. Simón, son de muy buen parecer, blancas y bien dispuestas, y más amorosas de lo que es menester." Los españoles se maravillaban de la extraordinaria facilidad con que estas indias aprendían el castellano, pues en dos ó tres meses lo hablaban con tanta propiedad como cualquier hijo de un mercader de Toledo. Esta disposición contrastaba con la torpeza que siempre manifestaron los españoles para aprender las lenguas de los indios. Los que trajo Quesada, naturales de la costa de Santa Marta, á pesar de no saber una palabra del idioma de los Chibchas, y de no tener relación con el suyo propio, fueron los que primero lo aprendieron, y servían de intérpretes. Así esta raza americana manifestaba entendimiento más despejado que el de sus conquistadores, que la creían incapaz de civilización.

(2) "La tierra estaba ya tan alborotada, que no había cumbre ni ladera que no se pareciese cubierta de indios, dando mil gritos y voces, con la boca y con sus caracoles y bocinas que hacían de cañas huecas, porque la gente era tanta, que parecía sola la provincia de Guane un manantial de indios, y que las peñas y breñas los brotaban, pues en la poca tierra que hemos dicho tenían, había más de treinta mil casas, y en cada una todo un linaje ó parentela, con que hervía toda de gente.

F. P. Simón.—5.ª nota, parte 2.ª, manuscrito *Apud me.*

Llamóles la atención el pueblo de Burtaregua, situado cerca de la cordillera alta del oriente, y cuyas sementeras, regadas por medio de acequias, ofrecían agradable aspecto. Los naturales habían puesto en cobro sus haciendas, y se habían retirado á hondas cavernas que presentan aquí por todas partes aquellas peñas, en lugares inaccesibles para todos, menos para la codicia de los españoles, que consiguieron trepar por varias sendas. Furiosos los indios, se precipitaron tan ciegamente sobre los castellanos, que los que no morían al filo de las espadas de éstos en lo bajo de las gradas, se despeñaban, pues no podían volver atrás por el número de sus compañeros que empujaban hacia abajo en aquellos estrechos senderos. Los pocos indígenas que quedaron, movidos de las persuasiones de los intérpretes, se sujetaron tristemente á los españoles, que los enviaron á que solicitasen de los demás la paz y amistades. Acudió Macaregua á la invitación, trajo los vestidos y armas del español muerto en su pueblo, y algún oro, con lo que fué perdonado. Estos sucesos influyeron en la sumisión de los habitantes de otros dos pueblos, por donde transitaron luego Bocaré y Choaquete, pero no en el cacique Chianchon, que prefirió correr la suerte de las armas, y defendió con cuarenta hombres su pueblo con tal valor, que casi todos perecieron, y el cacique, maniatado, fué conducido á presencia del capitán Galiano, el cual lo persuadió que debía prestar obediencia, y lo hizo poner en libertad. En los demás pueblos que recorrieron los castellanos, á saber: Siscota, Cotisco, Caraheta, el valle de Sancoteo y Cispainata, todos grandes y prósperos por su agricultura y población, fueron muy bien acogidos. Hicieron aquí un cálculo aproximado de la población, para hacer los repartimientos á su regreso á Vélez, de cuya minuta desgraciadamente no nos han conservado memoria los cronistas, y caminando al sur, después de cuatro meses de haber salido, volvieron á Vélez, á mediados de este año de 1540.

Estaban aquellos vecinos apretados con la sublevación general de los indios de toda la comarca, capitaneados por Savoyá, y habían tenido que ocurrir á Santa Fe por auxilio. Empleóse Galiano en perseguir por los riscos y cavernas á los naturales, no sin peligros, pues las púas envenenadas que éstos dejaban en los senderos trillados, mataron algunos hombres y caballos. Aquí lo dejaremos para dar cuenta de la fundación de Tunja.

Más tarde que Galiano se despachó Gonzalo Suárez Rondon para salir á fundar la ciudad de Tunja, á pesar de estar previsto el sitio y ser más corta la distancia á Santa Fe. Verificóse la partida á fines de Julio de 1539, y el 6 de Agosto del mismo año, aniversario de la fundación de Santa Fe, se practicaron las ceremonias prescritas en semejantes casos: se instaló el cabildo, nombráronse alcaldes, escribano y Alguacil Mayor, y se repartieron los solares, despojando á Aquiminzaque, sucesor del viejo zaque Quemunchatocha, de su cercado, pues la ciudad se fundó en el mismo sitio descampado, rodeado de barrancas y de lomas limpias, en donde los Zaques tenían su residencia, como á venticin-

co leguas al nordeste de Bogotá, y como esta ciudad sobre la misma planicie elevada de la cordillera oriental. (1).

Salió luego el capitán Baltazar Maldonado, Alguacil Mayor, á hacer las demarcaciones de límites de la nueva población y la minuta de los pueblos para poder verificar el repartimiento entre los fundadores; y Hernán Pérez de Quesada pasó á Tunja á ejecutarlo, no sin graves quejas, atribuyéndosele que había aventajado indebidamente á los soldados de Belalcázar, que habían logrado captarse su agrado con presentes, halagos y otros medios ilícitos y aun criminales.

Muy pronto terminó el Licenciado Jerónimo Lebrón, Gobernador de Santa Marta, los aprestos de la expedición con la cual se proponía tomar posesión del mando del Nuevo Reino de Granada. En siete barcas salieron de Santa Marta cien hombres, á cargo del capitán Alonso Martín, que debía cooperar por el río con los doscientos que por tierra sacó el Gobernador, para encontrarse en la boca del río Cesare, punto que había servido de reunión á Quesada. Los buques atravesaron, no sin peligro, la barra del río, después de haberse visto obligados á echar al agua parte de la carga; otros entraron por la Ciénaga, y con mil penalidades salieron al Magdalena, después de cortar bajo las aguas, con infinitas penas, las raíces de mangles y otros obstáculos que embarazaban los caños. Así, el temor de zozobrar en las bocas del Magdalena hizo hallar un camino más corto y que entonces se transitó por la primera vez. Reunidos los siete buques, tuvieron que sufrir una serie de guazabaras navales, desde Menchiquejo y Talahigua hasta Sompallon; pues los indios no escarmentaban con sus frecuentes derrotas, ni con los estragos que hacían los tiros de Pedrero en las masas densas de canoas bajas, llenas de indios desnudos, con que se cubrían las aguas del rio á cada nuevo ataque. No podían ellos imaginar que siete barcos tripulados con cien hombres, dejaran de sucumbir bajo los esfuerzos repetidos de millares de hombres, y de flotillas que se renovaban sin cesar.

A mediados del año de 1540 llegó Lebrón por tierra á la embocadura del Cesare, y continuó su jornada sin que nada ocurriera digno de mencionarse en la subida del río. Hacer una re-

---

(1) Fueron Juan de Pineda y Jorge de Olmedo los primeros alcaldes, y regidores el capitán Juan del Junco, Gómez del Corral, Diego Segura, Pedro Colmenares, Fernán Banegas, Antonio Bermúdez y Fernando Escalante. Gonzalo Suárez Rondon, el fundador de Tunja, era también el segundo jefe del Reino, por la ausencia de Quesada, y había militado en Italia y halládose en la batalla de Pavía y en Africa. El Rey don Sancho armó caballero y dió el apellido de Rondon á uno de sus progenitores, por una carga brillante ejecutada sobre los moros en Algecira. El 25 de Julio de 1819 otro bravo militar del mismo apellido, el Coronel Rondón, rindió su vida en campo glorioso, no lejos de Tunja, combatiendo por la República. Ningún monumento se ha erigido á la memoria de este valiente oficial, y su nombre mismo se ha omitido al hablar de aquella batalla en la historia de las campañas del Libertador por un distinguido escritor venezolano. Sería de desear que la tacha de ingratitud no pudiera aplicarse con justicia á las Repúblicas.

seña de los sucesos ocurridos, sería repetir la monótona narración del que aconteció á Quesada. Traía Lebrón las primeras mujeres españolas que entraron al Reino, y también semillas de cereales y de hortalizas. Llegados al Barranca Bermeja ó La Tora, supieron que á las orillas de un vasto lago que comunicaba con el río, y que quedaba al oriente, había muchas poblaciones que no descubrió el Licenciado Quesada en su primer viaje. Una pequeña partida visitó algunas, cautivando ciertos indígenas (1) que sirvieron de guías para mostrar las trochas, ya casi borradas en el bosque, por donde habían transitado los descubridores cuatro años antes. Es casi seguro, sin embargo, que sin la extraordinaria actividad y expediente del capitán Luis Manjarrés, que era el brazo derecho de Lebrón en esta expedición, secundado por el adalid Sebastián Millán, el Gobernador se habría visto obligado á retroceder de las sierras de Atún sin haber pisado los umbrales del Reino. Llegó por fin á Vélez, á fines de 1540, en donde fué recibido por las autoridades municipales como legítimo Gobernador.

Luego que Hernán Pérez de Quesada supo este suceso, le despachó mensajeros, vedándole que pasara adelante, si no traía despachos reales como gobernador del Nuevo Reino de Granada; pues en su opinión no bastaba el título de Gobernador de Santa Marta, expedido por la Audiencia de Santo Domingo, para que él pudiese entregarle el mando de las nuevas y apartadas regiones descubiertas por su hermano. Alteróse Lebrón con el mensaje, é invitado por Quesada para pasar á Tunja, en donde esperaba arreglarían sus diferencias, verificó su marcha al frente de doscientos infantes y ciento de á caballo, pues aunque perdió un número considerable de soldados en la jornada

---

(1) Quiero copiar aquí lo que refiere F. P. Simón como ocurrido en esta ocasión en la primera refriega con los indios que habitaban las márgenes de aquella ciénaga, porque muestra bien á qué brutales impulsos obedecían muchos de los descubridores.

"Defendianse los indios cuanto era menester para dar lugar á que se pusiese en cobro su hacienda, hijos y mujeres, cuando Francisco Muñoz, soldado valiente, codicioso de haber á las manos una moza de buen parecer, rompió por entre los que hacían resistencia, y apartándose de sus compañeros, la asió de los cabellos. La cual, resistiendo el cautiverio, daba voces á su marido, que no fué perezoso en llegarle al socorro; y como halló tan ocupado y embebido al soldado en sujetar la bárbara hermosura, y que había dejado caer la rodela en la refriega, tuvo lugar y buena ocasión de dispararle una flecha envenenada, con que lo hirió en un hombro, y ya iba á secundar otra, cuando llegó Pedro Niño, y de una cuchillada le cortó el arco é hirió en una mano, con que se embraveció más el indio fiero, y fiado en sus fuerzas, embistió con el Pedro Niño á brazo partido, con que anduvieron ambos bregando buen espacio de tiempo, haciendo cada cual lo que podía, hiriendo á su contrario con la cabeza, rodilla palma y mojicones, hasta que ambos juntamente cayeron al pie de una palma de que salieron tantas avispas, que cubrieron el desnudo cuerpo del indio y ayudaron á rendirlo con sus aguijones. La mujer, que ya había desamparado el Francisco Muñoz con el dolor del flechazo, aunque pudiera huír, no le pareció ser esto de mujeres honradas, sino ayudar á su marido en cuanto pudo, y así ambos quedaron cautivos, y no fueron de poca importancia como guías en el camino de la montaña que entonces emprendieron.

de Santa Marta á Vélez, los vecinos de esta última engrosaron sus filas. A poca distancia de Tunja halló á Quesada acampado en la orilla de una quebrada, con un número igual de combatientes; unos y otros se dispusieron á la pelea viendo que de nada servían las notificaciones de escribanos que se cruzaban de un campo á otro. Las lomas vecinas aparecían cubiertas de indígenas, movidos por la curiosidad, y quizás deseosos de que sus opresores se destruyeran entre sí. La prudencia de Gonzalo Suárez Rondón, Justicia mayor del Reino, provocó una entrevista particular de los dos jefes, y en ella la urbanidad y el respeto que mostró el astuto Quesada á Lebrón, y la firmeza con que insistió en que se oyese el parecer de los dos Cabildos, de Santa Fe y de Tunja, y se estuviese por su decisión, doblaron la voluntad de Lebrón. De antemano sabía Quesada cuál sería la resolución de aquellos ayuntamientos, cuyos miembros, siendo de los más favorecidos en los repartimientos de indios, temían la introducción de una nueva autoridad que pudiera anularlos.

Hubo pues de contentarse el Gobernador de Santa Marta con la razonable cantidad de oro y esmeraldas que le produjo la venta de sus caballos, esclavos, ropas, armas, etc., que por la escasez de estos artículos se vendían á precios extraordinarios, y seguido sólo de veinticinco personas que quisieron acompañarlo, se embarcó en el Magdalena en Guataquí, como habían hecho casi dos años antes Gonzalo Jiménez de Quesada, Belalcázar y Fredemán. Llegado á Santa Marta sin contratiempo, y sabiendo que de España venía nuevo Gobernador, se retiró á su casa de Santo Domingo á gozar de las comodidades que le proporcionaba su fortuna. Aumentáronse así los vecinos de las tres ciudades, y, lo que es más, comenzáronse á sembrar las semillas de Europa. El Capitán Jerónimo de Aguayo cogió la primera cosecha de trigo en Tunja, que después se propagó rápidamente, y la primera mujer que hizo pan fué Elvira Gutiérrez, mujer del Capitán Juan de Montalvo.

Creyó Quesada que podía ya disponer de fuerzas suficientes para emprender la jornada de Manoa, ó del Dorado, cosa que traía tan trastornadas las cabezas de todos aquellos conquistadores, que no fué bastante el mal éxito que ella tuvo, para que dejaran de perecer miserablemente centenares de hombres y de consumirse grandes caudales en equipar posteriormente otras expediciones que fallaron todas, como era preciso que sucediese, cuando no tenían más fundamento que una absurda leyenda, y cuando su dirección era por llanos ardientes ó por selvas espesas y malsanas.

Mas antes de disponerse á marchar, quiso dejar asegurada la paz de las colonias, á los que quitaba la mayor parte de sus defensores, y con este fin determinó hacer una sangrienta ejecución que colmara de terror y espanto á los indígenas de la jurisdicción de Tunja, entre quienes no se descubría, sin embargo, síntoma alguno de sublevación. Tenía resuelto sacrificar al desventurado Aquiminzaque, ó Quemichua, sobrino y sucesor de Quemínchatocha, muy querido de los indios por su gracia y afabili-

dad, pero que, desde que sucedió á su tío, no había manifestado disposición hostil contra los españoles. Fingióse, pues, un plan de conspiración, tomáronse declaraciones á varios indígenas, y se hizo un simulacro de proceso para perder al joven Zaque, á quien no podían atribuír el haber ocultado los tesoros de su predecesor, como á Sagipa, y así le acusaron de pretender levantar los pueblos para matar á los españoles, valiéndose de una reunión ó fiesta que se celebraba el día de su casamiento. Hernán Pérez de Quesada se trasladó á Tunja, y allí hizo degollar bárbaramente al inocente y malaventurado Zaque, á los caciques de Samacá, Turmequé, Boyacá y á muchos de sus más distinguidos vasallos, no sólo en Tunja, sino en otros pueblos. Los indios sacrificados eran todos aquellos que por su mayor cultura habrían podido explicar las tradiciones de los Chibchas, que de esta manera todo contribuía á sepultar en el olvido. Desaprobaron la mayor parte de los vecinos de Tunja y Bogotá hecho tan cruel y sanguinario, y cuando algunos años después Hernán Pérez de Quesada pereció herido de un rayo, algunos vieron la mano de la Providencia que castigaba las frías atrocidades de este mal español. (1).

Reunidos doscientos hombres y algunos caballos, auxiliado y guiado por los consejos y experiencia del Capitán Montalvo de Lugo, que hacía poco había llegado de Venezuela siguiendo las huellas de Fredemán con un corto número de soldados, se encaminó Quesada por la provincia de Tunja á tierras de los laches; de allí bajó á los Llanos y volvió al sur desandando lo que había caminado sobre la cordillera (2), y siguió la misma ruta de Espira, con los mismos trabajos, hambres y necesidades. Esguazado el río Papamene, se desvió hacia la serranía, mas no pudiendo caminar los caballos por lo escarpado de los peñascos, fatigados los soldados de construír puentes en los torrentes, volvieron otra vez á lo llano, hasta llegar á las selvas de Moca y de los Canelos, alimentándose con los caballos, y reducidos por último á matar la triste acémila del capellán Padre Requejada, para dar alguna substancia á los enfermos. Esta acémila no era otra que el asno Marubare, rescatado de entre los riscos de la Sierra Nevada de Santa Marta, y que debía dejar sus huesos en las apartadas regiones que riegan los afluentes del Amazonas!

Llegó por fin Quesada á Sibondoy, y allí supo que cruzando la cordillera llegaría á Pasto. Falto ya de fuerzas y de esperanzas, se determinó á abandonar la empresa, y á pasar á Pasto y de allí á Popayán y Santa Fe, con menos de cien hombres, des-

---

(1) **"Fué Hernán P. Quesada gran parte en la injusta muerte del Rey de Bogotá, y aun quizás el más culpado, pues elegido para su defensor, no solamente faltó al oficio, mas trocándolo en el de fiscal, dejó correr la injusticia hasta el precipicio de tan gran desacierto."**

PIEDRAHITA, N. 423.

(2) **Algunos suponen que primero salió Quesada por la provincia de los Chitareros á buscar la casa del Sol, aunque sin fruto, y que después volvió á Santa Fe y bajó á los Llanos en su expedición en pos del Dorado, por Fosca.**

pués de un año de la más extravagante y trabajosa peregrinación.

No habían faltado entre tanto graves atenciones al Capitán Gonzalo Suárez Rondón, que quedó, como llevamos dicho, encargado del gobierno de aquellas colonias, durante la ausencia de Quesada. Exasperados los naturales con los vejámenes de los encomenderos, cuyas exigencias eran cada día más intolerables, y no teniendo desiertos ni bosques lejanos á donde huír para escapar de la rapacidad de sus opresores, se fortificaron unos en las lagunas, otros en los peñascos, llevando consigo sus familias y resueltos á defenderse hasta morir.

El cacique Tundama con sus súbditos se hizo fuerte en una isla de la laguna de Bonza, que entonces tenía más extensión y profundidad que hoy, en que ha quedado reducida á un pantano. La isla comunicaba por una faja de tierra angosta con la tierra firme. En esta hizo el Tundama una cortadura y foso, peinando las barrancas para impedir el acceso á los de á caballo que eran los más temibles á los indígenas, y dispuso al rededor agudas estacas en las aguas. El Capitán Baltasar Maldonado fué el encargado de sujetar al altivo é indómito cacique, como que el pueblo de Duitama le había cabido en encomienda. No le valieron los halagos y persuasiones de que hizo uso, y á todas las razones contestaba el Tundama que prefería morir ahogado en sus lagunas antes que ver á sus súbditos mutilados por los perros y condenados á los más crueles tormentos, cuando no satisfacían la codicia insaciable de los encomenderos. Empeñóse pues el combate y el primer día fueron rechazados los españoles; mas el mismo indígena que algunos años antes había denunciado á su cacique, y que se hallaba entonces en el campo español, aseguró al Capitán Maldonado que el foso ó cortadura no era bastante profundo para impedirle el paso; pues los duitamas no habían tenido tiempo para ahondarla, y así era la verdad, pues al día siguiente, empeñado de nuevo el combate, y pasada la primera furia de los indios, algunos españoles se lanzaron á pie y otros á caballo, y lograron tomar tierra en la isla. La mayor parte de los indígenas murieron, ó á manos de los castellanos, ó ahogados en la laguna, adonde se arrojaban sin saber nadar, cosa que generalmente ignoraban los habitantes de las tierras frías. Salvóse Tundama, y, sin desalentarse (1), recorrió los pueblos vecinos, pidiendo auxilio. Mantúvose en armas dando frecuentes asaltos á los españoles, hasta que, viendo ya muy reducido el número de sus compañeros, resolvió en mala hora presentarse al Capitán Maldonado y ofrecerle el acostumbrado tributo, que al principio traía muy abundante, y escaseando después el oro, disminuía naturalmente la cantidad, por lo que, reconvenido por el encomendero y contestando con entereza, re-

---

(1) Era el Tundama de tan gallardo corazón, que aunque se vido trastornado en esta pérdida de la fortuna, no faltó un punto en los intentos que siempre tuvo de defenderse.—F. P. Simon. 2.ª parte, 5 not. manuscrito *Apud me.*

cibió un golpe en la cabeza con el martillo con que el Capitán Maldonado machacaba el oro para pesarlo, de que murió ignominiosameute este caudillo, que entre todos los chibchas mostró siempre más valor y más horror á la servidumbre. A su sobrino y sucesor, que posteriormente recibió el bautismo de mano del obispo D. Fray Juan de los Barrios, le cupo un fin no menos trágico. Apremiado con tormentos por el cruel y homicida oidor Mesa, á fin de que le contribuyera con crecidas cantidades de oro, y hallándole incontrastable, lo hizo pasear desnudo y maniatado como un malhechor por las calles de Duitama. No sobrevivió el sensible cacique á esta afrenta: vuelto á la prisión, se suicidó ahorcándose de una de las vigas de la cárcel. Sujetos de los rebeldes, todos los jefes de la nación Chibcha perecieron así, de una manera violenta.

Los indígenas de Tausa, Suta y Cucunubá se confederaron, y con el mayor secreto trasladaron sus familias y mantenimientos, y se fortificaron en el peñón de Tausa, acopiando una gran cantidad de piedras en el único sendero escarpado por donde podía subirse á aquella fortaleza natural. Luego que en Santa Fe se supo este alzamiento, salieron cien hombres á sujetarlos. Los enormes cantos de piedra que los indios lanzaban de aquella altura, lastimaron algunos españoles y mataron uno, pero los otros subían de dos en dos, apoyados en los fuertes escudos, y de este modo lograron coronar la estrecha esplanada en lo alto del peñón, circuído por todas partes de peñas tajadas de centenares de varas de altura. Aquí se siguió una escena de sangre y de desolación imposible de describir: los que no morían á los filos de la cuchilla española, se precipitaban de tamaña altura; hombres, mujeres y niños se hacían pedazos al caer por entre aquellas rocas. Algunos se rindieron, y, amonestados, volvieron á sus pueblos á doblar la cerviz para pagar el duro tributo á sus amos. Por muchos días no se veía otra cosa en estos lugares de desolación, que bandadas de aves de rapiña que se cebaban en los cadáveres de aquellas inocentes criaturas.

Los simijacas se habían acogido también á otro peñón todavía más fuerte, ceñido por toda la base de bosque espeso, que hoy ha desaparecido completamente, y al cual daba acceso solamente una estrecha y áspera senda. En el primer ataque fueron rechazados los castellanos, pero los indios incautos gastaron después sus armas y municiones para repeler las acometidas simuladas que con este fin les hacían sus enemigos; así que, cuando subieron de veras al asalto, no pudieron resistir las armas de los castellanos, y en lo alto de aquel peñasco se repitió la catástrofe del peñón de Tausa. (1).

---

(1) Un español llamado Olalla fué lanzado por los indios desde aquella enorme altura, y se hubiera hecho pedazos, si no hubiera encontrado en su caída las masas entretejidas de plantas volubles en las copas de los árboles más elevados. Escapó así milagrosamente, aunque con una pierna quebrada y herido el rostro con su propia espada, que no soltó de las manos, como tampoco el escudo. Este sitio se conocía después con el nombre del salto de Olalla.

Como los encomenderos de Tunja no eran ni más prudentes ni menos rapaces que los de Santa Fe, se verificó poco después, á fines de este año de 1541, otro alzamiento en Ocavita y Lupachoque, acogiéndose los indígenas á lugares fuertes para librarse de los tributos. (2). Se infiere que esta sublevación tenía un carácter más grave y amenazante que las otras; pues Gonzalo Suárez Rondón convocó una junta de capitanes en Santa Fe, y en ella se resolvió que se encomendara la sujeción á los Capitanes Céspedes y Socorro, como tan cursados en las guerras de los indios taironas; mas de poco les sirvió su experiencia y valor. Fueron rechazados dos veces por Ocavita, que había tomado todas sus medidas para que no le faltasen ni armas ni víveres.

Despachóse luego al Capitán Juan Pineda, el cual juzgó que sería conveniente atacar y rendir primero á los del peñón de Lupachoque, que parecía menos fuerte, como lo consiguió no sin trabajo, y gracias á los arcabuces que se usaban de nuevo desde que, descubierto el nitro en la provincia de Tunja, habían comenzado á fabricar pólvora en aquella ciudad. Este suceso no intimidó, sin embargo, á Ocavita, el cual continuó defendiéndose con el mayor coraje é inteligencia, y Pineda hubo de retirarse anunciando que la reducción del Ocavita le parecía imposible. Salió, pues, en persona Gonzalo Suárez Rondón con todas las fuerzas disponibles; mas todo habría sido inútil sin el arrojo y serenidad del Capitán Alonso Martín, que pidió una entrevista personal al cacique Ocavita con tanta instancia, que se dejó ver por fin este en la orilla de la peña, adonde subió solo el oficial español, con achaque de persuadirlo, pero, en realidad, para favorecer la subida de otros soldados que lo seguían con apariencias de paz. Así, cuando menos pensaron, se hallaron los indígenas sorprendidos por muchos castellanos que seguían al Capitán Martín. Ocavita se sometió entonces, ganado por los modales cariñosos del oficial español, después de haber triunfado tantas veces por las armas. De este modo quedó por entonces sujeta y pacificada toda la tierra.

---

(2) El obispo Piedrahita anticipa de un año estos alzamientos. Es de advertir que en aquella época estaba Gonzalo Ximénez de Quesada en Europa, y que su *Compendio*, que parece seguir nuestro historiador, fué escrito muhos años después. La cronología de F. P. Simon, que es la que sigo, me parece aquí más ajustada. El Padre Medrano, que estaba entonces en el Reino, le sirve de guía.

CAPITULO XVI

Mal éxito de las pretensiones de Gonzalo Jiménez de Quesada en España.—Nombrase á D. Luis Alonso de Lugo por Adelantado de Santa Marta y demás provincias nuevamente descubiertas.—Desembarca en el Cabo de la Vela, y entra por el valle de Upar al Magdalena.—Desalentado con los contratiempos del camino, pretende tres veces abandonar la empresa.—Llega por fin á Vélez, luego á Tunja y á Santa Fe.—Quita las encomiendas y cobra todos los tributos por su cuenta.—Prende á G. Suárez Rondón y comete todo género de desafueros.—El capitán Vanegas descubre las minas de Sabandija y Venadillo.—Sujeta á los Panches.—Funda á Tocaima.—Abandona Lugo su gobernación, y manda Armendáriz, Juez de residencia, á su sobrino Pedro de Ursua á hacerse cargo del mando.—Visita á Santa Fe el primer Obispo.

Dais el nombre de paz al desaliento
De la devastación..... ..
....
Dejando el mando en tanto por despojos
A un mercenario vil, cuya avaricia,
Mientras más atesora, más codicia.

QUINTANA.

Queda dicho atrás cómo de los tres Generales que descubrieron el Nuevo Reino de Granada, el único que logró buen despacho á su llegada á la Corte fué Belalcázar, cuya fama y distinguidos servicios como conquistador del Perú y de Quito, eran bien conocidos en España. No hubo, pues, dificultad en concederle el título de Adelantado y de Gobernador de Popayán, comprendiendo en su demarcación desde Pasto hasta las sierras de Abibe. Al Licenciado Quesada, que podía alegar el mérito de primer descubridor de una de las regiones más importantes de Indias, y hacer valer al mismo tiempo el número y grado de civilización de los pueblos que había sujetado al dominio de su soberano, le faltó atrevimiento para presentarse en la Corte á competir con D. Alonso Luis de Lugo, hijo del Adelantado D. Pedro. Arredráronle quizás las influencias que daban á su competidor sus nobles enlaces, ó por ventura sentía tener que entregarle las nueve porciones del botin de Tunja, que se había apropiado, aunque correspondían legítimamente al Adelantado, y prefirió pasar muchos años de su vida gastando su caudal en ruinosos pasatiempos, en Francia é Italia, á emplearlo con perseverancia en la Corte solicitando el gobierno de los países que había descúbierto. No hubiera faltado modo de compensar á D. Luis de Lugo por los derechos adquiridos en virtud de la capitulación celebrada con su padre, sobre todo cuando este se ha-

bía quejado de los sinsabores y disgustos graves que la conducta de su hijo le había procurado, y había solicitado con ahinco su castigo. Mas Quesada, que no conocía la Corte, desconfió de que sus méritos apoyados en buen caudal pudieran triunfar, y dejó el campo libre á su competidor, quien sin mucha dificultad obtuvo la confirmación del nombramiento de Adelantado hecho en su padre por dos vidas, y se preparó á salir á tomar posesión de su gobierno. Desvanecido Quesada con sus riquezas, no hubo linaje de imprudencias que no cometiera: ignorando los usos y etiqueta de la Corte, se presentó en Flandes, hallándose esta de luto por la muerte reciente de la Emperatriz, vestido de grana y franjas de oro, por lo que fué severamense amonestado y aun incurrió en desgracia. Consolóse viajando en Portugal, Francia é Italia, gastando en pocos años lo suyo y lo ajeno, y volviendo á España como demandante pobre y desvalido á solicitar el galardón de sus servicios, y, por lo mismo, en la situación menos propia para obtenerlo. Sin embargo, la importancia que iban adquiriendo los países que había descubierto era tál, que no pudo denegársele, según veremos á su tiempo, un razonable premio y condecoraciones que habrían sido más lucrativas y eficaces si hubiera tenido tacto y habilidad para aprovechar el momento oportuno de hacer valer sus servicios, como tuvo prudencia, valor y firmeza para luchar en las Indias contra todo género de contratiempos hasta lograr dar cima á su empresa.

En el año de 1542 llegó D. Luis Alonso de Lugo con su gente al Cabo de la Vela y Ranchería que en aquellas inmediaciones se había formado para la pesquería de las perlas; y como estos lugares se hallaban dentro del territorio de su mando, pidió á los oficiales reales le diesen el dozavo de lo que existiese en caja, y, denegándose uno de estos, abrió Lugo violentamente las arcas para sacar lo que le correspondía, manifestando otra vez aquella ansia de dinero que lo dominaba. De allí despachó algunos de sus oficiales á Santa Marta para prevenir los buques que debían entrar por el río de la Magdalena, mientras que él, quizás avergonzado de presentarse en aquella ciudad después del escándalo que en ella dió algunos años antes, defraudando á su padre y compañeros de la parte del botin que les correspondía y que estaba en su poder, y huyéndose con él á España, se resolvió, sin pasar por Santa Marta, á entrar por el valle de Upar, y, recorriéndolo, salir á las orillas del Magdalena á juntarse con los buques en el sitio acostumbrado. No se ejecutó esta jornada sin diversos combates con los Aruacos, Guanebucanes y otras tribus que los hostilizaron en el tránsito, desde el paso de la sierra de la Herrera hasta Tamalameque, ni sin otros incidentes, entre los cuales merece mencionarse el haberse quedado rezagadas á la salida del valle algunas cabezas del ganado que llevaban, que se hicieron silvestres y multiplicaron después por sí mismas. Este fué el primer ganado vacuno que penetró hasta lo interior del Reino por Vélez, y que después se propagó con tal rapidez, gracias á la abundancia de los pastos y benignidad del clima.

La flotilla tuvo por su parte que sostener una serie de combates navales que no les permitían un instante de reposo. El indio Francisquillo, de edad de diez y seis años apenas, y criado en Santa Marta entre los españoles, era el enemigo más implacable que estos tenían en el río Grande, y al cual obedecían millares de indígenas de los que habitaban sus orillas. Dejaron los buques algo arriba de la boca del Opón, y continuó su marcha Lugo por donde mismo habían pasado Quesada y Lebron; y tales eran el hambre, el cansancio y las enfermedades de sus soldados, que tres veces estuvo resuelto á volverse á Santa Marta, y la última lo habría verificado sin duda, á no haber llegado alguna gente de Vélez para servirle de guía y alentarlo. Aquí resalta el mérito superior de Quesada respecto de Lugo y de Lebrón, que, pasando por donde mismo había transitado el primero, y sabiendo que iban á tierra pacífica, cedieron más de una vez al desaliento, mientras que el primero jamás manifestó el menor síntoma de recelo ni de incertidumbre, siendo así que marchaba á la ventura, por tierras nunca antes holladas por los europeos.

Luego que Lugo llegó á Vélez, y que presentando sus títulos fué recibido sin contradicción como Gobernador y Adelantado del Nuevo Reino de Granada, comenzó á hacer las innovaciones que más convenían á sus propios intereses, sin consultar el bien ó la prosperidad de las colonias. Anuló los repartimientos hechos por Galiano en la provincia de Guane, so pretexto que nadie había podido hacerlos legalmente. El nuevo encomendero de Chianchon pretendió extorsionar á este cacique, que, siendo de índole poco sufrida, sacudió el yugo, mató á los tres perceptores que lo mortificaban, y sublevó toda la provincia, que se aparejó á conquistar de nuevo el capitán Rivera, usando, no ya de la política de Galiano, sino de la mayor severidad.

Los inconvenientes y dificultades de la ruta que hasta aquí se había seguido para entrar al Reino, movieron á los cabildos de las tres ciudades de Vélez, Tunja y Santa Fe, á mandar hacer una exploración para buscar otro camino, y efectivamente hallaron el río Carare, en cuyas orillas se construyeron bodegas y se abrió un camino más corto por tierra á Vélez, el cual sirvió por muchos años para introducir todas las mercancías de España, con detrimento considerable de los indios que los encomenderos alquilaban como bestias de carga, haciéndoles llevar pesos desproporcionados á sus fuerzas, y obligándoles, además, á que ellos mismos buscasen y cargasen sus mantenimientos. Este maltrato, las guerras frecuentes y de exterminio que se movían á cada sublevación, las epidemias de viruelas y sarampión, disminuyeron de tal modo la población, que de cerca de doscientos mil indígenas que habitaban la hoya del río Saravita y sus afluentes en la época del descubrimiento, no quedaban ochenta años después, según Fray Pedro Simón, sino como mil seiscientos distribuidos en diversas encomiendas.

Persuadió luego Lugo á los demás encomenderos de las ciudades de Santa Fe y Tunja, á que renunciasen sus encomien-

das, ofreciéndose á restituírselas de nuevo, al verificar legalmente los repartimientos, usando de facultad que sólo él poseía: medio ingenioso que le sugirió su codicia para enriquecerse, pues mientras dilataba con varios pretextos el repartimiento definitivo, cobraba para sí por medio de sus agentes los tributos de los indios de todo el Reino; y como la influencia y autoridad de que gozaba Gonzalo Suárez Rondón le hacía sombra y le inspiraba desconfianza, fulminó contra él un proceso, lo cargó de prisiones, y le confiscó los bienes; demasías que podían ejecutar impunemente los magistrados que tan lejos se hallaban de ser contenidos por la autoridad real residente en otro hemisferio.

La vista del oro que se iba juntando no podía menos de inspirar á sujeto tan codicioso como el joven Adelantado el deseo de averiguar los lugares de donde se sacaba aquel metal; y, habiéndose ofrecido un indígena á conducirlos á las minas, envió Lugo con cincuenta hombres bien armados al capitán Hernan Vanegas, el cual se encaminó por Zipacón á tierras de los Panches. Parece que estos tenían espías muy diligentes, porque no bien hubieron bajado los españoles á las juntas del río Vituimita con la quebrada de Síquima, cuando les salió al encuentro el belicoso cacique Síquima á la cabeza de algunos millares de guerreros que pusieron en considerable aprieto á los soldados de Vanegas, quedando dos malamente heridos y un caballo muerto. Sin los mastines, que por primera vez veían los Panches y que hacían presa en ellos, según estaban enseñados, por las partes más delicadas, mutilándolos del modo más lastimoso, la victoria habría sido dudosa; más la ferocidad de estos animales intimidó á los Panches y les hizo retirarse á las alturas vecinas. Vanegas envió sus intérpretes á convidarlos con la paz, y requiriéndolos se sujetasen al Rey, y en respuesta mandaron como mensajero un gallardo joven, pintado de negro, que les dijo que su cacique no convenía por ahora en sujetarse, y que la materia sería considerada despacio; pero que si lo que pretendían era pasar por sus tierras, sin detenerse en ellas, les ofrecía que nunca serían molestados, como no lo habían sido ni aún las más pequeñas partidas de cristianos que habían bajado en diversas ocasiones á embarcarse en el río Grande. Continuó de esta manera su viaje Vanegas hasta el Magdalena, el cual pasó en canoas que halló abundantemente en la orilla derecha, y, siguiendo al poniente, el indio guía los condujo á un río que llamaron del Venadillo, por un ciervo doméstico que criaban algunos indígenas en cierta casa (1). Más adelante hallaron el sitio en que el indígena les indicó estaban las minas; y, en efecto, cavando y lavando hallaron abundantes muestras de oro, y por aquellos indi-

---

(1) Piedrahita supone que dos años antes había explorado el capitán Baltasar Maldonado por orden de Quesada las faldas de la Sierra Nevada de Tolima, entrando por el ameno valle de las Lanzas, en donde después se fundó la ciudad de Ibagué, y que halló pueblos atrincherados en fuertes palenques, por lo que nombró esta región provincia de los Palenques, y que en la expugnación de uno perdió veintidós hombres; más ninguna mención de esta circunstancia se halla en los otros cronistas.

cios se persuadieron de que el guía no los engañaba. Determinaron, pues, devolverse, después de haber pasado el río Sabandija, en que hallaron también oro, para dar á Lugo tan faustas nuevas, á fin de que se dispusiese lo conveniente en el laboreo de las minas: y pensando que el viaje sería más corto por tierra de los Colimas, enderezaron sus pasos al oriente, aunque bien pronto conocieron que estos indígenas eran todavía más belicosos y menos corteses que los Panches; y así, fatigados de sus frecuentes ataques, tuvieron que volver atrás y tornar al camino por donde habían bajado.

Hizo Lugo muchas demostraciones de regocijo con la noticia de las minas, se celebraron justas y torneos en Santa Fe, que era la mayor y más costosa diversión que podía imaginarse en aquella época, y de la que no pocas veces se siguieron heridas graves y aun muertes. Mas como la dificultad mayor consistía en hallarse las minas en tierras de indios no reducidos, se pensó ya seriamente en sujetar á los Panches y en fundar una ciudad que sirviese de escala para las futuras conquistas. Comisionó Lugo al mismo Vanegas, que tenía todo el valor que era menester, sin faltarle la prudencia y discreción para ablandar á los indígenas con buenas palabras y regalos cuando así le convenía. Sacó este Jefe de Santa Fe setenta hombres de á pie y de á caballo, y no es de extrañarse que sólo pudiera reunir tan corto número de soldados, si se atiende á que Lugo perdió mucho más de la mitad de la gente que trajo de España en su larga jornada del Magdalena, y á que con él llegaron menos de cien soldados á Vélez, y si se recuerda que Hernan Perez de Quesada había llevado á la expedición del Dorado toda la gente que se halló disponible en el Reino.

Avisados los Panches, se prepararon á defender sus tierras. Repitióse el mismo combate con el Siquima que la vez pasada, y, habiendo cometido Vanegas la falta de destacar al capitán Salinas con cuarenta hombres hacia Vituima, con orden de buscar un sitio cómodo para la fundación de la nueva colonia, fué este atacado vigorosamente por hueste tan crecida, y los Panches acudieron en tal número, que levantaron en peso á dos soldados en sus caballos, y se los llevaran, á pesar de los esfuerzos de hombres y brutos, si no hubiera ocurrido oportunamente el capitán con auxilio que dispersó á los indios. Pero espantados los españoles de tal audacia y valor, se replegaron todos al campo de Vanegas; y éste, viendo que no podía reducir al Siquima, ni por las armas ni por las negociaciones, se determinó á pasar adelante, al sur, á tierras del cacique Lachimí, y como había tenido la fortuna de ganarse la voluntad de un indio principal de los Panches con dádivas y halagos, éste le sirvió de mucho para persuadir á Lachimí á que concluyese la paz.

Recordemos que la nación de los Panches ocupaba todos los valles y quiebras de la falda occidental de la cordillera, desde lo que hoy se llama Villeta, que era la frontera de los Colimas, hasta la sierra de Tibacuy, que los dividía de los Sutagáos. Según el testimonio de los cronistas, en este espacio de menos de trein-

ta leguas de largo y diez de ancho, habitaban más de cincuenta mil indios, y parecían más fieros é indómitos, mientras más áspero era el territorio que ocupaban. Así los más civilizados, y de índole más pacífica, eran los Tocaimas, que vivían en terreno casi llano, á orillas del Pati y del Magdalena: á estos seguían los Anapuimas, los Suitamas, Lachimies, y, últimamente, los Siquimas, que eran los más guerreros. Después venían los Colimas, cuyo centro era la Palma, mucho más feroces que los Panches, y, finalmente, los Musos, que fueron los últimos conquistados, y los que dieron más que hacer á los españoles de todas las tribus que ocupaban como una cintura la falda de la cordillera sobre cuyo lomo extenso, llano y cultivado, habitaba la nación de los Chibchas, la más civilizada de Nueva Granada, y la primera que sujetó permanentemente la cerviz al yugo de la dominación española. (1)

De Lachimí pasaron á Sutaima, que también les dió la paz, luego que se persuadió que no se detendrían en sus tierras, y, últimamente, á las que ocupaba el cacique Guacana, el más poderoso y respetado de los Jefes comarcanos. Convocó éste el Consejo de los Acaymas, que eran los individuos de más autoridad en la tribu, y con su parecer se resolvió á recibir de paz á los castellanos. Vino pues al campo español, adornado de sartales de cuentas de varios colores en brazos, tobillos y sienes, y de fajas de oro, seguido de gran número de sus vasallos, cargados de maíz, frutas, calabazos de miel de abejas, y con semblante jovial y desembarazado abrazó á Vanegas y repartió algunas joyas de oro entre los principales castellanos, que con singular perspicacia acertó á reconocer entre los demás á primera vista. Se le hizo una larga plática sobre los misterios de la religión cristiana, obediencia al Emperador, y sobre la voluntad que tenían los españoles de fundar una ciudad en un terreno llano y ameno á orillas del río Pati, que es el mismo Funza que, después de precipitarse por la cascada de Tequendama, corre presuroso á confundir las aguas que le quedan con las del caudaloso Magdalena. Contestó Guacana, respecto de lo primero, que no podía comprender nada, y que se difiriesen las explicaciones para después; á lo segundo que no tenía dificultad en reconocer la superioridad del Emperador, siendo tan grande príncipe como se decía, y que tan poco se opondría á la fundación de la nueva ciudad, y aun ayudaría por su parte á la construcción de las casas, con tal que los otros caciques contribuyesen también con gente; pues no era justo que todo el trabajo se recargase á sus vasallos. Respuesta que miraron los españoles como muy racional, y que aumentó el respeto y consideración que se había

---

(1) Los Chibchas, sin embargo, no eran cobardes ni inconstantes. Hoy mismo, después de trescientos años del régimen más calculado para embrutecer y degradar una raza, hemos visto en el Ejército de Nueva Granada batallones enteros compuestos casi exclusivamente de indígenas de raza chibcha, dar los más brillantes ejemplos de valor, serenidad, constancia y subordinación, y aun de facilidad para adquirir la disciplina militar.

granjeado aquel cacique, que tan solícito se mostraba por sus súbditos.

A fines de Abril de 1544 se tomó, pues, posesión de aquella tierra á nombre del Emperador Carlos V, y se celebraron las ceremonias acostumbradas en la fundación de las ciudades, poniendo á esta el nombre de Tocaima, eligiendo alcaldes y cabildo y dando prisa á la construcción de la iglesia y casas. A poco tiempo de fundada, se hallaron minas de oro abundantes en sus inmediaciones, á cuyo trabajo se condenaron los indios y se comenzaron á edificar sólidos edificios de teja y conventos, aunque, por la mala elección del sitio, las frecuentes inundaciones los destruyeron; y en 1621 fué preciso trasladarla al lugar en que hoy se encuentra, en terreno más elevado, aunque los edificios actuales no corresponden al lujo de las primeras construcciones. (1)

Invitado Lachimí por una parte y Calandaima, cacique de Anapuima por otra, para que ayudaran á los trabajos del desmonte y construcción de las primeras casas, se denegaron con arrogancia. Auxiliados los españoles entonces de los Tocaimas, que tenían interés en no sufrir solos el peso de los nuevos huéspedes, atacaron estos á los Lachimíes, y, después de un sangriento y obstinado combate, en el que Guacana mostró mucho valor, los Lachimíes fueron obligados á ceder al saber de sus enemigos. Algunos soldados españoles quedaron heridos; pero los Tocaimas se regalaron por muchos días con la carne de los Lachimíes sus vecinos: horrenda costumbre, general en estos Panches, de comerse los unos á los otros. También se sujetaron por la fuerza los Anapuimas. El cacique Conchima, que habitaba los valles que rodean hoy la Mesa de J. Díaz, se presentó voluntariamente; y al de Iqueima, que se resistía, y cuyos estados comenzaban en la ribera izquierda del río Fusagasugá, en donde éste entra al Magdalena, se le dió una sorpresa que lo redujo á la obediencia, con lo cual quedó sujeta á mediados del año de 1544 toda la tierra de los Panches, y remitida al Adelantado la minuta de los indígenas repartidos en encomiendas entre los vecinos de Tocaima, para su aprobación. Esta pacificación, que fué lo único notable que se ejecutó durante el período de Gobierno de Lugo, se debe enteramente al Capitán Vanegas (2).

---

(1) Refiere el Padre Zamora, y también Piedrahita, que habiendo descubierto los esclavos de un vecino de Tocaima, llamado Juan Diaz Xaramillo, una mina de oro abundantísima, llegó éste á ser uno de los más ricos propietarios del Reino, é hizo traer de España, para la suntuosa casa de mampostería que construyó, pavimentos de losa fina, los más ricos artesonados y otros adornos cuyos despojos sirvieron después para enriquecer varios templos é iglesias, entre ellos el monasterio de la Concepción de Bogotá.

(2) No ayudó poco á la sujeción de los Panches la falta total de sal de Zipaquirá, de que se hallaban privados desde que los castellanos, dueños de la llanura, estorbaban este tráfico. Así el indio de Síquima, que sirvió á Vanegas de intermediario en todas sus negociaciones, sacaba partido de esta circunstancia para persuadirles á que se sometiesen, y siempre se observó que lo primero que tomaban con ansia de entre los regalos que les hacía Vanegas, de preferencia á los cascabeles, avalorios y bonetes colorados, eran los pedazos de sal.

Mas si Lugo se mostró lento y descuidado en promover los intereses de las nuevas colonias, no lo fué en cometer todo género de tropelías, robos y desafueros. Apropióse, como hemos visto, los bienes del Capitán Gonzálo Suárez Rondón, que ascendían á cincuenta mil ducados, y continuamente andaban sus agentes sacando santuarios y violando sepulturas para acopiar oro. Luego que llegó Hernán Pérez de Quesada de su malograda expedición del Dorado, lo encerró el Adelantado Lugo en estrecha prisión, así como á otro hermano menor de éste, recién llegado del Perú. Atropelló á los oficiales reales que rehusaban entregarle el dozavo de las existencias en el real Erario. Estos funcionarios lograron, sin embargo, escaparse de la prisión, y reunidos á la tropa que en su alcance despachó Lugo, se embarcaron en el Magdalena, cerca de Guataquí, bajaron á la costa, y presentaron después sus quejas á la real Audiencia de Santo Domingo. Para vengarse este Magistrado de un escribano que había dado testimonio de ciertas declaraciones en su contra, inició contra él una sumaria, y comisionó á un Alcalde ignorante, á fin de que siguiese la causa. Este procedió tan expeditivamente, que la misma noche en que recibió los autos, mandó dar garrote en la prisión al desventurado escribano, y éste fué el primer asesinato jurídico perpetrado en Santa Fé. Por último, temeroso del Juez de residencia, que no podía tardar ya en enviarse contra él, se dió tanta prisa, que para fines de este año de 1544 se puso en camino hacia el Magdalena, después de haber desterrado de antemano de todas las Indias á los Quesadas. Sacó del Reino trescientos mil ducados en valores de oro y esmeraldas, y llegó á Santa Marta llevando consigo presos á los fundadores de Tunja y Vélez, Rondón y Galiano. Allí compró una nave y se embarcó para España. tocando antes en la Ranchería de las Perlas (Cabo de la Vela), en donde las autoridades detuvieron el bajel, en virtud de Real Orden, hasta que restituyó el valor de las perlas que había sacado violentamente de las arcas á su entrada en el Reino. Púsose igualmente en libertad á los oficiales presos, temiendo que este hombre, que no guardaba respeto humano alguno, los mandara matar en el viaje de mar. Fué detenido después en la Habana, pero tuvo astucia para escaparse, sobornando al juez con tal arte, que logró que se le devolviese después, en tela de juicio, la suma del cohecho. Y, lo que es más, este facineroso llegó á España, supo sacrificar oportunamente algunas sumas, restituír una pequeña parte de la fortuna de Gonzalo Suárez Rondón, pues los apoderados de éste, conociendo las intrigas de Lugo y las influencias de que disponía, se conformaron con una transacción, y obtuvo, por último, el nombramiento de Coronel y el mando de una lucida tropa con que pasó á hacer la guerra en Italia. Falleció en Milán de enfermedad, asaltado por las más espantosas visiones, pero sus delitos quedaron impunes, y su vida será siempre un ejemplo de lo que puede el hombre audaz en una sociedad mal organizada. Despreciado y mal quisto de casi cuantos le conocieron, no reparando en medios para conseguir la satisfacción de su pasión dominante, do-

tado de una rara perseverancia, logró hacer casi siempre su voluntad sin miramientos por los deberes de hijo, de amigo y de magistrado.

Apenas había Lugo abandonado las costas de Nueva Granada, cuando arribó á Cartagena Miguel Díaz de Armendáriz, encargado por el Consejo de tomar á un tiempo residencia á los Gobernadores de Cartagena, Popayán, San Juan y Santa Marta, en el cual se comprendían todavía las colonias de lo interior, por no haberse adoptado aún la denominación de Nuevo Reino de Granada.

Por ausencia del Adelantado Lugo, había quedado gobernando en Santa Fé el Capitán Lope Montalvo de Lugo, pariente de aquél. En este tiempo hizo el cacique de Guatavita su tentativa de alzamiento, que fué comprimida con muerte de muchos indios, y salió derrotado de los Musos el Capitán Martínez, á quien Lugo había encomendado su conquista (1).

Vencido Armendáriz por las instancias de los vecinos de Santa Fé, Vélez y Tunja, que se hallaban fuera de sus casas, y despojados de sus bienes por el Adelantado Lugo, los que no se resolvían á volver á lo interior mientras gobernara Montalvo, y la acción de los Caquecios, que así llamaban al bando opuesto al de los Quesadas, por componerse en la mayor parte de los que entraron en el Reino con Fredemán, atravesando el territorio de los indios caquecios, despachó á su sobrino Pedro de Ursúa á Santa Fé, á encargarse del mando, mientras él se desocupaba de sus residencias en la costa. Embarcóse Ursúa con Gonzalo Suárez Rondón y los demás desterrados en canoas ligeras que con brevedad los condujeron á la boca del Carare, y luego por tierra á Vélez, en donde presentó sus títulos y fué reconocido como Gobernador interino, siendo en aquella época tan raras las comunicaciones entre las tres ciudades, que llegó después á Tunja sin que allí se tuviera noticia de su venida, y lo propio aconteció en Santa Fé, conque desconcertados los amigos de Montalvo de Lugo, no opusieron resistencia y quedaron desposeídos del mando. Un incendio acaecido en la casa que habitaba Ursúa sirvió de pretexto para estrechar la prisión de Montalvo, del Capitán Lanchero y de sus adherentes, con lo que se desmintió pronto la promesa que había hecho el Ursúa de Gobernar con imparcialidad y sin reacción; más este oficial era, aunque bien intencionado, demasiado joven y sin experiencia para dejar de aceptar el apoyo y consejos interesados de uno de los dos bandos en que estaban divididas las colonias.

En el viaje de Ursúa por el Magdalena no se hace mención ni de la villa de Mompox, fundada algunos años antes, ni de la de Tamalameque, que en la orilla derecha del Magdalena había

---

(1) **Era tanta la afición que los indígenas tenían á la cría de aves domésticas, que aún las tribus no domadas habían logrado procurarse por cambios, algunas gallinas. Dícese que en las entrañas de una de las que encontró el Capitán Martínez en las poblaciones de los Musos, se descubrieron las primeras muestras de esmeraldas de aquella región; pues antes sólo se conocían las de Somondoco.**

fundado el año anterior de 1544 el Capitán Juan de Céspedes, por orden del Adelantado Lugo, en una barranca alta, algunas leguas arriba de la embocadura del río Cesari, en el sitio que llallamaba Sompallon, que después se trasladó frente á Mompox, y más tarde se restituyó al punto de su primitiva fundación.

Cuando Ursúa llegó á Santa Fé, se preparaba Montalvo, sin embargo de haber acompañado á Hernán Pérez de Quesada en su desastrosa expedición á los Llanos, á emprender una nueva, en pos del Dorado, asociado al Capitán Juan Cabrera, con quien debía reunirse en Timaná, y juntos bajar la cordillera por los Andaquíes. ¡Tánto llega á arraigarse en el ánimo de los hombres una leyenda fabulosa, que es capaz de luchar por mucho tiempo con los más tristes y costosos desengaños de la realidad! Algunos de los vecinos, alborotados ya y prevenidos para esta jornada, fueron alistados poco después por el Capitán Valdés, para ir á socorrer al Virrey del Perú, Blasco Núñez Vela, arrojado de su gobierno por el usurpador Pizarro, aunque no llegaron á tiempo, por haber muerto el Virrey á manos de los rebeldes en los campos de Añaquito, antes que la compañía levantada en el Reino alcanzase á Popayán.

Con Ursúa llegó también don Fray Martín Calatayud, monje Jerónimo, quinto Obispo de Santa Marta y sucesor de don Juan Fernández de Angulo, el cual tenía en Santa Fe, como su provisor, al doctor Matamoros. No bien habia puesto el pié en la nueva colonia el Obispo, cuando comenzaron las competencias entre las autoridades civiles y la eclesiástica. Pretendieron primero los Cabildos que no debía permitirse al obispo nombrar Alguacil ni establecer su tribunal mientras no estuviera consagrado; y habiendo determinado pasar á Lima á consagrarse, y esperando que con su autoridad podría templar los bandos civiles que despedazaban entonces el Perú, y hacerse recomendable al monarca por un servicio tan importante, lo requirieron los Cabildos á fin de que no hiciese viaje tan dilatado, indicándole que convendría más á los intereses de la Colonia que fuese á España á consagrarse y á hacer presentes las necesidades y el desgobierno de las nuevas fundaciones. En una palabra, pretendían enviar así un procurador autorizado á la Corte. Allanóse por fin el Obispo, no sin haber previamente protestado para mantener su independencia y sus derechos, con tal de que contribuyesen con dos mil ducados las cuatro ciudades ya fundadas; suma que se consideraba necesaria para los costos del viaje á España, de ida y vuelta; pero esta cantidad no llegó á recogerse, pues los Cabildos y regimientos eran más pródigos en requerimientos que en limosnas. Así fué que el Obispo Calatayud se dirigió á Lima por tierra, verificando tan largo viaje á costa de la piedad de los vecinos de los países por donde transitó en su prolongada peregrinación. Se consagró efectivamente en Lima, y volvió á Santamarta, en donde murió.

CAPÍTULO XVII

Socorre el Adelantado Belalcázar al Gobernador Vaca de Castro con tropas para reducir á los rebeldes en el Perú, y le despide este desabridamente.—Hace el Adelantado una entrada á los paeces, y le obligan á desamparar el campo, dejando muerto al Capitán Tobar.—Pasa de Caly á Anserma, declara á Robledo desertor, y decide que se funde otra población en Arma para sujetar las tribus de Pozo, Carrapa etc.—Don Pedro de Heredia, de vuelta de España, emprende una expedición infructuosa por el Atrato.—Entra en Antioquia, que es abandonada por sus vecinos.—Préndele el Capitán Juan Cabrera, y va luego á Panamá.—De vuelta en Cartagena, sorprenden la ciudad los corsarios y la saquean.—Vuelve Heredia á Antioquia.—Despojos alternativos de las autoridades de Antioquia.—Ordena á Belalcázar el Juez de residencia Armendariz que publique las nuevas leyes.—Carácter de estas.—Va Belalcázar con el Virrey á Quito, y es derrotado y herido por las tropas de Pizarro.—Vuelve á Popayán.—Sabe que Jorge Robledo con despachos de Armendriz se había hecho recibir como gobernador en Antioquia, Arma, Anserma y Cartago.—Corre á su encuentro, lo prende y le hace dar garrote.—Vuelve al Perú llamado por el Licenciado La-Gasca, y contribuye al restablecimiento del orden.—Es residenciado después por el oidor Briceño, y condenado á muerte, apela y muere en Cartagena en vía para España.—Su carácter y retrato.—Alboroto de los frailes en Cartagena.—Incendio de la ciudad.—Nueva residencia de Heredia.—Vase á España y muere ahogado el fundador de Cartagena.

> Cada uno pretendía ser lo que le convenía, de su gobernación; y que le competía porque á causa de tan larga distancia, sin respeto ninguno, se prometía salir con su deseo y pretensión, tanta era la fuerza de la ambición en todos los que tenían alguna mano en el Gobierno de Indias.—ANTONIO HERRERA, *Historia general de las Indias*. Década 6.ª

Al pasar ahora á referir algunos sucesos acaecidos en las provincias del sur, oeste y noroeste, empero coetáneos á los de la época que acabamos de recorrer históricamente en lo interior de estas regiones, debemos advertir que muy poco se adelantará ya en nuevos descubrimientos ni en el fomento de las colonias establecidas. La reducción de los indígenas, la fundación de otras colonias y la exploración de nuevas vías de comunicación entre las ya planteadas, son objetos que en adelante sólo aparecerán en el segundo plan del cuadro. En el primero veremos las discordias, á veces sangrientas, entre los conquistadores, sus obstinadas competencias y despojos recíprocos.

Tres actores principales aparecerán en la escena; y al referir los hechos notables en que cada uno de ellos tuvo parte, dejaremos al mismo tiempo trazada la serie de los acontecimientos que más importa conocer. El primero de estos es el Adelantado Belalcázar, Gobernador de Popayán. Pasó ya, en verdad, la parte más brillante de su carrera, y la que ahora va á ocuparnos está sembrada de desengaños y de calamidades; pero no por esto deja ella de ser ni menos interesante ni menos instructiva. El segundo es don Pedro de Heredia, Adelantado y Gobernador de Cartagena. Los últimos años de su vida son también un tejido de contratiempos y desgracias, que sufrió, según veremos, con el valor sereno y la insigne constancia que caracterizaron siempre á este noble madrileño. Ultimamente, el Mariscal Jorge Robledo aparecerá un momento, para acabar después ignominiosamente en el cadalso: muerte violenta, que arrojó una mancha indeleble en la brillante hoja de servicios de Belalcázar, el más distinguido de los conquistadores del territorio granadino, y que causó su desgracia y su fin prematuro.

En el capítulo 14.º mencionámos la vuelta de España de Belalcázar, con el título de Adelantado y Gobernador de Popayán, y la autorización que dió á Robledo para continuar sus descubrimientos al norte en el bajo Cauca, en el año de 1541. Poco después que él arribó Vaca de Castro, comisionado regio para arreglar las cosas del Perú, que andaban desconcertadas por los bandos de Almagros y Pizarros. Supo éste el asesinato del Marqués don Francisco Pizarro en Lima, y la rebelión de don Diego de Almagro, y comenzó á reunir tropas para presentarse en el Perú á restablecer la autoridad real. Belalcázar fué el primero llamado á Popayán, como era natural, siendo el jefe principal de esta provincia y caudillo militar de tanta fama. Obedeció al instante, y, reuniendo los soldados de que pudo disponer, marchó en compañía de Vaca de Castro á Quito, y de allí á San Miguel, de donde lo despidió éste, luego que se vió al frente de una fuerza suficiente, con el pretexto de que su persona era necesaria en el territorio de la vasta Gobernación de Popayán, cuyos habitantes no estaban bien reducidos, pero en realidad, porque temía no tener la suficiente libertad para mandar, conservando á su lado un jefe de tanta influencia, el cual ciertamente podía decirse que había manifestado alguna parcialidad al partido de Almagro, ayudando á la evasión del capitán Pedroso, uno de los matadores de Pizarro, que, receloso de que no se le impartiese el perdón que solicitaba, obtuvo de Belalcázar un salvoconducto para pasar á su Gobernación. Pudiera ser que en esto siguiera solamente Belalcázar los dictados de su corazón naturalmente generoso, que debía inclinarse á favorecer á un amigo desgraciado. No sin haber protestado con mucha firmeza contra la desconfianza del comisario, se retiró muy disgustado Belalcázar á Popayán. Halló esta ciudad siempre inquieta por los Paeces, en cuyo territorio se resolvió á entrar para sujetarlos, pero no fué más dichoso que Ampudia. Fortificados en un peñón inexpugnable cerca de Tálaga, se burlaron del conquistador de Quito. En

el último ataque perdió Belalcázar el bizarro Capitán Tobar y muchos soldados; y fuéle forzoso retirarse poco airoso á Caly, dejando ufanos á los paeces con tantas victorias.

Pasó luego á Cartago para averiguar el paradero de Robledo, cuya conducta comenzaba ya á serle sospechosa. Allí supo la fundación de Antioquia y la partida de Robledo para España, con las miras de obtener el gobierno de este territorio. Irritado Belalcázar le declaró desertor, y ordenó que se le considerase como á tal. Observando después cuán difícil era á los vecinos de Cartago sujetar y atender á los repartimientos de las tribus de Carrapa, Paucura, Pozo, etc, decidió que se fundase otra población en Arma, segregando de la jurisdicción de Cartago por el norte todo lo que estaba fuera de los límites de la provincia de Quimbaya. A este efecto comisionó al Capitán Miguel Muñoz. Trabajó luego en sujetar á estos indígenas, que se mostraban siempre hostiles y obstinados, valiéndose de las enemistades de las diferentes tribus entre sí, pero no lo consiguió enteramente.

Mientras esto ocurría en la gobernación de Popayán, el Adelantado don Pedro de Heredia, después de su regreso de España á Cartagena, gozando ya del real favor, y restablecido en todos sus empleos y títulos, había obrado activamente. En primer lugar pasó á la nueva villa de Mompox, fundada por su hermano, á castigar una rebelión de los vecinos, que habían maltratado al Gobernador y emprendido por su cuenta una expedición á lo interior. Don Pedro Heredia logró darles alcance, prender á unos y dar muerte á otros, aunque Zapata, el principal culpado, prefirió morir en las selvas, pues nunca llegó á descubrirse su paradero. De vuelta á Cartagena, se aparejó de nuevo á hacer otra entrada por el río grande del Darién, siempre en solicitud de las riquezas del Dabaibe, que eran el Dorado de la provincia de Cartagena, como Manoa era el Dorado de las provincias de lo interior. Después de muchos meses de navegación trabajosa por el río, crecido á causa de las lluvias incesantes, y asaltado frecuentemente por los indios, no llegó sino á la isla grande que forma el Atrato abajo del río Bojayá. En un combate con los indígenas fué allí herido gravemente el hijo del gobernador Heredia; y este, desalentado y no viendo indicio alguno de las riquezas que buscaba, desistió de la empresa y volvió á San Sebastián de Urabá, en donde, según dijimos, halló á Robledo, al cual prendió y remitió á España, como usurpador de ajena jurisdicción, y con la gente que le había quedado tomó Heredia la vía de Antioquia, esperando indemnizarse aquí de los trabajos y mal éxito de su jornada del Darién. No se verificó la de Antioquia sin las penalidades consiguientes á una marcha por las montañas silvestres de Abibe, de tal suerte, que los soldados llegaron todos enfermos. La mayor parte de los vecinos amigos de Belalcázar no quisieron sujetarse á Heredia; otros le reconocieron, y, sin la prudencia de este jefe, habría habido un combate sangriento que él supo impedir, quedando herido en una mano al interponerse entre los dos bandos. Retiráronse, pues, los vecinos

disidentes, mas no tardaron mucho en encontrar al Capitán Juan Cabrera, que con una numerosa partida había destacado Belalcázar á tomar el mando de la nueva colonia. Sabiendo este oficial que Heredia había enviado una parte de la gente sana á explorar el país, es decir, á acopiar oro, y que en la ciudad quedaban sólo algunos inválidos, redobló sus marchas, y llegando á Antioquia no tuvo dificultad en apoderarse de la persona del Gobernador Heredia, remitiéndolo con suficiente escolta preso á disposición de Belalcázar, y, lo que es más escandaloso, permitió Cabrera el pillaje á su tropa, como si entraran en país enemigo y no fueran todos vasallos del mismo monarca. Armas, ropas, caballos, de todo fueron despojados los soldados de Heredia.

Hacía ya tres años que estaba instalada la Real Audiencia de Panamá, á cuya jurisdicción se habían sometido las gobernaciones de Cartagena, Popayán y todo el Perú, segregándolas de la Audiencia de Santo Domingo, á la cual quedaban siempre sujetas en el continente las de Santa Marta y Venezuela. Belalcázar permitió á Heredia que pasase á Panamá, embarcándose en el Pacífico, y pidió que la Audiencia prohibiese al Gobernador de Cartagena entrar como lo había hecho á mano armada en ajena jurisdicción. No consta cuál fué la resolución de aquel tribunal, cuyos actos casi nunca fueron justificados; pero sí sabemos que á Heredia se le restituyó la libertad, de que usó, luego que llegó á Cartagena, para preparar una nueva expedición con qué recuperar la provincia de Antioquia, que él persistía en suponer pertenecía á su jurisdicción, y en cuya posesión fundaba las esperanzas de riqueza futura, que ya no le brindaba la de Cartagena.

Era ya entrado el año de 1544, cuando ciertos corsarios franceses, mandados por Roberto Baal, se apoderaron sin resistencia de la ciudad de Santa Marta, que se hallaba indefensa, salvándose al monte los vecinos que pudieron con el Gobernador Luis Manjarrés. A este le enviaron un salvoconducto á fin de que saliera á tratar del rescate de la ciudad; y no pudiéndose juntar la suma que los corsarios exigían, incendiaron éstos el pueblo, y aunque las casas eran de paja, siempre se causó un gravísimo perjuicio. Esta fué la primera de la triste serie de depredaciones que los corsarios y piratas cometieron en las costas de la Nueva Granada por más de un siglo; siendo esta una de las causas de no haber prosperado como debieran en el siglo 16º las colonias de la costa granadina. Estos corsarios no solo redujeron á pavesas la ciudad, sino que talaron los huertos de árboles frutales, destrozando cuanto hallaron y llevándose las cuatro piezas de artillería de bronce con que la ciudad contaba para defenderse de los indios. De allí pasaron á Cartagena, en donde nada se sabía de la toma de Santa Marta, á pesar de haber permanecido ocho días en este puerto los buques enemigos: saltaron en tierra á media noche, y, antes de que amaneciera, se habían hecho dueños de la ciudad, quedando herido D. Antonio Heredia, hijo del Gobernador D. Pedro, en cuya casa se hizo alguna

resistencia, y muerto un oficial Bejines. Prendieron al Obispo y á los vecinos que no huyeron, saquearon la ciudad, robando cuarenta y cinco mil pesos de las arcas reales, y contentándose después con algún oro que para evitar la destrucción total del lugar les mandó ofrecer el Gobernador Heredia; lo desampararon luego, dejando libre al Obispo y arruinado al Gobernador, cuyos bienes robaron. Esta desgracia le aconteció el mismo día en que iba á celebrarse el matrimonio de su hija con el capitán Mosquera, ceremonia que debía festejarse con regocijos públicos, los cuales se convirtieron en duelos, llanto y desolación.

No impidió á Heredia tan pesada calamidad el llevar á efecto su proyecto de volver á Antioquia, como lo verificó luego, ayudado de algunos vecinos descontentos por el despojo de sus repartimientos, que se habían ya variado cuatro veces, según el favor y la inclinación que cada nuevo Jefe dispensaba á los habitantes, divididos siempre en dos bandos, de cartaginenses y peruleros. El capitán Tapia había favorecido á los primeros; y Alvaro Mendoza, el capitán Cabrera y el Licenciado Madroñero á los segundos; y esta alternativa de despojos se repitió todavía muchas veces. Algunos meses permaneció Heredia en Antioquia, sin sacar todo el fruto que se prometía, y al fin se determinó á regresar y hacer una visita á Cartagena, dejando magistrados nombrados por él, que muy luego fueron depuestos, y reconocida de nuevo la autoridad de Belalcázar. Cuando D. Pedro Heredia llegó á Cartagena, se encontró con el Licenciado Miguel Díaz de Armendáriz, que venía á tomarle residencia y á promulgar las nuevas leyes que tanto escándalo y trastornos causaron en toda la América Española y cuyo origen fué el de que vamos á tratar con alguna extensión, porque el asunto es importante y de mucha trascendencia.

Los informes unánimes de todos los religiosos y personas imparciales que de Indias pasaban á España, confirmaban cada día las fervorosas reclamaciones del venerable Obispo de Chiapa Fray Bartolomé de las Casas. Los trabajos excesivos á que los encomenderos condenaban á los indios, destruían rápidamente la población indígena del Nuevo Mundo; Fray B. de las Casas había dicho en su protesta solemne, el año de 1542: «Si continúan los repartimientos, aquel orbe quedará vaciado de infinitas naciones de que ya han perecido quince cuentos sin ningún sacramento. El daño que de ello resulte á España y á la humanidad, los ciegos lo verán, los sordos lo oirán, los mudos lo clamarán; y porque mi vida no puede ser larga, tomo por testigos á todas las jerarquías y coros de los ángeles, y á todos los santos del cielo y á todos los hombres del mundo, y en especial á los que fuesen vivos de aquí á muchos años, de este testimonio que doy para descargo de mi conciencia. *Que si los indios se dan de cualquiera manera á los españoles, á pesar de cuantas leyes, estatutos y penas se les pongan, sepa V. Majestad que es como si decretase que las Indias queden yermadas y despobladas*, como lo están todas las islas, y que por aquellos pecados Dios ha de castigar con horribles castigos y quizá totalmente destruír la España.» Y la

experiencia venía sin cesar á mostrar que no eran exageradas las previsiones del apostólico Prelado. Encargada la conciencia del Emperador Carlos v, y descontento este de que hasta aquí los pobladores se hubieran burlado de todas las ordenanzas de su augusta abuela la Reina D.ª Isabel, y de las expedidas en nombre suyo y de su madre la Reina D.ª Juana, hizo convocar una Junta de Prelados, jurisconsultos y otras personas (1) que se habían ocupado de los negocios de Indias, la cual en su presencia discutió lo que más convenía al remedio de los escandalosos abusos, y proveyeron una ordenanza que no suprimía enteramente los repartimientos, que era la medida justa y radical, pero imposible de llevar á efecto entonces sin tropas ni magistrados asalariados enviados de España para contener á los conquistadores; sino que consultaba los medios de que fuesen más eficaces las medidas tantas veces ordenadas para proteger á los indios. Quiso el Emperador que estas leyes se promulgasen con la mayor solemnidad, y esto fué justamente lo que más disgustó á los colonos, acostumbrados á no hacer caso ni cuenta de las repetidas órdenes y circulares en favor de los indios.

A fin de que se vea con cuántas consideraciones eran tratados los colonos, y cuán infundadas eran sus quejas, por lo menos en lo que toca á la Nueva Granada, vamos á copiar las disposiciones que excitaron mayor clamor.

«Que las Audiencias tengan particular cuidado del buen tratamiento de los indios, y cómo se guarden las ordenanzas hechas en su favor, y castiguen los culpados, y que no se dé lugar á que los pleitos entre indios y con ellos, se hagan pleitos ordinarios, sino que sumariamente se determinen guardando sus usos y costumbres.

«Que por ninguna causa, de guerra, rebelión ú otra, ni rescate, ni de otra manera, no se pueda hacer esclavo indio alguno, sino que sean tratados como personas libres y como vasallos Reales que son de la corona de Castilla.

«Que ninguna persona se pueda servir de los indios por vía de naborias ni de otro modo alguno, contra su voluntad.

«Que las Audiencias, llamadas las partes, sin tela de juicio, sola la verdad sabida, pongan en libertad á los indios que fueren esclavos, si las personas que los tuviesen no mostrasen título, cómo los poseen legítimamente; y que las Audiencias pongan personas de diligencia que hagan la parte de los indios, y los paguen de penas de cámara.

«Que los indios no se carguen, y si en alguna parte no se pudiese excusar, sea la carga moderada, sin peligro de su vida y salud, y que se les pague su trabajo y lo hagan voluntariamente.

---

(1) "Mandó juntar personas de todos estados, así prelados, caballeros y religiosos, como Ministros del Consejo, porque las Repúblicas se han de gobernar con el consejo de muchos, y, después de haber platicado y maduramente altercado y conferido, en presencia del Rey diversas veces, visto el parecer de todos, se resolvió que, ya que estaban las cosas seguras en las Indias, bien se podían comenzar á quitar y reformar las costumbres y abusos pasados." —Herrera, etc. Década 1.ª.

«Que ningún empleado del Rey, ni los monasterios, religiones, hospitales, cofradías, etc., tengan indios encomendados, y que los que tuvieren, luego sean puestos en la corona real, y que aunque digan que quieren dejar los oficios y quedarse con los indios, no les valga.

«Que á todas las personas que tuvieren indios sin tener títulos, sino que por su autoridad se han entrado en ellos, se los quiten y pongan en la corona.

«Y porque se ha entendido que los repartimientos dados á algunos son excesivos, las Audiencias los reduzcan á una honesta y moderada cantidad, y los demás se pongan en la corona, sin embargo de cualquiera apelación, y á los primeros conquistadores que no tienen repartimientos, se les den entretenimientos en los tributos de los indios que se quitasen.

«Que mereciendo los encomenderos ser privados de sus repartimientos por los malos tratamientos hechos á los indios, se pongan en la corona real.

Que por ninguna vía ni causa, ningún Visorrey, Audiencia ni otra persona pueda encomendar indios, sino que en muriendo la persona que tuviese los dichos indios, sean puestos en la corona real, y si entre tanto pareciese por los servicios del muerto que conviene dar á la mujer é hijos algun sustentamento, lo puedan hacer las Audiencias, de los tributos que pagaren los indios.

Que las Audiencias tengan mucha cuenta que los indios que se quedaren y vacaren sean bien tratados y doctrinados en las cosas de nuestra Santa Fe Católica.

Que los que están descubriendo hagan la tasación moderada de los tributos que han de pagar los indios, teniendo atención á su conservación, y con el tal tributo se acuda al encomendero; de manera que los castellanos no tengan mano, ni entrada, ni poder con los indios, ni mando alguno, y que así se estipule expresamente en todo nuevo descubrimiento.»

Descúbrese claramente por el extracto anterior, que el pensamiento que dominaba en el ánimo de los miembros de la Asamblea que sancionaron estas disposiciones, era el amortizar las encomiendas, sometiendo á los indígenas á un tributo moderado que debieran pagar á la Corona; y es preciso confesar que, á pesar de haber sido estas leyes desobedecidas, y modificadas ó reformadas en mucha parte, todavía el sacudimiento que ellas imprimieron en las Indias fué en extremo saludable, y á ellas se debe en mucha parte la conservación de la raza original, aunque el interés privado, que sabe adoptar toda clase de disfraces, pudo todavía saquear, oprimir y degradar á los indígenas bajo el régimen de los tributos reales, según veremos en la segunda parte.

El Licenciado Armendáriz remitió al Adelantado Belalcázar copia de estas leyes á fin de que las hiciese promulgar y cumplir en su Gobernación. Superfluo es decir que ellas fueron tan mal recibidas por los colonos del Cauca como por los demás de las Indias; más Belalcázar los aplacó, haciéndoles presente las

consecuencias fatales de desobedecer al Monarca, los excitó á que después de publicadas y acatadas como correspondía á tales vasallos, nombrasen procuradores que pasarían á la Corte á solicitar su revocación, y él, por su parte, con la mayor frescura, tomó sobre su responsabilidad el suspender su ejecución, lo que es verosímil contribuiría más á calmarlos que todas las reflexiones que les hizo sobre los deberes de súbditos leales de la Corona. Entonces comenzó en el Nuevo Mundo español á campear la fórmula irrisoria de *se obedece, pero no se cumple;* con que se eludían las órdenes que no les convenía ejecutar á los funcionarios de aquellas apartadas comarcas. Belalcázar escribió desde Cali al Rey en 1544 una carta en lenguaje bastante libre para un vasallo, improbando las nuevas leyes, y quejándose al mismo tiempo del desaire que le había hecho Vaca de Castro en el Perú, cuando por injuriosas sospechas le había vedado continuar en su compañía.

No tardó mucho, empero, en ponerse de nuevo la fidelidad de Belalcázar á prueba. Arrojado del Perú el Virrey Blasco Núñez Vela, sucesor de Vaca, por los rebeldes, se retiró á la provincia de Popayán, perseguido hasta Pasto por Gonzalo Pizarro. Desde allí escribió al Gobernador pidiéndole auxilio para restablecer el Gobierno real, excitación que se circuló á todas las autoridades de las Indias. Acudió al punto y sin vacilar el Adelantado Belalcázar al llamamiento, y se halló con el Virrey en Popayán en este año de 1545, y allí organizaron la expedición, con la cual marchó Belalcázar, el valiente Capitán Juan Cabrera, y otros soldados de nombradía, hasta el número de 400. Salieron de Popayán el 1.° de Enero de 1546, y el 17 avistaron las tropas de Pizarro en número doble, ocupando una buena posición militar á las inmediaciones de Quito, en el paso del río Guallabamba. Como parecía difícil el forzar este paso, se determinó el Virrey en la noche, dejando los fuegos encendidos, á marchar por su flanco izquierdo, y rodeando por Yaruquí y Alangasí, ocupar á Quito, privando así de sus recursos al enemigo. Pero esta maniobra excelente, si el circuito no hubiera sido por caminos tan ásperos, y la disposición de los ánimos en Quito no tan hostil al rígido magistrado, fué quizá la causa principal de su ruina. Decayó en primer lugar el espíritu de los soldados al ver á los vecinos de Quito tan favorables á Pizarro, á quien consideraban como defensor de sus bienes y derechos sobre los indios, de que iban á ser privados si triunfaban las armas reales, y, lo que es peor, cansados los caballos de tan penosa jornada. Esta fué la razón por que los jinetes, en quienes consistía la esperanza principal de la escasa fuerza del Virrey, por ser todos caballeros de reputación y de grande destreza en el manejo de las armas, aunque cargaron con la mayor gallardía al principio de la acción del mismo día 18 de Enero en que se presentó Pizarro en Añaquito, no pudieron conservar la ventaja adquirida, y es muy verosímil que al haber tenido caballos descansados, la victoria señalada que alcanzó Pizarro, hubiera favorecido los pendones leales. Belalcázar regó con su sangre los egidos de Quito, y el cadáver del

Conquistador y fundador de Quito habría sido vilipendiado por sus calles, sin la devoción del Capitán Alvarado, amigo fiel hasta en la desgracia. Este oficial, que seguía el bando de Pizarro, le protegió, le conservó la vida, y obtuvo del General victorioso que le concediera permiso para volver á su Gobernación. Quizá Pizarro reconoció que el Adelantado no había podido menos que seguir al Virrey, ó recordó los grandes servicios que este ilustre caudillo había prestado en la conquista del Perú. Esta gracia es tanto más de notarse, cuanto que entonces se vieron los actos de la más brutal y salvaje venganza. Asesinado el Virrey en el campo de batalla, después de haber peleado valientemente, algunos soldados miserables arrancaron sus barbas canas y venerables para adornar con ellas sus gorras, mientras que paseaban por la ciudad su cabeza mutilada en la punta de una lanza. Pizarro, más político ó más caballero y humano, hizo celebrar en su honor solemnes exequias, á las que asistió vestido de luto.

Otros disgustos se reservaban á Belalcázar al volver á su provincia. Supo en Cali que el Capitán Jorge Robledo había sido nombrado en España Mariscal, y que Armendáriz lo destinaba como su Teniente á las provincias del Sur, y resolvió, antes que sufrir este abuso de autoridad, de parte del Juez de residencia, correr todos los azares de la guerra y rechazar por la fuerza las tentativas de Robledo. Este se encaminó desde San Sebastián de Urabá á Antioquia. En el camino (1) halló una partida de españoles en colleras de hierro, que conducía una fuerte escolta á Cartagena. Eran los presos: el Licenciado Madroñero, ex-Gobernador de Antioquia, Gaspar de Rodas y otros Peruleros, que abusando de su autoridad, provocaron una conjuración de Tapia y los Cartaginenses. Sorprendieron éstos á los del bando opuesto en el silencio de la noche, y se descartaban de ellos despachándolos cargados de prisiones para Cartagena. Alegróse Robledo de una ocasión que le permitía tomar el mando en Antioquia sin oposición. Dejó que continuasen los presos la marcha á su destino, exceptuando á Gaspar de Rodas, á quien dió libertad y lo hizo regresar, por ser antiguos amigos. Recibieron como Gobernador los vecinos de Antioquia á Robledo, y poco después siguió éste su derrota para tomar posesión de los demás pueblos, en los cuales, según se vió, la opinión era más favorable á Belalcázar que lo que él creía. En Arma, el Cabildo se negó á recibir á Robledo, y tuvo que usar de violencia quebrando la vara á uno de los Regidores. Tampoco lo recibieron en Cartago como Gobernador sin protesta de haber cedido solo á la fuerza. En Anserma los Oficiales reales se negaron á entregarle los fondos exis-

---

(1) Decimos "camino," que bien podía ya darse el nombre de tál, á una senda que conducía de Antioquia al golfo del Darién, por la que habían transitado César dos veces, una Vadillo, luego Bernal, más tarde Robledo, Heredia cuatro veces, sin contar con los mensajeros que iban y venían por la senda trillada por estos hombres robustos, entre selvas y asperezas, las cuales hoy mismo parece que no han permitido ser exploradas por sus sucesores, que son, sin duda, ó más delicados ó menos emprendedores.

tentes, y rompió las arcas para sacarlos; medidas todas que le hacían odioso, y que, referidas al Adelantado Belalcázar, residente entonces en Cali, le pusieron espuelas para salir á verse con quien tan sin ceremonia se portaba dentro de su Gobernación. Enviáronse recíprocamente mensajeros, Belalcázar negó la autoridad que hubiera tenido Armendáriz para nombrarle Teniente sin haberle antes residenciado, y requirió á Robledo para que restituyese los fondos que había tomado violentamente del real erario en Anserma, y le desocupase el territorio que le tenía usurpado.

El Adelantado marchaba con ciento cincuenta soldados, y Robledo no contaba sino con setenta. Así, se retiró á un sitio fuerte en la loma del Pozo, al lado derecho del Cauca. De allí envió nuevos mensajeros al Adelantado, que había contestado á los últimos con palabras que dejaban alguna esperanza de avenimiento. Mas aquí cesó su fingimiento; temiendo que se le escapase el confiado Robledo, prendió cerca de Carrapa á los últimos enviados, á fin de que no llegara á noticia del mariscal su marcha, y, redoblándola, sorprendió descuidado á Robledo en la noche del 1.º de Octubre del año de 1546. Viendo éste que era inútil toda resistencia, en vez de recurrir á la fuga, salió voluntariamente á presentarse á Belalcázar, muy ajeno de la suerte que le esperaba. Este le reconvino ágriamente, llamándole desertor, traidor y usurpador; pero dudando todavía si le mandaría matar, convocó á sus oficiales, que estimaron que este era el partido más seguro. Dióse le pues garrote á este distinguido oficial, el 5 de Octubre, á pesar de que reclamaba morir decapitado como caballero. Fueron también ajusticiados el comendador Sousa y tres oficiales mas. Sepultaron sus cuerpos en una casa, que quemaron antes de abandonar aquel lugar, á fin de borrar toda huella de las sepulturas, pero nada valió, pues los indios de las inmediaciones las descubrieron, y desenterraron los cuerpos para comérselos con aquel apetito voraz y desenfrenado de carne humana que caracterizaba á estas tribus casi salvajes. Así el cráneo del mariscal Robledo verosímilmente adornaría por mucho tiempo uno de aquellos palenques de guaduas situados en lugares testigos de sus primeras hazañas. Despachó luego Belalcázar al capitán Coello á tomar posesión de la ciudad de Antioquia y á castigar con el último suplicio á los vecinos que habían depuesto á su teniente el licenciado Madroñero: acompañaba á Coello Gaspar de Rodas, que debía quedar mandando en el distrito. Este buen español, olvidando pasadas injurias, y acordándose sólo de que era hombre y cristiano, despachó secreta y anticipadamente un mensaje á sus mismos enemigos, previniéndoles de la suerte que les esperaba si no se ponían en salvo, como lo hicieron, disponiendo de sus bienes y retirándose á Cartagena, y pasando luego al Perú con el licenciado Gasca. Noble venganza de Rodas, de que no hemos tenido la fortuna de encontrar muchos ejemplos para recordarlos.

No hacía muchos meses que había vuelto Belalcázar á Po-

payán, cuando recibió las órdenes del licenciado La Gasca para pasar al Perú con el mayor número de tropas que le fuera posible juntar, á fin de contribuir á castigar los rebeldes, vengar la muerte del Virrey y restablecer el dominio del monarca español. Púsose pues en camino por tercera vez hacia el Perú, alcanzó las tropas leales en Huamanga, y tuvo la fortuna de hallarse á principios de 1548 en la batalla de Xaquixaguana, en que terminó con su prisión y muerte el alzamiento de Gonzalo Pizarro. El Adelantado Belalcázar mandaba la caballería de Gasca, y aunque no llegó la ocasión de que esta se empeñara, por la defección de las tropas de Pizarro desde el principio del combate, sin embargo, el comisario regio despidió á Belalcázar colmándole de elogios por su lealtad y la puntualidad con que había concurrido desde tan remotas regiones al real servicio.

Pocos meses después del retorno de Belalcázar á Popayán, llegó también el oidor Briceño con la misión de tomarle residencia que fué rigurosa, particularmente respecto de la muerte de Robledo, sobre cuyo castigo instaba sin cesar su viuda doña María Carbajal. Aunque estamos muy lejos de pretender justificar á Belalcázar, no es posible dejar de suponer que su juez, condenándole á muerte, no obrara con alguna parcialidad, cuando vemos que no mucho después se desposó el mismo con la viuda de Robledo. Otorgóse sin embargo al Adelantado la apelación ante el Rey dando fianzas, y ciertamente parece difícil que hubiera sido posible hallar en todo el reino quien se prestase á dar la muerte á un caudillo tan querido y popular como Belalcázar. Púsose éste tristemente en camino para la corte, y la idea desconsoladora de presentarse como reo en España se apoderó de tal modo de su ánimo, que murió de pena en Cartagena el año de 1550 con general sentimiento de aquellos vecinos, los cuales le hicieron suntuosas exequias en que no tuvo poca parte el Gobernador. En efecto, don Pedro Heredia no había cesado de dispensarle desde su llegada todas las consideraciones debidas á su rango y á su desgracia, y los mayores cuidados durante su enfermedad. (1)

Nació Sebastián de Belalcázar en la villa de este nombre, en la raya de Estremadura y Andalucía. La vida monótona y trabajosa de campesino no convenía á su genio emprendedor y sediento de aventuras. Cuéntase que irritado de que un asno que conducía cargado de leña, no quería hacer esfuerzo alguno para salir de cierto atolladero, le asestó tan fuerte garrotazo que

---

(1) El don Pedro de Heredia puso luto
Con los demás vecinos principales,
Haciéndole sepulcro bien instruto,
Honrosos y cumplidos funerales,
Y encima de la tumba do yacía
Pusieron una letra que decía:
Ista Belalcázar potuit concludere tumba
Ipsius ad famam claudere non valuit.
Succubuit fatis, quæ passim candida turbant,
Gesta tamen calamo sunt celebranda pio.

lo dejó por muerto, y temeroso del castigo el imprudente joven, por ser el único animal que poseía la familia, abandonó sus hogares, y, caminando á la ventura, arribó á Sevilla en 1514, en la época en que se estaba alistando la expedición de Pedrarias para el itsmo del Darién. Seducido con la idea de comenzar vida nueva de soldado en otro continente, tomó servicio y se embarcó para las Indias (1) sin poder ó querer dar otro nombre sino el de Sebastián, con que era conocido, y el del lugar de su nacimiento, por lo que fué reconocido desde entonces con el nombre de Sebastián de Belalcázar, aunque parece que el apellido de su padre era Moyano. Poco después de su llegada á las Indias, dió á conocer Belalcázar que no había errado su vocación. Extraviado Pedrarias en cierta ocasión en una de las inmensas selvas vírgenes del istmo, sin víveres, sin guias y en las circunstancias más angustiosas, hizo subir á los árboles más altos algunos soldados por ver si podían descubrir sendero, población, ó algún medio de salir de tan crítica situación. La vista perspicaz y experimentada del joven estremeño distinguió sin dificultad un humo ligero que se levantaba de cierto punto de la montaña, y que sus compañeros confundían con las nieblas tan comunes por allí. Bajó pues y se ofreció á guiar á los que se nombrasen para aquella exploración, la cual tuvo el mejor éxito, no sólo por haber hecho prisioneros algunos indígenas que estaban ocultos con sus familias en el fondo de aquellos bosques, y que sirvieron de guias, sino por el hallazgo de provisiones y algun oro. Adjudicó Pedrarias á Belalcázar de este botín la parte de jefe de la partida, como parecía muy natural, mas éste rehusó obstinadamente recibir otra porción que la de simple soldado, diciendo que todos habían participado igualmente de los trabajos y peligros, y todos eran acreedores por lo mismo á igual recompensa. Desde aquel día quedó marcado su lugar entre los caudillos de la conquista. Amigo de Almagro y de Pizarro, tuvo sin embargo que obedecer las órdenes de Pedrarias que le enviaban á Nicaragua, asistió á la fundación de Leon y fué uno de sus primeros Alcaldes. Pasó después con veinte compañeros al Perú, y continuó desde allí la brillante carrera que le hemos visto recorrer en el curso de nuestra narración, formándose él mismo en la dura escuela de la experiencia, desarrollando las dotes de militar cuyos gérmenes existían ya en él, valor, resolución, golpe de ojo militar, tino y prudencia para manejar una clase tan inquieta como la de los conquistadores, entre los cuales pocos caudillos lograron hacerse tan constantes y finos amigos como Belalcázar, lo cual debe atribuirse á su blandura y cortesía, y, sobre todo, á su desinterés, cualidad rara en aquellos tiempos, y, es preciso confesarlo también, á que les daba mano larga en el despojo y mal trato de los pobres indios. Fué Belal-

(1) De todo esto puede inferirse racionalmente que la edad de Belalcázar no excedia entonces en mucho de los veinte años, y, por consiguiente que no había cumplido todavía los sesenta en la época de su muerte en 1550. Los cronistas, engañados por los hechos de su vida activa, le suponen de una edad muy avanzada, sin no obstante fijarla.

cázar mediano de cuerpo, pero bien proporcionado, de ojos pequeños, rostro expresivo, de ordinario jovial, pero mostrando en ocasiones la severidad que era menester, y nunca flaqueza ni aun en los más duros lances de la guerra ó de las trabajosas jornadas á que estaban condenados los descubridores. Entre los que ocuparon el primer rango en la Nueva Granada, cuatro marchan cuasi de par: Vasco Nuñez de Balboa, que el mundo reconoce sin embargo como el primero, por haber descubierto el mar del Sur, aunque la suerte enemiga no lo dejó recorrer una larga carrera; Belalcázar, que se ejercitó en un teatro más vasto y por tantos años; Gonzalo Jiménez de Quesada, que al salir del gabinete de abogado desplegó los talentos, el valor y la constancia de un viejo y endurecido militar; y, últimamente, el hidalgo madrileño don Pedro de Heredia, á quien la fortuna negó campo más espacioso en que hacer alarde de sus cualidades: lo que hizo, sin embargo, es suficiente para inscribirle entre los primeros. Es justo decir ahora que entre los caudillos que ocuparon un rango secundario en nuestro descubrimiento, no faltaban hombres que en más alta posición se habrían mostrado capaces de cualquiera empresa. Era esta una raza y una época en que abundaban los hombres de valor, de resolución, de talentos militares y de extraordinaria dureza y habilidad en los ejercicios de la guerra.

Para completar lo que anunciámos en el principio de este capítulo, tendremos que dejar muy atrás los sucesos de las provincias de lo interior, de los cuales pasaremos á tratar en los dos capítulos siguientes.

Verificóse un alzamiento en Nicaragua, á causa de las nuevas leyes, en virtud de las cuales quedó privado de un rico repartimiento de indios el Gobernador Contreras, yerno de Pedrarias. Los dos hijos de este, orgullosos por sus relaciones de parentesco, reunieron una partida de forajidos, dieron muerte al Obispo Valdivieso, que protegía eficazmente á los indios, y pasaron luego á Panamá, creyendo que podrían hacerse dueños de los tesoros del Rey, y equipar una expedición para apoderarse del Perú y renovar la rebelión de Pizarro que comprimió el Licenciado Gasca, el cual acababa justamente de pasar por Panamá de regreso á España. En la primera sorpresa se hicieron los rebeldes dueños de Panamá, mas luego se reunieron y armaron los vecinos, levantaron el real pendón, y rechazaron á los bandidos, que se dispersaron en todas direcciones. Entre ellos descollaba por su atrevimiento un fraile Albis que se acogió á un convento de Cartagena, y allí, poniéndose de acuerdo con muchos de los expulsos del Perú como soldados de Pizarro, urdió una conspiración para matar al Gobernador y á los principales vecinos en una función religiosa, en que estaba designado para predicar el mencionado Albis, quien debía dar desde el púlpito la señal del degüello. No pudo guardarse suficientemente el secreto de esta conjuración, que no fuera descubierta antes de estallar, dando tiempo al Adelantado para prender á los principales conjurados, algunos de los cuales se

habían ya armado en Zipacua. Hizose justicia de los más culpables, y, respetando las órdenes sagradas del padre Albis, se remitió preso á España, adonde no llegó por haberse ahogado pretendiendo salvarse con el mayor atrevimiento por las cadenas del ancla del navío, en que estaba preso en el puerto de la Habana. A este suceso se dió el nombre del alboroto de los frailes, por haber tomado en él parte dos religiosos.

No bien había acabado de apagar el Adelantado Heredia las centellas de esta revolución, cuando tuvo el dolor de ver consumir en una noche toda la ciudad de Cartagena, por un terrible incendio causado por una imprudencia. Queriendo salvar el templo y sus paramentos, abandonó Heredia su casa, que devoraron los llamas con la hacienda y muebles que le quedaban después de tantas desgracias, y este fué, dicen los cronistas, el último paradero de las riquezas de los sepulcros del Sinú. Estimóse en más de doscientos mil ducados la pérdida de los vecinos de Cartagena en el incendio, que no fué el último, pues este azote, que afligió más de una vez la ciudad, no llegó á contenerse sino cuando se construyeron las casas de mampostería.

Un año después llegó á Cartagena el oidor Juan Maldonado á tomarle nueva residencia al Gobernador Heredia; y aunque este togado se abstuvo de imitar á Vadillo en sus tropelías, y respetó las canas del Adelantado, no dejó sin embargo de dar oídos á las quejas de algunos émulos de Heredia y de Alvaro de Mendoza, su yerno, al cual privó de su repartimiento. Afligido Heredia con estos cargos, y recordando el buen recibimiento que se le había hecho en España en años anteriores, se resolvió, á pesar de su edad, á abandonar su gobierno y á embarcarse para la Corte á pedir Justicia. Verificólo en el año de 1554, y, después de mucha demora en la Habana, frecuentes borrascas y mal tiempo que le obligaron á mudar de buque dos veces, naufragó por fin en las costas de la Península. Despedazada la nave contra las rocas, quiso salvarse nadando hacia tierra, pero las fuerzas le abandonaron y pereció ahogado sin que pudiera hallarse nunca su cadáver. "Fué notable, dice Fray Pedro Simón, el sentimiento de esta muerte en la ciudad de Cartagena cuando llegó á ella la nueva, por ser grande el amor que los más de sus vecinos le tenían, así por fundador de ella, como por padre de la Patria y por sus estimables costumbres, como eran: ser fácil en perdonar al enemigo, deportado en el castigo, justo, medido en sus palabras, piadoso con los necesitados y muy inclinado á hacer paces y á allanar discordias."

Permaneció Heredia como Gobernador de Cartagena más de veinte años, y su vida fué, como se ha visto, una de las más dramáticas y más llenas de vicisitudes que puede imaginarse.

CAPÍTULO XVIII

Llegada de Armendariz á Santa Fe y sus primeras tropelías.—Nombran las colonias Procuradores que pasen á España á representar contra la ejecución de las nuevas leyes.—Ciudad de los Reyes en el valle de Upar.—Fundación de Pamplona.—Establecimiento de la Real Audiencia en Santa Fe.—Entrada de Pedro de Ursúa á los Musos.—Fundación y abandono de la ciudad de Tudela.—Fundación de Mariquita y de Ibagué.—Minas abundantes de oro, plata y otros metales.—Fundación de Villeta.—Reducción de los indios Yariguis, confinantes con los Guanes.—Establecimiento de los conventos de San Francisco y Santo Domingo en Santa Fe.—Residencia de Armendariz, primero, por el Licenciado Zurita sin resultado, y después, por el oidor Montaño con todo rigor.—Nueva entrada á los Musos; fundación de la Trinidad y descubrimiento de las minas de esmeraldas.—Costumbres de los Musos y Colimas.—Fundación de La Palma.—Llegada del Obispo Fray Juan de los Barrios á Santa Fe, y comienzan los religiosos á encargarse de doctrinar á los indios.—Gonzalo Ximénez de Quesada es nombrado Adelantado del Nuevo Reino de Granada, y emplea tres años en una desastrosa jornada buscando inútilmente el Dorado.

Volví los ojos al volcán sublime
Que, velado en vapores trasparentes,
Sus inmensos contornos dibujaba
De occidente en el cielo:
Gigantesco Tolima, ¿cómo el vuelo
De las edades rápidas no imprime
Ninguna huella en tu nevada frente?

Fragmento de un poema americano.

En este capítulo debemos dar cuenta de las fundaciones de Ibagué y Mariquita, situadas al pié de la cadena volcánica central y en la falda oriental de los nevados del Tolima y del Ruiz; y de la de Pamplona, sobre la cordillera oriental: y esta será la primera en el orden cronológico. El establecimiento de la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá y la guerra de los musos, con otros sucesos de no menor importancia, acabarán de llenar el cuadro.

Despachada la residencia del Gobernador de Cartagena, se trasladó por fin el Licenciado Armendariz á Bogotá, porque, necesitándose los servicios de Belalcázar en el Perú, le intimó el Licenciado Gasca, antes de su partida de Cartagena á Panamá, que no convenía llevar por entonces á efecto la residencia del Adelantado de Popayán. Los primeros pasos del visitador Armendariz en la capital, desdijeron de su carácter, que no era cruel, pues

hizo dar tormento á uno de los vecinos para averiguar los culpados en el incendio de la casa de Ursua, acaecido el año pasado de 1545, el cual, apremiado por el dolor, no sólo confesó que era culpable de un delito de que en realidad estaba inocente, sino que complicó al Capitán Lanchero y á otros: y aunque después, al tiempo de conducirle al cadalso, les pidió perdón del agravio y de los perjuicios que pudiera acarrearles una imputación que su flaqueza y el dolor le habían arrancado, no por esto se libraron aquellos del tormento, aunque lo sufrieron con fortaleza. Esta bárbara costumbre no quedó completamente extinguida en las Indias sino muchos años después. Publicadas con toda solemnidad las nuevas leyes de que tratamos en el capítulo anterior, fueron tan mal recibidas en el Nuevo Reino de Granada como en las demás colonias. Nombráronse procuradores por los Cabildos, que pasaran á España á pedir su revocación, especialmente de la que prohibía la sucesión de los hijos y la mujer en los repartimientos ó encomiendas del esposo y del padre.

Anticiparémos aquí la noticia del resultado de esta misión que fué muy favorable á los colonos, los cuales, no sólo obtuvieron la revocatoria que solicitaban de aquella cláusula, sino que se acordó por el consejo la creación de una Audiencia Real en Santa Fe, nombrándose los oidores, de los cuales, como luego veremos, sólo dos llegaron á su destino, y se concedió á Santa Fe por escudo de armas el águila imperial con orla de nueve granadas. Los informes de Armendáriz y de los procuradores concurrieron á apoyar las demandas del Licenciado Quesada, á quien se otorgó entonces licencia para volver á Santa Fe con el título de Mariscal, de Regidor perpetuo, permiso para edificar una fortaleza y dos mil ducados de renta del real tesoro.

Mientras que estos procuradores negociaban en la Corte con tan buen éxito, no lo tuvieron menos feliz las empresas de nuevos descubrimientos y poblaciones. Nombró Armendáriz á su sobrino Pedro de Ursúa (joven que reunía á una educación distinguida la amabilidad y dulzura de los modales, el valor más probado y la destreza en los ejercicios militares) de compañero de Ortún Velasco en el mando de una expedición que debía encaminarse hacia la Sierra Nevada del Norte, que Espira y Fredemán habían visto de lejos, pasando por el pié de la cordillera oriental, y todavía de más cerca Alfínger en la jornada en que rindió la vida. Muchas riquezas, y no sin algún fundamento, se prometían los promovedores de esta empresa. Los vecinos de Vélez que recorrieron la provincia de Guane decían que por la extremidad septentrional de esta región corría un río que arrastraba arenas de oro, y aunque la fundación de un pueblo con el nombre de Málaga en las inmediaciones de Tequia, que debía servir de escala para el futuro descubrimiento, no llegó á tener efecto, según se había propuesto mucho antes, sí logró un español Deza, con cierta partida, entrar hasta el río de Girón, y, lavando sus arenas, hallar que no era mentirosa la fama de su riqueza.

Con estas esperanzas y el deseo de servir á las órdenes del noble mancebo que había sabido captarse la aceptación general, se juntaron bajo la bandera de Ursua y de Velasco ciento cuarenta hombres, con los cuales se partieron estos dos caudillos de Tunja, ya entrado el año de 1548. Luego que pasaron el río Sogamoso y entraron en tierras de los Laches, acordaron dividirse en dos partidas iguales que debían reunirse en la región fría que habitaban los Chitareros. Uno y otro capitán atravesaron sin resistencia grandes poblaciones, y se juntaron en un valle elevado, rodeado de altas sierras, que llamaron del Espíritu Santo. El deseo de someter y repartir los muchos pueblos que habían hallado, los decidió á fundar aquí una población con el nombre de Pamplona, en recuerdo de la ciudad de este nombre en España, de cuyas inmediaciones era natural Ursua. Trazóse con regularidad, dividiéndola en ciento treinta y seis solares, que se dieron á igual número de pobladores. Nombráronse Alcaldes y regidores y practicáronse las demás formalidades usadas en semejantes casos (1). Esta es una de las pocas ciudades de Nueva Granada que ha permanecido en el mismo lugar en que se fundó, como á setenta leguas al nordeste de Bogotá, sobre la cordillera oriental, clima frío y desapacible, pero suelo muy á propósito para el cultivo de los cereales, y rodeada de terrenos auríferos y argentíferos. A la época del descubrimiento había en Pamplona y valles circunvencinos, como el de Condarmenda, Ravicha, Micer Ambrosio, Chitagá, valle de los Locos, Balegra, etc., más de cincuenta mil indios de macana, lo que supone una población de doscientas mil almas por lo menos, según consta de la relación dirigida por los vecinos á Armendáriz en 1550. Hasta aquella época permaneció Ursua gobernando esta colonia, y pacificando á los Chitareros, lo cual poco le costó, por haber sido los indígenas de más blanda índole de cuantos se hallaron en la Nueva Granada. Luego le sucedió Ortún Velasco, que, en calidad de Justicia Mayor, gobernó veinte años, y en cuyo tiempo se fundó, en 1560, la villa de San Cristóbal, y en 1561 la de Ocaña. Comenzaron á trabajarse las minas de plata de la Montuosa, y se sacó prodigiosa cantidad de finísimo oro de aluvión de los alrededores de Suratá, particularmente de una meseta alta que se llamó el *Páramo rico*, porque el polvo de oro estaba abundantemente mezclado con las arenas que cubrían la superficie de este terreno, que, siendo de corta extensión, pronto se agotó. La provincia de Pamplona comprendía entonces por el río Zulia hasta el lago de Maracaibo, y por esta vía se surtió de las mercancías de Castilla, hasta que el alzamiento de los indios Quiriquíes, que permanecieron muchos años dueños de las costas de la Laguna y ríos afluentes, atajó esta navegación.

Antes de seguir á los oidores que por este tiempo desem-

---

(1) Primeros Alcaldes fueron Alonso Escobar y Juan Vásquez: Regidores Juan de Alvear y Acevedo, Hernando de Mescua, Juan de Tolosa, Sancho Villanueva, Juan Rodríguez, Pedro Alonso, Juan de Torres y Beltrán de Unsueta. Pamplona se fundó en Abril de 1549.

barcaron en Santa Marta y siguieron á Santa Fe á instalar solemnemente la Audiencia, no debemos omitir la mención de dos sucesos importantes acaecidos en las provincias del litoral. El primero fué la traslación de la Ranchería de las Perlas al sitio que ocupa actualmente la ciudad de Río de Hacha, y este puede decirse que fué su principio, aunque no consta que entonces se hubiesen creado autoridades municipales. El otro es la fundación de la ciudad de los Reyes en el valle de Upar, en las orillas del río Guatapori, que en idioma de los indígenas quiere decir *río frío*, porque baja de la Sierra Nevada de Tairona, y entra á una legua de la ciudad en el César, ó Zazari, llamado también por los naturales Pompatao, ó Señor de los ríos, y, en efecto, es el principal y más caudaloso de este hermoso valle, que es tan abundante en producciones vegetales como en minerales de cobre, plomo y plata, manantiales de aguas termales y de asfalto, de que usaban los naturales para barnizar sus redes de pescar. Fundóla el capitán Hernando Santana, que, habiendo hecho gente en Santa Marta para sujetar ciertos negros esclavos, no quiso volver sin haber poblado, para lo cual dicen que estaba autorizado por el visitador Armendáriz.

De los tres oidores que debían instalar la Audiencia, murió en Mompox, subiendo por el río, el Licenciado Mercado, que era el más antiguo, y, como tal, debía presidir el tribunal, y tomar la residencia á Armendáriz. Este era el único que entendía del despacho y etiqueta de los tribunales: los otros dos, Góngora y Galarza, eran jóvenes abogados que nada sabían de estas prácticas, pero en compensación manifestaron el espíritu más conciliador, la más acrisolada probidad, y lejos de promover pleitos, se interponían para evitarlos y transigir amigablemente toda discordia. Esta fué la edad de oro de la justicia española en Santa Fe, y estos dos togados, dotados de las más amables cualidades, y de los más humanos sentimientos, ejercieron en efecto el oficio que mejor correspondía á una colonia naciente, el de Jueces de paz (1). Por real cédula despachada en Valladolid el 17 de 1549, se mandó que se hiciera en Santa Fé de Bogotá al Real Sello de la Audiencia el mismo recibimiento que al Emperador, llevándolo en procesión bajo palio, en caballo enjaezado rica-

(1) Respecto de la Constitución de las Audiencias, nos contentaremos en esta parte con reproducir el siguiente párrafo de un célebre escritor. "Pusieron los Reyes Católicos, dice D. Diego de Mendoza, el gobierno de la justicia y cosas públicas en manos de letrados, cuya profesión eran letras legales, comedimiento secreto, verdad, vida llana y sin corrupción de costumbres; no visitar, no recibir dones, no profesar estrecheza de amistades, no vestir ni gastar suntuosamente, blandura y humanidad en su trato, juntarse á horas señaladas para oír causas ó para determinallas y tratar del bien público. A su cabeza llaman presidente, más porque preside á lo que se trata y ordena lo que se ha de tratar y prohibe cualquiera desorden, que porque los manda. A la suprema congregación llaman Consejo Real, y á las demás chancillerías," etc. Es difícil trazar con más concisa elegancia los deberes y obligaciones de los miembros de aquellos tribunales que lo hizo nuestro clásico historiador, muy diferente en esto de los escritores modernos, que desatan un pensamiento propio ú ajeno en dos páginas de reflexiones, propias ó copiadas.

mente, como se verificó, saliéndole á recibir á la entrada por la parte de San Diego el cabildo y los oidores, teniendo los regidores las varas del palio y acompañado por los dos oidores de uno y otro lado (1).

Cuando estos togados, en quienes resignó Armendáriz la autoridad superior, llegaron á Santa Fe, el principal cuidado de las colonias, especialmente de los vecinos de Vélez, consistía en el alzamiento de los Saboyáes, que tenían aterrada aquella población, sin que nadie se atreviese á salir á visitar los repartimientos; y en las depredaciones de los Musos, que, á favor de la victoria que no hacía mucho habían conseguido sobre el capitán Valdés, al cual mataron veinte soldados, y forzaron á desamparar sus tierras, salían en tropas á la planicie y se llevaban por centenares los indios chibchas reducidos. La buena reputación de que gozaba Pedro de Ursua y las acertadas disposiciones que había tomado en la fundación de Pamplona y sujeción de las tribus circunvecinas, determinaron á los oidores á poner en él los ojos para encomendarle la conquista de los Musos y la fundación de una ciudad en sus términos; más como sabían que esta empresa daría más trabajo que gloria, que era á lo que aspiraba el bravo caudillo navarro, le ofrecieron, luego que llegó á Santa Fe, que una vez sujetos los Musos, le autorizarían para la jornada en solicitud del Dorado, que fué siempre el más brillante blanco de todas las aspiraciones.

Consiguió Ursua juntar ciento cinco hombres para bajar á los Musos, y la Audiencia tomó las más estrechas medidas para proveerlos de municiones, pues, aunque pólvora no faltaba, el plomo era tan escaso, que se fundieron los utensilios que de este metal pudieron hallarse en todo el país, porque se sabía que los Musos no temían ya sino el estrago de los arcabuces y escopetas. Comenzó Ursua por situarse en Saboyá, y á fuerza de correrías, empleando más bien la maña y la suavidad que el rigor, logró pacificar á estos indios, que no convenía dejar hostiles á sus espaldas. Luego se internó, lentamente y con cautela, en el territorio de los Musos, y, escogiendo un lugar cómodo para formar un campamento permanente en qué custodiar con seguridad los ganados y bagajes que llevaban los nuevos pobladores, se dedicó á recorrer el país, como lo había verificado en Saboyá; pero los Musos eran más belicosos, y sus lomas, barrancos, desfiladeros y precipicios, más á propósito para defenderse y hostilizar á los castellanos. En una de las correrías que hizo al valle de Pauna, se vió Ursua en gran riesgo, y le fué forzoso retirarse, aunque jamás sufrió revés, porque en ningún caso dividía su fuerza, sino que obraba siempre con toda ella reunida. Cansados los Musos de tantos combates, se resolvieron á ofrecer á Ursua que si los dejaba tranquilos en sus habitaciones, vendrían á hacerle una sementera tan considerable, que pudie-

---

(1) Este sello de la Real Audiencia, que es de plata, y de grandes dimensiones, existía en el Museo nacional de Bogotá, como una curiosidad. ¡Ojalá se conserve con otros objetos antiguos á que el tiempo añade cada día mayor precio!

ran vivir con sus frutos sin necesidad de saltearles sus provisiones. Aseguran que esta oferta era maliciosa, y que esperaban asaltar el campo de los españoles cuando estuvieran descuidados; pero, fuera de que no era difícil precaverse ya advertidos, no parece probable que los Musos tuvieran semejante proyecto, cuando, á virtud de invitación de Ursua, y en la fe de la buena paz, celebraron una feria muy concurrida en las inmediaciones del campo castellano. Llamados los jefes principales á las barracas, acudieron sin desconfianza y recibieron la muerte inmediatamente, terminando así con un acto de felonía indigno de un militar de honor como Ursua, la primera tregua con los Musos, que se retrajeron indignados y bien decididos, con razón, á no transigir jamás con quienes tan mal guardaban su palabra. Bajo estos sangrientos auspicios se fundó inmediatamente una población que se denominó Tudela. Ursua volvió á Santa Fe á dar cuenta á la Audiencia de esta fundación, y entró después con nuevos auxilios á los Musos por distinto camino. Mas poco permaneció en aquellos ásperos terrenos, hostilizado constantemente por sus habitantes. Los vecinos de la ciudad de Tudela se vieron forzados á desampararla en 1552, perseguidos con la mayor obstinación y encarnizamiento por los Musos, quienes quemaron el pueblo casi á vista de los españoles, del mismo modo que incendiaban sus casas y sementeras cuando no podían defenderlas, para privar de este modo de todo recurso á sus invasores. El plan adoptado por los Musos, es el que han seguido todos los pueblos antiguos y modernos, cuando se han resuelto á no someterse á ajeno yugo, y es receta infalible, aunque parece dura, para conservar la independencia. Durante cinco años nadie se atrevió á emprender la conquista de estos valientes indios, hasta que se verificó la expedición del capitán Lanchero, de que trataremos en el próximo capítulo.

No se olvidaban entre tanto las muestras de oro que el capitán Vanegas había traído de las faldas de la Sierra Nevada del poniente, y como sea porque los vecinos de Tocaima se habían contentado con gozar de sus repartimientos, y de las minas más inmediatas, ó porque no tenían las fuerzas suficientes, no se habían movido á nuevas exploraciones, se dió al capitán Andrés Galarza, vecino de Santa Fe, el encargo de reunir gente con que atravesar el río grande de la Magdalena y fundar otro pueblo más al poniente é inmediato á los terrenos ricos. Por Junio de 1550 salió este oficial de Santa Fe, pasó por Tocaima el Magdalena, y, sin dejar de combatir con los indios de la orilla izquierda de aquel río, llegó por fin á un valle en donde vieron escuadrones de naturales armados de lanzas, y no de armas arrojadizas ó macanas y hondas como los anteriores, por lo que se le puso Valle de las Lanzas (1). De poco sirvieron estas para im-

(1) El señor Piedrahita dice que este nombre le fué impuesto por Belalcázar, pero según los datos que hemos podido recoger, este caudillo no se separó de la orilla del Magdalena en su viaje el año de 1538, y, además, los escritores anteriores le atribuyen á Galarza la primera visita á este valle.

pedir que los españoles, satisfechos con el clima y la apariencia del país, no determinasen fundar el pueblo en la misma meseta alta en donde estaba situado el del cacique Ibaqué, y es de suponer que Galarza no tenía predilección particular por el nombre de ninguna ciudad de España, puesto que se le conservó el nombre primitivo. Este asiento se hizo en el mes de Octubre del mismo año de 1550, pero provisionalmente, porque hallando que la tierra era de difícil acceso, y no suficientemente cálida para producir pronto el maíz (principal recurso de subsistencia de los descubridores), con la brevedad que deseaban, la trasladó Galarza, en Febrero de 1551, algunas leguas más abajo (1), en el sitio que hoy ocupa á las orillas de un hermoso río, lugar el más ameno, más apacible y más delicioso de toda la Nueva Granada, según el testimonio de uno de los más célebres viajeros europeos de este siglo y el pasado (2).

Poco después de fundada la ciudad, comenzaron á laborearse las minas de plata que llamaron del cerro de San Antón, á pocas leguas del poblado, las cuales tuvieron al principio mejor reputación y más provechos que las de Mariquita, y aseguran que la lámpara que se conservó muchos años en la iglesia Mayor, y que no es imposible que exista aún, se hizo con las primicias de la plata de esta mina, hoy enteramente olvidada. También se trabajó la mina de oro de Miraflores, y otra en las fuentes de Chipalo; pero la guerra de los Pijáos, que asoló y empobreció el lugar, detuvo también el vuelo de estas empresas. (3) De diez y ocho mil indios tributarios que se repartieron en aquella época, no quedaban, menos de sesenta años después, en 1610, sino seiscientos, que las viruelas, el trabajo de las minas y la melancolía, los consumieron en medio siglo. Parece también que las indias tomaban brebajes para no concebir ó para abortar, porque decían que no querían parir esclavos.

Aunque el capitán Francisco Núñez Pedroso había recibido mucho antes que Galarza la autorización de Armendáriz, con-

---

(1) Fueron primeros Alcaldes el capitán Juan Bretón y Francisco Trejo, y regidores Juan de Mendoza, Pedro Salcedo, Diego López y Domingo Cuello. Alguacil Mayor, Pedro Gallegos; Procurador general, Bartolomé Talaverano; Escribano, Francisco Iñiguez.

(2) El barón de Humboldt.—F. P. Simón, que visitó á Ibagué hace más de dos siglos, dice así "Su temperamento es tal, que andan parece á porfía, la serenidad del cielo, grato y benévolo resplandor de las estrellas, templanza de los aires, frescura de los jardines y huertas; pues en ellos se dan todas las frutas de Castilla y las naturales de aquel país, bendecido del cielo con una eterna primavera." Añade después que era tal la feracidad de los pastos, que el ganado vacuno se había propagado con mucha abundancia, en términos que ya solo se mataban las reses para sacarles el sebo, y, cuando más, la lengua: lo demás se abandonaba á los buitres y gallinazos. Entre los metales de que se habían registrado minas en los alrededores hab a este religioso, que escribió en 1625, del oro, plata, plomo y *azogue*

(3) De la que estaba situada al origen del río Chipalo, llamada Juan de Leuro, por el que la halló, sacaba á veces por valor de cien pesos al día, cada trabajador; mas como era de aluvión ú oro corrido, no tardó en agotarse tan prodigiosa riqueza.

firmada más tarde por la Audiencia de Santa Fe, para fundar una ciudad á la banda izquierda del Magdalena, en las inmediaciones de las minas descubiertas por el capitán Vanegas, por Venadillo y Sabandija, no pudo terminar sus preparativos hasta Febrero de 1551, justamente á tiempo que se fundaba definitivamente la ciudad de Ibagué. Torció Pedroso con sus compañeros el camino más al poniente en demanda de los sitios visitados por Vanegas, y después de un prolijo reconocimiento del terreno, escogió para poblar un lugar alto, en donde tenía su asiento el cacique Marqueta, por donde se llamaron aquellos naturales marquetones, y más tarde, por corrupción del nombre primitivo, Mariquita la ciudad misma, la cual tuvo principio, con las ceremonias del caso, el viernes 28 de Agosto de 1551, bajo la advocación de San Sebastián, (1) á quien solían encomendarse los heridos de flechas venenosas de que los Panches usaban, y las demás tribus de tierras calientes. Mas aquí, como en Ibagué, el sitio no pareció tener la suficiente comodidad, porque dos años después la trasladaron más abajo, á orillas del hermoso río Gualí, de frías y cristalinas aguas, al principio de una llanura que forma un plano ligeramente inclinado hacia el río Grande de la Magdalena, de cuya margen sólo dista poco más de dos leguas. Entre las tribus vecinas de Mariquita, al tiempo de su fundación, que eran los Pantagoros, Panches, Panchiguas, Lumbies, Chapaimas, Calamoimas, Hondas, Gualíes, Bocanemes, etc., se contaban más de treinta mil hombres en estado de tomar las armas. A principios del siglo 17 sólo quedaban dos mil quinientos, repartidos entre treinta encomenderos, algunos de estos retirados de las ciudades de la Victoria y Santa Agueda, que se fundaron en las orillas del río Guarinó y en las faldas de la sierra, pero que no subsistieron largo tiempo.

La tierra es fertilísima en todas las producciones vegetales propias al clima, y aun se cogió trigo en las faldas de la serranía; mas lo que al principio contribuyó á la prosperidad de aquella población, fueron las minas de oro y plata que se trabajaron con provecho por muchos años en las inmediaciones, especialmente la mina de plata de Manta. Antes del descubrimiento los naturales sólo sacaban el oro que trocaban con los chibchas por sal y mantas. Desde esta época se establecieron las bodegas en el río Magdalena, cerca de las célebres pesquerías de Purnio, en donde se embarcaban los que iban á España. En estos sitios habitaba la tribu de los Hondas, que ya hacían su tráfico con pescado seco. Aquí se estableció un Alcalde dependiente de Mariquita, hasta que más tarde se fundó la ciudad de Honda, que con el tiempo vino á ser una de las más prósperas del Nuevo Reino de Granada.

También se fundó en este año de 1551, consultando la comodidad de los viajeros, en la mitad del camino del río Magda-

---

(1) Primeros alcaldes fueron Gonzalo Díaz y Alonso Vera, y regidores Pedro Salcedo, Antonio Silva, Pedro Barrios, Melchor Sotomayor, y procurador General don Antonio Toledo.

lena á Santa Fe, una población con el título de Villeta de San Miguel, á alguna distancia del camino, río Vituimita abajo, y no muy lejos de la única venta que entonces existía en todo el tránsito. En sus inmediaciones celebraban los indios Panches su mercado, pues siempre se observó que los Chibchas temían menos bajar á la tierra caliente que los Panches subir á la cordillera.

Los vecinos de la ciudad de Vélez también procuraban ensanchar sus conquistas, y con este fin Bartolomé Hernández, encomendero de Chianchón, bajó á las tierras de los Yariguíes, que estaban situadas entre los ríos Sogamoso y Opón, los cuales se dividían en diversas parcialidades, conocidas con los nombres de Guamacáes, Arayas, Tolomeos y Topoyos, que se hacían cruda guerra unos á otros por el goce exclusivo de ciertos lugares de pesquería y otros motivos semejantes. Este español fué el primero que, lejos de servirse de sus disensioues á fin de sujetarlos, empleó la buena maña y los regalos para ganarse las voluntades de aquellos indígenas, y luego trató de amistarlos, y lo consiguió. Bajo tan felices auspicios fundó la ciudad de León en aquel país ardiente y malsano, y lo hizo sin permiso de la Audiencia de Santa Fe. Ya sea porque este tribunal improbó el acto y prohibió á Hernández que volviera á la nueva población, ó por otras causas, ésta se acabó luego, quedándose entre aquellos naturales un solo soldado español viejo, el cual vivió pacíficamente por muchos años, dejando así de manifiesto cuán buenos efectos había producido una conquista pacífica, hasta que los sucesos de que más tarde habremos de ocuparnos turbaron por muchísimos años la paz de estas regiones.

Con los primeros oidores pasaron á Santa Fe algunos religiosos de las órdenes de San Francisco y Santo Domingo, autorizados por el consejo para fundar conventos con las limosnas de los fieles, y á los cuales el real erario sólo debía contribuír con el aceite para la lámpara y el vino para celebrar. Desde Abril de 1551 presentaron al Cabildo sus peticiones, y al cabo de algunos meses obtuvieron los Franciscanos el permiso para establecer un convento, el cual se negó por entonces á los de la orden de Predicadores, fundándose el Ayuntamiento en que para tan corta población bastaba un sólo convento; pero, en realidad, en que sabían los encomenderos que la misión principal de los religiosos era catequizar á los naturales, lo que consiguientemente habría de distraerlos de los trabajos á que los condenaban, pues á la mayor parte les importaba poco que fueran los indios cristianos, con tal que les contribuyeran con más crecido tributo. Pocos meses después se concedió, sin embargo, el permiso, el cual se les retiró de nuevo al cabo de tres años, cuando ya tenían bien adelantada la construcción de su iglesia de mampostería. (1) Ordenó

---

(1) No carece de interés para los habitantes de Bogotá el conocimiento de las primeras vicisitudes de estos dos conventos, que tanto influyeron al principio sobre la conversión de los indios de la provincia, y, más tarde, sobre las costumbres, los hábitos, etc., de la sociedad colonial, á la cual dieron un giro que habremos de apreciar en la segunda parte de este *Com-*

entonces el Cabildo destruír la fachada que avanzaba sobre la plaza, y poco después suspender enteramente la obra, y retiró la autorización para el establecimiento del convento, hasta que, renovado el Cabildo en 1556, prevalecieron otras influencias, y se fundó definitivamente. De la orden de San Francisco se establecieron inmediatamente otros dos conventos, uno en Tunja y otro en Vélez, á que contribuyó eficazmente el capitán Juan Angulo, uno de los vecinos más respetables de esta última ciudad, del cual se conserva aún la descendencia.

Poco tiempo después que los dos oidores Galarza y Góngora, llegó también el Licenciado Zurita, encargado de tomar la residencia de Miguel Díaz de Armendáriz, contra quien no faltaban quejas en la Corte, no por codicia y peculado, como casi todos los demás funcionarios de Indias, sino por otros abusos, consecuencia de la sensualidad, pasión que lo dominaba, y que le hizo cometer muchos desaciertos ajenos de su carácter humano y desinteresado. Protegido por los oidores y por las personas de más influencia en Santa Fe, logró Armendariz burlarse del visitador, quien, viendo que no le era posible llevar á cabo su residencia y averiguaciones, dictó un auto y se retiró. Antes que él, lo habían hecho secretamente el capitán Lanchero y los demás quejosos, los que no tardaron en informar de todo al Consejo, el cual despachó al oidor Montaño, hombre de carácter severo, con orden de prender á Armendáriz, que se dirigía á España, donde quiera que lo hallase, y de llevarlo á Santa Fe para responder á los cargos en el mismo lugar en que se cometieran las faltas, como en efecto se verificó con todo rigor. Sea dicho en honor del capitán Lanchero que, perseguido como había sido por Armendáriz, luego que lo vió en desgracia tal, que los alguaciles le quitaron hasta la capa para pagarse de sus honorarios, lo auxilió generosamente con vestidos y dinero para su viaje á España, en donde consiguió justificarse, y, no teniendo ya nada que esperar del siglo, se ordenó de presbítero y murió, siendo canónigo en Sigüenza este tercer jefe del Nuevo Reino de Granada.

---

pendio. El convento de San Francisco se fundó cerca de la iglesia parroquial actual de Las Nieves, y el de Santo Domingo en la cabecera del lado del oriente de la plaza, entonces del Mercado, conocida hoy con el nombre de plazuela de San Francisco, y en donde parece que se tiene hoy otra vez el mercado principal de la ciudad, como para justificar el dicho de que "después de los años mil, vuelve el agua á su carril." Mas no tardó mucho el Ayuntamiento en disponer que el convento de San Francisco se variara á la otra banda de la ciudad, á fin de que no estuvieran ambos del mismo lado, y así se trasladó al sitio en donde hoy está el convento de San Agustín. Cuando el convento de Santo Domingo se trasladó á la calle principal de la ciudad, el de San Francisco pasó á ocupar la orilla derecha del riachuelo de su nombre, en los solares del capitán Muñoz Collantes, en donde subsiste hoy. Por el modo con que se fabricaban estos edificios, veinte años después de la fundación de Bogotá, se infiere que en aquella época no se había descubierto todavía la cal en las inmediaciones de dicha ciudad. El autor de este *Compendio* observó, cuando se ocupaba en reparar la casa de sus padres, cuyas paredes son las mismas del antiguo convento de Santo Domingo, que las piedras de sillería estaban sentadas sobre barro, y no en mezcla de cal, que en ninguna parte se descubre.

El capitán Lanchero, de quien acabamos de hacer referencia, era encomendero de Susa, y en los indios que tenía hacían los Musos confinantes más estragos desde que se despobló la ciudad de Tudela. Para evitar estas devastaciones que le minoraban y aun amenazaban agotarle enteramente sus rentas, determinó pedir autorización á la Audiencia para hacer nueva entrada y otro ensayo de población. Armó, pues, en 1555, ochenta hombres, y llevando muchos perros, entró por el valle de Jesús, términos de la ciudad de Vélez. Saliéronle al encuentro los Musos con sus acostumbrados bríos, no dándole un momento de descanso. Se apoderaron de la pólvora que llevaban los españoles, quienes se vieron obligados á enviar una partida á traer nueva provisión, y era tal el encarnizamiento y la animosidad de estos indios, que no sólo envenenaban las flechas y las picas y estacas que sembraban en los senderos que debían seguir los españoles, sino también las frutas que dejaban en las casas con que al principio morían rabiando los españoles. A pesar de tan continuas hostilidades, fundaron éstos una ciudad con el nombre de Trinidad de los Musos, en sitio descampado, no lejos del famoso cerro de Itoco, en donde pocos años después se descubrió la mina de las hermosísimas esmeraldas que después se han distribuído por todo el mundo, y hoy adornan las joyas más vistosas en Enropa, Asia y América. (1) Y no sólo en el cerro de Itoco, sino también en el de Abipí, á tres leguas de distancia de éste, se descubrió otro rico filón de esmeraldas, cuyo trabajo no se siguió por falta de agua, y después parece que se ha perdido, como en Somondoco, hasta la tradición del sitio de la mina.

Como ya debemos despedirnos de los Musos, que por tanto tiempo lucharon por su independencia con constancia y valor dignos de mejor suerte, diremos algo de sus costumbres y tradiciones, por lo menos de aquellas que parezcan singulares, y en las cuales se distinguían de los Panches y Colimas sus vecinos, con quienes tenían muchos usos comunes que no mencionaremos por haberlo ya hecho directa ó indirectamente, tratando de estos.

Los Musos no reconocían cacique ni señor, pero en la guerra seguían á los más valientes y siempre el consejo de los ancianos. La venganza de la muerte violenta de alguno tocaba á la familia y á los que llevaban el mismo apellido, pero se satisfacía y perdonaba el agravio con presentes. Hablaban el mismo idioma todos, y tenían universalmente como tradición que al principio del mundo apareció un hombre, ó, más bien, cierta sombra ó figura en postura reclinada, que designaban con el nombre de Are, el cual fabricaba de madera ciertos rostros de hombres y mujeres, y, echándolos al agua vivían y se

---

(1) Desde el año de 1568 comenzaron á trabajarse las minas, llevando acequias de agua á la cumbre del cerro. Poco tiempo después de descubierta esta mina, se llevaron dos de estas piedras á España, que se apreciaron en veinticuatro mil castellanos, y el año de 1612, cuarenta años después de su descubrimiento, ya habían entrado, según dice F. P. Simón, en las cajas reales, sólo del derecho de quintos, trescientos mil pesos.

multiplicaban, dedicándose luego á trabajar la tierra. Entonces el Are pasó á la otra banda del río de la Magdalena, y desapareció. Daban á sus hijos á la edad de cinco años nombres tomados de árboles, plantas, piedras ó animales, y estimaban en tan poco la vida, que se suicidaban por el menor contratiempo. El hermano de más edad heredaba las mujeres del difunto, si la muerte había sido natural. Embalsamaban los cuerpos con betumen después de secarlos al fuego. Los más célebres adoratorios de los Musos estaban situados en dos peñascos altos que llamaban Fura-Tena, Tena, es decir, mujer y marido; por entre estos dos peñoles corre al norte el río Zarbi, que pasa á una legua de la Trinidad de Muso, y allí hacían grandes sacrificios y ofrecimientos de oro. Sustentábanse con maíz, frisoles, yucas, batatas y papas, y diversidad de frutas, pero no tenían el plátano, que fué introducido más tarde en aquellos valles y se aclimató perfectamente.

Algo debemos decir de los Colimas, confinantes de los Musos por el sur, los cuales habitaban las tierras que hoy comprende el cantón de la Palma; su lenguaje era agradable al oído, pero nunca sonaba la L en él. Era muy parecido al de los musos. Llamáronlos colimas los Chibchas, que quiere decir crueles y sanguinarios; mas ellos se llamaban tapaces, es decir, piedra ardiente, y tenían por tradición haber venido de las montañas de la orilla derecha del Magdalena junto con los Musos, y que, venciendo á los Chibchas, que ocupaban con sus sementeras los valles escabrosos y profundos de esta parte de la cordillera, los arrojaron hacia lo alto, y se establecieron en ellos, tomando cada parcialidad el nombre del sitio que eligió para habitar. Así unos se llamaban curipíes, es decir, habitantes del Curí ó Guamo, por algún árbol notable de esta especie, caparra-piés, ó habitantes de los barrancos, etc. La ciudad de la Palma fué fundada por los vecinos de Mariquita, hostigados por las frecuentes invasiones de los Colimas, y todavía pertenece á esta provincia, aunque situada á más de diez leguas de la ribera derecha del Magdalena, en posición paralela á la Trinidad de los Musos, respecto de la cordillera, y abundante en toda especie de producciones vegetales y en minas de oro y de cobre. Llamóla La Palma su fundador el Alcalde don Antonio de Toledo, por ciertas palmas que hermoseaban el sitio que escogió en 1561 para plantear la población, en cuyo territorio se contaban sobre seis mil indígenas tributarios, lo que supone que el número total de los Colimas alcanzaba á más de treinta mil.

Desde el año de 1553 había salido de Santa Fe el capitán Juan de Avellaneda con una partida á explorar las minas de oro que se creía existían en la falda oriental de la cordillera hacia los llanos. Llevó para ello ciertos esclavos acostumbrados á catear los lavaderos de oro, y habiendo enviado de los Llanos suficientes muestras de este metal, se le autorizó para que fundara la ciudad de San Juan de los Llanos, en el mismo sitio que Espira y Fredemán habían llamado el uno Nuestra Señora y el otro la Fragua; mas esta población, distante de todos los recur-

sos, y de clima poco salubre, no subsistió mucho tiempo, de donde se infiere que los productos de las minas no fueron de mucha consideración; pues ya veremos que las ciudades de Zaragoza y de los Remedios, en la provincia de Antioquia, fundada la segunda en 1560 por el Capitán Francisco Ospina, y de cuyas inmediaciones se sacó una cantidad considerable de oro desde los principios, aunque situadas en circunstancias poco favorables, han subsistido hasta hoy.

Don Fray Juan de los Barrios, obispo de Santa Marta, en cuya circunscripción caían las colonias de lo interior, subió á visitarlas en 1554, y, reconociendo que lo accesorio era más importante que lo principal, fijó en Santa Fe su residencia, hasta que en su tiempo, diez años después, se erigió el arzobispado y fué nombrado primer arzobispo, aunque no le llegó el palio hasta después de su muerte. La presencia de este prelado fué muy importante en Santa Fe para promover la predicación del Evangelio y la catequización de los indígenas, aunque desgraciadamente se siguió un sistema poco calculado para hacer comprender y amar las verdades de la fe; pues él consistía en hacer venir á los catecúmenos muchachos de ambos sexos de cada doctrina á la puerta de la iglesia ó á la casa del cura, por tarde y por mañana, y cuidar de que repitieran el catecismo, las más veces sin explicación alguna, azotando sin misericordia á los que no lo aprendían de memoria con suficiente prontitud, ó que llegaban tarde por estar sus casas muy apartadas del pueblo. A los religiosos de San Francisco se les encomendaron las cinco doctrinas en que se dividieron los indígenas del valle de Ebaque ó Ubaque, y cuya población excedía de cuarenta mil almas; y las del valle de Sogamoso se pusieron á cargo del convento de la misma religión, en Tunja. (1).

Causó luego mucho sentimiento en todo el Reino la noticia de la funesta muerte de los jóvenes oidores Galarza y Góngora, que naufragaron con el Adelantado Heredia en las costas de España, cuando, á consecuencia de la residencia tomada por el oidor Montaño, fueron remitidos presos sin habérseles probado otro delito que el favor acordado á Armendáriz, en lugar de auxiliar al licenciado Zurita en la residencia que no pudo tomarle. Estos dos letrados, si hemos de creer el testimonio conteste de los cronistas, fueron aclamados padres de la Patria por los colonos. Quizá la suavidad y tolerancia con que aplicaban las nuevas leyes sobre encomiendas y tratamiento de los naturales, influyeron para que se les acordase tan honorífico título, que después muy pocos jueces y funcionarios lograron en América, y que, si los indígenas hubieran tenido representación, el concierto de alabanzas no habría sido tan unánime.

Nombró la Audiencia en esta sazón al Mariscal Gonzalo

---

(1) No hay duda de que si se hubieran custodiado los archivos de los conventos con suficiente cuidado, podrían hallarse noticias estadísticas importantes respecto á la primera época del descubrimiento, número de indígenas en cada doctrina, como todavía pueden sacarse datos interesantes de los libros parroquiales antiguos que en muchos lugares se conservan.

Ximénez de Quesada para pasar á Cartagena y tomar residencia al Licenciado Juan Maldonado, que quedó gobernando por ausencia y después por muerte de don Pedro de Heredia, pero no pasó muchos meses allí, por no convenirle el clima, y se dió el gobierno á don Juan Bustos Villegas, en cuyo tiempo siete buques de piratas franceses, á las órdenes de Martín Cotes, después de tomar y saquear sin resistencia á Santa Marta, atacaron la ciudad de Cartagena, de la que también se hicieron dueños, á pesar de las trincheras y otros preparativos de defensa que el Gobernador Bustos había ordenado. Empleáronse en defender la ciudad quinientos indígenas con arcos y flechas envenenadas que algún estrago hicieron en los piratas, pero, agotada la pólvora, de que los españoles tenían corta provisión, tuvieron los vecinos que abandonar la ciudad á la rapacidad de los aventureros, los cuales la saquearon y quemaron en parte.

Restituído Quesada á Santa Fe, solicitó de la Audiencia la autorización para ejecutar á su costa la conquista de los afamados, ricos y poblados territorios de Pauto y Papamene; concedióselo la Audiencia, y de España le vino por fin el nombramiento de Adelantado del Nuevo Reino de Granada, pero sin jurisdicción ni mando alguno, y el de Gobernador perpetuo de las tierras que descubriera, ofreciéndosele el título de Marqués de estas mismas, para la época en que se pacificasen. Cuando una vez llega á apoderarse fuertemente de los hombres cierta idea, por absurda que sea, con tal que en su suceso estén interesadas las pasiones, no hay otro medio de desarraigarla que una serie no interrumpida de ruidosos desengaños y de catástrofes. Así aconteció con este ruinoso sueño del Dorado, en cuya solicitud vamos á ver salir al descubridor de Nueva Granada con trescientos hombres de lo más florido de las colonias, algunas mujeres, mil quinientos infelices indios chibchas de servicio de ambos sexos, gran número de ganados y un tren en cuyos preparativos se gastaron trescientos mil pesos de oro. A fin de que se tenga una idea de cuáles eran las esperanzas halagüeñas que hacían nacer esta empresa, la cual conmovió á todo el Reino, copiarémos algunos de los artículos de la capitulación concluída con Quesada por la Audiencia, instruída para ello por el Consejo.

1.ª Que debía llevar por lo menos 400 hombres provistos de armas, ocho sacerdotes y los bastimentos necesarios, y además, toda especie de ganado mayor y menor, todo á su costa.

2.ª Que había de ir personalmente, y bajo pena de muerte no había de llevar ningún indio. Esta cláusula estaba de acuerdo con las nuevas leyes, y se cumplió tan mal, que la expedición sacó mil quinientos indios, de los cuales sólo sobrevivieron tres mujeres y un varón.

3.ª Que había de ir tomando posesión á nombre del Rey de aquellas tierras, desde el río Pauto, donde comenzaba su gobierno, y que había de hacer en ellas las más poblaciones de españoles que pudiese, y fuertes para su resguardo, y dentro de

cuatro años meter otros quinientos hombres casados, con sus familias, los más que pudiese, artesanos y labradores, y quinientos negros esclavos; de ganados, quinientas vacas más, trescientas yeguas, cuatrocientos caballos, mil cerdos y tres mil ovejas y cabras.

4.ª Se le designaban como términos para su gobierno cuatrocientas leguas en cuadro entre los ríos Pauto y Papamene, comenzando á contarse á espaldas del Nuevo Reino, pero fuera de lo que se tenía concedido por aquella parte á D. Pedro Silva y Diego Hernández Serpa. Nombrábasele Gobernador vitalicio y con derecho á sucederle su heredero y sucesor inmediato, y mil ducados de renta, pagaderos de lo que tocase al Rey en lo que se conquistase.

5.ª Si cumplía con lo capitulado, se ofrecía el título de Marqués de la misma tierra, para el Adelantado y sus herederos, y, además, veinticinco leguas cuadradas de tierras pobladas de indios, para sí y sus sucesores perpetuamente. Fuera de esto, la vara de Alguacil mayor en la Audiencia que se estableciera en aquel territorio, oficio que podría traspasar á sus herederos.

6.ª Que pudiese dar encomiendas y repartir indios, tierras y estancias de labor y de ganados, heridos de molinos, aguas para ingenios de azúcar, y que por diez años no pagaran al Rey los descubridores sino el diezmo de las minas de oro y piedras preciosas, y quedasen los colonos exceptuados de derechos sobre las mercancías de Castilla que importasen.

7.ª Respecto al señalamiento de los términos de las nuevas ciudades que se fundasen, se reservaba la Audiencia el proveer más tarde lo conveniente, más se le autorizaba por cinco años para tener dos naves en qué traer de España lo necesario á las nuevas poblaciones, y además, se le hacía gracia de dos pesquerías de las que se encontrasen, una de perlas y otra ordinaria, y se le autorizaba para nombrar curas, regidores y otros oficiales necesarios en las ciudades y para asignarles salarios.

Salió esta numerosa expedición de Santa Fe el año de 1569, y contribuyó en mucha parte para los costos Francisco Aquilar, vecino de San Juan de los Llanos, que en cortos años se había enriquecido con las minas del río Ariari. Es singular que este hombre empleara su caudal en una empresa cuyas dificultades, como habitante de los Llanos, debía conocer más que otro alguno. Superfluo parece añadir aquí que, desde que bajaron á los llanos, en las primeras jornadas comenzaron las hambres, necesidades, enfermedades y la mortandad. Para impedir la deserción que empezaba á cundir, mandó el Adelantado ahorcar dos soldados, pero, viendo que esto no la atajaba, se resolvió á conceder licencia para volverse á Santa Fe á los más enfermos, entre ellos al capitán Juan Maldonado. Desde las selvas de la margen de un río que llamaron Guaigo, gastó este oficial seis meses en llegar á San Juan de los Llanos. El oro, las perlas, otras piedras preciosas, las innumerables poblaciones, los campos amenos y cultivados que debían rodear el asiento del Dorado, se habían convertido en pajonales que hacían horizonte, ó en selvas

espesas pobladas de enormes sierpes ó de animales carniceros. Soledad y silencio, hambres y enfermedades, hé aquí lo que se veía por dondequiera. De nada le había valido al Adelantado apartarse de la ruta que su hermano Hernan Pérez de Quesada había seguido en pos del Dorado diez y ocho años antes por el pie de la cordillera. Engolfado en los llanos, su suerte era todavía más triste: menores y más raras tribus vagabundas, ríos más grandes y más difíciles de vadear, y sin recursos contra las inundaciones periódicas de aquellas regiones que hasta hoy permanecen desiertas, aunque dotadas por la naturaleza del suelo más feraz y opulento. La pérdida más sensible que hizo el ejército, si este nombre puede darse al grupo de españoles enfermos y desengañados que vagaban en aquellas selvas, fué la del Padre Medrano, que falleció de calenturas. Este religioso franciscano acompañó á Quesada en clase de cronista para escribir los sucesos de la jornada, y sus papeles desgraciadamente se perdieron. Antes de su salida había dejado comenzada la historia del descubrimiento del Nuevo Reino de Granada, que sirvió de fundamento á la crónica del Padre Aguado y después á F. Pedro Simón.

Reducido ya Quesada á no contar sino con cuarenta y cinco hombres, tuvo, sin embargo, que conceder licencia para volverse á veinte de estos, quedándose sólo con veinticinco en las márgenes del Guaviare, verosímilmente cerca de su confluencia con el Orinoco, desesperado, luchando contra su mala fortuna, avergonzado de regresar al Reino después de semejante desastre, cargado de deudas, habiendo perdido la ilusión del Dorado y el suspirado título de Marqués que solo se había concedido en las Indias á Hernán Cortés y á Francisco Pizarro. Vióse, sin embargo, al fin compelido á renunciar á su porfía, y á emprender la retirada más triste al cabo de tres años de desventuras. Cualquiera creería que, después de tan tremenda lección, no habría más locos que emprendieran otra jornada en solicitud del Dorado; más no sucedió así. El vulgo decía que la desgracia podía depender de la mala dirección, y que lo único que se había ganado era el saber que por este lado tampoco debiera buscarse el Dorado: conque, si no en esta parte de nuestro trabajo, en la segunda (1) habremos de registrar nuevos desengaños, aunque ya no tan costosos.

Es tiempo de que volvamos á las provincias del sur y de Antioquia, para dar cuenta de los últimos sucesos acaecidos en el período que abraza la primera parte de nuestra relación, y lo haremos en el capítulo siguiente.

---

(1) Desgraciadamente el autor murió antes de haber podido escribir la 2.ª parte del *Compendio*.—*S. A. S.*

CAPITULO XIX

Fundación de las villas de Almaguer y la Plata.—Motín de Alvaro Hoyon, que se apodera de Timaná, Neiva y la Plata, y ataca á Popayán, en donde es vencido y descuartizado.—Tentativa de descubrimiento del Chocó.—Guerra de los Catios.—Fundación de San Juan de Rodas.—Llegada de Valdivia; toma posesión del gobierno de las provincias de entre los dos ríos.—Declárase que Antioquia no corresponde á su jurisdicción.—Pasa el Cauca y funda la ciudad de Ubeda, que desampara después.—Divide sus tropas y muere en un alzamiento general de los indios.—Nómbrase á Rodas por sucesor de Valdivia, y castiga cruelmente á los indios, atrayéndoles con engaño.—Fúndase á Cáceres.—Viene Rodas á Santa Fe, y empléalo la Audiencia en la guerra de los Gualíes.—Vuelve á Antioquia y funda á Zaragoza en terreno aurífero.—Tentativa de población en Abirama, tierra de los Paeces, y fin trágico de Lozano el empresario.—Trátase de los diferentes alzamientos de los naturales de las inmediaciones de Santa Marta, hasta que los pacificó el Gobernador Orosco.

Y el cuello con su daño al yugo inclinan
Y me dan, por salvarse ya la mano,
Y su valor es vano,
Que sus luces cayendo se oscurecen,
Sus fuertes á la muerte ya caminan.

FERNANDO DE HERRERA.

Dejamos al Licenciado Briceño gobernando en Popayán después de la condenación de Belalcázar en 1551. En este año concedió licencia á Vasco de Guzmán para fundar una población al sur de la capital en tierras que llamaban de Guachicono, cuyo nombre tomó entonces la que se planteó, aunque después se trocó por el de Almaguer. No gozó mucho Guzmán del gobierno de su nueva villa, que se lo quitó luego Briceño para dárselo á Alonso de Fuenmayor, sobrino de Belalcázar, á fin de mostrar imparcialidad, y porque este sujeto era honrado, y de capacidad y juicio reconocidos. Por este tiempo autorizó el mismo Gobernador á Sebastián Quintero para hacer entrada á los Paeces y fundar una población si juzgaba que podía mantenerla. Quintero no quiso ir á donde los indígenas tenían las poblaciones más numerosas y posiciones más fuertes á orillas del Páez, sino que, cargándose al sur, no sin combatir á menudo en el tránsito, atravesó la cordillera y verificó su fundación en tierra de los indios Yalcones ó Cambis, á pocas leguas de Timaná, y le puso San Bartolomé de Cambis, la cual se varió luego cerca del cerro de la Plata en 1552, tomando el nombre de San Sebastián de la Pla-

ta, que, aunque abandonada y quemada diversas veces, subsiste hoy á orillas del río de la Plata, en paraje cómodo para los viajeros que tramontan la cordillera de Guanacas, pues allí se halla todo género de recursos.

Las chispas de la rebelión del Perú habían cundido, como hemos visto, en los países confinantes, y entre los compañeros de Quintero se hallaba un malvado, reo de varios delitos, á quien este Jefe dispensaba amistad, y aun le había dado misión para pasar á Santa Fe con el fin de obtener de la Real Audiencia la confirmación de los privilegios de la nueva villa y de procurarse algunas armas y municiones para fortalecerse contra las invasiones de los Paeces, siempre temibles. Alvaro Hoyón, que así se llamaba este soldado, concibió entonces el proyecto de hacerse dueño del Nuevo Reino de Granada, apoderándose sucesivamente de cada ciudad antes que hubiera tiempo, á causa de la distancia, de recibir auxilio. Comunicó este proyecto á cierto número de confidentes, asesinó alevosamente á su regreso á su amigo Quintero y á ocho más de la gente honrada; los demás vecinos siguieron su bandera. Con ellos logró apoderarse de Timaná y de Neiva, y acrecentando su tropa, se dirigió sobre Popayán, creyendo sorprender á sus habitantes, que, habiendo sido avisados de antemano por dos fugitivos de la Plata, los que lograron, en razón de su misma flaqueza, atravesar la cordillera sin ser atacados por los indios, se prepararon á la defensa auxiliados por los vecinos de Almaguer y por los indios Yanaconas, con que, después de un reñido combate, quedó Hoyón vencido y heridos la mayor parte de sus sesenta y cinco compañeros. Se hizo justicia de los tiranos, que era el nombre que en aquella época se daba á todos los que usurpaban abiertamente la jurisdicción real, aun cuando no cometieran crueldades. Muchos con el caudillo fueron descuartizados, y azotados los menos culpables. El Obispo de Popayán se portó con mucho valor en la defensa de su grey (1), y cuando el oidor Montaño, comisionado por la Audiencia para apaciguar la rebelión, llegó á Popayán, encontró todo el país tranquilo. Sin embargo, se hizo cargo del gobierno, y comenzó á ejercer rigurosamente las facultades extraordinarias que el Tribunal le había concedido para otras circunstancias.

Gómez Fernández, vecino de Anserma, había sido autorizado para poblar en Caramanta, pero siempre con el pensamiento de tramontar la cordillera occidental y pasar á descubrir en tierras de los Chocóes el Dorado de Dabaibe, que no había podido hallarse por cuantos emprendieron la jornada del lado del mar, de donde dando por supuesto que existía, pues en esto nadie ponía duda, se infería que debía estar muy á lo interior y por tanto ser más racional buscarlo del lado de Antioquia. Ob-

(1) "Las mujeres y niños se encerraron en la iglesia, tomándolos bajo su amparo el Obispo D. Juan de Ovalle, que, armado de todas armas y toda su clerecía de lo mismo, estuvieron á la puerta para hacer frente al tirano si la ocasión lo pidiese." F. P. Simón, 4.ª noticia, 3.ª parte.

tuvo sin mucha dificultad aquel capitán el permiso de descubrir, porque la Audiencia deseaba se verificase un armamento á fin de castigar al Cacique de los Catios, Toné, que tenía amedrentados á los vecinos de Antioquia desde la muerte violenta que dió á su encomendero y á ocho españoles mas. Ordenóse pues á Fernández que, antes de penetrar al Chocó en su descubrimiento, sujetase á este cacique, que parece habitaba hacia la sierra de Urrao. Ya para entonces había llegado la resolución del Consejo declarando que Antioquia pertenecía á la Gobernación de Popayán, y, poco después, la que sujetaba la de Cartagena á la Audiencia de Santa Fe de Bogotá.

Juntó Fernández ochenta hombres, y pasando por Antioquia vieja dejó allí algunos con intención de restablecer aquella población. Entretanto Toné se había prevenido construyendo dos fuertes de madera en los pasos más difíciles de la sierra. Estos palenques eran los más vastos y los más fuertes que hasta allí se habían visto. El primero detuvo ocho días á los españoles, á pesar de no contener sino como cien indios de pelea, fuera de las mujeres y muchachos. En los ataques tuvieron mucha pérdida los castellanos, pues cuando, después de haber combatido largo tiempo, se acercaban al recinto del palenque, este se desprendía, y las grandes vigas que de propósito se habían colocado en dos ó más filas de modo que parecían componer parte del cercado, se desplomaban con grande estrago y confusión de los sitiadores, de lo que se aprovechaban los sitiados para flechar desde el piso superior á los invasores, los cuales recurrieron por fin al incendio, y, aunque con largas astas separaban al principio los indígenas los haces de leña que se arrimaban al cercado, por último el fuego se comunicó, y cedió el palenque, en donde mataron á muchos indios, hallaron muchas provisiones, agua y bebidas fermentadas, como para sostener un sitio de muchos meses. De los prisioneros cortaron bárbaramente á algunos las orejas y manos, y era tal el coraje de estos naturales, que muchos metían al fuego los miembros mutilados, sin manifestar la menor emoción, y desafiaban á los españoles á sufrir como ellos con tanta impavidez el dolor. En el segundo fuerte se repitió la misma escena, y los españoles decían que si este género de defensa continuaba, tendrían que abandonar la empresa. Al fin continuaron su descubrimiento desde este valle que llamaban de Penderisco, y, rompiendo montañas, pasando ríos y ciénagas, perecieron muchos hasta que, cansado Fernández después de muchos meses de exploración infructuosa, hizo balsas, y con los pocos compañeros que le quedaban, se echó por el río de las Redes abajo y de allí al del Darién ó Atrato, desde cuyas bocas pasó á Cartagena; reunió las gentes en aquella ciudad, y emprendió de nuevo su jornada de abajo para arriba; con los mismos resultados de hambres y enfermedades subió el Atrato, el río de las Redes (Murindó?) ú Oromira. El Dorado desaparecía siempre, como todas las ilusiones, por más que se afanaban en buscarlo. Un puñado de estos obstinados españoles llegó por fin á Antioquia, con más apariencia de espectros que de hombres. Siguió

luego Gómez Hernández á Anserma (viejo), y halló que, si él había perdido el tiempo y la salud, sus esclavos trabajando las minas le tenían acopiados sesenta mil pesos de oro. Con este caudal se encaminó á Santa Fe y de allí á España, en donde obtuvo la gobernación de los Chocóes, y regresó á Cartagena, resuelto á volver á tomar posesión de sus selvas (1), pero la muerte atajó sus intentos, y se libraron por entonces muchos de ir á perecer en aquellos bosques.

Ocupémonos ahora de los sucesos de lo interior de la provincia de Antioquia, en donde, por muchos años, dos hombres que mostraron valor, buen entendimiento y suma constancia, hicieron papel prominente. El primero, Gaspar de Rodas, que ya dimos á conocer por un rasgo de generosidad, y el otro Andrés de Valdivia, que comenzó su carrera pública cometiendo un acto de deslealtad y un abuso de confianza vituperables en alto grado, porque, habiendo ofrecido ir á España á solicitar para Lucas Avila, soldado rústico vecino de Anserma, que se había enriquecido como tantos otros con el beneficio de las minas, la gobernación de los pueblos de entre los dos ríos Cauca y Magdalena, desde Arma, negoció en la corte para sí con caudal ajeno, según veremos muy pronto.

Gaspar de Rodas, autorizado por don Alvaro Mendoza, entonces Gobernador de Popayán en 1568, para fundar una nueva ciudad en donde lo creyera conveniente á fin de sujetar y reducir las belicosísimas tribus del territorio de Antioquia, publicó la jornada, y en consecuencia le acudieron aventureros de todas las colonias vecinas, y también hombres de bienes y de valor que deseaban mejorarse; entre estos se le reunió don Francisco Ospina, fundador de la ciudad de los Remedios. Sacó Rodas de Antioquia ochenta hombres de todas armas y muchos indios de servicio. Visitó primero el Valle de Norisco; sus caciques le dijeron, por desembarazarse de tan incómodos huéspedes, que las riquezas, población y comodidades se hallaban más adelante en tierras de Ituango, pero no halló sino trabajos, aunque consiguió sujetar muchas tribus y descubrir grandes poblaciones por las cabeceras del río Zenú (hoy Zinú). Como dilataba con diversos pretestos la fundación de la nueva ciudad, se llegó á pensar que su ánimo no era de poblar, sino de acrecentar con las tribus descubiertas y sujetas, su repartimiento y los de los demás vecinos de Antioquia, por lo que se separó don Francisco Ospina y dió cuenta al Gobernador Mendoza, el cual desaprobó la conducta

---

(1) Y haber faltado por la tierra della
Buena comodidad para poblalla
A causa de ser toda montuosa,
Húmeda, pluviosa, desgraciada,
De pocos naturales aunque ricos,
Porque la tierra toda va sembrada
De venas caudalosas de buen oro,
Vistas y cateadas por los nuestros
En diferentes ríos y quebradas.

CASTELLANOS, *Descubrimiento del Chocó.*

de Rodas y le nombró sucesor. Sin embargo, éste, después de más de un año de correrías, se resolvió á fundar en Ituango, á dos leguas de distancia, la villa ó ciudad de San Juan de Rodas, la cual, por haber sido trasplantada á diversos sitios, fué al fin, según se dirá después, abandonada definitivamente. En una de las excursiones que hicieron los oficiales de Rodas, halló el capitán Velasco un puente de bejucos suspendido sobre el río Cauca, que atravesó, hallando en la orilla derecha un extenso valle limpio. Llamaron este puente los españoles de Abrenunco, y después de Negueri, por un cacique vecino que más tarde pareció por allí. Este puente duró mucho tiempo, y después no se ha vuelto á restablecer en los tiempos de civilización y de progreso, de suerte que el Cauca, desde su nacimiento, no tiene en casi doscientas leguas de curso sino un solo puente, que es el de Popayán. Es cierto que tampoco lo tiene el Magdalena, que corre por siete provincias, y que es hoy la principal arteria de Nueva Granada.

En esta expedición de Rodas descubrieron los indígenas un medio de molestar y hostilizar á los españoles, que consistía en prender fuego á los pajonales donde acampaban. Con el viento se comunicaban rápidamente las llamas, y los españoles, huyendo de ser quemados, se rodaban por los barrancos y precipicios, pues toda aquella es tierra quebrada, aunque en parte limpia de bosques. Los naturales de Tuango devastaron sus sementeras é incendiaron sus casas, retirándose á los montes más apartados. El capitán Rivadeneira, que se separó de Velasco, con una partida sorprendió una madrugada al valiente y astuto cacique Teco, que estaba á la sazón solo y desprevenido, y en sus casas hallaron los españoles considerable botín. Disponíanse ya á volver al campamento llevando prisionero á Teco, más éste le hizo decir al caudillo español, que hacía mal en abandonar al pueblo, y que, con sólo esperar veinticuatro horas, les darían sns vasallos muchísimo oro para obtener su libertad. Creyendo sinceras estas promesas, suspendieron la marcha, pero no tuvieron tiempo de aguardar muchas horas, pues antes de acabarse aquella misma noche, fué tanto el tropel de indios y tan valiente y audaz el acometimiento, que no sólo libraron á su jefe y recuperaron el botín, que abandonaron los españoles por defender sus vidas, sino que los estrecharon y persiguieron hasta echarlos de sus tierras.

Mencionan los cronistas entre las principales tribus que entonces se conocían en la provincia de Antioquia propiamente dicha, las de Hebejico, Pequi, Penco, Norisco, Tuango, y las de los Pubios, Zeracunas, Peberes, Nitanas, Tuines, Cuiscos, Araques, Guacusecos, Tecos y Catios. Estos últimos eran los más cultos, (1)

---

(1) Eran los Catios gente vestida y de más despabilado entendimiento; escribían sus historias en jeroglíficos pintados en mantas. Usaban de peso y medida. No usaban veneno en sus flechas y dardos. Querían mucho á sus hijas y mujeres, que eran más blancas que ellos y de buen parecer, y se adornaban con arracadas y otras joyas de oro. No tenían santuarios, adoraban las estrellas, y tenían confusa idea del diluvio. Creían en un dios, en la inmortalidad del alma, algunos en la metempsicosis. Sus alimentos eran raíces nutritivas, pero sus tierras eran estériles para el maíz, de que hacían sus bebidas, etc.—F. P. Simón, 4.ª nota, 3.ª parte manus.